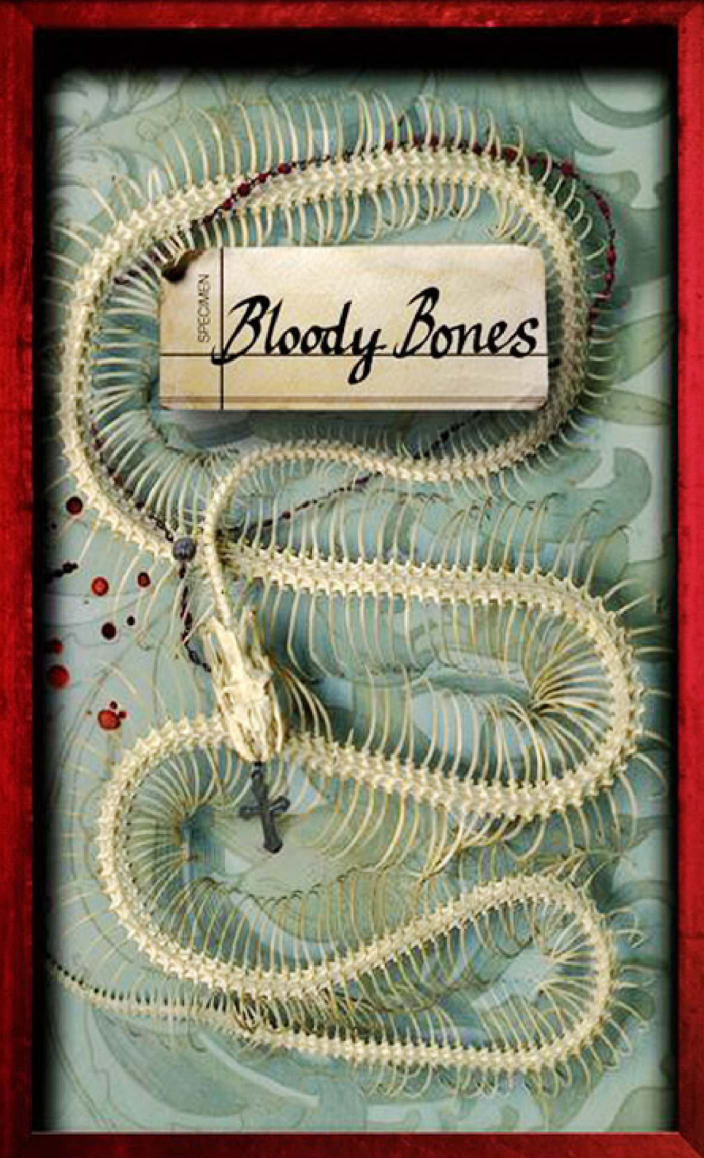
LAURELL K. HAMILTON



AN ANITA BLAKE,
VAMPIRE HUNTER, NOVEL

ePUB

Cuando los monstruos están implicados, nunca es sólo un cuerpo muerto. De una u otra manera los muertos se multiplican.Primero estaban los muertos del cementerio, llevan doscientos años descansando. He sido contratada para reanimarlos y decidir una disputa sobre la posesión de las tierras donde estaban enterrados. Luego aparecen tres adolescentes muertos en el bosque, de un modo que nunca había visto antes. Después encuentran a esa niña muerta, totalmente desangrada encima de su cama. Sabía muy bien lo que eso significaba, no se necesita tener un master en estudios paranormales para saber que algo raro esta sucediendo en Branson, Missouri. Y yo me encontraba justamente en el centro de ella.

Mi nombre es Anita Blake, bienvenido a mi vida…



Laurell K. Hamilton

Bloody Bones

Anita Blake, Cazavampiros-5

ePUB v1.0
fenikz 13.02.13

Título original: *Bloody Bones*

Traducción «NO OFICIAL».

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Era el Día de San Patrick, y lo único verde que llevaba puesto era una chapa que decía, *Pellízcame y eres hombre muerto*. Había comenzado el trabajo anoche con una blusa verde, pero me la había manchado de sangre del pollo decapitado. Larry Kirkland, reanimador en período de entrenamiento, había dejado caer al ave decapitada. Lo que provocó que el pollo sin cabeza bailara, rociándonos a todos con la sangre. Finalmente atrapé al maldito animal, pero la blusa estaba arruinada.

Tuve que correr a casa y cambiarme. Lo único que no estaba arruinado era la chaqueta del traje gris carbón que había dejado en el coche. Me la coloqué encima de una blusa negra, falda negra, medias oscuras y botas negras. A Bert, mi jefe, no le gustaba que fuéramos a trabajar de negro, pero si tenía que estar en la oficina a las siete sin haber dormido nada, tendría que vivir con eso.

Me acurruqué alrededor de mi jarra de café, bebiéndolo tan negro como

podía tragarlo. No ayudaba mucho. Miré una serie de fotos brillantes de 8 x 10 encima de mi escritorio. La primera era de una colina que había sido removida, probablemente por una excavadora. Una mano esquelética salía de la tierra. La siguiente foto mostraba que alguien había tratado de retirar con cuidado la suciedad, mostrando el ataúd astillado y los huesos a un lado del ataúd. Un nuevo cuerpo. La excavadora había vuelto otra vez. Había apartado la tierra y encontrado un cementerio. Los huesos salpicaban la tierra como flores dispersas.

Un cráneo extendía sus mandíbulas en un grito silencioso. Un mechón pálido de pelo aún se aferraba a él. La tela oscura, manchada, envuelta alrededor del cadáver, eran los restos de un vestido. Descubrí al menos tres fémures al lado de la mitad superior de un cráneo. A menos que el cadáver hubiera tenido tres piernas, teníamos delante un verdadero lío.

Las fotos estaban bien hechas, aunque de una forma horripilante. El color hacía más fácil distinguir los cadáveres, pero demasiado brillantes. Parecían fotos de un depósito de cadáveres hechas por un fotógrafo de moda. Probablemente habría alguna galería de arte en Nueva York que colgaría las malditas fotos y serviría queso y vino mientras la gente las observaría diciendo: «*Fuerte, ¿no cree? Muy fuerte*».

Eran fuertes y tristes.

Solamente había fotos. Ninguna explicación. Bert me había dicho que fuera a su oficina después de que las hubiera visto. Me lo explicaría todo. Sí, y yo le creía. Y el Conejito de Pascua es amigo mío, también.

Junté las fotos, las metí en el sobre, cogí mi jarra de café con la otra mano y fui hacia la puerta.

No había nadie en el despacho. Craig se había ido a casa. Mary, nuestra secretaria de día, no entraba hasta las ocho. Era un espacio de dos horas en el que la oficina no era dirigida por nadie. Que Bert me llamara a su oficina cuando éramos los únicos allí me molestó mucho. ¿Por qué el secretismo?

La puerta de la oficina de Bert estaba abierta. Él se sentaba detrás de su escritorio, bebiendo café y revolviendo algunos papeles. Me echó un vistazo, sonrió y me hizo señas para que me acercara. La sonrisa me molestó. Bert nunca era agradable a menos que quisiera algo.

El traje de mil dólares enmarcaba blanco sobre blanco, con la camisa y la corbata. Los ojos grises centelleaban con alegría. Sus ojos son del color del cristal de una ventana sucia, así que centellear es un verdadero esfuerzo. Su pelo rubio como la nieve había sido cortado de nuevo. El corte

era tan corto, que podía verle el cuero cabelludo.

—Siéntate, Anita.

Dejé el sobre en su escritorio y me senté.

—¿Qué estás haciendo, Bert?

Su sonrisa se ensanchó. Por lo general, no usaba la sonrisa en nadie que no fuera un cliente. Seguro que no la desaprovecharía en mí.

—¿Viste las fotos?

—Sí, ¿y qué?

—¿Podrías levantar esos muertos?

Le miré ceñuda y bebí a sorbos mi café.

—¿Qué edad tienen?

—¿No podrías decirlo por las fotos?

—En persona podría decírtelo, pero no con sólo mirar unas fotos. Contesta la pregunta.

—Cerca de doscientos años.

Simplemente le observé.

—La mayor parte de los reanimadores no podrían levantar a un zombi tan viejo sin un sacrificio humano.

—Pero tú puedes —contestó.

—Sí. No vi ni una lapida en las fotos. ¿Tenemos algún nombre?

—¿Por qué?

Sacudí la cabeza. Había sido el jefe durante cinco años, emprendió la compañía cuando sólo eran él y Manny y no sabía ni una mierda sobre la reanimación de muertos.

—¿Cómo puedes haber estado alrededor de un puñado de reanimadores durante estos años y saber tan poco sobre lo que hacemos?

La sonrisa desapareció un poco, el brillo comenzó a decolorarse en sus ojos.

—¿Por qué necesitas nombres?

—Se usan nombres para llamar al zombi de la tumba.

—¿Sin un nombre no puedes levantarlos?

—Teóricamente, no —dije.

—Pero tú puedes hacerlo —repitió. No me gustaba lo seguro que estaba.

—Sí, puedo hacerlo. John, probablemente también pueda hacerlo.

Sacudió la cabeza.

—No quieren a John.

Terminé lo último de mi café.

—¿Quiénes son?

—Beadle, Beadle, Stirling amp; Lowenstein.

—Un bufete de abogados —dije.

Asintió.

—No más juegos, Bert. Sólo dime qué demonios está ocurriendo.

—Beadle, Beadle, Stirling amp; Lowenstein tienen a algunos clientes que han construido un centro vacacional muy lujoso en las montañas cerca de Branson. Un complejo muy exclusivo. Un lugar donde las estrellas ricas del país, que no poseen una casa en la zona, puedan ir para escapar de las multitudes. Millones de dólares están en juego.

—¿Y qué tiene que ver el viejo cementerio con eso?

—La tierra en la que construyen se disputó entre dos familias. Los tribunales decidieron que los Kellys poseían la tierra y les pagaron mucho dinero. La familia Bouvier afirmó que esa era su tierra y había una conspiración familiar para demostrarlo. Pero nadie podía encontrar el cementerio.

Ah.

—Lo encontraron —dije.

—Encontraron un viejo cementerio, pero no necesariamente el que la familia Bouvier afirmaba.

—¿Entonces quieren levantar a los muertos y preguntarles quiénes son?

—Exactamente.

Me encogí de hombros.

—Puedo reanimar un par de cadáveres de los ataúdes. Preguntarles quiénes son. ¿Qué pasaría si el apellido es Bouvier?

—Tienen que comprar la tierra por segunda vez. Piensan que algunos cadáveres son Bouviers. Por eso quieren reanimar a todos los cuerpos.

Levanté las cejas.

—Bromeas.

Sacudió la cabeza, parecía contento.

—¿Puedes hacerlo?

—No sé. Dame las fotos otra vez. —Puse la jarra de café en su escritorio y volví a coger las fotos—. Bert, han mezclado todo como una feria en domingo. Esto es una fosa común gracias a las excavadoras. Los huesos están todos mezclados. Sólo he leído sobre un caso de alguien que reanimara a un zombi de una fosa común. Pero llamaban a una persona

específica. Tenían un nombre. —Sacudí la cabeza—. Sin un nombre, puede ser imposible.

—¿Querrías intentarlo?

Extendí las fotos sobre el escritorio, contemplándolas. La parte superior de un cráneo se había puesto de arriba abajo como un plato hondo. Al lado, dos huesos de dedos que estaban atados por algo seco que debió ser una vez tejido humano. Huesos, huesos en todas partes, pero no un nombre al que llamar. ¿Podría hacerlo? Francamente, no lo sabía. ¿Quería intentarlo? Sí. Quería.

—Querría intentarlo.

—Maravilloso.

—Levantando unos cuantos cada noche me va a llevar semanas, si es que puedo hacerlo. Con la ayuda de John sería más rápido.

—Esto les costará millones si se retrasa mucho tiempo —dijo Bert.

—No hay ningún otro modo de hacerlo.

—Levantaste al clan entero de la familia Davidsons, incluyendo al tatarabuelo. Aún sin haberte propuesto hacerlo. Puedes levantar más que de uno en uno.

Negué.

—Fue un accidente. Alardeaba. Quisieron reanimar a tres miembros de la familia. Pensé que podría ahorrarles dinero si lo hacía todo a la vez.

—Levantaste a diez miembros de la familia, Anita. Sólo pidieron tres.

—¿Tantos?

—Entonces, ¿puedes reanimar el cementerio entero en una noche?

—Estás loco —dije.

—¿Puedes hacerlo?

Abrí la boca para decirle que no, y la cerré. Había reanimado un cementerio entero una vez. No todos tenían dos siglos de antigüedad, pero algunos habían sido aun más viejos, casi trescientos. Y los reanime a todos. Por supuesto, tenía dos sacrificios humanos de los que tomar el poder. Esa era una larga historia, de cómo acabé con dos personas muertas dentro de un círculo de poder. Defensa propia, pero a la magia no le importó. La muerte es la muerte. ¿Podría hacerlo?

—Realmente no lo sé, Bert.

—Eso no es un no —contestó. Tenía una mirada impaciente, de anticipación, en su cara.

—Deben haberte ofrecido un buen montón de dinero —dije.

Sonrió.

—Presentamos un presupuesto para este proyecto.

—¿Hicimos qué?

—Nos enviaron a este grupo, la *Resurrection Company*, en California, y la *Essential Spark*, en Nueva Orleans.

—Ellos prefieren *Élan Vital*, que la traducción inglesa —dije. Francamente, sonaba más a un salón de belleza que a una empresa de reanimación, pero nadie me había preguntado—. Y entonces, ¿qué? ¿La oferta más baja se lleva el trabajo?

—Ese era su plan —dijo Bert.

Parecía completamente satisfecho de sí mismo.

—¿Qué? —pregunté.

—Déjame explicártelo otra vez —dijo—. Hay cuantos, ¿tres reanimadores en el país entero que podrían levantar a un zombi viejo sin un sacrificio humano? Tú y John sois dos de ellos. Además de Phillipa Freestone, de *Resurrection*.

—Probablemente —dije.

Asintió…

—Bien. ¿Podría Phillipa levantar sin tener un nombre?

—No tengo ninguna forma de saberlo. John podría. Tal vez ella también.

—¿Podría ella o John, levantarlos de un fosa común sin estar en un ataúd?

Esto me detuvo.

—No lo sé.

—¿Cualquiera de ellos tienen alguna posibilidad de levantar el cementerio entero? —Me observaba muy fijamente.

—Disfrutas demasiado con esto —dije.

—Sólo contesta la pregunta, Anita.

—Sé que John no puede hacerlo. No creo que Phillipa sea tan buena como John, así que no, no pueden hacerlo.

—Estoy por encima de la oferta —dijo Bert.

Me reí.

—¿Por encima de la oferta?

—Nadie más puede hacerlo. Nadie salvo tú. Intentaron tratar esto como cualquier otro asunto de construcción. Pero no va a haber ninguna otra oferta, ¿ahora la hay?

—Probablemente no —contesté.

—Entonces voy a limpiarlos del mapa —dijo con una sonrisa.

Sacudí la cabeza.

—Eres un avaro hijo de perra.

—Te llevas una parte de los honorarios, lo sabes.

—Lo sé. —Nos miramos el uno al otro—. ¿Y si lo intento y no puedo reanimar a todos en una noche?

—Aún serías capaz de levantarlos a todos al final, ¿verdad?

—Probablemente. —Me levante recogiendo mi jarra de café—. Pero yo no gastaría el cheque hasta que lo haya hecho. Voy a irme a ver si duermo algo.

—Quieren el presupuesto esta mañana. Si aceptan nuestros términos, vendrán a por ti en un helicóptero privado.

—Helicóptero, sabes que odio volar.

—Pero por todo ese dinero, volarás.

—Genial.

—Estate lista para que te avise en cualquier momento.

—No me presiones, Bert. —Vacilé en la puerta—. Déjame llevar a Larry conmigo.

—¿Por qué? Si John no puede hacerlo, Larry seguramente no pueda.

Me encogí de hombros.

—Tal vez no, pero hay formas de combinar el poder durante un levantamiento. Si no puedo hacerlo sola, tal vez pueda conseguir un aumento de poder de nuestro aprendiz.

Parecía pensativo.

—¿Por qué no llevar a John? Combinados, podrías hacerlo.

—Sólo si comparte su poder voluntariamente. ¿Crees que haría eso?

Bert negó con la cabeza.

—¿Vas a decirle que el cliente que no lo quiso? ¿Qué le propusiste al cliente que lo hiciera él y ellos preguntaron directamente por mí?

—No —dijo Bert.

—Por eso lo estás haciendo así, sin testigos.

—El tiempo es esencial, Anita.

—Seguramente Bert, pero no quisiste decirle al Sr. John Burke que otro cliente me prefiere antes que a él.

Bert se miró las manos, cuyos dedos aferraban el borde del escritorio. Alzó la vista, los ojos grises serios.

—John es casi tan bueno como tú, Anita. No quiero perderle.

—¿Crees que continuará si algún cliente más me elige a mí?

—Eso hiere su orgullo —dijo Bert.

—Y hay tanto de él para dañar —contesté.

Bert sonrió.

—Tus ataques verbales no ayudan.

Me encogí de hombros. Sonaba mezquino decir que él había empezado, pero lo había hecho. Habíamos tratado de salir juntos, pero John no podía manejar que fuera una versión femenina de él. No, él no podía manejar que fuera una versión mejor de él.

—Intenta comportarte, Anita. Larry no es suficiente, necesitamos a John.

—Siempre me comporto, Bert.

Suspiró.

—Si no me hicieras ganar tanto dinero, no aguantaría toda tu mierda.

—Idem —contesté.

Esto resumía nuestra relación. El negocio. No nos gustábamos mutuamente, pero podíamos trabajar juntos. Sociedad libre para trabajar.



DOS

Al mediodía me llamó Bert y dijo que lo teníamos.

—Estate preparada y lista en la oficina a las dos. El Sr. Lionel Bayard volará contigo y Larry.

—¿Quién es Lionel Bayard?

—Un socio menor de la firma de *Beadle, Beadle, Stirling amp; Lowenstein*. Le gusta el sonido de su propia voz. No seas muy dura por ello.

—Quién, ¿yo?

—Anita, no bromees con la ayuda. Puede llevar puesto un traje de tres mil dólares, pero todavía es la ayuda.

—Le reservaré para uno de los socios. Seguramente *Beadle, Beadle, Stirling amp; Lowenstein* aparecerán en persona en algún momento de este fin de semana.

—Tampoco bromees con los jefes —dijo.

—Lo que tú digas. —Mi voz era completamente suave.

—Harás lo que quieras, diga lo que diga, ¿verdad?

—Caray, Bert, ¿qué te dice que no pueda enseñar trucos nuevos a un perro viejo?

—Sólo estate aquí a las dos. Llamé a Larry y estará aquí.

—Estaré ahí, Bert. Tengo una parada que hacer, si llego unos minutos tarde no te preocupes.

—No llegues tarde.

—Estaré ahí tan pronto como pueda. —Colgué antes de que pudiera discutir conmigo.

Tenía que ducharme, cambiarme e ir al Instituto de Enseñanza Secundaria Seckman. Richard Zeeman enseñaba ciencias allí. Teníamos una cita para mañana. En cierta ocasión, Richard me había pedido casarme con él. Eso aún pendía de un hilo, pero realmente le debía más que un mensaje en el contestador automático diciendo que lo sentía, pero que no podía quedar con él, que estaría fuera de la ciudad. Un mensaje habría sido más fácil para mí, pero cobarde.

Hice la maleta. Era suficiente para cuatro días y más aún. Si metes ropa interior extra y ropa que combina y hace juego, puedes vivir durante una semana de una maleta pequeña.

Añadí algunos extras. La Firestar 9 mm y su funda interior de pantalón. Bastante munición suplementaria para hundir un acorazado, dos cuchillos y fundas de muñeca. Había tenido cuatro cuchillos, todos hechos a mano, poco para mi viejo yo. Dos de ellos se habían perdido más allá de la recuperación. Los había reemplazado, pero hacerlos a mano lleva tiempo, sobre todo cuando insistes en que lleve el contenido de plata más alto posible en el acero. Dos cuchillos y dos armas deberían ser suficientes para un viaje de negocios de fin de semana. Llevaría encima la Hi-Power Browning.

El equipaje no era un problema. Qué llevar puesto hoy sí era el problema. Ellos querrían que los levantara esta noche, si podía. Infiernos, el helicóptero podría volar directamente hasta la obra. Lo que significaba que caminaría sobre suciedad, huesos y restos de ataúdes. No era momento para tacón alto. Pero, si un socio menor llevaba puesto un traje de tres mil dólares, la gente que acababa de contratarme esperaría que me viera bien. Podría vestirme, o profesionalmente o con plumas, y sangre. Ciertamente, tuve un cliente que se decepcionó porque no me había presentado desnuda

y cubierta de sangre. Podría haber más de una razón para su desilusión. No creo que nunca haya tenido un cliente que se hubiera opuesto a alguna clase de traje ceremonial, pero vaqueros y zapatillas de footing no parecía inspirar confianza. No me preguntes por qué.

Podría meter mi mono de trabajo y ponérmelo sobre lo que llevara puesto. Sí, eso me gustó. Veronica Sims, Ronnie, mi mejor amiga, me había convencido de comprar una falda azul marino corta a la moda. Era lo suficientemente corta para que me avergonzara, pero la falda se acomodaba dentro del mono de trabajo. Y no se arrugaba después de llevarla puesta con el equipo de ejecutar vampiros o escenas de asesinatos. Te quitabas el mono de trabajo y estabas lista para ir a la oficina, o para la tarde. Me puse tan contenta, que salí y compré dos más en diferentes colores.

Una era roja, la otra morada. Aún no había sido capaz de encontrar una en negro. Al menos no una que no fuese tan corta que me negara a llevarla puesta. Es verdad que las faldas cortas me hacían parecer más alta. Incluso me habían hecho parecer patilarga. Cuando mides 1,60 cm, eso significa algo. Pero el morado no hace mucho juego con lo que tengo, la roja sí.

Había encontrado una blusa de manga corta que era exactamente del mismo tono. Rojo con matices violáceos, un color frío, duro, que se veía genial con mi piel pálida, pelo negro y ojos marrón oscuro. La pistolera de hombro y la 9 mm Hi-Power Browning parecían espeluznantes sobre ello. Un cinturón negro ajustado en la cintura sujetaba los lazos de la pistolera. Una chaqueta de manga corta servía, sobre todo, para esconder el arma. Giré delante del espejo de mi dormitorio. La falda no era mucho más larga que la chaqueta, pero no podías ver el arma. Al menos, no fácilmente. A menos que quieras tener cosas hechas a medida, es difícil esconder un arma, sobre todo con la ropa de vestir femenina. Me puse sólo la cantidad justa de maquillaje para que el rojo no me abrumara. También iba a decirle adiós a Richard durante varios días. Un poco de maquillaje no podía doler. Cuando digo maquillaje, quiero decir sombra de ojos, colorete, barra de labios y ya está. Después de una entrevista de televisión en la que Bert habló de mí, no me pongo base.

Excepto por las medias y los altos tacones negros que tenía que llevar puesto con la falda, el conjunto era cómodo. Mientras me acordara de no doblarme por la cintura, estaba segura.

La única joya que llevo puesta es la cruz de plata metida bajo la blusa y el reloj de mi muñeca. Mi reloj de vestir se había roto y no había

conseguido arreglarlo. Ahora, mi reloj era uno negro masculino de pulsera, de buceador, que se veía fuera de lugar en mi pequeña muñeca. Pero oye, brillaba en la oscuridad si presionabas un botón, mostraba la fecha, que día era y también tenía cronometro. No había encontrado un reloj de mujer que pudiera hacer todo eso.

No tuve que anular la cita de mañana por la mañana para correr con Ronnie. Estaba fuera de la ciudad en un caso. El trabajo de un detective privado nunca se acaba.

Metí la maleta en mi Jeep y me puse en camino sobre la 1:00 PM hacia la escuela de Richard. Iba a llegar tarde a la oficina. Ah, bien. Me esperarían, o no. No me rompería el corazón si me perdía el paseo en helicóptero. Odio los aviones, pero un helicóptero… me asustaba como la mierda.

No había sentido miedo a volar, hasta que viajaba en un avión que cayó varios miles de metros en segundos. La azafata terminó estrujada contra el techo, cubierta de café. La gente gritaba y rezaba. La anciana de al lado recitó el Padrenuestro en alemán. Había estado tan asustada que las lágrimas habían corrido por su cara. Le ofrecí la mano y la agarró. Sabía que iba a morir y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Pero moriríamos agarrándonos las manos. Moriría cubierta de lágrimas y rezos humanos. Entonces el avión se estabilizó y, de repente, estábamos salvados. No he confiado en el transporte aéreo desde entonces.

Normalmente, en St. Louis no existía una auténtica primavera. Hay invierno, dos días de tiempo suave y calor de verano. Este año, la primavera había llegado temprano y se había quedado. El aire era suave contra la piel. El viento tenia olor a campo en crecimiento y el invierno parecía haber sido una pesadilla. Las redbuds se doblaban entre los árboles de uno a otro lado del camino. Diminutas flores moradas, como una delicada niebla de lavanda, crecían aquí y allí por entre los árboles desnudos. No había ninguna hoja aún, pero había un indicio de verde. Como si alguien hubiera tomado un pincel gigante y lo hubiera matizado todo. Si mirabas directamente, los árboles estaban desnudos y negros, pero si mirabas de lado, no a un árbol en particular sino a todos en conjunto, notabas un poco de verde.

La 270 Sur es tan agradable como una carretera puede serlo, te lleva a donde quieres ir lo bastante rápido y se termina rápidamente. Salí en Tesson Ferry Road. El camino era ancho, con calles peatonales, un hospital

y restaurantes de comida rápida. Cuando pasas de largo la zona comercial, vuelves de nuevo a las urbanizaciones, tan anchas que casi se tocan. Hay todavía trozos pequeños de bosques y espacios abiertos, pero no durarán.

La zona Old 21 está en la cima de una colina, justo por delante del Río Meramec. La mayoría son casas, con una gasolinera, la Oficina del Distrito de Tratamiento de Aguas y un gran campo de almacenamiento de gas a la derecha, donde terminan las colinas.

En el primer semáforo giré a la izquierda por delante de una pequeña área comercial. El camino era estrecho y serpenteaba entre casas y bosques. Había indicios de narcisos en los patios. El camino bajaba hasta un valle y en el fondo de una escarpada colina había una señal de stop. La carretera subía rápidamente a la cima de la colina formando una T, girando a la izquierda y casi estabas allí.

La escuela de una planta se asentaba en un amplio valle rodeado por colinas. Habiéndome criado en una granja de Indiana, una vez las había llamado montañas. La escuela primaria estaba separada, pero lo suficientemente cerca como para compartir patio, si conseguías una plaza en la escuela intermedia. Cuando era demasiado pequeña para ir, parecía que realmente podría entrar. Cuando llego el momento, no lo hice. Cosas de la vida.

Aparqué tan cerca del edificio como pude. Ésta era mi segunda visita a la escuela de Richard y la primera durante un día lectivo. Habíamos venido una vez a recoger algunos papeles que él había olvidado. Entonces no había estudiantes. Entré por la puerta principal y me tope con una multitud. Debían de estar entre clases, se movían como una marea de cuerpos calientes de una clase a otra.

Al instante fui consciente de que tenía la misma altura, o menos, que todos los que vi. Había algo claustrofóbico en ser empujada por mochilas de libros que el gentío llevaba colgadas. Aquello parecía un círculo del infierno donde todos tenían eternamente catorce años, eternamente en la escuela intermedia. Uno de los círculos inferiores.

Fluí con la muchedumbre hacia la clase de Richard. Confieso que me sentía cómoda por el hecho de que estaba mejor vestida que la mayor parte de las chicas. Mezquino como el diablo, pero había estado rellenita en la escuela intermedia. No hay mucha diferencia entre rellenito y gordo en lo que se refiere a bromear. Pegue el estirón y nunca volví a ser gorda otra vez. Así es, había sido aún más diminuta una vez. La niña más baja de la

escuela durante años y años.

Me mantuve de pie a un lado de la entrada, dejando a los estudiantes ir y venir. Richard explicaba algo en un libro de texto a una chica joven. Era rubia y llevaba una camisa de franela sobre un vestido negro, que era tres tallas más grande. Llevaba puesto lo que parecía unas botas de combate negras con blancos calcetines gordos y dados la vuelta por encima. El conjunto era muy actual. La mirada de adoración en su cara no lo era. Era brillante e impaciente, simplemente porque el Sr. Zeeman les explicaba de uno en uno.

Tuve que admitir que merecía un empujón o dos. Su espeso pelo castaño estaba atado atrás en una coleta, dando la impresión de que era muy corto. Tenía pómulos altos, llenos y mandíbula fuerte, con un hoyuelo que ablandaba su cara y le hacía parecer casi demasiado perfecto. Sus ojos eran como chocolate, con aquellas pestañas gruesas que tantos hombres tienen y las mujeres quieren. El amarillo brillante de la camisa hacía que su piel, permanentemente bronceada, pareciese aún más oscura. La corbata era de un exquisito verde oscuro que hacía juego con los pantalones de vestir que llevaba. La chaqueta estaba colocada en el respaldo de la silla de escritorio. Los músculos del pecho y los brazos se contraían contra la tela de la camisa mientras sostenía el libro.

La clase estaba en su mayor parte sentada, el pasillo casi silencioso. Cerró el libro y se lo dio a la chica. Ella sonrió y se dirigió a la puerta, tarde a su siguiente clase. Sus ojos me miraron cuando pasó a mi lado, preguntándose que hacía allí.

No era la única. Varios de los estudiantes sentados echaron un vistazo a mi paseo. Caminé por la clase.

Richard sonrió. Eso me calentó hasta los dedos de los pies. La sonrisa le salvó de ser demasiado hermoso. No es que no fuera una gran sonrisa. Podría haber hecho anuncios de pasta de dientes. Pero la sonrisa era un poco la de un muchacho, abierta y de bienvenida. No había ninguna malicia en Richard, ninguna mala y oscura intención. Era el boy scout más grande del mundo. Eso es lo que la sonrisa mostró.

Quise acercarme, hacer que envolviera los brazos alrededor de mí. Tenía un impulso horrible de agarrar su corbata y guiarlo fuera de la clase. Desee tocar su pecho debajo de la camisa amarilla. El impulso era tan fuerte, que metí las manos en los bolsillos de la chaqueta. No quería conmocionar a los estudiantes. Richard me afectaba así a veces. Bien, la

mayor parte del tiempo cuando no es peludo o tiene sangre en los dedos de una paliza. Es un hombre lobo. ¿Mencioné eso? Nadie en la escuela lo sabe. Si lo supieran, se quedaría sin trabajo. A la gente no le gusta que los licántropos enseñen a sus preciosos niños. Es ilegal discriminar a alguien por una enfermedad, pero todos lo hacen. ¿Por qué debería el sistema educativo ser diferente? Tocó mi mejilla, sólo con las yemas. Giré mi cara hacía su mano, restregando mis labios contra sus dedos.

Eso en cuanto a ser contenida delante de los chiquillos. Se escucharon unos *oohs* y unas risas nerviosas.

—Volveré, chicos.

Más *oohs*, risas más fuertes, un *bien hecho, Sr. Zeeman*. Richard me hizo señas hacía la puerta y nos fuimos, las manos todavía en los bolsillos. Normalmente habría dicho que no iba a avergonzarme delante de un manojo de dieciochoañeros, pero últimamente no era completamente de fiar.

Richard me condujo fuera del aula por unos pequeños pasillos hasta un vestíbulo desierto. Se inclinó contra las taquillas y me miró. La sonrisa de muchacho se fue. La mirada en sus ojos oscuros me hizo temblar. Dirigí mi mano hacia su corbata, alisándola contra su pecho.

—¿Me permiten besarte o eso escandalizaría a los chicos? —No alcé la vista cuando lo pregunté. No quería que viera la cruda necesidad en mis ojos. Era bastante embarazoso que supiera que lo había sentido. No puedes esconder la lujuria a un hombre lobo. Pueden olerlo.

—Me arriesgaré. —Su voz era suave, baja, con un matiz ardiente que hizo oprimirse a mi estómago.

Sentí que se inclinaba. Levanté la cara, sus labios eran tan suaves. Me apoyé contra su cuerpo, las palmas contra el pecho. Podía sentir cómo los pezones se endurecían bajo mi piel. Deslicé las manos hasta su cintura, alisando a mi paso la tela de la camisa. Quería sacar la camisa de los pantalones y desplazar las manos sobre su piel desnuda. Retrocedí, sintiéndome sin aliento.

Era idea mía que no tuviéramos relaciones sexuales antes del matrimonio. Mi idea. Pero maldición, era difícil. Más cuando salíamos, era más difícil de conseguir.

—Jesús, Richard. —Sacudí la cabeza—. Se hace más duro, ¿verdad?

La sonrisa de Richard no pareció inocente o de boy scout lo más mínimo.

—Sí, se hace.

El calor subió rápidamente por mi cara.

—No quise decir eso.

—Sé lo que quisiste decir. —Su voz era suave, tomando la pulla en broma.

Mi cara estaba todavía caliente por la vergüenza, pero mi voz sonaba estable. Punto para mí.

—Tengo que salir de la ciudad por trabajo.

—¿Zombi, vampiro o policía?

—Zombi.

—Bueno.

Alcé la vista hacia él.

—¿Por qué bueno?

—Me preocupo más cuando te marchas por trabajo policial o para ejecutar vampiros. Lo sabes.

Asentí.

—Sí, lo sé.

Nos quedamos allí, de pie en el pasillo, contemplándonos el uno al otro. Si las cosas hubieran sido diferentes, estaríamos comprometidos, tal vez planeando una boda. Toda esta tensión sexual habría llegado a una especie de conclusión. De esta forma…

—Voy a llegar tarde. Me tengo que ir.

—¿Vas a decirle a Jean-Claude adiós en persona? —Su cara estaba neutra cuando lo preguntó, pero sus ojos no.

—Es de día. Está en su ataúd.

—Ah —dijo Richard.

—No había planeado ninguna cita con él este fin de semana, así que no le debo ninguna explicación. ¿Es esto lo que querías oír?

—Se aproxima bastante —dijo. Dio un paso alejándose de las taquillas, dejando nuestros cuerpos muy juntos. Se dobló para darme un beso de despedida. Unas risas tontas irrumpieron por el pasillo.

Nos giramos para ver que la mayor parte de su clase se acurrucaba en la entrada mirándonos fijamente. Genial.

Richard sonrió. Levantó la voz lo suficiente para que le oyeran.

—Adentro, monstruos.

Hubo silbidos y una pequeña joven morena me lanzo una mirada muy dura. Creo que debía de haber muchas chicas que estuvieran locas por el Sr.

Zeeman.

—Los trogloditas están revoltosos. Tengo que volver.

Asentí con la cabeza.

—Espero estar de vuelta antes del lunes.

—Entonces, iremos de excursión el próximo fin de semana.

—Dejé a Jean-Claude fuera este fin de semana. No puedo dejarle fuera dos semanas seguidas.

La cara de Richard se contrajo con indicios de rabia.

—Excursión durante el día, ver al vampiro por la noche. Sólo fiesta.

—Esto no me gusta más que a ti —dije.

—Lamento no creerlo.

—Richard.

Suspiró. La cólera desapareció. Nunca entendí como podía hacerlo. Estaba furioso un minuto y calmado al siguiente. Ambas emociones parecían genuinas. Una vez que me enfadaba, estaba enfadada. ¿Tal vez fuera un defecto de mi carácter?

—Lo siento, Anita. No es como si salieras a mis espaldas.

—Nunca haría nada a tus espaldas, lo sabes.

—Lo sé —echó un vistazo hacia su aula—. Tengo que irme antes de que prendan fuego a la clase.

Bajó por el vestíbulo sin mirar hacia atrás. Casi le llamé, pero le dejé ir. El ambiente se había estropeado. Nada como saber que tu novia sale con alguien más para quitar el viento de tus velas. Yo no lo habría aguantado si fuese a la inversa. Un doble rasero, pero con el que podríamos vivir los tres. Si vivir fuera el término para Jean-Claude.

Ah, maldición, mi vida personal era demasiado confusa para expresarla. Bajé por el pasillo teniendo que pasar por la puerta abierta de su aula. Mis tacones altos resonaron como ecos desordenados. No traté de mirarle por última vez. Me haría sentirme peor por la escapada.

No había sido idea mía salir con el Maestro Vampiro de la Ciudad. Jean-Claude me había dado dos opciones; podía matar a Richard o podía salir con ambos. Me había parecido una buena idea en ese momento. Cinco semanas más tarde no estaba tan segura.

Habían sido mis principios los que habían impedido que Richard y yo consumáramos nuestra relación. Consumación, un agradable eufemismo. Pero Jean-Claude había dejado claro una cosa, si hacía algo con Richard, tenía que hacerlo también con él. Jean-Claude trataba de cortejarme. Si

Richard pudiera tocarme, pero no él, sería injusto. Tenía un punto, creo. Pero, pensar en tener sexo con el vampiro, probablemente me mantendría más casta que cualquier gran principio.

No podía salir con ambos indefinidamente. Sólo la tensión sexual me mataba. Podía dejarlo. Richard podría dejarme hacerlo. No le gustaría, pero si hubiera buscado libertad, me habría dejado ir. Por otra parte, Jean-Claude… nunca me habría dejado ir. La pregunta era, ¿quería que me dejara? Respuesta: maldición, sí. El verdadero truco era como liberarse sin que nadie muriera.

Sí, era la pregunta del millón. El problema era que no tenía una respuesta. Tarde o temprano, íbamos a necesitar una. Y más tarde se acercaba cada vez más.



TRES

Me acurruqué contra un lado del helicóptero, una mano aferraba la correa que estaba sujeta con pernos a la pared, con un apretón mortífero. Quería usar ambas manos para agarrarme, como si el sostener fuertemente la estúpida correa me ayudaría cuando el helicóptero cayera a tierra. Usé una mano, porque las dos parecería un gesto de cobardes. Llevaba auriculares puestos, como esos que se usan como protección en un campo de tiro, pero con un micrófono, así podría conversar por encima del castañeteo de los dientes. No comprendía que la mayor parte de un helicóptero es seguro, como ser suspendida en un gran zumbido, vibrando en una burbuja. Mantuve mis ojos cerrados, tanto como me fue posible.

—¿Está bien, Sra. Blake? —preguntó Lionel Bayard. La voz me asustó.

—Sí, estoy bien.

—No tiene buen aspecto.

—No me gusta volar —dije.

Sonrió débilmente. No creo que yo inspirara confianza en Lionel Bayard, abogado y empleado de Beadle, Beadle, Stirling, y Lowenstein. Lionel Bayard era un hombre pequeño, ordenado, con un diminuto bigote rubio, que parecía ser el máximo vello facial que tendría alguna vez. Su mandíbula era triangular, tan suave como la mía. Tal vez el bigote fuera postizo. El traje marrón y amarillo de fino tweed se amoldaba a su cuerpo como un guante bien adaptado. Llevaba una fina corbata a rayas marrón y amarillo con un alfiler de de oro en la corbata. El alfiler estaba personalizado con un monograma. Así como también el delgado maletín de cuero. Todo hacia juego, hasta sus mocasines con borlas de oro.

Larry se retorció en su asiento. Estaba sentado junto al piloto.

—¿Realmente tienes miedo a volar? —Podía ver el movimiento de sus labios, pero todo el sonido se oyó a través de mi auricular; sin ellos, no habríamos sido capaces de hablar por encima del sonido. Parecía divertido.

—Sí, Larry, realmente tengo miedo a volar. —Esperé que el sarcasmo llegara a través de los audífonos tan visiblemente como la diversión.

Larry se rió. El sarcasmo era evidente. Lucía como un perdedor. Vestía su otro traje azul, su camisa blanca, que era una de las tres que poseía, y su segunda mejor corbata. La mejor tenía sangre por todas partes. Él todavía estaba en la universidad, los fines de semana trabaja para nosotros hasta que se graduara. Llevaba el pelo corto, del asombroso color de la zanahoria. Era pecoso y bajo, casi de mi altura, con ojos azules claros. Era parecido a un Opie adulto.

Bayard se esforzaba por no mirarme irritado. El esfuerzo demostró que no debería haberse molestado.

—¿Está segura de estar a la altura de este trabajo? —Me encontré con sus ojos marrones.

—Es mejor que desee que lo sea, Sr. Bayard, porque soy todo que tiene.

—Soy consciente de sus habilidades especializadas, Sra. Blake. Pasé las últimas doce horas poniéndome en contacto con cada empresa de reanimación de los Estados Unidos. Phillipa Freestone, de *Resurrection Company*, me dijo que ella no podía hacer lo que queríamos, que la única persona en el país que podría ser capaz de hacerlo era Anita Blake. Élan Vital en Nueva Orleáns nos dijo lo mismo. Mencionaron a John Burke, pero no se fiaban de que él pudiera hacer todo que pedimos. Debemos tener todos los muertos levantados o será inútil para nosotros.

—¿Le explicó mi jefe que no estoy cien por cien segura de que pueda

hacerlo?

Bayard parpadeó.

—El Sr. Vaughn pareció muy convencido de que usted podía hacer lo qué solicitábamos.

—Bert puede ser tan confiado como quiera. No es el que tiene que levantar ese caos.

—Comprendo que el equipo que ha removido la tierra ha complicado su tarea, Sra. Blake, pero no lo hicimos deliberadamente.

Lo dejé pasar. Había visto las fotos. Habían tratado de cubrirlo. Si el equipo de construcción no hubiera sido local, con algunos simpatizantes Bouvier, ellos habrían removido la tierra, vertido un poco de hormigón, y *voilá*, ninguna prueba.

—De cualquier manera. Haré lo que pueda con lo que usted me ha dejado.

—¿Habría sido mucho más fácil si lo hubiera hecho antes de que las tumbas fueran revueltas?

—Sí.

Suspiró.

—Entonces mis disculpas. —Esto vibró por los auriculares.

Me encogí de hombros.

—A menos que usted lo hiciera personalmente, no es el que me debe una disculpa.

Se removió un poco en su asiento.

—No ordené la excavación. El Sr. Stirling está en la zona.

—¿El Sr. Stirling? —pregunté.

Bayard no pareció apreciar el humor.

—Sí, ese Sr. Stirling. —O tal vez, realmente esperaba que yo conociera el nombre.

—¿Siempre tiene a un socio mayoritario que revisa por encima de su hombro?

Usó un dedo para ajustar sus gafas de montura de oro. Parecía un antiguo gesto anterior a sus gafas nuevas y trajes de diseñador.

—Con tanto dinero en juego, el Sr. Stirling pensó que debía estar en la zona por si hubiera más problemas.

—¿Más problemas? —pregunté.

Él parpadeó rápidamente, como un conejo emperifollado.

—El asunto Bouvier.

Mentía.

—¿Qué más está mal en su pequeño proyecto?

—¿Qué quiere decir, Sra. Blake? —Sus dedos con manicura alisaron su corbata.

—Ha tenido usted más problemas que únicamente el de los Bouviers. —Lo dije como una declaración.

—Cualquier problema que podamos o no estar teniendo, Sra. Blake, no es de su interés. La contratamos para levantar a los muertos y determinar la identidad de esos difuntos. Más allá de eso, no tiene más deberes aquí.

—¿Ha reanimado alguna vez a un zombi, Sr. Bayard?

Parpadeó otra vez.

—Por supuesto que no. —Pareció ofendido.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que los otros problemas no afectarán mi trabajo?

Las pequeñas líneas de su ceño fruncido se profundizaron entre las cejas. Era abogado y llevaba una buena vida, pero pensar parecía ser algo difícil para él. Este hecho te hacía preguntarte donde se había graduado.

—No veo como nuestras pequeñas dificultades podrían afectar su trabajo.

—Acaba de confesar que usted no conoce nada sobre mi trabajo —dije.

—¿Cómo sabe lo que va a afectar y lo qué no? —De acuerdo, estaba pillada.

Probablemente, Bayard tenía razón. Los otros problemas seguramente no me afectarían, pero nunca se sabe. No me gusta que me mantengan en la oscuridad. Y no me gusta que me mientan, ni siquiera por omisión.

—Creo que el Sr. Stirling tendría que llamar para decir si usted necesita saberlo o no.

—No es lo suficientemente importante como para tomar esa decisión —dije.

—No —dijo Bayard—, no lo soy.

Dios, algunas personas no saben aguantar el sarcasmo. Eché un vistazo a Larry. Él se encogió de hombros.

—Parece que aterrizamos.

Eché un vistazo a la tierra que se acercaba rápidamente. Estábamos en medio de las Montañas Ozark, que se cernía sobre nosotros como una maldita cicatriz de tierra rojiza. El lugar de la construcción, supuse.

La tierra creció para encontrarnos. Cerré mis ojos y tragué con fuerza.

El paseo casi había terminado. Yo no vomitaría cerca de la tierra. El paseo casi había terminado. Casi. Casi. Hubo un golpe que me hizo jadear.

—Hemos aterrizado —dijo Larry—. Ya puedes abrir los ojos.

Lo hice.

—Disfrutas con este infierno, ¿verdad?

Sonrió abiertamente.

—No consigo verte muy a menudo fuera de tu elemento.

El helicóptero fue rodeado por una nube de tierra rojiza. Las hélices comenzaron a reducir la marcha con un intenso *whump, whump*. Podíamos ver donde estábamos a medida que las hélices se detenían y la tierra se asentaba.

Era en un área pequeña, llana, entre un conjunto de montañas. Parecía que alguna vez había sido un estrecho valle, pero las topadoras lo habían ensanchado, lo habían aplanado y habían hecho una plataforma de aterrizaje. La tierra era tan roja que parecía un río de herrumbre. La montaña ante el helicóptero era de un rojo terraplén. El equipo pesado y los coches estaban amontonados en un lateral lejano del valle. Los hombres se apiñaban alrededor del equipo, protegiendo sus ojos del polvo.

Cuando las hélices pararon, Bayard desabrochó su cinturón de seguridad. Yo también lo hice. Nos quitamos los auriculares y Bayard abrió su puerta. Abrí la mía y encontré que la tierra estaba más lejos de lo que pensaba. Tuve que exponer una larga línea del muslo para tocar tierra.

Los obreros de la construcción fueron generosos. Silbidos, chiflidos, y hasta una oferta para comprobar bajo mi falda. No, esas no fueron exactamente las palabras usadas.

Un hombre alto con un casco blanco caminó hacia nosotros. Llevaba puesto un mono de trabajo color café claro, pero sus zapatos cubiertos de suciedad eran Gucci y su bronceado perfecto era de gimnasio. Un hombre y una mujer lo seguían.

El hombre parecía un auténtico capataz. Estaba vestido con vaqueros y una camisa de trabajo con las mangas enrolladas sobre sus musculosos antebrazos. Nada de raquetball o tenis, sino de trabajar realmente duro.

La mujer llevaba puesto un traje tradicional de falda, con una pequeña corbata de Blousy en el cuello. El traje era caro, pero era un tono desafortunado de morado parduzco que no ayudaba nada con el pelo castaño rojizo de la mujer, pero hacía juego con el colorete que se había puesto en sus mejillas. Comprobé su escote, y sí, tenía realmente una pálida

línea justo encima de su cuello donde la base no había sido aplicada. Parecía que se hubiera arreglado en una escuela de payasos.

No parecía joven. Uno pensaría que alguien, en algún lugar, la habría puesto al tanto de lo mal que se veía. Por supuesto, yo no iba a decírselo. ¿A quién debía criticar?

Stirling tenía los ojos grises más pálidos que había visto alguna vez. El iris era sólo un tono más oscuro que el blanco de sus ojos. Estaba allí de pie, con su séquito detrás. Me miró de arriba abajo. No pareció gustarle lo que vio. Sus extraños ojos revisaron a Larry con su traje barato y arrugado. El Sr. Stirling frunció el ceño. Bayard se acercó, colocando la chaqueta en su lugar.

—Sr. Stirling, ella es Anita Blake. Sra. Blake, el es Raymond Stirling.

Él sólo se mantuvo de pie, mirándome como si estuviera decepcionado. La mujer equilibró un cuaderno de apuntes en el sujetapapeles y cogió una pluma. Tenía que ser su secretaria. Ella pareció preocupada, como si fuera muy importante que el Sr. Raymond Stirling nos gustara. Comenzaba a no preocuparme si le gustábamos o no. Lo que quería decirle era: *¿quieres problemas*?, pero lo que dije fue:

—¿Hay algún problema, Sr. Stirling? —Bert habría estado contento.

—Usted no es lo que esperaba, Sra. Blake.

—¿Y eso es?

—Bonita, en primer lugar. —No era un elogio.

—¿Y?

Él señaló mi traje.

—No está vestida apropiadamente para el trabajo.

—Su secretaria lleva tacones.

—El atuendo de la Sra. Harrison no es de su incumbencia.

—Y mi atuendo no es de la suya.

—Bastante justo, pero va a pasar por un infierno subiendo la montaña con esos zapatos.

—Tengo un mono de trabajo y Nikes en mi maleta.

—No creo que me guste su actitud, Sra. Blake.

—Sé que no me gusta la suya —le respondí.

El capataz por detrás de él tenía problemas para no sonreír. Sus ojos estaban brillantes con el esfuerzo. La Sra. Harrison pareció un poco asustada. Bayard se había movido a un lado, más cerca de Stirling. Aclarando de que lado estaba. Cobarde.

Larry se me acercó.

—¿Quiere usted este trabajo, Sra. Blake?

—No lo bastante para apenarme, no.

La Sra. Harrison pareció que se hubiera tragado un insecto. Un insecto grande, repugnante, que se retorcía. Creo que había perdido la oportunidad de agacharme y adorar los pies de su jefe.

El capataz tosió tras su mano. Stirling le echó un vistazo, después volvió a mirarme.

—¿Es usted siempre tan arrogante? —preguntó.

Suspiré.

—Prefiero la palabra *segura* a *arrogante*, pero le diré algo. Me controlaré si usted lo hace.

—Lo siento tanto, Sr. Stirling —dijo Bayard—. Le pido perdón. No tenía ni idea…

—Cállese, Lionel —dijo Stirling.

Lionel se calló.

Stirling me miraba con sus extraños ojos pálidos. Movió la cabeza.

—De acuerdo, Sra. Blake. —Sonrió—. Voy a controlarme.

—Genial —respondí.

—Bien, Sra. Blake, vayamos hasta la cima y veamos si es realmente tan buena como piensa que lo es.

—Puedo echar un vistazo al cementerio, pero hasta que no esté completamente oscuro no podré hacer nada más.

Él frunció el ceño y echó un vistazo a Bayard.

—Lionel. —Aquella palabra tenía mucho énfasis en ella. Cólera buscando un objetivo. Dejaría de meterse conmigo, pero Lionel sería el blanco.

—Le mandé por fax una nota, señor, tan pronto como comprendí que la Sra. Blake sería incapaz de ayudarnos hasta que estuviera oscuro.

Buen hombre. En caso de duda, cúbrete el culo con papel.

Stirling lo fulminó con la mirada. Bayard pareció compungido, pero mantuvo la posición protegido detrás de su nota.

—Llamé a Beau y le hice traer a todos aquí creyendo que podríamos conseguir terminar algo del trabajo hoy. —Su mirada estaba fija en Bayard. Lionel flaqueó un poco; evidentemente, una nota no era protección suficiente.

—Sr. Stirling, aun si pudiera levantar el cementerio en una noche, y

esto es un gran *si*, ¿qué ocurrirá si los muertos son todos Bouviers? ¿Y si esto es un lote familiar? Mi conocimiento dice que la construcción se detendrá hasta que usted compre de nuevo la tierra.

—Ellos no quieren vender —dijo Beau.

Stirling lo fulminó con la mirada. El capataz sólo sonrió suavemente.

—¿Dice usted que el proyecto entero quedará fuera si es el lote de la familia Bouvier? —pregunté a Bayard—. ¿Por qué Lionel no me lo dijo?

—No había ninguna necesidad de que usted lo supiera —dijo Bayard.

—¿Por qué no querrían vender la tierra por un millón de dólares? —preguntó Larry. Era una buena pregunta.

Stirling le miró como si hubiera aparecido por arte de magia. Indiscutiblemente, no se suponía que los lacayos hablaran.

—Magnus y Dorcas Bouvier tan sólo tienen un restaurante llamado *Huesos Sangrientos*. No es nada. No tengo ni idea de por qué no querrían ser millonarios.

—¿*Huesos Sangrientos*? ¿Qué tipo de nombre es para un restaurante? —preguntó Larry.

Me encogí de hombros.

—No dice exactamente *Bon Apetite*. —Miré a Stirling. Tenía cara de disgusto, pero eso era todo. Habría apostado un millón de dólares a que sabía exactamente por qué los Bouviers no querían vender. Pero no lo mostraba en su cara. Sus naipes estaban cerca de su pecho, e ilegibles.

Me volví a Bayard. Tenía un rubor malsano en sus mejillas, y evitó mirarme fijamente. Jugaría al póquer con Bayard cualquier día. Pero no delante de su jefe.

—Bien. Me cambiaré por algo más voluminoso e iremos a mirar. —El piloto me entregó mi maleta. El mono de trabajo y los zapatos estaban encima.

Larry llegó hasta mí.

—Caramba, desearía haber pensado en el mono de trabajo. Este traje no va a sobrevivir al viaje.

Saqué dos monos de trabajo.

—Prepárate.

Él sonrió abiertamente.

—Gracias.

Me encogí de hombros.

—Algo bueno de tener casi el mismo tamaño. —Me quité la chaqueta

negra y el arma quedó a la vista.

—Sra. Blake —dijo Stirling—. ¿Por qué va armada?

Suspiré.

Estaba cansada de Raymond. No había subido hasta la cima de la colina y no quería ir. La última cosa que quería hacer era estar aquí y debatir si necesitaba un arma. La blusa roja era de manga corta. Los recursos visuales son siempre mejores que las conferencias.

Me acerqué con los brazos extendidos, exponiendo el interior de ambos antebrazos. Tengo una cicatriz limpia de cuchillo en mi brazo derecho, nada demasiado dramático. Mi brazo izquierdo es una calamidad. Sólo ha pasado un mes desde que un *cambiaformas* leopardo abrió mi brazo. Un agradable doctor lo había unido de nuevo, pero se pueden ver las marcas de las garras. La cicatriz de la quemadura cruciforme que unos ingeniosos siervos de un vampiro me habían hecho estaba ahora un poco torcida debido a las garras. Tenía un pliegue de tejido de una cicatriz en la curva de mi brazo donde un vampiro me había mordido y había roído el hueso creándome cicatrices blancas como el agua.

—Jesús —dijo Beau.

Stirling se puso un poco pálido, pero se mantuvo bien firme, como si las hubiera visto peores. Bayard se volvió verde. La Sra. Harrison palideció de modo que el maquillaje flotaba en su piel como nenúfares impresionistas.

—No voy a ninguna parte desarmada, Sr. Stirling. Vivo con ello, porque tengo que hacerlo.

Él asintió con la cabeza, sus ojos estaban muy serios.

—Bien, Sra. Blake. ¿Su ayudante también está armado?

—No —dije.

Él asintió otra vez.

—Bien. Cambiase, y cuando esté lista, subiremos.

Larry cerraba la cremallera de su mono de trabajo cuando me volví hacia atrás.

—Podría haber estado armado, lo sabes —dijo.

—¿Trajiste tu arma? —pregunté.

Asintió.

—¿Descargada en tu maleta?

—Justo como me dijiste.

—Bien. —Lo dejé pasar. Larry quería ser un Ejecutor Judicial tanto como Reanimador, lo que significaba que tenía que saber usar un arma. Un

arma con balas de plata que podrían hacer más lento a un vampiro. Trabajaríamos hasta con escopetas que podían arrancar una cabeza y un corazón desde una distancia relativamente segura. Mándalo al infierno a golpes sin arriesgar.

Le había conseguido un permiso de armas con la condición de que lo llevara oculto hasta que yo creyera que era lo suficientemente bueno disparando como para no hacer un agujero en él o en mí. Le había conseguido el permiso principalmente porque podríamos llevarlo en el coche y usarlo de repuesto en cualquier momento.

El mono de trabajo pasó sobre la falda como por magia. Me quité los tacones y me puse los Nikes. Dejé el mono de trabajo desabrochado lo suficiente como para poder sacar el arma de ser necesario, y ya estaba lista para ir.

—¿Sube usted con nosotros, Sr. Stirling?

—Sí —respondió.

—Entonces muéstrenos el camino —dije.

Él pasó por delante de mí, echando un vistazo a los monos de trabajo. O tal vez visualizando el arma bajo él. Beau comenzó a seguirle, pero Stirling le dijo:

—No, la llevaré solo.

Silencio entre los tres lacayos. Yo había esperado que la Sra. Harrison se quedara atrás con sus zapatos de tacón alto, pero estaba segura de que los dos hombres vendrían. Por la mirada de sus caras, también ellos.

—Espere un minuto. Usted dijo *la llevaré*. ¿Quiere que Larry también espere aquí abajo?

—Sí.

Negué con mi cabeza.

—Él está en fase de entrenamiento. No puede aprender si no lo ve de hacer.

—¿Hará algo hoy que tenga que ver?

Pensé en eso durante un minuto.

—Supongo que no.

—¿Podré subir después de anochecer? —preguntó Larry.

—Podrás verlo y ensuciarte, Larry. No te preocupes.

—Por supuesto —dijo Stirling—. No tengo ningún problema en que su socio haga su trabajo.

—¿Por qué no puede venir ahora? —pregunté.

—Por lo que le pagamos, Sra. Blake, sígame la corriente.

Era extrañamente cortés, entonces asentí con la cabeza.

—Bien.

—¿Sr. Stirling? —llamó Bayard—, ¿está seguro de que debe subir solo?

—¿Por qué motivo no debería, Lionel?

Bayard abrió su boca, la cerró, luego dijo:

—Ninguna razón, Sr. Stirling.

Beau se encogió de hombros.

—Diré a los hombres que se vayan a casa.

Comenzó a alejarse, después se detuvo.

—¿Quiere que el equipo vuelva mañana?

Stirling me miró.

—¿Sra. Blake?

Sacudí mi cabeza.

—No lo sé aún.

—¿Cuál es su mejor suposición? —preguntó.

Examiné a los hombres que esperaban.

—¿Se les paga tanto si vienen como si no?

—Sólo si se muestran —dijo Stirling.

—Entonces ningún trabajo para mañana. No puedo garantizar que vayan a tener algo que hacer.

Stirling asintió con la cabeza.

—Ya la oyó, Beau.

Beau me miró, después a Stirling. Tenía algo extraño en su cara, mitad divertida, mitad de algo que no podía leer.

—Lo que usted diga, Sr. Stirling. Sra. Blake. —Dio media vuelta y se alejó a zancadas sobre la tierra, agitando las manos hacia los hombres mientras se movía. Estos comenzaron a marcharse mucho antes de que se pusiera a su altura.

—¿Qué quiere que hagamos nosotros, Sr. Stirling? —preguntó Bayard.

—Espérennos.

—¿El helicóptero también? Tiene que marcharse antes del anochecer.

—¿Estaremos abajo antes del anochecer, Sra. Blake?

—Seguro. Sólo voy a echar una rápida mirada alrededor. Sin embargo, tendré que regresar aquí después del anochecer.

—Le mandaré un coche y un conductor durante su estancia.

—Gracias.

—¿Vamos, Sra. Blake? —Me hizo señas de que avanzara. Algo había cambiado en el modo en el que me trataba. No lo podía señalar, pero no me gustó.

—Después de usted, Sr. Stirling.

Él inclinó la cabeza y tomó la delantera, andando a zancadas sobre la roja tierra con sus zapatos de mil dólares.

Larry y yo intercambiamos miradas.

—No tardaré, Larry.

—Nosotros, los lacayos, no vamos a ninguna parte —dijo.

Sonreí. Él sonrió. Me encogí de hombros. ¿Por qué quería Stirling que sólo fuéramos nosotros dos? Volví a mirar al socio mayoritario cuando caminó a través de la rasgada tierra. Le seguí. Averiguaría el secreto de todo esto cuando llegáramos a la cumbre. Apostaba que no me gustaría lo que oiría. Sólo yo y el gran queso sobre la montaña con los muertos. ¿Qué podría ser mejor?



CUATRO

La vista desde la cumbre de la montaña mereció la excursión. Los árboles se extendían hacia el horizonte. Estábamos de pie en un círculo del bosque que no parecía mostrar la mano del hombre hasta donde podía ver. Aquel primer rubor verde era más pronunciado allí. Pero lo que se notaba más era el color lavanda de los redbuds entre los oscuros árboles. Los redbuds eran tan delicados que si florecieran en verano, estarían perdidos entre todas las hojas y flores, pero allí, con los árboles desnudos, los redbuds eran llamativos. Unos cornejos habían comenzado a florecer añadiendo blanco al lavanda. Primavera en las Ozarks, ah.

—La vista es magnífica —dije.

—Sí lo es —dijo Stirling—, ¿verdad?

Los Nikes negros estaban cubiertos por una suciedad teñida como la herrumbre. La tierra herida llenaba la cumbre. La cima había sido probablemente tan bonita como el resto una vez. Había un hueso de brazo

lleno de suciedad al lado de mis pies. La parte inferior del brazo a juzgar por la longitud. Los huesos eran delgados y todavía unidos por restos de tejido seco.

Una vez que vi un hueso, mis ojos encontraron más para mirar. Parecía uno de esos cuadros del ojo mágico donde miras y miras fijamente, y de repente ves lo que hay. Los vi a todos ellos, alzándose de la tierra con las manos levantadas en un río de herrumbre.

Había unos ataúdes astillados, las mitades rotas separadas en el aire, pero sobre todo eran huesos. Me arrodillé y coloqué mi palma sobre la destrozada tierra. Intenté sentir alguna sensación de los muertos. Había algo débil y remoto, como un olorcillo de perfume, pero no era nada bueno. Bajo la brillante luz del sol de primavera no podía trabajar mí… magia. El levantamiento de muertos no era maligno, pero requería oscuridad. No sabía por qué.

Me levanté, limpiandome las manos en el mono de trabajo, tratando de quitar el polvo rojo. Stirling estaba al borde de la suciedad, mirando fijamente lejos al horizonte. Había una indiferencia en su mirada fija que me decía que no admiraba los árboles.

Habló sin mirarme.

—No puedo intimidarla, ¿podría, Sra. Blake?

—No —dije.

Se volvió con una sonrisa, pero dejó los ojos vacíos, hechizados.

—Invertí todo lo que tenía en este proyecto. No sólo mi dinero, el dinero de los clientes. ¿Entiende lo que le digo, Sra. Blake?

—Si los cuerpos de aquí son Bouviers, está jodido.

—Que tan elocuentemente lo dice.

—¿Por qué subimos nosotros solos, Sr. Stirling? ¿Por qué todo este tejemaneje?

Respiró profundamente el aire suave y dijo:

—Quiero que diga que no son antepasados Bouviers aunque si lo sean. —Me miró cuando lo dijo. Miraba mi cara.

Sonreí y sacudí mi cabeza.

—No mentiré por usted.

—¿No puede hacer que los zombis mientan?

—Los muertos son muy honestos, Sr. Stirling. No mienten.

Dio un paso hacia mí, la cara muy sincera.

—Mi futuro entero depende de usted, Sra. Blake.

—No, Sr. Stirling, el futuro depende de los muertos a sus pies. Cualquier cosa que salga de esas bocas lo decidirá.

Inclinó la cabeza.

—Supongo que es lo justo.

—Justo o no, esa es la verdad.

Inclinó la cabeza otra vez. Un poco de luz se había ido de su cara, como alguien que había rechazado el poder. Las líneas de la cara eran de repente más claras. Había envejecido diez años en unos segundos. Cuando encontró mi mirada, sus impresionantes ojos estaban angustiados.

—Le daré una parte de los beneficios, Sra. Blake. Podría ser millonaria en unos años.

—Sabe que el soborno no surtirá efecto.

—Sabía que esto no funcionaría unos minutos después de conocernos, pero tenía que intentarlo.

—Realmente cree que es una conspiración de la familia Bouvier, ¿verdad? —le pregunté.

Respiró hondo y se alejó de mí para mirar fijamente a lo lejos; a los árboles. No iba a contestar mi pregunta, no tenía por qué hacerlo. No estaría tan desesperado si no creyera que estaba jodido.

—¿Por qué no venderán los Bouviers?

Echó un vistazo hacia atrás.

—No lo sé.

—Mire, Stirling, sólo estamos nosotros dos aquí, nadie a quien necesite impresionar, sin testigos. Sabe por qué no se venderán. Sólo dígamelo.

—No lo sé, Sra. Blake —dijo.

—Es un maestro del control, Sr. Stirling. Ha supervisado cada detalle de este acuerdo. Ha visto personalmente cada punto sobre la «*i*", cada "*t*» cruzada. Este es su bebé. Sabe todo sobre los Bouviers y los problemas. Sólo dígamelo.

Solamente me miró. Los pálidos ojos estaban opacos, vacíos como una ventana sin una casa. Lo sabía, pero no iba a decírmelo. ¿Por qué?

—¿Qué sabe sobre los Bouviers?

—Los vecinos piensan que son brujas. Hacen pequeñas adivinaciones, hechizos inofensivos. —Había algo en su forma de decirlo, demasiado ocasional, demasiado improvisado. Hizo que deseara conocer a los Bouviers en persona.

—¿Alguno es bueno con la magia? —pregunté.

—¿Cómo se supone que voy a saberlo?

Me encogí de hombros.

—Sólo es curiosidad. ¿Hay alguna razón por la que quiere tener este monte?

—Mírelo. —Extendió los brazos ampliamente—. Es perfecto. Perfecto.

—Tiene una gran vista —dije—. Pero ¿no sería la vista igualmente buena en aquella cumbre? ¿Por qué ésta? ¿Por qué tiene que tener la de los Bouviers?

Sus hombros cayeron; entonces se enderezó y me fulminó con la mirada.

—Quería esta tierra, y la conseguí.

—La consiguió. El problema es, Raymond, ¿puede mantenerla?

—Si no va a ayudarme, no se burle de mí. Y no me llame Raymond.

Abrí la boca para decir algo más y mi busca se encendió. Lo cogí del mono de trabajo y comprobé el número.

—Mierda —dije.

—¿Qué ocurre?

—Un aviso de la policía. Tengo que conseguir un teléfono.

Me miró con ceño.

—¿Por qué le llama la policía?

Eso en cuanto a tener un nombre conocido.

—Soy la Ejecutora Judicial de vampiros en un área de tres estados. Estoy unida al Brigada Regional de Investigación Preternatural.

Me miraba fijamente.

—Me sorprende, Sra. Blake. No muchas personas hacen eso.

—Tengo que encontrar un teléfono.

—Tengo un teléfono móvil con batería al final de esta maldita colina.

—Genial. Estoy lista para bajar si usted lo está.

Giró una última vez, admirando aquella vista de mil millones de dólares que robaba el aliento.

—Sí, estoy listo para bajar.

Era una elección interesante de palabras, un Lapsus linguae como se podría decir. Stirling quería esa tierra por alguna perversa razón. Tal vez porque le dijeron que no podía tenerla. Algunas personas son así. Cuanto más les dices que no, más lo quieren. Eso me recordaba a cierto maestro vampiro que conocía. Esa noche recorrería la tierra, visitando a los muertos. No sería, probablemente, hasta la siguiente noche que realmente

intentara levantarlos. Si el asunto de la policía era bastante urgente, podía tardar más. Esperaba que no fuera urgente. La urgencia, generalmente, quería decir cadáveres. Cuando los monstruos estaban implicados, nunca era un solo cuerpo. De una u otra forma, los muertos se multiplican.



CINCO

Regresamos al valle. El equipo de construcción se había ido, excepto Beau, el capataz. La Sra. Harrison y Bayard estaban de pie al lado del helicóptero, apiñándose para hacerle frente al páramo. Larry y el piloto estaban de pie a un lado, fumando, compartiendo la camaradería de toda esa gente que está decidida a ennegrecer sus pulmones.

Stirling anduvo hacia ellos, con paso largo, firme y seguro una vez más. Había dejado sus dudas en la cima de la montaña. O eso parecía. Volvía a ser el socio sénior insensible una vez más. La apariencia lo es todo.

—Bayard, consiga un teléfono, la Sra. Blake tiene que usarlo.

Bayard dio un pequeño salto, asustado, como si le hubieran pillado haciendo algo que no debería. La Sra. Harrison se veía un poco azorada. ¿Había romance en el aire y no estaba permitido? Nada de confraternizar entre lacayos.

Bayard escapó a través de la suciedad hacia el último coche. Trajo lo

que parecía una pequeña mochila negra con asas. Sacó un teléfono y me lo dio. Se parecía a un walkie-talkie sin antena.

Larry avanzó oliendo a humo.

—¿Qué pasa?

—El busca sonó.

—¿Bert?

Negué con la cabeza.

—La policía.

Me alejé unos pasos de nuestro grupo. Larry fue lo bastante cortés para quedarse con ellos, aunque no tuviera que hacerlo. Marqué el número de Dolph. El sargento de policía Rudolf Storr era el cabecilla de la Brigada Regional de Investigación Preternatural.

Contestó al segundo tono.

—¿Anita?

—Sí, Dolph, soy yo. ¿Qué pasa?

—Tres cadáveres.

—¿Tres? Mierda —mascullé.

—Sí —contestó.

—Ahora no puedo ir, Dolph.

—Sí, puedes.

Había algo en su voz.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Las víctimas están cerca de ti.

—¿Cerca de Branson?

—A veinticinco minutos al este de Branson —confirmó.

—Estoy a cuarenta millas de Branson, en medio de ninguna maldita parte.

—En medio de ninguna parte es donde está esto —comentó Dolph.

—¿Sois chicos voladores? —pregunté.

—No, encontramos a una víctima de vampiro en la ciudad.

—Jesús, ¿son las otras tres víctimas de vampiro?

—No lo creo —contestó.

—¿Qué quieres decir con que no lo crees? —pregunté.

—A éste le tiene La Patrulla de la Autopista Estatal de Misuri. La sargento Freemont es la investigadora responsable. No cree que fuera un vampiro porque los cuerpos están mutilados. Faltan pedazos de los cuerpos. Tuve que dar muchas vueltas para conseguir sacarle tanta información. La

sargento Freemont parece convencida de que el RPIT va a llegar y le va a robar toda la gloria. Está particularmente preocupada por nuestra reina de los zombies favorita que acapara titulares.

—Esa es mi parte favorita, a la que más caso hago —agregué—. Parece encantadora.

—Apuesto a que es aún más encantadora en persona —afirmó Dolph.

—¿Y conseguiré conocerla?

—Te eligió considerando sus opciones entre un gran brigada que bajará más tarde o tú sola ahora mismo. Pienso que ve el tenerte sola, sin nosotros para respaldarte, como el mal menor.

—Agradable ser el mal menor para variar —añadí.

—Podría mejorar —comentó Dolph—. Aún no te conoce demasiado bien.

—Gracias por el voto de confianza. Déjame ver si lo he entendido. ¿Ninguno de vosotros va a acudir a la escena?

—No en seguida. Sabes que estamos faltos de personal hasta que Zerbrowski vuelva al servicio.

—¿Qué le hace pensar a La Patrulla Estatal de Carretera de Misuri que una civil pueda ayudarles en una investigación de asesinato?

—Dejé claro que eres un miembro valioso de mi brigada.

—Gracias por el elogio, pero todavía no tengo una insignia para mostrar.

—Podrás si esa nueva ley federal entra en vigor —comentó Dolph.

—No me lo recuerdes.

—¿No quieres ser un marshal? —Su voz era muy suave. Nah, divertida.

—Estuve de acuerdo con que deberían licenciarnos, pero darnos el cargo de marshal es ridículo.

—Podrás manejarlo.

—¿Pero quién más? ¿John Burke, con el poder de la ley detrás de él? Déjame en paz.

—No se aprobará, Anita. El grupo de presión a favor de los vampiros es demasiado fuerte.

—De los labios a los oídos de Dios. A menos que revoquen la necesidad de las órdenes judiciales de ejecución, matarlos no será más fácil, y ellos no lo harán. Ya he salido del estado para ejecutar vampiros. No necesito ninguna apestosa insignia.

—Si te metes en problemas, da un grito —bromeó Dolph.

—Realmente, esto no me gustan Dolph. Estoy fuera investigando un asesinato sin ningún reconocimiento oficial.

—¿Lo ves? Necesitas una insignia de verdad. —Oí que suspiraba a través del teléfono—. Mira Anita, no te abandonaría si no tuviéramos nuestros propios problemas. Tengo un cuerpo aquí. Cuando pueda, te enviaré a alguien. Demonios, me gustaría que vinieras a ver nuestro cadáver. Eres nuestra experta residente en monstruos.

—Dame algunos detalles y trataré de jugar a Kreskin.

—Varón, inicio de la veintena, el rigor mortis no está presente.

—¿Dónde está el cuerpo?

—En su piso.

—¿Cómo pudiste llegar allí tan pronto?

—El vecino oyó una pelea, llamó al 911 y ellos nos llamaron.

—Dame su nombre.

—Fredrick Michael Summers, Freddy Summers.

—¿Tiene alguna vieja mordedura de vampiro en su cuerpo? ¿Mordeduras curadas?

—Sí, bastantes. Parece un maldito alfiletero. ¿Cómo lo sabes?

—¿Cuál es la primera regla de un homicidio? —pregunté—. Compruebas al más cercano y querido. Si él tuviera una amante vampira, tendría marcas de mordiscos ya curadas. Y más de ellas, dependiendo de la duración de la relación. Ninguna vampiresa puede morder a una víctima tres veces dentro del mismo mes sin correr el riesgo de matarlo y levantarlo como vampiro. Puedes hacer que diferentes vampiros muerdan a alguien, pero eso haría a Freddy un adicto a los vampiros. Pregunta a los vecinos si había muchos chicos o mujeres diferentes que entraran y salieran por la noche.

—Nunca se me hubiera ocurrido que un vampiro podría ser el más cercano y querido de alguien —comentó Dolph.

—Legalmente, son personas. Quiero decir que también tienen amores.

—Comprobaré los diámetros de mordedura —agregó Dolph—. Por si coinciden con un vampiro, una amante, o diferentes de ellos y nuestro chico hacía grupos.

—Espérate una amante —comenté—. Si es toda una vampiresa, hasta podría resucitar.

—La mayoría de los vampiros saben bastante acerca de cortar gargantas o arrancar cabezas —objetó.

—No parece bien planeado. Delito de pasión, tal vez.

—Tal vez. Freemont reserva los cuerpos para ti. Aguarda tu experiencia con impaciencia.

—Apuesto a que sí.

—No rompas las pelotas de Freemont, Anita.

—No comenzaré nada, Dolph.

—Se cortés —me pidió.

—Siempre —contesté con mi voz más suave.

Suspiró.

—Intenta recordar que puede que los estatales nunca hayan visto cuerpos a los que les falten trozos.

Ahora era mi turno para suspirar.

—Seré buena, palabra de scout. ¿Tienes la dirección?

Saqué, de un bolsillo del mono de trabajo, un pequeño cuaderno con una pluma enganchada a un extremo de la espiral. Había comenzado a llevarlo justo para tales ocasiones.

Me notificó la dirección que Freemont le había dado.

—Si ves algo dudoso en la escena del crimen, mantenla intacta y trataré de enviar a algunas personas. Por otra parte, revisa a la víctima, da a los estatales tu opinión, y déjales hacer su trabajo.

—¿De verdad crees que Freemont me dejará cerrar su tinglado y obligarla a esperar a la RPIT?

Silencio.

—Hazlo lo mejor que puedas, Anita. Llama si podemos hacer algo para conseguirlo.

—Sí, seguro.

—Prefiero tenerte a ti en un asesinato antes que a muchos polizontes que conozco —aseveró Dolph.

Era un elogio enorme viniendo de Dolph. Él era el último gran policía del mundo.

—Gracias, Dolph.

Le hablaba al aire. Dolph había colgado. Siempre lo hacía. Presioné el botón, apagué el teléfono y me mantuve allí, de pie, durante un minuto.

No me gustaba estar fuera, en territorio desconocido, con policías desconocidos, y víctimas parcialmente devoradas. Dar vueltas con la *Santa Compaña* me legitimizó. Hasta había tirado de eso de «*estoy con la brigada*» en la escena de un crimen. Tenía una pequeña insignia de

identificación prendida en mi ropa. No era una placa policial, pero realmente parecía oficial. Fingir en el césped de una casa donde sabía que podía correr hacía Dolph si me metía en problemas era una cosa, estar aquí fuera, sin respaldo, era otra historia.

La policía no tiene absolutamente ningún sentido del humor con los civiles que se meten en sus casos de homicidio. En realidad, no puedo culparlos. Yo no soy estrictamente una civil, pero no tengo ningún grado oficial. Ninguna influencia. Tal vez la nueva ley sería una buena idea.

Sacudí la cabeza. Teóricamente, podía entrar en cualquier comisaría de policía del país y ayudar, o implicarme sin ser invitada en cualquier caso. Teóricamente. En la vida real, los policías lo odiarían. Sería como darle la bienvenida a un perro mojado durante una noche fría. Ni federal, ni local, y no había suficientes ejecutores judiciales en el país como para llenar una docena de ranuras. Sólo podía nombrar a ocho de nosotros; dos de ellos estaban retirados.

La mayor parte se especializaron en vampiros. Yo era uno de los pocos que revisaban otros tipos de matanzas. Allí estaba, la discusión de la ampliación de la nueva ley para incluir todas las matanzas sobrenaturales. Para la mayor parte de los ejecutores estarían fuera de sus conocimientos. Esto era un aprendizaje informal. Yo tenía un grado universitario en biología sobrenatural, pero no era lo común. La mayor parte de los licántropos delincuentes, los gnomos que ocasionalmente se volvían agresivos y otras bestias más grandes, eran eliminados por cazarecompensas, pero la nueva ley no les daría poderes especiales. Los ejecutores judiciales, la mayor parte de nosotros, trabajábamos estrictamente dentro de los márgenes de la ley. O quizás, teníamos mejor prensa.

Se llevaba hablando de vampiros que eran monstruos desde hacía años. Pero hasta que la hija de un senador no fue atacada hacía unas semanas, nadie hizo una mierda. Ahora, de repente, era una causa célebre. La comunidad legal de vampiros entregó al supuesto atacante dentro de un saco en la casa del senador. Dejaron su cabeza y torso intactos, lo que significaba que, incluso sin brazos y piernas, no moriría. Admitió el ataque. Había sido un nuevo no-muerto y salió con una cita, como cualquiera otro macho viril de veintiún años. Sí, claro.

El asesino a sueldo local, Gerald Mallory, había llevado a cabo la ejecución. Se había establecido fuera de Washington D.C., tenía que rondar

los sesenta ahora. Todavía usaba estaca y martillo. ¿Puedes creerlo?

Hubo un poco de discusión sobre el hecho de que al haber cortando sus brazos y piernas, permitiría que lo mantuviéramos en la cárcel. Fue vetado, principalmente con motivo del extraño y cruel castigo. Tampoco hubiera servido, no para los vampiros realmente viejos. No es que sólo sus cuerpos fueran peligrosos.

Además, no creo en la tortura. Si cortar brazos y piernas a alguien y ponerlo en una pequeña caja durante toda la eternidad no es tortura, no sé qué lo es.

Regrese con el grupo. Devolví el teléfono a Bayard.

—Espero que no sean malas noticias —comentó.

—Personales, no —contesté.

Parecía perplejo. No era un acontecimiento raro en Lionel.

Hablé directamente con Stirling.

—Tengo que ir al escenario de un crimen cerca de aquí. ¿Hay algún sitio donde alquilar un coche?

Negó con la cabeza.

—Dije que tendría coche y conductor mientras estuviera aquí. Y es lo que quise decir.

—Gracias. Pero no estoy tan segura sobre lo del conductor. Es la escena de un delito, por lo que no querrán civiles andando por los alrededores.

—Un coche, entonces; sin conductor. Lionel, ve con la Sra. Blake y consíguele lo que quiera.

—Sí, señor.

—La encontraré aquí cuando anochezca, Sra. Blake.

—Estaré aquí al anochecer, si puedo, Sr. Stirling, pero el asunto policial tiene prioridad.

Me miró con ceño.

—Trabaja para mí, Sra. Blake.

—Sí, pero también soy una Ejecutora Judicial. La cooperación con la policía local tiene prioridad.

—Entonces, ¿es una matanza de vampiros?

—No estoy autorizada para compartir información policial con nadie —contesté. Pero blasfemé. Usando la palabra *«vampiro»*, había desencadenado un rumor que crecería con las habladurías. Maldición.

—No puedo dejar antes la investigación sólo para venir a ver su

montaña. Estaré aquí cuando pueda. Definitivamente, revisaré a los muertos antes de que amanezca, no perderá el tiempo.

No le gustó, pero lo dejó estar.

—Bien, Sra. Blake. La esperaré aquí aún si me lleva toda la noche. Tengo curiosidad sobre lo que hace. Nunca antes he visto levantar un zombi.

—No levantaré a los muertos esta noche, Sr. Stirling. Hemos hablado sobre eso.

—Por supuesto.

Sólo me miró. Por la razón que fuera, era difícil encontrar sus pálidos ojos. Hice un esfuerzo y encontré su mirada fija, no la aparté, pero era difícil. Era como si quisiera hacerme algo, con la intención de obligarme con sus ojos, como si fuera un vampiro. Pero él no era un vampiro, ni siquiera uno pequeño.

Parpadeó y se alejó sin decir palabra. La Sra. Harrison dio los primeros pasos después de él, con sus altos tacones sobre la tierra desigual. Beau me saludó con la cabeza y les siguió. Supuse que habrían venido todos en el mismo coche.

O tal vez Beau era el conductor de Stirling. Qué trabajo tan alegre que debía de ser.

—Volaremos al hotel donde reservamos su habitación. Puede desempacar, y haré traer un coche —anunció Bayard.

—Sin desempacar, sólo un coche. La escena de un crimen envejece demasiado rápido —sentencié.

—Como usted quiera —asintió—. Si regresa en el helicóptero, estaremos incomunicados.

No fue hasta que me quite el mono de trabajo y lo embalé de nuevo que comprendí que me podía haber ido con el Sr. Stirling. Podría haberme ido conduciendo de aquí, en vez de volando. Mierda.



SEIS

Bayard nos había conseguido un Jeep negro con ventanas ahumadas y más campanas y silbatos de los que podía imaginar. Había estado preocupada de que me endosaran un Cadillac o algo igualmente ridículo. Bayard me había dado las llaves, con el comentario de «*Algunos de estos caminos ni siquiera están asfaltados. Pensé que necesitarías algo más substancial que un simple coche*».

Resistí las ganas de palmearlo en la cabeza y decir «*Buen chico*». Maldición, había hecho una gran elección. Después de todo, tal vez algún día sería un socio en toda regla.

Los árboles creaban largas y delgadas sombras a lo largo del camino. En los valles entre las montañas, la luz del sol se había suavizado a una neblina de atardecer. Tal vez podríamos regresar al cementerio cuando estuviera completamente oscuro.

Si, nosotros. Larry se sentaba a mi lado con su arrugado traje azul. A

los policías no les importaría el traje barato. Por otro lado, mi atuendo podría levantar algunas cejas. No hay muchas mujeres policías en el campo. Y pocas que usaran faldas cortas rojas.

Estaba empezando a lamentar mi elección de ropa. Insegura, ¿quién, yo?

La cara de Larry brillaba con excitación. Los ojos le brillaban como los de un niño en Navidad.

Estaba tamborileando los dedos en el apoyabrazos. Tensión nerviosa.

—¿Cómo vas?

—Nunca he estado en una escena de asesinato antes —dijo.

—Siempre hay una primera vez.

—Gracias por dejarme venir.

—Sólo recuerda las reglas.

Rió.

—No toques nada. No camines sobre la sangre. No hables a menos que te hablen. —Frunció el ceño.

—¿Por qué la ultima? Entiendo las demás, pero ¿por qué no puedo hablar?

—Soy miembro de la Brigada Regional de Investigación Preternatural. Tu no. Si andas por ahí diciendo «*Recórcholis, un cadáver*», tal vez se den cuenta.

—No te avergonzaré —sonaba insultado, después pensó en algo—. ¿Vamos a fingir ser policías?

—No. Sigue repitiendo soy miembro de la Santa Compaña, soy miembro de la Santa Compaña, soy miembro de la Santa Compaña.

—Pero no lo soy —contestó.

—Por eso no quiero que hables.

—Oh —dijo. Se acomodó en el asiento, un poco de luz le oscurecía el contorno—. Nunca antes he visto un cuerpo recién muerto.

—Levantas muertos para vivir. Ves cuerpos todo el tiempo.

—No es lo mismo, Anita —sonaba gruñón.

Le miré. Se había hundido en el asiento tanto como le permitía el cinturón de seguridad, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estábamos en la cima de una colina. Un rayo de sol cayó como una explosión sobre su cabello naranja. Por un instante, los ojos azules parecieron translucidos mientras pasábamos de la luz a la sombra. Se veía enfurruñado y malhumorado.

—¿Alguna vez has visto a una persona muerta, aparte de un funeral o un zombi recién reanimado?

Se mantuvo callado durante un minuto. Me concentré en conducir, dejando que el silencio llenara el Jeep. Era un silencio cómodo, al menos para mí.

—No —contestó al fin. Sonaba como un niño pequeño a quien le habían dicho que no podía salir fuera a jugar.

—Tampoco soy buena siempre con los cadáveres frescos —dije.

Me miro de reojo.

—¿Qué quieres decir?

Era mi turno de enfurruñarme en el asiento. Peleé con la urgencia de sentarme derecha.

—Una vez vomité sobre una víctima.

Incluso diciéndolo muy rápido, era aún embarazoso. Larry se movió en su asiento, sonriendo abiertamente.

—Sólo me lo estás diciendo para hacerme sentir mejor.

—¿Acaso te contaría algo así sobre mi si no fuera verdad? —pregunté.

—¿De verdad vomitaste sobre un cuerpo en una escena de crimen?

—No tienes que parecer tan contento con eso —dije.

Rió tontamente. Juro que rió tontamente.

—No creo que vomite sobre el cuerpo.

Me encogí.

—Tres cuerpos, con partes desaparecidas. No hagas promesas que no puedas cumplir.

Tragó lo suficientemente fuerte como para que lo escuchara.

—¿Qué quieres decir con partes desaparecidas?

—Ya lo averiguaremos —dije—. Esto no es parte de las funciones de tu trabajo, Larry. A mí me pagan por ayudar a los polis. A ti no.

—¿Será horrible? —Su voz era baja e incierta.

Cuerpos mutilados. ¿Acaso estaba bromeando?

—No lo sabremos hasta que lleguemos allí.

—Pero ¿qué es lo que piensas? —me miraba fijamente muy serio.

Mire de nuevo al camino, después a Larry. Se veía muy solemne, como el familiar que le pedía al doctor la verdad. Si podía ser valiente, yo podía ser honesta.

—Sí, será horrible.



SIETE

Era horrible. Larry había logrado tambalearse fuera de la escena del crimen antes de vomitar. El único confort que podía ofrecerle era que no había sido el único. Algunos policías también parecían un poco verdosos. Yo no había vomitado aún, pero lo guardaba como opción para más tarde.

Los cuerpos estaban en un pequeño hueco cerca de la base de una colina. Las hojas cubrían la tierra hasta las rodillas.

Nadie recogía los bosques. La sequía había secado las hojas dejándolas con un crujido fino, cortante, bajo los pies. El hueco estaba rodeado por árboles desnudos y arbustos con ramas como delgadas fustas marrones. Cuando las hojas cayeran, el hueco estaría oculto a la vista.

El cuerpo más cercano era el de un hombre rubio con el cabello tan corto que parecía un marimacho pasado de moda.

La sangre rodeaba los globos oculares, fluyendo desde ellos hasta el rostro. Algo estaba mal con la cara, además de los ojos, pero no podía

entender completamente qué era. Me arrodillé sobre las hojas secas, contenta de que el mono de trabajo me protegiera las piernas de las hojas y la sangre que se encontraba a ambos lados de la cara del chico y empapaba las hojas. La sangre seca se había convertido en una pegajosa sustancia granate. Parecía que los ojos del adolescente habían estado llorando oscuras lágrimas.

Toqué con la punta de mis dedos enguantados la barbilla del rubio. Se movió con un movimiento deshuesado, meciéndose, no se suponía que la barbilla lo hiciera.

Tragué con fuerza y traté de tomar ligeros alientos. Me alegré de que estuviésemos en primavera. Si los cuerpos hubieran sido descubiertos durante el verano, el calor los habría descompuesto rápidamente. El clima fresco era una bendición.

Metí las manos en las hojas y me incliné con una torpe flexión. Intentaba ver bajo la barbilla sin mover el cuerpo otra vez. Allí, casi perdido entre la sangre del cuello estaba la marca del pinchazo. Una marca de pinchazos más amplia que mi mano extendida. Había visto heridas de cuchillo y marcas de garras que podía hacer una herida similar, pero era demasiado grande para un cuchillo y demasiado limpia para una garra. Además, ¿qué infiernos tenía una garra más grande? Parecía como si una hoja maciza hubiese sido empujada bajo la barbilla del rubio, lo suficientemente cerca del frontal de la cara como para cortar los ojos desde el interior de la cabeza. Por eso los ojos sangraban pero seguían intactos. La espada casi había separado la cara del rubio del cráneo.

Desplacé los dedos enguantados por el pelo corto y rubio, y encontré lo que buscaba. La punta de la espada, si eso era lo que era, había salido por la parte superior de la cabeza. Después, la lámina había sido retirada y el rubio había caído sobre las hojas. Muerto, esperaba, pero muriéndose, estaba segura.

Las piernas faltaban desde bajo la unión con la cadera. No había apenas sangre donde las piernas habían sido seccionadas. Habían sido cortadas después de haber muerto. Una pequeña bendición, había muerto relativamente rápido y no había sido torturado. Hay peores formas de morir.

Me arrodillé junto a lo que quedaba de las piernas. El hueso izquierdo había sido cortado limpiamente de un golpe. El hueso derecho estaba astillado, como si la espada hubiese golpeado el lado izquierdo, cortándolo

limpiamente, pero sólo consiguió parte de la pierna derecha. Un segundo golpe había sido necesario para cortar la pierna derecha.

¿Por qué cortarle las piernas? ¿Un trofeo? Tal vez. Los asesinos múltiples tomaban trofeos, ropa, artículos personales, una parte de cuerpo. ¿Podría ser un trofeo?

Los otros dos muchachos eran más bajos, ninguno de ellos de más de un metro y medio. Más jóvenes quizás, tal vez no. Ambos eran pequeños, de pelo oscuro y delgados. Probablemente la clase de muchachos que parecían bonitos en lugar de hermosos pero francamente, era difícil saber.

Uno estaba acostado boca arriba casi frente al rubio. Un ojo marrón miraba arriba, hacia el cielo, vítreo e inmóvil, irreal de alguna manera, como los ojos de un animal de taxidermia. El resto de la cara estaba cortada en dos enormes surcos abiertos, como si la punta de la espada hubiese sido usada viniendo y yendo como una cachetada de revés. El tercer corte había sido en el cuello. Era una herida muy limpia; todas lo eran. La espada maldita, o independientemente de lo que fuera, era increíblemente afilada. Pero era más que una buena hoja. Ningún humano podía haber sido lo bastante rápido para tomarlos a todos sin lucha. Pero la mayor parte de las bestias que mataban a un ser humano no usaban un arma para hacerlo.

Muchas cosas nos hubiesen desgarrado, o nos hubiesen comido vivo, pero la lista de seres preternaturales que cortaban con armas era bastante pequeña. Los gnomos podían romper un árbol y hasta matarte, pero no hubiesen usado una hoja. No sólo había usado una espada —no era un arma común—, sino que también era hábil con ella.

Los golpes en la cara no habían matado al muchacho. ¿Por qué no corrieron los otros dos? Si el rubio murió primero, ¿por qué no había corrido ése? Nada era lo bastante rápido para que pudiese matar a tres jóvenes con una espada antes de que cualquiera de ellos corriese. Estos no eran golpes rápidos. Quien hubiera sido, se había tomado tiempo con cada matanza. Pero todo parecía como que habían sido golpeados de improviso.

El muchacho había caído de espalda sobre las hojas, las manos agarrándose la garganta. Las hojas estaban rotas donde había pateado. Tomé un leve aliento. No quería sondear las heridas, pero comenzaba a tener una repugnante idea.

Me arrodillé y revisé la herida del cuello con las yemas del dedo. Los bordes de la piel estaban lisos. Pero todavía era carne humana, piel humana y sangre seca en una pegajosa sustancia. Tragué con fuerza y cerré los ojos,

dejé a los dedos buscar lo que pensé que encontraría. El borde de la herida tenía dos labios, comenzando a medio camino. Abrí los ojos y remonté la doble herida con los dedos. Mis ojos todavía no podían verlo.

Había demasiada sangre. Una vez que la herida estuviese limpia, lo vería, pero no aquí, no así. El cuello había sido cortado profundamente dos veces. Un corte era suficiente para matar. ¿Por qué dos? Esconder algo en el cuello.

¿Señales de colmillos tal vez? Ser asesinado por un vampiro explicaría por qué no habían tratado de huir. Sólo se había quedado entre las hojas y dio patadas hasta que murió.

Contemplé al último adolescente. Estaba a la derecha, arrugado. La sangre se había quedado bajo él. Terminó tan herido que al principio mis ojos no quisieron dar sentido de lo que veía. Quería apartar la mirada lejos, antes de que mi cerebro comprendiera lo que mis ojos veían, pero no lo hice.

Donde debería estar la cara, sólo había un hueco rasgado, un agujero. La criatura le había hecho lo mismo a ese, como al rubio, pero había sido más cuidadoso. La caja craneana había sido desgarrada. Eché un vistazo alrededor, buscando entre las hojas pedazos de hueso y carne, pero no los vi. Entonces tuve que mirar por detrás, bajo el cuerpo. Sabía lo que veía en ese momento. Me gustó, era mejor que cuando no lo sabía.

La parte trasera del cráneo estaba llena de sangre y fluidos, como una espantosa taza, pero faltaba el cerebro. La lámina había cortado en rodajas, abriendo el pecho y el estómago. Los intestinos se desparramaban en una masa espesa y gomosa.

Lo que pensé era el estómago se había derramado de la herida como un globo medio inflado. La pierna izquierda había sido cortada en su unión a la cadera. La tela desigual de los vaqueros se agarraba al agujero como los pétalos de una flor sin abrir. El brazo izquierdo había sido arrancado debajo del codo. El hueso del húmero estaba oscuro por la sangre seca, sobresalía en un ángulo raro como si el brazo entero hubiera estado quebrado por el hombro y no hubiese sido movido. Más violento. ¿Había luchado un poco?

Mis ojos revisaron de nuevo la cara. No quería mirarlo otra vez, pero francamente, no lo había examinado. Había algo horriblemente personal en desfigurar la cara de una persona. Si hubiera sido humanamente posible hacer todo eso, habría hecho un control más cerca. Por regla general, sólo la gente que te ama te cortaría la cara. Eso implica una pasión que no se

consigue con extraños. Los asesinos múltiples son una excepción. Funcionaban por una patología en la cual, las víctimas podían representar a alguien más. Alguien con quien el asesino tenía una pasión personal. Cortar la cara de extraños implica cortar simbólicamente, supongamos, la figura odiada de un padre.

Los huesos finos de las cavidades nasales del muchacho habían sido reventados. El maxilar faltaba, hacía que la cara se viera incompleta. La parte inferior de la mandíbula estaba allí, pero había sido cortada dejando a la vista las muelas traseras. Algún truco del flujo sanguíneo había dejado dos dientes blancos y limpios. Uno de los dientes tenía un relleno de ello. Contemplé aquella cara destrozada. Lo había estado haciendo bastante bien pensando en ello como carne, sólo carne muerta.

Pero la carne muerta no tiene cavidades, no ha ido al dentista. De repente, eso era un adolescente, o tal vez hasta más joven. Sólo lo suponía por la altura y la edad aparente de los otros dos. Quizás, este sin cara era un niño, un niño alto. Un niñito.

La tarde primaveral vaciló a mí alrededor. Respiré hondo para estabilizarme, y fue un error. Conseguí un fuerte olorcillo de entrañas y muerte añejas. Gateé lejos del hueco. Nunca vomito sobre las víctimas de asesinato. Disgusta mucho a los policías.

Caí de rodillas en lo alto de la pequeña pendiente, donde se reunían todos los policías. No caí exactamente como si me hubiese lanzado fuera. Tomé profundos alientos de aire fresco. Eso ayudó. Una pequeña brisa alejaba el olor de muerte. Eso ayudó más.

Policías de todos los tamaños y formas se reunían en lo alto de la pendiente. Nadie pasaba más tiempo que ellos entre los muertos. Había ambulancias esperando en el camino alejado, pero todos los demás habían tenido su parte de cuerpos. Habían sido grabados en vídeo y habían ido en tropel con los técnicos de la escena del crimen. Cada uno había hecho su trabajo, excepto yo.

—¿Va a enfermarse, Sra. Blake?

La voz era de la Sargento Freemont, de la División de Drogas y Control de Delito, DD/CC, afectuosamente conocido como D2C2. El tono era suave, pero desaprobador. Entendí la entonación. Éramos las dos únicas mujeres en la escena de delito, lo que significaba que jugábamos con los muchachos grandes. Tenías que ser más resistente que los hombres, más fuertes, mejor, o te guardarían rencor. O te tratarían como a una chica.

Apostaba que la Sargento Freemont no se había mareado. No se lo habría permitido.

Tomé otro aliento reparador y lo solté. La contemplé. De rodillas, vi cada uno de su metro setenta y siete centímetros. El pelo era oscuro y lacio, el corte sólo llegaba bajo la barbilla. Las puntas estaban rizadas y enmarcaban la cara. El pantalón era de un brillante amarillo soleado, la chaqueta negra y la blusa amarillo más suave. Tenía una amplia vista de los pulidos zapatos negros. Tenía un anillo de bodas en la mano izquierda, pero no anillo de compromiso. Las líneas de la sonrisa habían dejado marcas en su rostro, pero no sonreía ahora.

Tragué una vez más, tratando de no probar aquel olor en mi lengua. Me puse de pie.

—No, Sargento Freemont, no voy a ponerme enferma.

Me alegraba de que fuera cierto, sólo esperaba que no me hiciera volver al hueco de abajo. Vomitaría mis galletas si tenía que mirar nuevamente los cuerpos.

—¿Qué lo hizo? —preguntó.

No me giré a mirar hacia donde había señalado. Sabía lo que había allí abajo.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

Los ojos marrones estaban neutros e ilegibles; buen policía. Frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo sabe? Se supone que es la experta en monstruos.

Dejé ir el «*se supone que es*». No me había llamado amante de zombis en mi cara; de hecho, había sido muy cortés y correcta, pero no había ningún afecto en ello. No estaba impresionada, y desde esa tranquilidad, con una mirada o la inflexión más leve, me avisó. Iba a tener que sacar un cadáver muy grande de mi sombrero para impresionar a la Sargento Freemont, DD/CC. Hasta ahora, no estaba ni cercana.

Larry se acercó a nosotros. La cara estaba del color del papel de seda, amarillo-verdoso. Esto chocaba escandalosamente con el pelo rojo.

Los ojos estaban enrojecidos debido al esfuerzo del vómito. Sí, era bastante violento, a veces uno llora mientras vomita.

No le pregunté a Larry si estaba bien; la respuesta era demasiado obvia. Pero él estaba en pie, caminando. Si no se desmayó, estaba bien.

—¿Qué quiere de mí, Sargento? —pregunté.

Había sido más que paciente. Para mí, había sido completamente conciliadora. Dolph estaría orgulloso. Bert habría estado asombrado.

Cruzó los brazos sobre el estómago.

—Dejé al Sargento Storr convencerme de dejarla ver la escena del crimen. Me dijo que era la mejor. Según los periódicos, hace un poco de magia y lo resuelve todo. O tal vez, pueda levantar a los muertos y preguntarles qué los mató.

Respiré hondo y lo solté. No usaba la magia para solucionar delitos, por regla general; usaba el conocimiento, pero el refrán me defendió. No tenía que demostrarle nada a Freemont.

—No crea todo que lee en los diarios, Sargento Freemont. En cuanto al levantamiento de los muertos, no funcionará con estos tres.

—¿Me dice que tampoco puede levantar zombis? —Sacudió la cabeza—. Si no puede ayudarnos vayase a casa, Sra. Blake.

Eché un vistazo a Larry. Me dio un pequeño encogimiento. Todavía parecía inestable. No creía que tuviera la energía suficiente para decirme que me comportara. O posiblemente, estaba tan cansado de Freemont como lo estaba yo.

—Podría levantarlos como zombis, Sargento, pero tienen que tener una boca y una garganta que funcione para hablar.

—Podrían escribir —dijo Freemont.

Era una buena sugerencia. Me hizo cambiar de opinión sobre ella. Si era una buena policía, podía aguantar un poco de hostilidad. Con tal que nunca tuviera que ver otro cuerpo como los que se encontraban abajo podía soportarla.

—Tal vez, pero los muertos, a menudo pierden más rápido la función superior del cerebro después de una traumática muerte. No podrían ser capaces de escribir, pero aún si pudieran hacerlo, no podrían conocer lo que los mató.

—Pero ellos lo vieron —dijo Larry.

La voz sonó ronca y tosió suavemente tras la mano para aclararla.

—Ninguno trató de escapar, Larry. ¿Por qué?

—¿Por qué le pregunta? —preguntó Freemont.

—Está en entrenamiento —dije.

—¿Entrenando? ¿Hizo entrar a un aprendiz en mi escena del crimen?

Me quedé con la mirada fija en ella.

—No le digo cómo hacer su trabajo. No me diga como hacer el mío.

—Aún no ha hecho una maldita cosa. Excepto su ayudante, que ha vomitado entre los arbustos.

Un rubor malsano subió sigilosamente por el cuello de Larry. Avergonzado cuando casi estaba demasiado asqueado para estar en pie.

—Larry no era el único que vomitaba entre las hierbas, pero sí el único sin insignia.

Sacudí mi cabeza.

—No necesitamos esta mierda. —Pasé rozando a Freemont—. Vámonos Larry.

Larry me siguió obedientemente.

—No quiero esto filtrado en la prensa, Sra. Blake. Si los medios consiguen notas sobre esto, sabré de donde vino.

No gritaba, pero la voz lo conllevaba.

Me giré. No gritaría tampoco, pero podían oírme.

—Tiene una desconocida criatura sobrenatural que usa espada, y es más rápida que un vampiro.

Algo cruzó a través de su cara, finalmente, había hecho algo interesante.

—¿Cómo sabe que es más rápido que un vampiro?

—Ninguno de los chicos trató de escapar. Todos murieron donde estaban parados. Es más rápido, o tiene un control mental asombroso.

—¿Entonces no es un licántropo?

—Incluso un licántropo no es tan rápido, y no tienen la capacidad de nublar mentes masculinas. Si un licántropo entró allí con una espada, los chicos habrían gritado y habrían corrido. Habría habido al menos signos de lucha.

Freemont sólo se quedó mirándome. Era una mirada muy seria, me pesaba y medía.

Todavía no estaba feliz conmigo, pero al menos escuchaba.

—Puedo ayudarla, Sargento Freemont. Puedo ayudarla a entender lo que hizo esto, tal vez, antes de que lo haga otra vez.

La tranquila máscara confidente se derrumbó durante un segundo. Si no hubiera estado contemplando los vacuos ojos marrones, me lo habría perdido.

—Mierda —dije fuerte.

Me volví caminando y bajé mi voz.

—Eso es, ¿verdad? Éstas no son las primeras matanzas.

Echó un vistazo abajo, a la tierra, al instante encontró mis ojos apretando la mandíbula fuertemente. Los ojos no estaban neutros; sólo un poquito asustados. No por ella, sino por lo que había hecho, o no.

—La Patrulla de la Autopista Estatal puede manejar un homicidio. —La voz era la más suave que hubiese oído.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Dos. Un par de adolescentes; un chico y una chica. Probablemente besuqueándose en los bosques. —La voz sonaba suave, casi cansada.

—¿Cuál es el punto de vista del Maestro en Ingeniería Mecánica?

—Usted tiene razón —dijo—. Es una hoja, probablemente una espada. Los monstruos no usan armas, Sra. Blake. Pensé que era el ex-novio de la chica. Tiene objetos de colección de la Guerra Civil, incluso espadas. Parecía bastante preconcebido.

Asentí con la cabeza.

—Muy lógico.

—Ninguna de las espadas correspondió a las marcas, pero pensé que se había deshecho del arma homicida. No pensé…

Apartó la vista de mí, empujó las manos con fuerza en los bolsillos del pantalón, pensé que los había roto.

—La primera escena no se parecía a esto. Fueron asesinados con el primer golpe; los fijó por el pecho en la tierra. Un ser humano podría haberlo hecho.

Miró por detrás de mí como si deseara que estuviera de acuerdo con ella. Lo hice.

—¿Estaban los cuerpos cortados en pedazos aparte de la herida mortal?

Sacudió la cabeza.

—Caras desfiguradas, ausencia de la mano izquierda. La que tenía puesto el anillo del ex-novio.

—¿Les cortó las gargantas?

Frunció el ceño pensando, luego asintió con la cabeza.

—La de ella. No había mucha sangre tampoco, como si hubiese sido hecho después de que ella muriera.

Era mi momento de asentir.

—Bien.

—¿Bien? —preguntó Larry.

—Creo que tiene a un vampiro en las manos, Sargento Freemont.

Ambos me miraron extrañados.

—Observe las partes de cuerpo que faltan. Las piernas de uno de los chicos fueron cortadas después de que murió. La arteria femoral está en el muslo, cerca de la ingle. He visto a vampiresas tomar la sangre de ésta en lugar del cuello. Corta las piernas, y ninguna señal de colmillos.

—¿Y los otros dos? —preguntó Freemont.

—Tal vez el chico más pequeño fuera mordido. El cuello fue cortado dos veces sin motivo. Quizás sólo era un poco de violencia extra como la desfiguración de la cara. No lo sé. Pero una vampiresa puede tomar sangre de la muñeca, de la curva del brazo. Todas las partes que faltan.

—Falta uno de los sesos —dijo Freemont.

Larry se balanceó suavemente a mi lado. Pasó repentinamente una mano sobre la sudada cara.

—¿Estarás bien? —pregunté.

Asintió con la cabeza, no confiando en su voz. Valiente Larry.

—¿Qué mejor manera que lanzarnos la pista que tomar algo que en lo que una vampiresa no estaría interesada? —dije.

—Bien, tiene sentido. ¿Por qué de este modo? Esto es…

Extendió las manos ampliamente, señalando la carnicería. Era la única de nosotros que todavía miraba.

—Esto es una locura. Si fuera humano, diría que tenemos a un asesino en serie en nuestras manos.

—Podemos tenerlo —dije suavemente.

Freemont me contempló.

—¿Qué demonios quiere decir?

—Un vampiro fue una persona una vez. Sólo está muerto, no se cura de los problema que tuviera cuando estaba vivo, era un ser humano. Si tiene una patología violenta antes de la muerte, no cambiará sólo porque haya muerto.

Freemont me miraba como si fuera la que estaba loca. Creo que la palabra «*muerta*» era lo que le molestaba. Una vez que los sospechosos están muertos, no son más sospechosos. Lo intenté otra vez.

—Digo que Johnny es un asesino en serie y se hace vampiro. ¿Por qué debería, siendo vampiro, hacerse de repente menos violento? ¿Por qué no más violento?

—Oh, Dios mío —dijo Larry.

Freemont respiró profundamente por la nariz y lo soltó despacio.

—Bien, tal vez tiene razón. No digo que lo esté. He visto las fotografías

de las víctimas de vampiros y ellas no se parecen a esto, pero si es lo que dice, lo que hace ¿qué necesita de mí?

—Las fotografías de la primera escena del delito. Y un vistazo a donde ocurrió.

—Le enviaré el archivo al hotel —dijo.

—¿Dónde fue asesinada la pareja?

—Sólo a unos cientos de metros de aquí.

—Necesitamos verlo.

—Haré que uno de los policías la lleve —dijo ella.

—Esta es una pequeña área geográfica maldita. Asumo que la registró.

—Como un peine de diente fino. Pero francamente, Sra. Blake, no estaba segura de lo que buscábamos. Las hojas y el tiempo seco hace casi imposible de encontrar pistas.

—Sí —dije.

—Las pistas ayudarían.

Eché un vistazo atrás por donde habían subido. Las hojas revoloteaban por encima de la colina.

—Si es un vampiro…

Freemont me interrumpió.

—¿Qué quiere decir con *si*?

Crucé mi mirada con sus acusadores ojos.

—Mire, Sargento, si es un vampiro tiene el mayor control mental que alguna vez haya visto. Nunca he encontrado a un vampiro, hasta un Maestro Vampiro, que pudiera controlar a tres personas cautivas hasta que las mata. Hasta que lo he visto, habría dicho que no podía ser hecho.

—¿Quién puede ser? —preguntó Larry.

Me encogí de hombros.

—Pienso que es una vampiresa, pero mentiría si dijera que estoy cien por cien segura. Trato de no mentir a la policía. Puede no haber ninguna pista sobre la colina, aún si la tierra estuviera blanda, porque el vampiro podría haber llegado levitando.

—¿Cómo un murciélago? —preguntó Freemont.

—No, no cambian la forma a murciélago, pero pueden… —Busqué una palabra y no la encontré—. Pueden levitar, suspenderse en el aire. Lo he visto. No puedo explicarlo, pero lo he visto.

—Un vampiro asesino en serie.

Sacudió la cabeza, las líneas cercanas a su boca se hicieron más

profundas.

—Los *Feds* van estar por todas partes.

—Ningún problema —dije—. ¿Encontró las partes que faltaban?

—No, pensé que tal vez se los había comido.

—Si eso comiera, ¿por qué no todo? Si eso comiera, ¿por qué no hay marcas de dientes? Si eso comiera, ¿por qué no hay partes dispersas? ¿Partes como migas?

Apretó las manos en puños.

—Ha demostrado el punto. Era un vampiro. Hasta un policía sabe que no comen carne.

Ella volvió los ojos marrones hacia mí, y había mucha cólera en ellos. No hacia mí, exactamente, pero podía convertirme en un objetivo. La miré fijamente, sin estremecerme. Apartó la mirada primero. Tal vez no sería un buen blanco.

—No me gusta tener a un civil en una investigación de homicidios, pero descubrió cosas allí abajo que ignoraba. Es muy buena, o sabe algo que no me dice.

Podía decirle que era buena en mi trabajo, pero no lo hice. No quería que la policía pensara que retenía información cuando no era así.

—Tengo una ventaja sobre un detective de homicidios, espero que *ello* sea un monstruo. Nadie me llama si esto sólo fuese un apuñalamiento, o un golpe fortuito. No paso mucho tiempo intentando dar explicaciones agradables y normales. Eso significa que no hago caso de muchas teorías.

Sacudió la cabeza.

—De acuerdo, si me ayuda a atrapar a esta cosa, no me preocupo de lo que usted hace para ganarse la vida.

—Me alegra oírlo —dije.

—Pero nada de reporteros, ningún medio. Soy la responsable aquí. Esta es mi investigación. Decidiré cuándo recibimos publicidad. ¿Está claro?

—Seguro.

Me contempló como si no me creyera.

—Me refiero a los noticieros, Sra. Blake.

—No tengo problema, Sargento Freemont. Lo prefiero así.

—Para alguien que no quiere los medios de comunicación a su alrededor, consigue mucha atención.

Me encogí de hombros.

—Estoy implicada sólo en casos extraordinarios, detective. Los casos

que atraen a la prensa, el sonido de lo sensacionalista. Mato vampiros, por Dios; eso provoca grandes titulares.

—Mientras nos entendamos la una a la otra, Sra. Blake.

—Ningún medio; no es un concepto difícil —dije.

Sacudió la cabeza.

—Haré que alguien la traslade a la primera escena del crimen. Le enviaré el archivo al hotel.

Comenzó a alejarse.

—¿Sargento Freemont?

Se volvió, pero no con una mirada amistosa.

—¿Qué sucede ahora, Sra. Blake? Ha hecho el trabajo.

—No puede tratar esto como un asesino en serie humano.

—Soy responsable de esta investigación, Sra. Blake. Puedo hacer lo que considere mejor.

La miré, y encontré sus ojos hostiles. No me sentía demasiado amistosa.

—No trato de acaparar el caso. Pero los vampiros no son sólo gente con colmillos. Si la vampiresa puede aprisionar las mentes y mantenerlas mientras mató a cada uno de ellos, podría capturar su mente, la mente de cualquiera. Un vampiro con ese talento podría hacerle pensar que lo negro es blanco. ¿Me entiende?

—Esto es la luz del día, Sra. Blake; si es un vampiro, lo encontraremos y lo estacaremos.

—Necesitará una orden judicial para ejecutarlo.

—La conseguiremos.

—Cuando la consiga, volveré y terminaré el trabajo.

—Pienso que podemos manejarlo.

—¿Alguna vez ha estacado a un vampiro? —pregunté.

Sólo me miró.

—No, pero he pegado un tiro a un hombre. No puede ser mucho más difícil.

—No es más difícil en el modo en que usted lo quiso decir —dije—. Pero es un infierno de mucho más peligroso.

Movió la cabeza.

—Hasta que los *Feds* se pongan aquí, soy la responsable, no usted. O hasta que alguien más lo asuma. ¿Está claro, Sra. Blake?

Sacudí la cabeza.

—Como el cristal, Sargento Freemont. —Contemplé el pin cruciforme en la solapa de la chaqueta de su traje.

La mayoría de los policías vestidos de civiles tenían un pin con forma de cruz. Era la vestimenta estándar de la policía.

—¿Tiene municiones de plata, verdad?

—Tendré cuidado de mis hombres, Sra. Blake.

Levanté mis manos ligeramente. Eso puso fin a nuestra conversación de chicas.

—Bien, nos marchamos. Tiene mi número del busca. Úselo si me necesita, Detective Freemont.

—No la necesitaré.

Respiré hondo y me tragué muchas palabras. Buscar una pelea con la policía a cargo de la investigación de un asesinato no era el modo de conseguir ser invitada de vuelta para jugar. Caminé ante ella sin decirle adiós. Si hubiese abierto la boca, no estaba segura de lo que saldría. Nada agradable, y nada útil.



OCHO

Las personas que no acampan demasiado piensan que la oscuridad cae del cielo. No lo hace. La oscuridad se desliza entre los árboles y los cubre primero, después se esparce a lugares abiertos. Estaba tan oscuro bajo los árboles que rezaba por un destello de luz. Cuando tropezamos con el camino, y nuestro Jeep que nos esperaba, apenas había anocheciendo.

Larry alzó la mirada a la noche que se aproximaba.

—Podemos regresar y recorrer el cementerio para Stirling —dijo.

—Primero comamos —dije.

Me miró.

—Tú queriéndote detener por comida…, es la primera vez. Prácticamente, tengo que rogarte para que conduzcas.

—Olvidé comer —dije.

Él sonrió.

—Eso lo creo. —La sonrisa se desvaneció lentamente de su rostro—.

Es la primera vez que me ofreces comida voluntariamente, y no creo que pueda comer. —Me miró. Había suficiente luz para que le viera buscando mi cara—. ¿Realmente podrías comer después de lo que acabamos de ver?

Lo miré. No sabía que decir. No hacía mucho tiempo, la respuesta hubiera sido no.

—Bueno, no me gustaría encarar un plato de espagueti o carne tártara, pero sí, podría comer.

Él movió la cabeza.

—¿Qué rayos es la carne tártara?

—Carne cruda, más o menos —dije.

Tragó fuerte, parecía más pálido de lo que había estado antes.

—¿Cómo puedes, incluso pensar en cosas como esas tan poco tiempo después…? —Dejó la frase a medias. Ambos lo habíamos visto; no se necesitaban palabras.

Me encogí.

—Llevo yendo a escenas de crímenes cerca de tres años, Larry. Aprendes a sobrevivir. Lo que significa que aprendes a comer después de haber visto cuerpos cortados. —No agregué que los había visto peores. Había visto cuerpos humanos reducidos a charcos de sangre y pedazos irreconocibles de carne. No lo bastante como para llenar una bolsita de tres kilos. No fui por un Big Mac después de aquello.

—¿Estás, al menos, dispuesto a intentar comer?

Me miraba suspicazmente.

—¿Qué lugar tienes en mente?

Desabroché los Nikes y caminé con cuidado sobre el camino de grava. No quería enredarme con la manguera. Desabroché mi mono y salí de él. Larry hizo lo mismo pero intentaba mantener los zapatos puestos. Se las arregló para pasar los zapatos a través del mono, pero requirió algunos saltos en una pierna.

Doblé el mio cuidadosamente, así la sangre no tocaría el inmaculado interior del Jeep. Lancé los Nikes en la parte trasera y saqué los tacones altos.

Larry intentaba alisar las arrugas de los pantalones de su traje, pero algunas cosas sólo una lavandería las podía arreglar.

—¿Te gustaría ir al *Huesos Sangrantes*? —pregunté.

Me miró, sus manos aún alisaban las arrugas. Frunció el ceño.

—¿Dónde?

—Un restaurante de Magnus Bouvier. Stirling lo mencionó.

—¿Nos dijo donde estaba? —preguntó Larry.

—No, pero le pregunté a los policías locales por restaurantes y el *Huesos Sangrantes* no está lejos de aquí.

Entrecerró los ojos sospechosamente hacia mí.

—¿Por qué quieres ir allí?

—Quiero hablar con Magnus Bouvier.

—¿Por qué? —preguntó.

Era una buena pregunta. No estaba segura de tener una buena respuesta. Me encogí de hombros y subí al Jeep. Larry no tenía otra opción más que unirse a mí, a menos que no quisiera seguir con la conversación. Cuando estuvimos completamente instalados en el Jeep, aún no tenía una buena respuesta.

—No me agrada Stirling. No confío en él.

—Tuve la impresión de que no te agradó —dijo Larry con la voz muy seca—. Pero ¿por qué no confías en él?

—¿Tu confías en él? —pregunté.

Larry frunció el ceño y pensó en ello. Negó con la cabeza.

—No, por lo que pude apreciar.

—¿Ves? —pregunté.

—Supongo, ¿pero crees que hablar con Bouvier pueda ayudar?

—Eso espero. No me gusta revivir muertos para gente en la que no confío. En especial, algo así de grande.

—Está bien, así que vamos a comer al restaurante de Bouvier y a hablar con él; y después ¿qué?

—Si no sabemos nada nuevo, vamos a ver a Stirling y recorrer el cementerio por él.

Larry me miró como si no estuviese seguro de confiar en mí.

—¿En qué andas?

—¿No quieres saber por qué Stirling quiere tener esa montaña? ¿Por qué la montaña de Bouvier y no la de alguien más?

Larry me miró.

—Has estado pasando mucho tiempo con la policía. No confías en nadie.

—Los policías no me enseñaron eso, Larry; es un talento natural. —Encendí el Jeep y nos pusimos en marcha.

Los árboles formaban largas y delgadas sombras. En los valles entre las

montañas, las sombras formaban piscinas de la noche venidera. Debimos conducir directo al cementerio. Sólo recorrerlo no le hacía daño a nadie. Pero si no podía ir a cazar vampiros, podía preguntarle a Magnus Bouvier. La parte de mi trabajo que nadie podía quitarme. Realmente, no quería ir a cazar vampiros. Ya casi estaba oscuro. Cazar vampiros después del anochecer era una buena forma de conseguir que te asesinen. Especialmente, uno que podía controlar mentes como éste lo hacía. Un vampiro podía nublar la mente e incluso lastimarte, si el control era lo suficientemente bueno, y no te importaría. Pero una vez que la concentración te deja por alguien más, y esa persona comenzaba a gritar, despertabas. Correrías. Pero los chicos no habían corrido. No habían despertado.

Sólo habían muerto.

Si *eso* no era detenido, otras personas podían morir. Casi lo podía garantizar.

Freemont debía haber dejado que me quedara. Necesitaban a un experto en vampiros con ellos. Me necesitaban. Bueno, realmente necesitaban policías con experiencia en monstruos, pero no tenían de eso. Sólo habían pasado tres años desde que Addison V. Clark había declarado legalmente vivos a los vampiros. Hacía tres años, Washington había declarado ciudadanos legales con derechos a los chupasangre.

Nadie había pensado en lo que significaba para la policía. Después de que la ley cambió, los crímenes sobrenaturales fueron llevados por cazarecompensas, cazadores de vampiros. Esos ciudadanos privados con la suficiente experiencia como para mantenerlos vivos. Muchos de nosotros teníamos una especie de poder sobrenatural que ayudaba a darnos una ventaja sobre los otros monstruos. La mayoría de los policías no lo tenían.

Generalmente, a los humanos no se les daba bien luchar contra los monstruos. Siempre había alguno de nosotros que teníamos un talento para sacar las bestialidades. Habíamos hecho un buen trabajo, pero se esperaba que los policías se encargaran. Ningún entrenamiento extra, ningún poder extra, nada. Rayos, la mayoría de los departamentos de policía ni siquiera tenían municiones de plata.

Le había tomado todo ese tiempo a Washington D.C. darse cuenta que tal vez se habían precipitado. Eso, tal vez, sólo tal vez. Los monstruos eran realmente monstruos y la policía necesitaba entrenamiento extra. Tomaría años capacitar a los polis, por lo que iban por el proceso de corto circuito;

hacer que los policías fueran remplazados por todos los cazavampiros y cazadores de monstruos. Para mí, personalmente, podía funcionar. Me hubiese encantado tener una placa para restregarla en la cara de Freemont. No me hubiera podido perseguir entonces, no si era un federal. Pero para la mayoría de los cazadores de vampiros sería un desastre. Necesitabas más que experiencia sobrenatural para trabajar en una escena de asesinato. Seguro como el infierno que necesitabas más que experiencia con vampiros para llevar una placa.

No había respuestas fáciles. Pero ahí fuera, en la oscuridad venidera, había un montón de policías cazando vampiros que hacían cosas que nunca pensé que podían hacer. Si tuviera una insignia podía estar con ellos. No yo era una zona segura, pero conocía algo más que un policía de estado, quienes solo habían «*visto*» fotos de víctimas de vampiros. Freemont nunca había visto a la verdadera cosa. Y estaba esperando que sobreviviera a su primer encuentro.



NUEVE

El bar y asador *Huesos Sangrientos* se encontraba en un camino de grava roja. Alguien había destrozado los árboles colocándolos de lado, el Jeep trepó cuesta arriba hacia un cielo de manto negro, rociado por un millón de estrellas. Ese brillo era la única luz a la vista.

—Está realmente oscuro aquí fuera —dijo Larry.

—No hay farolas —dije.

—¿No deberíamos ver las luces del restaurante?

—No lo sé.

Contemplé los árboles quebrados. Los troncos brillaron blancos y desiguales. Había sucedido recientemente, como si alguien se hubiera vuelto loco con un hacha en la mano, o quizá una espada, o algo grande que hubiera arrancado los troncos.

Reduje la velocidad, explorando en la oscuridad. *¿Estaba equivocada? ¿Era un vigilante? ¿Había allí un Troll de la Montaña Ozark? ¿Uno que*

usara una espada?, soy una gran creyente que siempre cree que hay una primera vez para todo.

Detuve el Jeep.

—¿Qué pasa? —Larry preguntó.

Accioné las luces de emergencia. El camino era estrecho, para apenas dos coches amplios, pero iba cuesta arriba.

Alguien que bajara no vería enseguida al Jeep. Las luces ayudarían, pero si alguien se apresuraba… Infiernos, iba a hacerlo; ¿por qué detenerme en nimiedades? Metí al Jeep en el parque y salí.

—¿A dónde vas?

—Me pregunto si un gnomo pudo destrozar los árboles.

Larry comenzó a salir por su lado. Le detuve.

—Quédate a mi lado si quieres salir.

—¿Por qué?

—No estás armado.

Saqué mi Browning. Era un peso sólido y consolador, pero sinceramente, no es demasiado útil contra de algo capaz de arrasar una gran montaña. Tal vez con balas explosivas, pero una 9 mm no era el arma adecuada para cazar algo del tamaño de un pequeño elefante.

Larry cerró su puerta y se deslizó a través.

—¿De verdad piensas que hay algo arrastrándose aquí fuera?

Miré fijamente lejos, a través de la oscuridad. Nada se movía.

—No lo sé.

Me moví hacia un barranco seco que cortaba el borde del camino. Anduve con mucho cuidado. Mis talones se hundieron en el suelo seco y arenoso. Agarré un puñado de hierbas con mi mano izquierda y subí la cuesta. Tuve que agarrarme de uno de los troncos muertos para impedir deslizarme hacia atrás por las hojas sueltas y las agujas de pino.

Mi mano se sujetó contra la savia espesa. Luché contra el impulso de sacudirla, obligándome a no soltarme de la corteza pegajosa.

Larry trepó a la orilla, las suelas de sus zapatos se deslizaron sobre la capa de hojas secas. No me quedaba mano libre que ofrecerle. Se detuvo y usó las hierbas para ascender a mi lado.

—Malditos zapatos.

—Al menos no llevas tacones —dije.

—Y no creas que no estoy agradecido —dijo—. Me rompería el cuello.

Nada se movía en la oscura noche, nada excepto nosotros. Se oía el

musical sonido de la primavera cercano a nosotros, pero nada más. Solté el aliento, no entendía por qué lo aguantaba. Me equilibré sólidamente y miré hacia los árboles.

—¿Qué buscamos? —preguntó Larry.

—Un hacha ocasiona un golpe profundo y liso. Si un gnomo rompiese los arboles, éstos serán desiguales y estarían llenos de cortes en la madera.

—Lo veo suave —dijo. Pasó las yemas de sus dedos sobre la desnuda madera.

—Pero esto no parece un hacha.

La madera era demasiado lisa. Un hacha entraría en ángulo. Esto era casi llano, como si cada árbol hubiese sido talado con un solo golpe, dos como máximo. Algunos árboles tenían casi un pie de diámetro. Ningún humano podría hacer esto, inclusive con un hacha.

—¿Quién podría haber hecho esto?

Busqué en la oscuridad, luchando con el impulso de apuntar mi arma hacia lo oscuro, pero la mantuve apuntando hacia el cielo. La seguridad primero.

—Un vampiro con una espada, tal vez.

Él miró fijamente lejos en la oscuridad.

—¿Quieres decir el que mató a los chicos? ¿Por qué un vampiro tiraría un montón de árboles después de matarlos?

Era una buena pregunta. Una gran pregunta. Pero como con tantas preguntas de hoy, no tenía una buena respuesta.

—No lo sé. Volvamos al coche.

Regresamos por donde vinimos. Ninguno se cayó esta vez. Todo un record.

Cuando ya estábamos en el coche guardé mi arma en su sitio. Probablemente no la habría necesitado en absoluto, pero entonces, otra vez… algo sesgó esos árboles.

Usé áloe y toallitas para bebé que guardaba en el coche para limpiar mis manos de la savia de los árboles. Las toallitas sirven tanto para limpiar la sangre como la savia de mis manos.

Condujimos buscando las luces. Teníamos que estar cerca del *Huesos Sangrientos*, a menos que la direccione estuviera lejos del camino. Esperaba que no fuera así.

—¿Es una antorcha? —preguntó Larry.

Miré fijamente en la oscuridad. Había un parpadeo luminoso, a

demasiada altura del suelo como para ser una fogata. Dos antorchas colocadas en largos postes iluminaban una amplia zona de grava a la izquierda del camino en forma de U. También aquí los árboles habían sido movidos hacia atrás, pero hacía años. Estaba despejado, situado así hacía mucho tiempo. Los árboles formaban el telón de fondo para un edificio de una sola planta. Un letrero de madera colgaba del alero. Era difícil leer con la luz de la antorcha, pero podía haber leído «*Huesos Sangrientos*».

Las tejas de madera oscuras cubrían la azotea y descendían por las paredes, de modo que el edificio entero se veía de forma natural como si hubiese brotado del púrpura suelo de arcilla. Aproximadamente, veinte coches y camiones estaban aparcados sin orden ni concierto sobre la oscura grava.

El letrero se balanceó con el viento, la luz del poste iluminó las palabras profundamente esculpidas. «*Huesos Sangrientos*» estaba grabado en letras llanas y cursivas.

Anduve con cuidado con mis tacones altos sobre la grava. Los zapatos de Larry funcionaban mejor sobre la grava que los míos.

—*Huesos Sangrientos* es un nombre extraño para un bar y asador.

—Tal vez sirvan costillas —dije.

Me hizo una mueca.

—No podía comerme una barbacoa o algo parecido en este momento.

—Tampoco sería mi primera elección.

La puerta se balanceó hacia dentro, directamente hacia la barra. La puerta se cerró y quedamos sumergidos en un haz de fuego crepuscular. La mayoría de los bares son sitios sombríos donde beber y esconderse. Un lugar donde refugiarse del mundo resplandeciente y ruidoso de afuera. Pero tal y como eran los refugios, este era uno de los buenos. Había una barra a un lado, a lo largo de la sala y una docena de pequeñas mesas dispersas en el suelo de pulida madera oscura. Tenía una pequeña pista a la izquierda y un tocadiscos cerca de la pared trasera donde probablemente un pequeño vestíbulo conduciría a los baños y a la cocina.

Cada extensión de madera oscura estaba pulida y brillaba. Las velas sobre cristal que se hallaban colocadas en la chimenea brillaban en las paredes. Una araña de luces y velas con más cristal que la chimenea colgaba del techo de madera oscura.

La madera era más oscura en los espejos, que brillaban con la luz más que reflejarla.

Las vigas que soportaban el techo raso estaban talladas con vides y hojas sueltas que parecían de roble. Cada rostro del local se giró hacia nosotros como en una mala película del oeste. Muchos eran varoniles; sus ojos se deslizaron sobre mí, vieron a Larry, y volvieron a sus bebidas. Unos cuantos se quedaron esperanzados mirándonos, pero no hice caso de ellos. Era demasiado pronto como para que alguien estuviese lo bastante bebido para darme la lata.

Las mujeres se sentaban en grupos de tres en lo recóndito de la barra. Estaban vestidas para una noche de viernes, si planeabas pasar la noche del viernes en una esquina haciendo proposiciones a extraños. Ellas observaban a Larry como si se preguntaran si estaba bueno para comer. A mí, parecieron odiarme al verme. Si hubiera conocido a alguna de ellas, habría pensado que estaban celosas, pero no soy del tipo de mujer que arranca celos al mirarme. No soy lo bastante alta, ni lo bastante rubia, ni lo suficientemente nórdica, ni lo bastante exótica. Soy bonita, pero no soy hermosa. Las mujeres me miraban como si advirtieran algo que no había hecho. Me hizo echar un vistazo por detrás de mí para ver si alguien había entrado después de nosotros, aunque sabía que nadie lo había hecho.

—¿Qué hacemos? —susurró Larry.

Eso era otra cosa. Estaba tranquilo. Nunca había estado en un bar un viernes por la noche en la cual, una podía susurrar y ser oída.

—No lo sé —dije suavemente.

Las mujeres de la barra se separaron como si alguien les hubiese preguntado, proporcionándonos una vista clara de la barra. Había un hombre detrás de ella. Cuando lo vi, pensé en el hermoso cabello que tenía. El pelo caía por su cintura como una cortina de agua de color castaño. Las llamas de las velas brillaban en su melena de la misma forma que sobre la madera pulida de la barra.

Él levantó sus sorprendentes ojos hacia nosotros, azules verdosos como el agua de mar profundo. Era oscuro y encantador, bien parecido, y andrógino como un gato. Era exótico como el infierno y de repente entendí por qué solo había mujeres en la barra.

Apoyó su vaso lleno de un líquido ámbar sobre una servilleta diminuta.

—Levántate, Earl —dijo. Su voz era asombrosamente grave, como la de un cantante, de un bajo profundo.

Un hombre se levantó de una mesa, probablemente Earl. Era un tipo grande, pesado, con ángulos suaves como una versión más delicada del

monstruo de Boris Karloff. No era un niño de portada. Cogió su bebida, y su brazo rozó la espalda de una de las mujeres. La mujer giró, enojada. Esperaba que le dijera que se fuera al diablo, pero el camarero tocó su brazo. De repente ella se quedó quieta, como si escuchara unas voces que yo no podía oír.

El aire vaciló. De repente era muy consciente de que Earl olía a agua y jabón. Su pelo estaba todavía húmedo de la ducha. Podía lamer el agua de su piel, sentir aquellas manos grandes sobre mi cuerpo.

Sacudí mi cabeza y retrocedí hacia Larry. Él agarró mi brazo.

—¿Qué sucede?

Le contemplé asiendo su brazo, mis dedos se clavan en la tela de su traje, hasta que pude sentir su sólido brazo bajo mi mano. Me alejé de la barra.

Earl y la mujer fueron a sentarse a una mesa. Ella besaba la palma de su callosa mano.

—Jesús —dije.

—¿Qué sucede, Anita? —preguntó Larry.

Respiré hondo y me alejé de él.

—Estoy bien, fue algo inesperado.

—¿Qué era?

—Magia. —Caminé hasta la barra.

Aquellos extraordinarios ojos me miraron fijamente, pero no había ningún poder en ellos. No era como tratar con un vampiro. Podría contemplar aquellos hermosos ojos siempre, y ellos sólo serían ojos. De algún tipo.

Coloqué mis manos en la reluciente madera de la barra. Más vides y hojas se retorcían alrededor del borde de la maciza madera. Recorrí con mis dedos las profundas tallas. Esculpidas a mano, todo.

Las yemas de sus dedos rozaron la madera como si fuera piel. Era un toque de propiedad, del tipo en que los hombres tocan a sus novias cuando son suyas. Apostaba a que había esculpido cada centímetro de ella.

Una morena con un vestido dos tallas más pequeño de lo que debería haber sido tocó su brazo.

—Magnus, no necesitas a una extraña.

Magnus Bouvier se giró hacia la morena. Arrastró aquellos dedos acariciando su brazo. Ella tembló. Él alzó la mano cortésmente por el brazo, presionando sus labios por el dorso de la mano.

—Escoge a quien quieras, *cariño*. Eres demasiado hermosa para ser rechazada esta noche.

Ella no era hermosa. Sus ojos eran pequeños y de un marrón fangoso, su barbilla demasiado aguda, la nariz demasiado grande para esa cara delgada. Yo la miraba fijamente, a no más de 1 metro de distancia, de su cara sencilla. Sus ojos cambiaron de repente a grandes y brillantes, sus delgados labios a llenos y húmedos. Fue como verla pasar a través de uno de esos suaves filtros usados durante los años sesenta, o más.

Eché un vistazo a Larry. Parecía haber sido golpeado por un camión. Un delgado y encantador camión. Miré fijamente la barra, y cada macho del lugar, excepto Earl, contemplaban a la mujer exactamente del mismo modo, como si ella acabara de aparecer ante ellos, como la Cenicienta transformada por el hada madrina. No era una mala analogía.

Miré a Magnus Bouvier. Él no contemplaba a la mujer. Él me contemplaba.

Me incliné sobre la barra encontrando su fija mirada. Sonrió levemente.

—Los encantos de amor son ilegales —dije.

La sonrisa se ensanchó.

—Usted es demasiado bonita para ser policía. Se estiró para tocar mi brazo.

—Tóqueme y le haré detener por usar excesiva influencia preternatural.

—Es un delito de menor cuantía —señaló.

—No, si no es humano, y usted no lo es —indiqué.

Él parpadeó. Desde luego, no lo conocía lo bastante bien pero pienso que le sorprendí, debían creer que era humano. Sí, de acuerdo.

—Vayamos a conversar en una mesa —dijo.

—Bien, conmigo.

—Dorrie, ¿puedes encargarte durante unos minutos?

Una mujer se colocó detrás de la barra. Tenía el mismo denso cabello castaño, pero estaba atado en una severa cola de caballo, alta y apretada sobre su cabeza. La brillante larga cola se balanceó cuando ella se movió, como si estuviera viva. Su cara, limpia y sin maquillaje, era triangular y exótica, como la de un gato. Sus aterradores ojos eran del color del agua de mar, verde azulada como Magnus.

Los hombres más cercanos a la barra la miraron por la comisura de sus ojos, como si tuvieran miedo de mirarla directamente. Larry la contempló boquiabierto.

—Me encargaré de la barra, pero eso es todo —dijo ella. Giró aquellos ojos hacia Larry y dijo—: ¿Qué está mirando? —Su voz sonó áspera, dura con desdén.

Larry parpadeó, cerró su boca, y tartamudeó.

—Nada.

Ella lo fulminó con la mirada como supiera que mentía. Me hice una idea de por qué los hombres no la miraban.

—Dorcas, se agradable con los clientes.

Ella fulminó con la mirada a Magnus; él sonrió, pero retrocedió. Magnus salió de la barra. Llevaba una camisa azul suave suelta sobre vaqueros tan descoloridos que eran casi blancos. La camisa llegaba casi a medio muslo; había enrollado las mangas sobre sus antebrazos. Unas botas de vaquero negras y plateadas completaban el atuendo. Todo, excepto las botas, parecía prestado. No se veía descuidado, ni casual, entre todos los demás comensales de una noche de viernes. Su confianza absoluta hizo el perfecto traje. Una mujer en una de las mesas le sujetó del dobladillo de su camisa cuando pasó delante de ella. Retiró sus manos con una sonrisa juguetona.

Magnus nos condujo a una mesa cerca del escenario vacío. Se mantuvo de pie, dejándome elegir mi asiento; muy caballeroso por su parte. Me senté con la espalda a la pared, así podría observar ambas puertas y la habitación. Esto era una especie de cowboyada, pero la magia estaba en el aire. Magia ilegal.

Larry se sentó a mi derecha. Me había mirado y se había escabullido en su silla a pocos pasos de la mesa, así también podría ver la habitación. Era aterradora la forma en que Larry miraba lo que hacía. Lo mantendría vivo, pero era parecido a ser seguida por un niño de tres años con un permiso de conducir. Intimidaba un poco.

Magnus se rió de nosotros, indulgentemente, como si hiciéramos algo mono o divertido. No estaba de humor para ser divertida.

—Los encantos de amor son ilegales —repetí.

—Ya lo dijo —comentó Magnus. Me dirigió una sonrisa que supuse era encantadora e inocente. No lo era. No había nada que pudiera hacer para ser menos exótico. Y estaba segura como el infierno que no era inocente.

Le contemplé hasta que la sonrisa languideció en las esquinas y tragó. Extendió sus dedos largos por la mesa, contemplándolos. Cuando alzó la vista, la sonrisa se había ido. Parecía solemne, hasta un poco nervioso.

Bien.

—Esto no es encanto —dijo.

—El infierno que no lo es —contesté.

—No lo es. Es un hechizo, pero no tan común como un encanto.

—Usted hila muy fino —dije.

Larry nos contemplaba atentamente.

—¿Aquellas cosas en la barra son un encanto de amor?

—¿Qué cosas en la barra? —La cara de Magnus era increíblemente dócil, como si pensara que Larry le creía.

Larry me miró.

—¿Bromea? La mujer pasó de unos treinta años a unos veintitrés. Tuvo que ser magia.

Magnus prestó atención a Larry por primera vez, excluyéndome —y me sentí excluida—. Era como si un rayo de luz del sol se hubiera alejado de mí, y me quedé más fría, un poco más sola en la oscuridad.

Sacudí mi cabeza.

—Corte la mierda esa del *encanto*.

Magnus se giró hacia mí, y durante un minuto sentí aquel calor.

—Párelo.

—¿Qué?

Me levanté.

—De acuerdo; ya veremos cuán gracioso piensa que es cuando esté en la cárcel.

Magnus rodeó mi muñeca con su mano. Su piel debería haber sido áspera debido al trabajo, pero no lo era. Su piel era extrañamente suave, como terciopelo vivo. Por supuesto, también podría haber sido una ilusión.

Traté de retirar mi mano, pero la sujetó más fuerte. Seguí tirando, y siguió apretando con la certeza de alguien que sabía que no podía escapar. Estaba equivocado. No era sólo una cuestión de fuerza, era una acción de palanca.

Giré mi muñeca hacia sus dedos con un rápido movimiento curvado sacudiéndome al mismo tiempo. Sus dedos se deslizaron sobre mi piel tratando de sujetarla, pero ya me había liberado. Mi muñeca sintió la herida donde sus dedos desgarraron mi piel. No sangraba, pero dolía de todos modos. Me habría sentido mejor si la frotara, pero no le daría la satisfacción. Yo era, después de todo, una resistente asesina de vampiros de uñas duras. Además, eso habría arruinado un poco el efecto, y me gustó la

sorpresa que vi en la cara de Magnus.

—La mayoría de las mujeres no retiran su mano una vez que las he tocado.

—Si usa magia sobre mí una vez más, le entregaré a la policía.

Me miró, con una mirada pensativa en su cara. Asintió con la cabeza.

—Usted gana. Nada de magia en usted o en su amigo.

—O en alguien más —respondí.

Me recosté con cuidado en la silla, poniendo un poco más distancia entre él y yo. Ladeé un poco la silla, así sería sencillo sacar mi arma. No pensaba que tuviera que pegarle un tiro, pero la muñeca me dolía allí donde la había rozado. Había luchado contra vampiros y *cambiaformas*. Conozco la fuerza preternatural cuando la siento. Él la tenía. Podría haberme apretado hasta que mis huesos reventaran fuera de mi piel, pero no había apretado lo suficiente. En realidad, no había querido hacerme daño.

Su error.

—Ah, a mis clientes no les gustaría que la magia se fuera —comentó.

—No puede manipularlos. Es ilegal y le delataré por ello.

—Pero todos saben que es viernes por la noche, es la noche de los amantes en *Huesos Sangrientos* —dijo Magnus.

—¿Qué es la noche de los amantes? —preguntó Larry.

Magnus sonrió, recobrando un poco de su encanto natural, pero aquel parpadeo de calor desapareció. Era fiel a su palabra, por lo que podía ver. Incluso los vampiros no podían intentar controlar mi mente sin yo saberlo. Que Magnus pudiera me puso nerviosa.

—Esta noche hago bello a cada uno, bien parecido o sexualmente atractivo. Durante unas horas puedes ser el amante de sus sueños, y el de alguien más. Aunque no durante toda la noche. El *encanto* no dura mucho tiempo.

—¿Qué es usted? —preguntó Larry.

—¿Qué parece como un *Homo sapiens*, puede procrear con *Homo sapiens*, pero no es un *Homo sapiens*? —pregunté.

Los ojos de Larry se ensancharon.

—*Homo arcanus*. ¿Es un hada?

—Por favor baje la voz —contestó Magnus.

Echó un vistazo a las mesas cercanas. Nadie nos prestaba mucha atención. Estaban demasiado ocupados mirándose en los ojos de cada uno mágicamente realzados.

—No puede hacerse pasar por humano —dije.

—Los Bouviers han predicho el futuro y han hecho encantos de amor durante siglos por aquí.

—Dijo que eso no era un encanto de amor —comenté.

—Ellos piensan que lo es, pero usted sabe que es.

—*Encanto* —respondí.

—¿Qué es el *encanto*? —preguntó Larry.

—Es magia fairie. Es lo que permite que ellos nublen nuestras mentes, que hagan parecer mejor las cosas, o peor de lo que lo son.

Magnus asintió con la cabeza, sonriente, como si le complaciera que supiese tanto.

—Exactamente, en realidad es una magia menor comparada con otras.

Sacudí mi cabeza.

—He leído sobre el *encanto*, y no trabaja bien a menos que sea del Tribunal Supremo, *Daoine Sidhe*. La Corte Luminosa del país de las hadas no se cruza a menudo con mortales. Al menos, no con plebeyos. La Corte Oscura, por otra parte, sí lo hace.

Me contempló con sus hermosos ojos, mirándome hasta sin *encanto* eran tan magníficos que uno quería tocarlo. Quería ver si su pelo era tan magnífico como se veía. Parecía una escultura realmente fina; querías guiar tus manos sobre ella y sentir las líneas.

Magnus sonrió suavemente.

—La Corte Oscura es el mal, cruel. Lo que hago aquí no está mal. Por una noche, la gente puede venir aquí y vivir sus propias fantasías. Ellos piensan que son encantos de amor, y les dejo creerlo. Conservamos en secreto este pequeño acto ilegal. La policía local lo sabe. Hasta bajan de vez en cuando y se integran en el grupo.

—Pero eso no es encanto de amor.

—No, es mi talento natural. Si uso mi propia magia, de mi propia cosecha, no es ilegal cuando cada uno sabe lo que estoy haciendo.

—Entonces finge que son encantos de amor, y todos vuelven el rostro hacia otro lado porque pasan un buen rato, pero realmente es *encanto* de hada, no es ilegal con el permiso de los participantes.

—Exactamente —dijo.

—Que lo hace todo legal.

Asintió con la cabeza.

—Ahora, si viniese del lado oscuro de las hadas, ¿haría algo para traer

el placer a tantos?

—Si eso satisficiera sus necesidades, sí.

—¿No hay por aquí una prohibición de la Corte Oscura cuando se trasladaron a este país? —preguntó Larry.

—Sí —dije.

—No si mi familia se mudó aquí antes de que la prohibición entrara en vigor. Los Bouviers han estado aquí durante casi trescientos años.

—No es posible —dije—. Nadie, solo los indios, han estado aquí desde ese tiempo.

—Llyn Bouvier era un trampero francés de pieles. Fue el primer europeo en pisar esta tierra. Se emparentó con la tribu local, se convirtió al cristianismo con ellos.

Intenté intimidarle.

—Entonces, ¿por qué no quiso venderle a Raymond Stirling?

Parpadeó hacia mí.

—Me decepcionaría enormemente averiguar que usted trabaja para él.

—Lamento decepcionarle —respondí.

—¿Qué es usted?

Él no había preguntado quién, había preguntado qué. Era una pregunta muy diferente. Merecía pensarlo un segundo.

—Soy Anita Blake; este es Larry Kirkland. Somos reanimadores.

—Asumo que usted no dibuja comics —dijo.

Me hizo sonreír.

—No. Levantamos a los muertos; '*animado*' del latín, para dar vida.

—¿Es eso todo lo que hace? —Me contempló muy atentamente, como si hubiera escrito algo en el interior de mi cráneo y tratara de leerlo.

Era un escrutinio de nivel incómodo, pero he sido observada por el mejor. Encontré sus ojos y contesté.

—Soy una ejecutora autorizada de vampiros.

Sacudió su cabeza suavemente.

—No pregunté a que se dedica para vivir. Pregunté qué era usted.

Fruncí el ceño.

—Puede que no entienda la pregunta.

—Quizás usted no lo hace, pero su amigo preguntó que era yo. Usted dijo que yo era un hada. Le pregunto que es usted, y usted describe su trabajo. Que le parecería que le dijera que soy camarero.

—Entonces no sé qué contestarle —dije.

Todavía me contemplaba.

—Sí, usted lo hace. Puedo ver una palabra en sus ojos. Una palabra.

Cuando lo dijo, una palabra vino a mi mente.

—Nigromante. Soy una nigromante.

Magnus asintió con la cabeza.

—¿Sabe el Sr. Stirling lo que es?

—Dudo que lo entendiera aun si se lo dijese.

—¿Realmente tiene usted la capacidad de controlar a todos los tipos de no muertos? —preguntó Magnus.

—¿Puede hacer cien zapatos en una sola noche? —pregunté.

Magnus sonrió.

—Clase incorrecta de hada.

—Sí —dije.

—Si usted trabaja para Stirling, ¿por qué están aquí? Espero que no viniera para tratar de persuadirme a vender. Lamentaría tener que decir que no a una mujer tan encantadora.

—Pare los elogios, Magnus. No le llevará a ningún lado.

—¿Qué me llevaría a algún lado?

Suspiré.

—Tengo demasiados hombres en mi plato, por ahora.

—Es la honesta verdad de Dios —murmuró Larry.

Le miré con el ceño fruncido.

—No la invito a salir en una cita. Le pregunto por usted en mi cama.

Miré hoscamente a Magnus. No, fulminar con la mirada era una palabra mejor.

—No en esta vida.

—El sexo entre seres sobrenaturales es siempre asombroso, Anita.

—No soy un ser sobrenatural.

—¿Ahora quién hila muy fino?

No sabía que decir a eso, entonces no dije nada. Raramente me meto en líos si estoy en silencio.

Magnus sonrió.

—La he hecho sentir incómoda. Lo siento, pero nunca me habría perdonado si no lo hubiera preguntado. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve con alguien que no fuera completamente humano. Déjeme invitarles a ambos a unas bebidas, para compensar mi grosería.

Asentí.

—El menú estaría bien. No hemos comido aún.

—Las comidas serán de parte de la casa.

—No —dije.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta usted en particular, y no acepto favores de la gente que no me gusta.

Se recostó en su silla, con una expresión extraña, casi asustada, en su cara.

—Es directa.

—Usted no tiene ni idea —dijo Larry.

Resistí al impulso de darle una patada bajo la mesa y dije:

—¿Podemos conseguir algunos menús?

Él levantó una mano y pidió.

—Dos menús, Dorrie.

Dorrie los trajo.

—Soy copropietaria de este lugar, no tu camarera, Magnus. Apresúrate.

—No olvides la cita que tengo esta noche, Dorrie. —Su voz era suave. Ella no estaba siendo engañada.

—No me dejes a solas con esta gente. No voy a… —echó un vistazo hacia nosotros—. No apruebo la noche de los amantes. Sabes eso.

—Tendré cuidado con todo el mundo antes de marcharme. No tendrás que ensuciar tus principios.

Ella nos fulminó con la mirada.

—¿Te marchas con ellos?

—No —respondió.

Dio media vuelta y caminó con paso majestuoso detrás de la barra. Los hombres que no estaban emparejados observaron el movimiento de sus caderas, con cuidado, sin mirarla fijamente, hasta que ella no pudiera verlos.

—¿Su hermana no aprueba el abuso del *encanto*? —pregunté.

—Dorrie no aprueba muchas cosas.

—Tiene principios.

—Eso implica que yo no los tengo —dijo.

Me encogí de hombros.

—Usted lo dijo, no yo.

—¿Siempre es así de crítica? —le preguntó a Larry.

Larry asintió con la cabeza.

—Por lo general.

—Déjenos sólo pedir nuestra comida —dije.

Larry sonrió, pero miró el menú.

Era un trozo de papel laminado, impreso por ambos lados. Pedí una hamburguesa con queso bien hecha, patatas fritas caseras, y una Coca-Cola grande. No había consumido cafeína en varias horas; es energía.

Larry miraba ceñudamente el menú.

—No creo que pueda comer una hamburguesa en este momento.

—Tienen ensaladas —comenté.

Magnus colocó sus dedos sobre el dorso de la mano de Larry.

—Algo nada detrás de sus ojos. Algo… horrible, justo detrás de sus ojos.

Larry le contempló.

—No sé a qué se refiere.

Agarré la muñeca de Magnus y la separé de Larry. Giró sus ojos, pero había algo más que sólo su color para hacernos mirarlos fijamente. Las pupilas se movían en una espiral hacia abajo, como el ojo de un pájaro. Los ojos humanos no hacen eso.

De repente fui muy consciente que todavía sostenía su muñeca. Aparté mi mano.

—Deje de leernos, Magnus.

—Usted lleva puesto guantes, o yo sería capaz de decirle lo que usted ha tocado —dijo.

—Eso es una investigación policial en curso. Algo que usted descifra por medios psíquicos debe ser mantenido en secreto, o puede ser arrestado como si hubiera robado la información de nuestros archivos.

—¿Siempre hace esto? —preguntó.

—¿Qué?

—Citar la ley cuando está nerviosa.

—A veces —dije.

—Vi sangre, eso es todo. Mis dones son limitados en el área de visionar el futuro. Debería coger la mano de Dorrie. La percepción en ella es fuerte.

—Gracias, pero ninguna —dijo Larry.

Sonrió.

—Usted no es policía, o no me habría amenazado con eso, pero estaba con ellos antes. ¿Por qué?

—Creeré que todo lo que ha visto era sangre —respondí.

Tuvo la gracia de parecer avergonzado; era agradable saber que podía estar avergonzado.

—Un poquito más, quizás.

—La clarividencia de contacto no es un poder tradicional de videncia.

—Nuestra bisabuela era hija de un chamán, así que la historia continua.

—Haciéndose mágica a ambos lados del árbol genealógico —dije—. Monopolizándolo.

—La clarividencia no es mágica —dijo Larry.

—Un clarividente realmente bueno le hará pensar que lo es —respondí.

Contemplé a Magnus. El último clarividente que me había tocado y había visto sangre quedó horrorizado. No quiso tocarme otra vez. No quiso que estuviera cerca de él en ningún lugar. Magnus no parecía horrorizado y había ofrecido tener sexo conmigo. Sobre gustos, no hay nada escrito.

—Llevaré su pedido a la cocina yo mismo, si decide lo que quiere —dijo.

Larry contempló el menú.

—Una ensalada, supongo. Sin aliño —pensó en ello algo más—, sin tomates.

Magnus comenzó a levantarse.

—¿Por qué no venderá a Stirling? —pregunté.

Magnus movió su cabeza a un lado, sonriente.

—Esa tierra ha estado en nuestra familia durante siglos. Es nuestra tierra.

Le miré y no pude leer su cara. Podría haber sido la verdad absoluta, o una mentira en negritas.

—Entonces, la única razón por la que no quiere ser millonario es debido a la… ¿tradición familiar?

La sonrisa se hizo más amplia y se inclinó más cerca, su pelo largo se derramo hacia adelante. Susurró, y estaba lo bastante tranquilo como para susurrar.

—El dinero no lo es todo, Anita. Aunque Stirling parezca pensar que lo es.

Su cara estaba muy cerca, pero lo suficientemente alejada como para no quejarme. Podía oler débilmente su loción de después del afeitado, como si tuviera que acercarme más a su piel para olerla, pero merecería el esfuerzo.

—¿Qué quiere usted, Magnus, si no es por dinero? —Le contemplé demasiado cerca. Su pelo largo caía sobre mi mano.

—Le dije lo que quiero.

Incluso sin el *encanto*, trataba de engatusarme, distraerme.

—¿Qué le pasó a los árboles del camino? —No me distraigo tan fácilmente.

Parpadeó durante mucho tiempo. Algo se deslizó detrás de sus ojos.

—Pasé.

—¿Usted tiró aquellos árboles? —preguntó Larry.

Magnus se dio la vuelta, y me alegré de no contemplarle tan cerca.

—Tristemente, sí.

—¿Por qué? —pregunté.

Se enderezó, de repente serio.

—Me emborraché y me fui de parranda. —Se encogió de hombros—. ¿Embarazoso, verdad?

—Es una palabra para describirlo —dije.

—Iré a conseguirles su comida. Una ensalada desnuda en camino.

—¿Recuerda lo que pedí? —pregunté.

—Carne quemada hasta morir, lo recuerdo.

—Suena como un vegetariano.

—Ah, no —dijo él—. Me alimento de toda clase de cosas.

Se alejó entre la multitud antes de que poder decirme si había sido insultada o no. Menos mal. A fe mía, no podía pensar en un buen regreso.



Dorcas trajo nuestra comida sin decir una palabra. Parecía enojada, tal vez no por nosotros, pero sí con nosotros. O con todo. La compadecí. Magnus estaba de nuevo detrás de la barra, extendiendo su especial clase propia de magia sobre los clientes. Echó un vistazo hacia nuestra dirección y sonrió, pero no volvió para terminar la conversación. Por supuesto, habíamos terminado. Se acabaron las preguntas.

Pegué un mordisco a la hamburguesa con queso. Estaba casi crujiente en de los bordes, sin ninguna pizca rosada en el centro. Perfecta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Larry. Mordisqueaba una hoja de lechuga.

Tragué.

—¿Por qué debería ir algo mal?

—Frunces el ceño —contestó.

—Magnus no volvió a la mesa.

—¿Y? Contestó a todas nuestras preguntas.

—Tal vez no sabemos cuáles son las preguntas correctas que hacerle.

—¿Ahora sospechas algo? —Larry sacudió la cabeza—. Has estado pasando demasiado tiempo con policías, Anita. Sospechas algo de todo el mundo.

—Por lo general así es. —Pegué otro mordisco a la hamburguesa.

Larry hizo una mueca entornando los ojos.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Hay jugo sobresaliendo de tu hamburguesa. ¿Cómo puedes comer eso después de lo qué vimos?

—Supongo que eso significa que no quieres que ponga ketchup a las patatas.

Me miró con algo cercano al dolor físico en su cara.

—¿Cómo puedes hacer bromas?

Mi busca sonó. ¿Habían encontrado al vampiro? Apreté el botón y el número de Dolph brilló. ¿Ahora qué?

—Es Dolph. Come tranquilo. Telefonearé desde el Jeep y volveré.

Larry se levantó conmigo. Puso el tenedor sobre la mesa y dejó la ensalada casi sin tocar.

—Estoy listo.

—Vale, yo no. Haz que Magnus prepare mi comida para llevar.

Lo dejé mirando con total desamparo a mi abandonada y medio comida hamburguesa.

—No vas a comértela en el coche, ¿verdad?

—Sólo haz que la envuelvan.

Fui hacia el Jeep y su teléfono de ensueño. Dolph contestó al tercer tono de llamada.

—¿Anita?

—Sí, Dolph, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Víctima de vampiro cerca de ti.

—Mierda, el otro.

—¿Qué quieres decir con el otro?

Eso me paró.

—¿Freemont no te llamó después de que hablé con ella?

—Sí, dijo cosas buenas sobre ti.

—Me sorprende, no fue demasiado simpática.

—¿Cómo que no fue simpática?

—No me dejaría cazar vampiros con ella.

—Cuéntamelo —dijo Dolph.

Le conté. Dolph se mantuvo tranquilo mucho tiempo después de que terminara.

—¿Todavía estas ahí, Dolph?

—Estoy aquí. Ojalá no estuviera.

—¿Qué pasa, Dolph? ¿Por qué Freemont llama y te dice que hago un buen trabajo, pero no pregunta por la ayuda de la brigada en algo tan grande?

—Apuesto a que tampoco ha llamado a los Feds —comentó Dolph.

—¿Qué ocurre, Dolph?

—Creo que la Detective Freemont está jugando al solitario con nosotros.

—Los federales van a querer un pedazo de esto. El primer vampiro asesino en serie registrado en la historia. Freemont no puede guardarlo para ella.

—Lo sé —dijo Dolph.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esta vez, el cuerpo del suelo parece, francamente, un asesinato vampiro. Es clásico, señales de mordedura, sin otro daño en el cuerpo. ¿Podría ser un vampiro diferente?

—Podría ser —contesté.

—No pareces segura.

—Dos vampiros delincuentes en esta pequeña área geográfica, lejos de una ciudad, no parece probable.

—El cuerpo no fue cortado en pedazos.

—Cierto.

—¿Cuánta seguridad tienes de que el primer asesino es un vampiro? ¿Hay algo más que pudiera ser?

Abrí la boca para decir que no, y la cerré. Alguien que pudiera derrumbar todos aquellos árboles como si fueran borrachos en una reyerta seguramente podría cortar a la gente. Magnus tenía su *encanto*. No estaba segura de si era capaz de hacer lo que yo había visto con tanta limpieza, pero…

—¿Anita?

—Podría tener una alternativa.

—¿Qué?

—A quién —dije. Lamentaba entregar a Magnus a los policías. Había

guardado su secreto durante mucho tiempo, pero… ¿Y si la pregunta que debería hacer fuera si había matado a las cinco personas? Había sentido la fuerza de sus manos. Recordé los troncos limpios de los árboles, cortados de un solo golpe, dos como máximo. Regresé a la escena del crimen. La sangre, el hueso desnudo. No podía excluir a Magnus, y no podía permitirme el lujo de equivocarme.

Se lo dije a Dolph.

—¿Puedes mantener en secreto la parte de que él es un *hada* durante un tiempo?

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces, entonces su vida está destrozada.

—Mucha gente tiene sangre *fae* en ellos, Anita.

—Díselo a aquella estudiante del año pasado cuyo prometido la mató a palos cuando averiguó que se iba a casar con una *fairie*. Alegó en el tribunal que no había pensado matarla. Se supone que un *fae* es difícil de matar, ¿verdad?

—No todos piensan así, Anita.

—No todos, pero bastantes.

—Lo intentaré Anita, pero no puedo prometértelo.

—Es suficiente —contesté—. ¿Dónde está la nueva víctima?

—En la *Ceja del Mono* —contestó.

—¿Qué?

—Es el nombre de la ciudad.

—Jesús. La *Ceja del Mono*, Misuri. Déjame adivinar. Es una pequeña ciudad.

—Lo bastante grande para tener un sheriff y un asesinato.

—Lamentable. ¿Tienes la dirección? —agarré mi pequeño cuaderno espiral sujeto al bolsillo de la chaqueta negra. Me dio la dirección.

—El sheriff St. John guarda el cuerpo para ti. Él nos llamó primero. Desde que Freemont quiere ir por libre, la dejaremos.

—¿No vas a decirle nada?

—No.

—No creo que la *Ceja del Mono* tenga una unidad de escenas de asesinato, Dolph. Si no tenemos a Freemont con su gente, vamos a necesitar a alguien. ¿Puede venir tu gente?

—Todavía trabajamos en nuestro propio asesinato. Pero ya que el Sheriff St. John nos llamó para el suyo, estaremos en la zona tan pronto

como podemos llegar allí. No esta noche, pero mañana.

—Se supone que Freemont va a enviar fotos de la escena de la primera pareja que fue asesinada. Apuesto que si le pregunto, también podría enviar fotos de la segunda escena, mostrártelas y contarte mañana cuando llegues aquí.

—Freemont puede sospechar de ti si pides más fotos —dijo Dolph.

—Le diré que las quiero para comparar. Puede intentar enturbiar el caso para quedárselo, pero quiere resolverlo. Sólo que quiere solucionarlo ella misma.

—Es una perra a la caza de gloria —indicó Dolph.

—El planteamiento general va por ese camino.

—No sé si seré capaz de mantener a Freemont apartada del segundo caso, pero trataré de darte tiempo de ventaja, así puedes mirar alrededor sin sentir su respiración detrás de tu cuello.

—Te lo agradezco.

—Me dijo que ibas con tu ayudante a la escena del delito. Es Larry Kirkland, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Qué haces trayéndole a escenas de asesinato?

—Conseguirá el título de biología preternatural esta primavera. Es un reanimador y un asesino de vampiros. No puedo estar en todas partes, Dolph. Si puede manejarlo, creo que podría ser interesante tener a dos expertos en monstruos.

—Podría ser. Freemont dijo que Larry vomitó el almuerzo por todas partes en la escena.

—No vomitó en la escena del crimen, sólo cerca de ella.

Hubo un momento de silencio.

—Mejor que vomitar sobre el cuerpo.

—Nunca voy a conseguir que olvides eso, ¿verdad?

—No —dijo Dolph—. No lo conseguirás.

—Genial. Larry y yo llegaremos allí tan pronto como podamos. Es un paseo de treinta minutos, tal vez más.

—Le diré al Sheriff St. John que estás en camino. —Colgó.

Colgué. Dolph me entrenaba para no decir adiós por teléfono nunca.



ONCE

Larry se dejó caer en el asiento todo lo que el cinturón de seguridad le permitía. Sus manos presionaron sobre su regazo. Miraba fijamente hacia la oscuridad, como si viera algo además del paisaje que pasábamos. Apostaba que las imágenes de los adolescentes asesinados bailan en su cabeza. Ellos no bailaban en la mía. Todavía podía verlos en mis sueños, pero no despierta, aún.

—¿Cómo de malo será éste? —preguntó. Su voz parecida tranquila, forzada.

—No lo sé. Es una víctima de vampiro. Puede estar limpio, sólo un par de heridas de pinchazos; puede ser una carnicería.

—¿Carnicería como la de los tres chicos?

—Dolph no lo mencionó, dijo que es clásico, sólo marcas de mordisco.

—Entonces, ¿no será sucio? —su voz baja, cercana al susurro.

—No lo sabremos hasta que lleguemos allí —contesté.

—¿No podrías sólo consolarme? —su voz pareció tan infantil, tan incierta, que casi me ofrecí a dar la vuelta en el Jeep. Él no tenía que ver otra escena de asesinato. Era mi trabajo, pero no el suyo, no aún.

—No tienes por qué ver otra escena, Larry —él giró su cabeza y me miró.

—¿Qué quieres decir?

—Has tenido tu cuota de sangre y tripas del día. Puedo volver y dejarte en el hotel.

—¿Si no voy esta noche, qué pasara la próxima vez?

—Si no estás hecho para esta clase de trabajo, no estás hecho. No hay ninguna vergüenza en ello.

—¿Y la próxima vez? —preguntó él.

—No habrá una próxima vez.

—No te desharás de mí tan fácilmente —dijo él. Esperaba que la oscuridad escondiese la sonrisa de mi cara. La mantuve leve.

—Háblame sobre los vampiros, Anita. Pensé que un vampiro no podía beber suficiente sangre una noche cómo para matar a alguien.

—Suficiente para pensarlo —dije.

—En el colegio nos dijeron que un vampiro no podía drenar a un ser humano con una mordedura. ¿Me estás diciendo que eso no es verdad?

—No pueden beber de un humano y secarlo con una mordedura en una noche, pero pueden reducirla drásticamente con una mordedura.

Él me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Pueden perforar la carne y drenar la sangre sin beberla.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Sólo perforando con los colmillos comienza el flujo de sangre y la deja caer del cuerpo al suelo.

—Pero si no toman la sangre para alimentarse, eso es asesinato —dijo Larry.

—¿Y el punto es? —pregunté.

—Oye, ¿no es este nuestro desvío?

Vislumbré la señal de tráfico.

—Maldición. —Reduje la velocidad, pero no podía ver por encima de la cresta de la colina. No me atrevía a dar una vuelta en “U” hasta que estar segura de que no había ningún coche viniendo en sentido contrario. Fue otra media milla más hasta que vimos un camino de grava. Había una fila

de cajas al lado de la carretera.

Los árboles crecían tan cerca del camino que hasta en invierno y estando desnudos, lo cubrían convirtiéndolo en una sombría vereda. No había ningún lugar donde girar. Infiernos, si otro coche hubiera venido, uno de nosotros habría tenido que dar marcha atrás.

El camino se elevó, como si fuera directamente al cielo. En la cresta de la colina no podía ver nada delante del coche. Simplemente, tuve que confiar que había más camino delante de nosotros, mejor que un precipicio interminable.

—Jesús, esto es escarpado —dijo Larry.

Moví el Jeep con cuidado hacia delante y los neumáticos tocaron el camino. Mis hombros se relajaron un poco. Había una casa delante. La luz del pórtico estaba encendida, como si esperaran compañía. La desnuda bombilla no era bueno. La casa era de madera sin pintar con una azotea de estaño oxidado. Su pórtico levantado se hundía bajo el peso del asiento delantero de un coche, colocado a la par de la puerta de tela metálica. Giré ante la suciedad de la casa que parecía un patio delantero. Me pareció que no éramos el primer coche en hacerlo. Había profundas marcar de ruedas en la polvorienta y reseca suciedad de años de coches dando la vuelta allí.

Cuando bajamos hasta el final del camino, la oscuridad era pura como el terciopelo. Las luces del Jeep iluminaban, pero parecía como conducir en un túnel. El mundo solo existía en la luz; todo lo demás era oscuridad.

—Daría cualquier cosa ahora mismo por unas cuantas farolas —dijo Larry.

—Yo también. Ayúdame a encontrar nuestro camino. No quiero pasar por delante dos veces.

Él se inclinó hacia delante en su asiento, tirando del cinturón.

—Allí. —Señaló cuando lo dijo. Reduje la marcha y gire con cuidado en el camino. Los faros iluminaron el túnel de árboles. El camino era sólo una extensión de tierra roja. El polvo se elevó como una niebla alrededor del Jeep. Por una vez, me alegré de la sequía. El barro habría sido una verdadera putada en un camino de tierra.

La carretera era lo bastante amplia para que, si tuvieras los nervios de acero o conducías el coche de otro, pudieras conducir dos coches lado a lado. Un arroyo atravesaba el camino, con una zanja de al menos cuatro metros y medio de profundidad. El puente era sólo tablones puestos a través de alguna viga. Ningún carril, nada. Cuando el Jeep se arrastró sobre

el puente, los tablones traquetearon y se movieron. No estaban clavados. Dios.

Larry miraba fijamente el puente, su cara presionada contra el cristal tintado.

—Este puente no es mucho más amplio que el coche.

—Gracias por decírmelo, Larry. Nunca lo habría notado yo sola.

—Lo siento.

Por delante del puente, el camino era todavía lo bastante amplio para dos coches. Supongo que si dos coches se encontraran en el puente harían turnos. Probablemente había alguna ley de tráfico para estos casos. Tal vez, el primer coche a la izquierda pasa primero.

En la cima de la colina, las luces se veían en la distancia. La policía iluminaba la oscuridad con relámpagos multicolores. Estaban más lejos de lo que parecía. Teníamos todavía dos colinas más que subir y bajar antes de llegar a las luces reflejadas en los árboles desnudos, haciéndolos parecer negros e irreales.

La carretera se mostró con un claro amplio. Una extensión de césped se extendía hacia arriba, rodeando una gran casa blanca. Era una verdadera casa con aparcamiento y contraventanas, y un porche cerrado. Era de dos pisos y bordeado de arbustos recortados con esmero. La calzada era de grava blanca, lo que significaba que alguien la había transportado allí. Los narcisos bordeaban la calzada en dos rayas gruesas.

Un policía nos paró al pie del inclinado paseo. Era alto, ancho de hombros y tenían el pelo oscuro. Introdujo une linterna en el coche.

—Lo siento, señorita, pero ahora mismo no puede subir allí.

Le mostré mi identificación y dije:

—Soy Anita Blake. Del equipo de Investigación Preternatural Regional. Me dijeron que el Sheriff St. John me espera.

Él se inclinó en la ventanilla y dirigió su luz a Larry.

—¿Quién es este?

—Larry Kirkland. Viene conmigo.

Contempló a Larry durante unos segundos. Larry sonrió, haciendo todo lo posible para parecer inofensivo. Es casi tan bueno en eso como yo.

Yo tenía una buena vista del arma del policía cuando se inclinó en la ventana. Era un Colt 45. Arma grande, pero él tenía manos para ella. Percibí un olorcillo de su loción de afeitado; Brut. Se había inclinado demasiado en la ventanilla para ver a Larry. Si yo hubiera escondido un

arma en mi regazo, podría haberle alimentado con ella. Era grande, y apostaba que su gran tamaño intimidaba mucho, pero era descuidado. Las armas no se preocupan por tamaño que tienes.

Él saludó con la cabeza y salió del coche.

—Continúe hasta la casa. Allí le espera el sheriff —no sonó particularmente feliz.

—¿Tiene usted algún problema? —pregunté.

Sonrió, pero era una sonrisa amarga. Sacudió su cabeza.

—Este es nuestro caso. No creo que necesitemos ninguna ayuda; eso la incluye.

—¿Tiene usted un nombre? —pregunté.

—Coltrain. Ayudante Zack Coltrain.

—Bien, Ayudante Coltrain, le veremos en la casa.

—Supongo que sí, señorita Blake.

Debió pensar que yo era policía y deliberadamente no me llamó *oficial* o *detective*. Lo dejé pasar. Si realmente tuviera el título profesional lo habría exigido, pero entrar en una discusión porque él no me llamara *detective* cuando no lo era me pareció contraproducente.

Subí y aparqué entre los coches patrulla. Prendí mi identificación en la solapa. Nos acercamos por la curva de la pálida acera y nadie nos paró. Estuvimos ante la puerta en un silencio casi misterioso. Yo había estado en muchas escenas de asesinatos. Una cosa sabía, que no eran era silenciosas. No había ningún rumor estático de radios de policía, ningún hombre andando por alrededor. Las escenas de crímenes estaban siempre llenas de gente: detectives vestidos de civil, uniformes, técnicos especialistas, gente haciendo fotografías, cámaras, la ambulancia esperando llevarse el cuerpo. Estábamos de pie en el porche, barrido nuevamente por la fresca noche de primavera, con los únicos sonidos que el croar de las ranas. El agudo sonido del pitido jugaba de una manera extraña con el rápido movimiento giratorio de las luces de policía.

—¿Esperamos algo? —preguntó Larry.

—No —dije. Toqué el timbre. El sonido sonó intensamente dentro de la casa. Un pequeño perro ladró furiosamente, en algún sitio profundo de la misma. La puerta se abrió. Una mujer se quedó de pie enmarcada bajo la luz del pasillo, manteniendo la mayor parte de ella en la sombra. Las luces estroboscopias de la policía iluminaron su cara, pintándola con destellos de neón Crayola. Ella era de mi altura, con el pelo oscuro rizado, que era

natural o tenía una permanente realmente buena. Pero había hecho más por ella que yo y enmarcaba su cara con esmero. La mía siempre se veía algo revuelta. Llevaba puesta una camisa de botones con mangas largas sin meter en los vaqueros. Parecía de aproximadamente diecisiete años, pero no me engañé. Yo también parecía joven para mi edad. Caray, Larry también. No debe ser sólo por ser bajito, ¿verdad?

—Usted no es de la policía estatal —dijo ella. Parecía muy segura de eso.

—Estoy con la Brigada Regional de Investigación Preternatural —contesté—. Anita Blake. Este es mi colega Larry Kirkland.

Larry sonrió y saludó con la cabeza.

La mujer movió hacia atrás la puerta y la luz del vestíbulo cayó de pleno en su cara. Esto añadió cinco años a su edad, pero eran unos cinco años muy buenos. Me tomó un minuto comprender que ella usaba un maquillaje muy suave.

—Por favor entre, señorita Blake. Mi marido, David espera con el cuerpo —ella sacudió su cabeza—. Es horrible —miró detenidamente la oscuridad coloreada antes de cerrar la puerta—. David les pidió que apagaran esas luces. No queremos que todos, en un par de millas, sepan lo que ha pasado.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté.

Se sonrojó ligeramente.

—Lo siento, por lo general no soy tan despistada. Soy Beth St. John. Mi marido es el sheriff. He estado sentada con los padres —hizo un pequeño movimiento hacia un juego de puertas dobles a la izquierda de la entrada principal.

El perro todavía ladraba detrás de aquellas puertas como una pequeña ametralladora peluda. La voz de un hombre dijo:

—Tranquilo Raven —el ladrido paró.

Estábamos de pie en una entrada que tenía un techo que se elevaba hasta el tejado, como si el arquitecto hubiera cortado un trozo del cuarto por encima de nosotros para crear ese arrollador espacio. Una lámpara araña de cristal centelleaba su luz hacia nosotros. La luz recortaba un rectángulo del cuarto oscureciéndolo a nuestra derecha. Teníamos un vislumbre de un juego de comedor *Cherrywood* tan pulido que brillaba.

El vestíbulo se cortaba directamente desde atrás de una distante puerta que probablemente conducía a la cocina. La escalera corría a lo largo de

una pared con puertas dobles. La balaustrada y los marcos de la puerta eran blancos, la alfombra; azul clara, el empapelado; blanco con diminutas flores azules y hojas aun más diminutas. Estaba abierto y bien ventilado y brillante, y te daba la bienvenida, completamente tranquilo. Si hubiéramos encontrado un tramo del suelo sin alfombra, habríamos dejado caer una alfiler y lo habríamos escuchado dar saltos.

Beth St. John nos condujo a la escalera azul y blanca. En el centro del vestíbulo, en el lateral derecho, había una serie de retratos familiares. Comenzaba con una pareja sonriente; pareja sonriente y bebé sonriente; pareja sonriente, un bebé sonriente, y un bebé llorando. Bajé por el vestíbulo, mirando como pasaban los años. Los bebés se hicieron niños, una chica y un chico. Un caniche negro en miniatura apareció en un cuadro. La muchacha era la mayor, pero solo un año, aproximadamente. Los padres se hicieron mayores, pero no parecían prestarle atención. Los padres y la chica sonreían; a veces el chico lo hacía, otras no. El muchacho sonreía más en la otra pared, donde la cámara le había pillado bronceado con un pescado, o con el pelo alisado hacia atrás al salir del agua. La muchacha sonreía mirase donde mirase. Me pregunté cuál de ellos estaba muerto.

Había una ventana al final de vestíbulo. Las cortinas blancas la enmarcaron; nadie se había molestado en dibujarlas. La ventana parecía un espejo negro. La oscuridad presionaba contra el cristal como si tuviera peso.

Beth St. John llamó en la última puerta, a la derecha, al lado de aquella apremiante oscuridad.

—David, los detectives están aquí —dejé pasar ese desliz. El pecado de omisión es una cosa maravillosa.

Oí movimiento en el cuarto, pero ella retrocedió antes de que la puerta se pudiera abrir. Beth St. John se apoyó en el centro del vestíbulo, así no había ninguna posibilidad de que viera dentro de la habitación. Sus ojos cambiando de un cuadro a otro, observando las caras sonrientes. Se puso una delgada mano en el pecho, como si tuviera problemas para respirar.

—Voy a ir a hacer café. ¿Quieren ustedes uno? —su voz era tensa.

—Seguro —respondí.

—Me parece bien —dijo Larry.

Ella mostró una débil sonrisa y se marchó vestíbulo abajo. No corrió, con lo que consiguió puntos en mi libro de niña exploradora. Apostaría que ésta era la primera escena de un crimen de Beth St. John.

La puerta se abrió. David St. John llevaba puesto un uniforme azul claro que hacia juego con el de su ayudante, pero allí terminaba el parecido. Medía 1.78 m, delgado sin ser flaco, como un corredor de maratón. Su pelo era una versión más pálida y castaña que el rojo de Larry. Notabas sus gafas antes de fijarte en sus ojos, pero los ojos valían la pena verlos. Un bello verde pálido, como los de un gato. Excepto por los ojos, sería una cara muy común, pero era una de aquellas caras de las que no te podías cansar de mirar. Él me ofreció su mano. La tomé. Apenas la tocó, como si tuviera miedo de que la apretara. Muchos hombres hacían eso, pero al menos él me la ofreció estrechar; la mayoría no se molestaba.

—Soy el Sheriff St. John. Usted debe ser Anita Blake. El Sargento Storr me dijo que vendría —echó un vistazo a Larry—. ¿Quién es?

—Larry Kirkland.

Los ojos de St. John se estrecharon. Se metió totalmente en el vestíbulo, cerrando la puerta detrás de él.

—El Sargento Storr no mencionó a nadie más. ¿Puedo ver alguna identificación?

Desprendí mi identificación. La miró y sacudió la cabeza.

—Usted no es detective.

—No, no lo soy —maldije mentalmente a Dolph. Sabía que no colaría.

—¿Y él? —inclinó su barbilla hacia Larry.

—Todo lo que llevo de mí es un permiso de conducir —dijo Larry.

—¿Quiénes son ustedes? —interrogó el sheriff.

—Soy Anita Blake. Formo parte de la Santa Compaña. Sólo que no tengo una insignia. Larry es un aprendiz —cogí mi nueva licencia de ejecutora del bolsillo de mi chaqueta. Parecía un pretencioso permiso de conducir, pero era lo mejor que tenía.

Él la miró detenidamente.

—¿Usted es cazadora de vampiros? Es un poco pronto para que la llamen. Aun no sé quién lo hizo.

—Estoy ligada a la brigada del Sargento Storr. Entro al principio de un caso en vez de al final. Esto tiende a mantener bajo el número de cadáveres.

Me devolvió la licencia.

—No pensé que la ley de Brewster hubiera entrado en vigor.

Brewster era el senador cuya hija fue devorada.

—Eso no tiene que ver. Llevo trabajando para la policía desde hace mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Casi tres años.

Él sonrió.

—Más tiempo del que soy el sheriff —afirmó con la cabeza, casi como si se hubiera contestado una pregunta así mismo—. El sargento Storr dijo que alguien podría ayudarme a solucionar esto; nunca hemos tenido una matanza de vampiro aquí.

—Los vampiros tienden a quedarse cerca de las ciudades —comenté—. De ese modo pueden esconder mejor a sus víctimas.

—Bien, nadie trató de esconder a ésta —empujó la puerta e hizo un gesto con el brazo para que lo acompañáramos.

El empapelado era todo de rosas rosadas, grandes rosas de col pasadas de moda. Había cierta vanidad, como es debido, con un espejo colgado y todo, parecía ser una antigüedad, pero todo lo demás era de mimbre blanco y rosado. Parecía la habitación de una muchacha mucho más joven.

La chica estaba en la estrecha cama. El cubrecama hacía juego con el empapelado. Las sábanas enroscadas debajo de su cuerpo eran Jellybean rosadas. Su cabeza estaba al borde de las almohadas, como si se hubiera resbalado a un lado después de que fuera colocada sobre ellas.

Las cortinas rosadas se agitaban contra la ventana abierta. Una brisa fresca penetró lentamente por el cuarto, agitando su espeso y negro pelo. Había sido rizado y moldeado con fijador. Había una pequeña mancha roja bajo su cara y en el cuello, donde las sábanas habían absorbido algo de sangre. Apostaba a que había una marca de mordisco en aquel lado del cuello. Ella llevaba puesto el maquillaje, no tan bien aplicado como Beth St. John, pero lo había intentado. La barra de labios estaba mal aplicada. Un brazo colgaba lejos, en el aire, la mano medio ahuecada como si intentara alcanzar algo. Las uñas eran brillantes con el esmalte rojo fresco. Sus largas piernas estaban extendidas en la cama. Había dos señales de colmillos en el interior del muslo, en la parte superior. Sin embargo, no eran frescas. Las uñas del pie estaban pintadas a juego con las de las manos.

Todavía llevaba puesto el canesú negro con el que había comenzado la noche. Los tirantes habían sido bajados por sus hombros, exponiendo sus pequeños pechos bien formados. La entrepierna había sido arrancada, o era uno de esos que ya tenían abertura, porque el final se había subido hasta casi su cintura y era poco más que un cinturón. Con sus piernas extendidas,

estaba completamente expuesta.

Eso, más que cualquier otra cosa, me enojaba como el demonio. Al menos, podría haberla cubierto y no haberla dejado como una puta. Era arrogante y cruel.

Larry estaba de pie al otro lado del cuarto, en la otra ventana. También estaba abierta, derramando el aire fresco en el ambiente.

—¿Ha tocado usted algo? —St. John sacudió su cabeza—. ¿Ha tomado alguna foto?

—No.

Respiré profundamente, recordándome que era una invitada allí y no tenía ninguna acreditación oficial. No podía permitirme el lujo de cabrearlo.

—¿Qué ha hecho?

—Llamarla a usted, y a la policía estatal.

Asentí.

—¿Cuándo encontró el cuerpo?

Comprobó su reloj.

—Hace una hora. ¿Cómo llegó aquí tan rápido?

—Estaba sólo a 16 km de aquí —dije.

—Qué suerte para mí —comentó él.

Miré el cuerpo de la muchacha.

—Sí.

Larry apretaba el alféizar, asiéndolo con sus manos.

—Larry, ¿por qué no bajas corriendo al Jeep y consigues algunos guantes de mi bolso?

—¿Guantes?

—Tengo una caja de guantes quirúrgicos con mi material de reanimación. Tráela.

Tragó con fuerza y asintió con la cabeza. Cada peca se marcaba en su cara como puntos de tinta.

Se movió muy rápidamente hacia la puerta y cerró detrás de él. Tenía dos juegos de guantes en mi bolsillo de la chaqueta, pero Larry necesitaba aire.

—¿Es éste su primer asesinato?

—Segundo —contesté—. ¿Qué edad tiene la chica?

—Diecisiete —respondió el sheriff.

—Entonces es homicidio, aun si ella lo consintiera.

—¿Consentirlo? ¿De qué habla? —Había un primer indicio de cólera en su voz.

—¿Qué piensa usted que pasó aquí, Sheriff?

—Un vampiro subió a su ventana mientras ella se preparaba para dormir y la mató.

—¿Dónde está la sangre?

—Hay sangre bajo su cuello. Usted no puede ver la marca, pero es por donde la drenó.

—No hay suficiente sangre como para matarla.

—Se bebió el resto —parecía un poco ultrajado.

Sacudí la cabeza.

—Ningún vampiro puede consumir toda la sangre de un humano adulto en una sola sesión.

—Entonces había más de uno —dijo él.

—¿Lo dice por las mordeduras en los muslos?

—Sí, sí —con una zancada rápida y nerviosa paseó por la alfombra de pelusilla rosada.

—Aquellas marcas tienen al menos un par de días —aseguré.

—Entonces la hipnotizó dos veces antes, pero esta vez la mató.

—Es demasiado pronto para que una adolescente se acueste a dormir.

—Su madre dijo que no se encontraba bien.

Que yo supiera, incluso si quieres que pase, tanta pérdida de sangre puede hacer vacilar tu paso.

—Se peinó y maquilló antes de acostarse —repuse.

—¿Y?

—¿Conocía usted a esta joven?

—Sí, maldición, sí. Ésta es una ciudad pequeña, señorita Blake. Sabemos todo unos de otros. Era una buena chica, nunca dio ningún problema. Nunca se la encontró con un chico, o bebida. Era una buena muchacha.

—Creo que ella era una buena chica, Sheriff St. John. Ser asesinada no la hace una mala persona.

Asintió con la cabeza, pero sus ojos eran fieros, demasiada exhibición de blanco. Quise preguntar cuantos asesinatos había visto, pero no lo hice. Si este era su primero o su veintiuno, él era el sheriff.

—¿Qué piensa que pasó aquí, Sheriff? —Había hecho la pregunta una vez, pero quise intentarlo de nuevo.

—Un vampiro violó y mató a Ellie Quinlan, eso es lo que pasó —lo dijo casi de modo sugerente, como si tampoco lo creyera.

—Esto no es una violación, Sheriff. Ellie Quinlan invitó a su asesino a este cuarto.

Paseó hacia la ventana más alejada y se quedó de pie como lo estuvo Larry, mirando fijamente la oscuridad. Envolvió sus brazos alrededor de su cuerpo como si se abrazara.

—¿Cómo les voy a decir a sus padres, a su hermano pequeño, que ella dejó que una… cosa le hiciera el amor? ¿Qué había estado dejándole alimentarse de ella? ¿Cómo puedo decirles esto?

—Bueno, dentro de tres noches, dos contando con ésta, Ellie puede resucitar y decírselo ella misma.

Él se volvió hacia mí, su cara pálida por el shock. Sacudió la cabeza despacio.

—Ellos la quieren estacada.

—¿Qué?

—Ellos la quieren estacada. No quieren que se levante como un vampiro.

Aparté la vista del cuerpo todavía caliente. Sacudí la cabeza.

—Ella se levantará dentro de dos noches.

—La familia no lo quiere.

—Si fuera un vampiro, sería asesinato por estacarla sólo porque su familia no quiera que sea una de ellos.

—Pero no es un vampiro aún —dijo St. John—, es un cadáver.

—El juez de instrucción tendrá que certificar la muerte antes de que pueda ser estacada. Eso puede llevar un poco de tiempo.

Él negó con la cabeza.

—Conozco al Doctor Campbell; lo acelerará para nosotros.

Me mantuve de pie, sin apartar la vista de la joven.

—Ella no planeó morir, Sheriff. Esto no es un suicidio. Ella quiere volver.

—Usted no puede saberlo.

Le contemplé.

—Realmente lo sé, y usted también. Si la estacamos antes de que pueda resucitar, es asesinato.

—No según la ley.

—No voy a sacarle la cabeza ni el corazón a una chica de diecisiete

años sólo porque a sus padres no les guste el estilo de vida que ha escogido.

—Está muerta, señorita Blake.

—Es Sra. Blake, y sé que está muerta. Sé en lo que se convertirá. Seguramente, mejor que usted.

—Entonces entiende por qué quieren que se haga.

Le miré. Realmente lo entendía. Hubo un tiempo en el que podría haberlo hecho y haberme sentido bien. Parecería que ayudaba a la familia, liberando su alma. Ahora no estaba tan segura.

—Deje pensar a sus padres en ello durante veinticuatro horas. Confíe en mí en esto. Están horrorizados ahora mismo, y golpeados por la pena; ¿de verdad están en una posición para decidir qué le pasará?

—Son sus padres.

—Sí, y dos días después, ¿estarán mejor teniéndola levantada, hablando con ellos, o muerta en una caja?

—Será un monstruo —dijo él.

—Tal vez, probablemente, pero creo que deberíamos aplazarlo sólo un poco hasta que hayan tenido algún tiempo para pensarlo. Considero que el problema inmediato es la sanguijuela que hizo esto.

—Estoy de acuerdo, le encontraremos y le mataremos.

—No podemos matarle sin una orden judicial de ejecución —dije.

—Conozco al juez local. Puedo conseguirle una orden judicial.

—Apostaría a que sí.

—¿Qué pasa con usted? ¿No quiere matarle?

Miré a la chica. Si hubiera querido que se levantara como vampiro, se habría llevado el cuerpo con él. La habría escondido hasta que se levantara, protegiendo su caja de la gente como yo. Si sintiera cariño por ella.

—Sí, lo voy a matar para usted.

—De acuerdo, ¿qué podemos hacer?

—Bien, primero, el asesinato ocurrió justo después del anochecer, así que su lugar de descanso tiene que estar muy cerca de aquí. ¿Hay alguna casa vieja, cuevas, algún lugar dónde podría esconder un ataúd?

—Hay una vieja hacienda aproximadamente a 1.5 km de aquí, y sé que hay una cueva debajo, a lo largo de la corriente. Yo la usaba cuando era pequeño. Todos nosotros lo hacíamos.

—Este es el trato, Sheriff. Si salimos ahora detrás de él, durante la oscuridad, probablemente matará a alguno de nosotros. Pero si no lo intentamos esta noche, moverá su ataúd. No podremos encontrarle otra vez.

—Lo buscaremos esta noche. Ahora.

—¿Cuánto llevan casados usted y su esposa? —pregunté.

—Cinco años, ¿por qué?

—¿Usted la ama?

—Sí, ya éramos novios en la escuela secundaria. ¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Si sale detrás del vampiro, nunca podrá verla otra vez. Si nunca ha cazado ahí fuera, de noche en su propio territorio, no sabe contra qué nos enfrentamos, y nada de lo que pueda decirle le preparará para ello. Pero no piense en no ver nunca a Beth otra vez. No volver a coger su mano. No oír su voz. Nosotros podemos salir por la mañana. El vampiro no puede mover su ataúd esta noche, podría moverse de la cueva a la hacienda, o viceversa. Podríamos agarrarlo mañana sin arriesgar la vida de nadie.

—¿Piensa que eso no se moverá esta noche?

Respiré hondo y quise mentirle. Dios sabe que quise mentir.

—No, pienso que dejará de inmediato el zona esta noche. Probablemente es por lo que vino justo después de oscurecer. Le da toda la noche para correr.

—Entonces vamos tras él.

Incliné la cabeza.

—Bien, pero tenemos que imponer algunas normas. Soy la responsable. He hecho esto antes y todavía estoy viva; esto me convierte en la experta. Si hace todo lo que le digo, tal vez, y sólo tal vez, podamos vivir todos hasta mañana.

—Excepto el vampiro —dijo St. John.

—Sí, seguro —hacía mucho tiempo que había perseguido a un vampiro por la noche y al descubierto. Mi equipo de vampiros estaba en casa, en mi armario. Era ilegal llevarlo conmigo sin una orden judicial específica de ejecución. Tenía la cruz que llevaba puesta, las dos pistolas, los dos cuchillos, y eso era todo. Ni agua bendita, ni cruces suplementarias, ni ninguna escopeta. Maldición, sin estaca ni mazo.

—¿Tiene usted balas de plata?

—Puedo conseguir algunas.

—Hágalo, y encuéntreme una escopeta y también munición de plata para ella. ¿Hay alguna iglesia católica o episcopaliana por aquí?

—Por supuesto —dijo él.

—Necesitamos agua bendita y obleas santas, hostias.

—Sé que puede lanzar agua bendita a un vampiro, pero no sabía que se podían lanzar hostias.

Tuve que sonreír.

—No son como pequeñas granadas santas. Quiero las hostias para los Quinlan, así puedo ponerlas en cada alféizar, en cada dintel.

—¿Cree que eso volverá a por ellos?

—No, pero la muchacha lo invitó, sólo ella puede revocar la invitación, y está muerta. Hasta que atrapemos al bastardo, más vale prevenir que curar.

Vaciló, luego afirmó con la cabeza.

—Iré a la iglesia. Veré lo que puedo hacer —se fue hacia la puerta.

—¿Sheriff?

Se paró y dio media vuelta.

—Quiero la orden judicial en mis manos antes de que nos marchemos. No quiero cargos por asesinato.

Asintió con la cabeza nerviosamente, oscilando como uno de esos perros que ves en las traseras de los coches.

—La tendrá, Sra. Blake —se marchó cerrando la puerta detrás de él.

Me dejaron en paz con la chica muerta. Estaba pálida y sin movimiento, volviéndose más fría y más muerta. Si sus padres se salían con la suya, sería permanente. Y sería mi trabajo hacer que ocurriera. Había libros escolares dispersos al lado de la cama, como si hubiera estado estudiando en sobre ella antes de que llegara. Empujé la tapa cerrada de un libro con el dedo del pie, con cuidado de no moverlo. Cálculo. Había estado estudiando cálculo antes de que se pusiera su maquillaje y canesú negro. Mierda.



DOCE

Mientras esperábamos la orden judicial, me dirigí a la familia. No era mi situación favorita, pero era necesario. No había sido un ataque arbitrario, lo que significaba que probablemente conocían al vampiro, o lo conocían antes de que él muriera.

La sala de estar estaba pintada con los mismos colores pastel, predominando el azul. Beth St. John había hecho café. Ella obligó a Larry a transportar la bandeja. Supongo que no quería ver el cuerpo otra vez. No podía decir que la culpara. Había visto escenas de asesinato ensangrentadas, mucho más ensangrentadas, pero cada muerte tenía su propia mordacidad. Había algo muy compasivo en Ellie Quinlan, estirada a través de las sábanas de caramelos rosados, y no la conocía. Beth St. John sí la conocía. Eso era muy duro.

La familia estaba acurrucada en el sofá blanco. El hombre era ancho, no de grasa, pero cuadrado como un defensa de fútbol americano. El pelo

negro y corto, descendía agradablemente hasta el gris de las patillas. Muy distinguido. El cutis era rubicundo, no bronceado, pero exactamente igual de vistoso. Estaba vestido con una camisa de etiqueta blanca desabotonada en el cuello, pero las mangas todavía lucían gemelos. La cara forzada, inmóvil como una máscara, como si debajo hubiera algo completamente diferente. Parecía tranquilo, clamado, pero el esfuerzo se reflejaba a lo largo de su piel. La cólera brillaba en los oscuros ojos.

El brazo estaba alrededor de los hombros de su esposa. Se inclinaba sobre él gimiendo suavemente, con los ojos cerrados, como si eso lo hiciera mejorar. El maquillaje de los ojos se había emborronado en rayas largas y multicolores, como una mancha de petróleo, por las mejillas. Llevaba el grueso pelo negro en algún estilo corto y complicado, parecía demasiado tieso para tocarlo. Llevaba puesto algo de manga larga, una blusa de botones debajo con un estampado en delicadas flores, predominando el rosa. Los pantalones sueltos iban a juego. Los pies desnudos, excepto por los calcetines oscuros. Una delicada cruz de oro y los anillos de boda eran la única joyería.

El muchacho era de mi estatura, y delgado como un sauce. Aún no le había llegado el estirón, y eso le hacía parecer más joven de lo que era. La cara tenía esa piel suave y perfecta, que decía que nunca había tenido una espinilla y afeitarse era un sueño distante. Si la chica tenía diecisiete años, él debía tener al menos quince, tal vez dieciséis. Podía haber pasado por doce. Una víctima perfecta, excepto por los ojos y la forma en que se mantenía. Incluso en medio de la pena, con las líneas de lágrimas secándose en la cara, parecía seguro de sí mismo; sereno. Los ojos contenían una inteligencia rápida y una rabia que mantendría a raya a los matones.

El pelo era del mismo negro perfecto del padre, pero fino como el de un bebé, probablemente la textura natural de la Sra. Quinlan antes de que lo moldease hasta la muerte.

Un pequeño caniche negro estaba sobre su regazo. Había ladrado como una ametralladora, golpecitos, *yip-yip-yip* hasta que fue cogido y sostenido. Un suave gruñido cosquilleaba en las onduladas mandíbulas.

—Silencio, Raven —dijo el muchacho. Acarició al perro cuando lo dijo, recompensando los gruñidos. El perro gruñó otra vez; volvió a acariciarlo. Decidí no hacerles caso. Si el caniche se soltaba, podía dominarlo. Iba armada.

—Sr. y Sra. Quinlan, soy Anita Blake. Tengo que hacerles unas preguntas.

—¿Ha estacado el cuerpo? —preguntó el hombre.

—No, Sr. Quinlan, el sheriff y yo convenimos en esperar veinticuatro horas.

—Su alma inmortal está en peligro. Lo queremos hecho ahora.

—Si todavía quiere que se haga mañana por la noche, lo haré.

—Lo queremos hecho ahora. —Mantenía a su esposa muy apretada, con los dedos clavados en su hombro.

Ella abrió los ojos y parpadeó hacia él.

—Jeffrey, por favor, me haces daño.

Tragó con fuerza y aflojó el apretón.

—Lo siento, Sally. Lo siento. —La disculpa pareció llevarse un poco de su cólera. Las líneas de su cara se suavizaron. Sacudió la cabeza—. Debemos salvar su alma. Su vida ya se fue, pero el alma permanece. Debemos salvar al menos eso.

Hubo un tiempo en el que también creía eso. Hasta lo más profundo de mí pensaba que todos los vampiros eran el mal. Ahora no estaba tan segura. Conocía a muchos de ellos que no eran tan malos. Conocía el mal cuando lo sentía, y ellos no lo eran. No sabía qué eran, pero ¿estaban malditos? Según la Iglesia Católica, sí, lo estaban, y también lo estaba la joven de arriba. Pero entonces, según la Iglesia, también yo lo estaba. Me había hecho episcopaliana cuando declaró que todos los reanimadores estaban excomulgados.

—¿Es católico, Sr. Quinlan?

—Sí, ¿qué diferencia hay?

—Fui católica. Entonces entiendo sus creencias.

—No son creencias, Srta… ¿Cómo se llama usted?

—Blake, Anita Blake.

—No son creencias, Srta. Blake. Son hechos. El alma inmortal de Ellie está en peligro de condenación eterna. Debemos ayudarla.

—¿Entiende lo qué me está pidiendo? —pregunté.

—Salvarla.

Sacudí la cabeza. La Sra. Quinlan me miraba. Los ojos atentos. Apostaba que podía causar un desacuerdo familiar.

—Clavaré una estaca en el corazón y cortaré su cabeza. —Omití el hecho de que la mayoría de mis ejecuciones se efectuaban con una

escopeta, a quemarropa. Era sucio y se necesitaba un ataúd cerrado, pero era más fácil para mí y una muerte más rápida para el vampiro.

La Sra. Quinlan comenzó a gritar otra vez y se acurrucó contra su marido. Enterró la cara contra él, untando de maquillaje en la limpia camisa blanca.

—¿Trata de trastornar a mi esposa?

—No señor, pero quiero que todos comprendan que dentro de dos noches, Ellie se levantará como un vampiro. Andará y hablará. Posteriormente, será capaz de estar alrededor de ustedes. Si la estaco, todo lo que ella es, estará muerto.

—Está muerta. Queremos que haga el trabajo —dijo él.

La Sra. Quinlan no me miraba. Creía tanto a su maridito, que no lucharía contra él. Ni siquiera por la continuación de la existencia de la hija.

Lo dejé pasar. Podía esperar durante veinticuatro horas. Dudaba que el Sr. Quinlan fuera a cambiar de opinión. Tenía esperanzas con la Sra. Quinlan.

—¿El caniche siempre ladra a los desconocidos?

Los tres me miraron como conejos deslumbrados por unos faros. El cambio de tema fue demasiado abrupto para su pena.

—¿Qué puede hacer sabiendo eso? —preguntó él.

—Hay un vampiro asesino ahí fuera, en algún sitio. Voy a atraparle, pero necesito su ayuda. Por favor, sólo conteste mis preguntas como mejor pueda.

—¿Qué tiene que ver el perro con esto?

Suspiré y bebí a sorbos mi café. Acababa de encontrar a su hija muerta, asesinada, violada. El horror de ello le pilló desprevenido, pero comenzaba a consumirlo.

—El caniche ladró destrozando mi cabeza cuando llegué hasta la puerta. ¿Hace eso cada vez que un desconocido se acerca a la casa?

El chico vio a dónde quería llegar.

—Sí, Raven siempre ladra a los desconocidos.

No hice caso de los padres y me dirigí a la persona más razonable en aquella habitación.

—¿Cómo te llamas?

—Jeff —dijo.

Dios, Jeffrey Junior, por supuesto.

—¿Cuántas veces tendría que venir a la casa antes de que Raven dejara de ladrarme?

Pensó en ello, volteó el labio inferior, pensando realmente.

La Sra. Quinlan se sentó, un poco separada del marido.

—Raven siempre ladra cuando alguien se acerca a la puerta. Incluso si lo conoce.

—¿Ladró esta noche?

Los padres me miraron con el ceño fruncido.

—Sí. Ladró como un loco hasta que Ellie le dejó en el cuarto justo después de anochecer. Lo dejó entrar, y unos minutos más tarde Raven volvió abajo —dijo Jeff.

—¿Cómo encontró el cuerpo?

—Raven comenzó a ladrar otra vez y no paró. Ellie no le dejaba entrar. Siempre le dejaba pasar. Quiero decir, no me deja entrar a su habitación, pero Raven conseguía entrar aún cuando Ellie quería intimidad. —Alargó el sonido de la palabra como si, por lo general, lo dijera girando los ojos—. Llamé a la puerta y no contestó. Raven la arañaba mientras. Estaba cerrada con llave. A menudo la cerraba así, pero contestaba. —Una lágrima escapó de los ojos bien abiertos—. Fui y traje a papá.

—¿Usted abrió la puerta, Sr. Quinlan?

Afirmó.

—Sí, y estaba justo allí. No podía tocarla. Ahora está sucia. Yo… —Se ahogó en lágrimas, esforzándose tanto en no gritar que la cara se tornó morada.

Jeff se acercó y puso el brazo alrededor de su padre, apoyándose en su madre, que todavía agarraba al caniche en el otro brazo. El perro gimió suavemente y lamió el maquillaje de la cara de la Sra. Quinlan. La mujer alzó la vista y emitió una risa ahogada, acariciando el rizado pelaje. Quería marcharme. Quería dejarles abrazarse y consolarse juntos. Maldición, la muerte era tan reciente, que no habían podido aún consolarse. Estaban todavía en shock. Pero no podía marcharme. El sheriff St. John volvería con la autorización, y necesitaba tanta información como pudiera conseguir antes de que afrontáramos la oscuridad.

Larry estaba sentado en una silla azul clara en una esquina. Estaba tan tranquilo que casi olvidabas que estaba allí. Pero los ojos estaban impacientes, reparando en todo, archivándolo todo. Intimidaba cuando entendías por primera vez que memorizaba todo lo que decía y hacía.

Ahora contaba con ello.

Beth St. John entró en el cuarto con una bandeja de bocadillos, café, y refrescos. No recordaba que nadie los hubiera pedido, pero creo que Beth necesitaba hacer algo además de sentarse allí y ver llorar a los Quinlans. Yo, también.

Puso la bandeja en la mesa de centro entre el canapé y el sofá. Los Quinlans no hicieron caso. Tomé una taza de café recién hecho. Interrogar a familias destrozadas siempre se lleva mejor con cafeína.

El grupo se rompió. El caniche fue trasladado a los brazos de la esposa, y los dos hombres se sentaron a cada lado de ella. Jeffrey y Jeff me miraron con idénticos ojos. Era casi misterioso. Genética en acción.

—El vampiro tenía que estar en el cuarto con Ellie cuando dejó entrar al perro al anochecer —dije.

—Mi hija no habría dejado entrar a su asesino.

—Si ella tuviera dieciocho años, Sr. Quinlan, esto no sería asesinato.

—Ser convertido en vampiro contra tu voluntad todavía es asesinato, Srta. Blake.

Me había cansado de que todos me llamaran *Srta.*, pero el apenado padre podía hacerlo unas cuantas veces más.

—Creo que su hija conocía al vampiro. Creo que le dejó pasar con mucho gusto.

—Está loca. Beth, llama al sheriff. Quiero a esta mujer fuera de mi casa.

Beth se levantó insegura.

—David ha salido por algunas cosas, Jeffrey. Yo… El ayudante Coltrain está arriba con el cuerpo, pero…

—Entonces dile que baje.

Beth me miró, después a él otra vez. Sujetó muy juntas las pequeñas manos, casi retorciéndoselas.

—Jeffrey, ella es una Ejecutora Judicial autorizada. Ha hecho esto bastantes veces. Escúchala.

Él se levantó.

—Mi hija fue violada y asesinada por unos desalmados animales chupasangres y quiero a esta mujer fuera de mi casa ahora. —Si no hubiera estado llorando mientras lo decía, me habría enojado.

Beth me miró. Estaba dispuesta a hacerle frente si la necesitaba. Apuntaba muy alto.

—¿Conoce a alguien que haya desaparecido o muerte recientemente? —pregunté.

Quinlan bizqueó hacia mí. Parecía aturdido. El cambio de tema era demasiado brusco otra vez. Esperaba poder distraerle de sacarme fuera el tiempo suficiente como para profundizar algo.

—¿Qué?

—¿Conoce a alguien que esté ausente o que muriera recientemente?

Negó con la cabeza.

—No.

—Andy está desaparecido —dijo Jeff.

Quinlan negó con la cabeza otra vez.

—Ese muchacho no es de nuestro interés.

—¿Quién es Andy? —pregunté.

—El novio de Ellie.

—No es su novio —dijo Quinlan.

Fijé la mirada en la de Jeff. La mirada lo dijo todo. Andy había sido un novio, y al querido viejo papá no le había gustado ni un poco.

—¿Por qué no le gustaba Andy, Sr. Quinlan?

—Era un criminal.

Alcé las cejas.

—¿De qué modo?

—Fue detenido por consumo de drogas.

—Fumó algo de hierba —contestó Jeff.

Comenzaba a lamentar que no pudiera sólo marcharme y hablar con Jeff. Parecía saber lo que pasaba y no trataba de esconderlo. El asunto era como manejarlo.

—Era una influencia corruptora para mi hija, y lo paré.

—¿Y él no está? —pregunté.

—Sí —dijo Jeff.

—Yo contestaré las preguntas de la Srta. Blake, Jeff. Soy el hombre de la casa.

Jesús, hombre de la casa. No había oído eso en mucho tiempo.

—Me gustaría ver el resto de la casa por si el vampiro entró en algún sitio además de la habitación. Si Jeff pudiera mostrarme las habitaciones, se lo agradecería.

—Puedo mostrarle los alrededores, Srta. Blake —dijo Quinlan.

—Estoy segura de que su esposa le necesita ahora mismo, Sr. Quinlan.

Jeff puede mostrármelo, pero sólo usted puede consolar a su esposa.

La Sra. Quinlan alzó la vista hacia él, después hacia mí, como si no estuviera segura de querer ser consolada, pero supe que la imagen la atraía.

Él asintió con la cabeza.

—Quizás tenga razón. —Tocó el hombro de su esposa—. Sally me necesita ahora mismo.

Sally ayudó con un nuevo llanto, usando al caniche como una especie de improvisado pañuelo. El caniche se retorció y gimió. Quinlan se sentó y tomó a su esposa entre sus brazos. El perro se retorció hasta quedar libre y hecho a trotar tras Jeff.

Me puse de pie. Larry se puso de pie. Me moví hacia la puerta y miré hacia atrás, al joven. Jeff estaba de pie y el caniche echó a trotar a su lado. Abrí las puertas y acompañé a todos al exterior. Raven, el caniche, me observaba con recelo, pero vino.

Eché un último vistazo a Beth St. John, que miraba fijamente la puerta como si quisiera venir con nosotros, pero se sentó al lado de los bocadillos no deseados y del café frío. Se sentó como un buen soldado. No abandonó su puesto.

Cerré la puerta sintiéndome cobarde. Me alegré de que no fuera mi trabajo sostener las manos de los Quinlans. Encararme con el vampiro, hasta en la oscuridad, no me parecía tan malo en comparación con eso. Por supuesto, todavía me encontraba segura en el interior de la casa. Allí, en la oscuridad con el vampiro, podría sentirme diferente.



TRECE

Nos detuvimos en la entrada. El aire se sentía más frió allí fuera, era más fácil respirar. Tenía que ser mi imaginación. El caniche olía mi pie. Soltó un gruñido bajo y Jeff lo cogió, metiéndolo bajo uno de sus brazos en un gesto familiar, como si lo hubiera hecho cientos de veces.

—No quiere ver el resto, ¿verdad? —preguntó.

—No —contesté.

—Papá está bien. Es sólo… —Se encogió de hombros—. Sólo tiene razón, y todos los demás se equivocan. No quiere decir nada por eso.

—Lo sé. Ahora mismo también está asustado. Eso convierte a todos en quisquillosos.

Jeff sonrió abiertamente. No estaba segura si era por la palabra *asustado* o *quisquilloso*. Probablemente no oía a muchas personas decir eso de su padre.

—¿Cómo de serio era lo de Andy y tu hermana?

Echó un vistazo a las puertas cerradas y bajó un poco la voz.

—Papá no dirá que era serio, pero lo era. Verdaderamente serio. —Echó un vistazo a la puerta otra vez.

—Podemos ir a otra parte para hablar —dije—. Tú eliges el sitio.

Me miró.

—¿De verdad es una ejecutora de vampiros? —Si las circunstancias hubieran sido diferentes, se habría estado divirtiendo. Era duro no pensar en lo estupendo que era atravesar con estacas el pecho de la gente.

—Sí, y también levantamos zombis.

—¿Vosotros dos? —Parecía sorprendido.

—Soy un reanimador hecho y derecho —dijo Larry.

Jeff sacudió la cabeza.

—Podemos hablar en mi cuarto. —Nos mostró el camino hacia arriba.

Le seguimos.

Si hubiera sido policía, me hubiera preguntado si hablar con un menor sin la presencia de un abogado o guardián habría sido ilegal, pero no era policía. Y él no era un sospechoso. Sólo era un intercambio de información entre personas. Sólo era un interrogatorio a un chico de dieciséis años sobre la vida sexual de su hermana. Las investigaciones de asesinato nunca eran agradables, y parte de ese carácter desagradable no tenía nada que ver con el cadáver.

Jeff vaciló al principio de la escalera, miró detenidamente hacia el vestíbulo. El ayudante Coltrain estaba de pie, fuera de la habitación de Ellie, con las manos tensas tras la espalda, como una alarma para intrusos. La puerta estaba abierta. Supongo que era demasiado duro estar de pie en la habitación con el cadáver. Vio a Jeff y cerró la puerta, quedándose todavía de pie ante ella. Muy amable por parte de Coltrain asegurarse de que Jeff no viera el cuerpo. Pero su posición fuera de la puerta no era una buena idea. Un vampiro, si era lo bastante viejo, podía entrar en la habitación por detrás de él y abrir la puerta antes de que pudiera sacar el arma. Los no muertos no hacían ruido.

Consideré si decírselo. Lo dejé pasar. Si el vampiro hubiera pensado en atacar a más personas, lo podía haber hecho. Podía haber atacado a la familia entera. En cambio, cuando el perro ladró le entró el pánico y corrió. No era una sanguijuela muy vieja. Era alguien nuevo en su trabajo. Apostaba por el novio, Andy, pero mantendría la mente abierta. Andy podía estar conduciendo en dirección a California para encontrar fama y

fortuna, pero lo dudaba.

Jeff abrió la puerta contigua al comienzo de la escalera y entró. El cuarto era más pequeño que el de su hermana. Ser el primogénito tenía realmente sus ventajas. El empapelado era color café claro, con vaqueros e indios. La cama tenía las dimensiones adecuadas. Era el cuarto de una persona mucho más joven, justo como la hermana. Las paredes estaban desnudas, sin posters de modelos o imágenes de deporte. Había un escritorio con libros apilados. Un pequeño montón de ropa cerca del armario. Raven, el caniche, olió la ropa. Jeff lo apartó, le dio patadas a la ropa hasta meterla en el armario y cerró la puerta.

—Siéntense donde puedan —sacó un poco la silla del escritorio, luego se colocó de pie cerca de la ventana, inseguro sobre qué hacer.

Dudé que llevara a muchos adultos hasta su cuarto para hablar. Los padres no contaban. Aunque, francamente, no podía imaginarme a ninguno de los Quinlans entrando para una charla tranquila.

Elegí la silla. Supuse que Jeff se sentiría mejor sentado en la cama con Larry que conmigo. Además, aún no estaba acostumbrada a usar faldas tan cortas, y de vez en cuando lo olvidaba. La silla me pareció más segura.

Larry se sentó en la cama con la espalda apoyada contra la pared. Jeff se sentó a su lado, situando algunas almohadas en la esquina como respaldo. Raven saltó a la cama, dio un par de vueltas en su regazo, y se tumbó. Acogedor.

—¿Cómo de íntimos eran Andy y tu hermana? —Sin preliminares, fuera la ropa.

Nos miró a los dos. Larry le concedió una sonrisa alentadora. Se recostó más en el montículo de almohadas y dijo:

—Bastante íntimos. Quiero decir, estaban colgados uno del otro por todas partes en la escuela.

—Embarazoso —dije.

—Sí. Quiero decir, era mi hermana. Sólo es un año mayor que yo, y ese tipo tomándose tantas libertades ahí —sacudió la cabeza.

Acarició las orejas del caniche, las manos se movieron por ese pequeño cuerpo rizado. Lo mimó como si fuera una costumbre, una forma de confortarle.

—¿Te gustaba Andy?

Se encogió de hombros.

—Era mayor y algo chulo, pero no, creo que Ellie podría haber elegido

mejor.

—¿Por?

—Fumaba marihuana y no tenía ningún proyecto para la universidad. Andy no hacía nada. Era como si con el hecho de que amara a mi hermana fuera suficiente. Vivirían del amor, o algo así de estúpido.

Estuve de acuerdo en que era estúpido.

—Cuándo tu padre les puso fin, ¿lo dejaron?

Me sonrió abiertamente.

—No. Sólo comenzaron a verse en secreto. Creo que diciéndole a Ellie que no le podía ver empeoró la situación.

—Es lo que suele ocurrir —dije—. ¿Cuándo desapareció Andy?

—Hace aproximadamente dos semanas. También encontraron su coche, así que todos pensaron que se había escapado, pero no hubiera dejado a Ellie. Era algo escalofriante, pero no la habría abandonado.

—¿Ellie estuvo afligida por haber sido abandonada?

Frunció el ceño, abrazando el perro contra su pecho. Raven le lamió la barbilla con la pequeña lengua rosada.

—Eso era lo extraño. Quiero decir, sé que tuvo que disimular no preocuparse delante de mamá y papá, pero hasta en la escuela, o con nuestros amigos no parecía preocuparse. Yo estaba de algún modo alegre. Quiero decir, Andy era un perdedor, pero era como si ella no creyese que se hubiera ido, o sabía algo más que el resto de nosotros no sabíamos. Pensé que se había ido para encontrar un trabajo en la ciudad e iba a llamarla.

—Tal vez lo hizo —dije.

El ceño fruncido se hizo más profundo entre las lisas e inmaculadas cejas.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que Andy puede ser el vampiro que mordió a tu hermana.

Una mirada de repugnancia le cruzó la cara.

—No lo creo. Andy amaba a Ellie, no la mataría.

—Si es un vampiro, Jeff, no pensara que convertirla en un no-muerto es matarla. Probablemente pensara en ello como traerla.

Jeff sacudió la cabeza. Raven se removió como si lo apretara con demasiada fuerza. Saltó de su regazo y se tumbó en la concha.

—Andy no dañaría a Ellie. ¿No duele al morir?

—Posiblemente —dije.

—Los arbustos bajo su ventana están todos aplastados —dijo Larry.

Lo miré.

—Dilo otra vez.

Sonrió, contento consigo mismo.

—Exploré los alrededores. Eso es lo que me llevó tanto tiempo cuando me enviaste por los guantes que no necesitabas. Los arbustos bajo la ventana al final de la habitación de la chica están todos rotos, como si algo pesado hubiera caído sobre ellos.

Me tomé un momento para visualizar a Larry en la oscuridad, absolutamente solo, desarmado, excepto por la cruz. El pensamiento me produjo un escalofrío por la piel. Abrí la boca para gritarle y la cerré. Nunca regañes a nadie en público, a menos que sea una lección práctica.

En cambio dije:

—¿Alguna pista? —Me otorgué una docena de puntos por no gritar.

—¿Parezco tonto? Además, la tierra es simplemente hierba y últimamente ha estado seca. No creo que haya ninguna pista —me miró con ceño—. ¿Puedes rastrear vampiros?

—Normalmente no, pero si éste es tan nuevo como creo que lo es, entonces tal vez —afirmé—. Sí —me levanté—. Tengo que preguntarle algo al ayudante. Gracias por tu ayuda, Jeff —le ofrecí la mano.

La tomó. El apretón de manos fue un poco inseguro, como si no estuviera acostumbrado.

Fui hacia la puerta y Larry me siguió.

—¿Le encontrará y le matará, aunque sea Andy? —preguntó Jeff.

Me giré y le miré. Los oscuros ojos aún eran inteligentes, aún llenos de determinación, pero también mostraban a un pequeño chico que necesitaba tranquilidad.

—Sí, le encontraremos.

—¿Y le matará?

—Y le mataré —contesté.

—Bueno —dijo—. Bien.

No estaba segura de si *bien* era la palabra que habría elegido, pero no era mi hermana la que estaba muerta en la otra habitación.

—¿Conseguiste una cruz? —pregunté.

Frunció el ceño, pero dijo:

—Sí.

—¿La llevas puesta?

Negó con la cabeza.

—Cógela y póntela hasta que le atrapemos. ¿De acuerdo?

—¿Piensa que va a volver? —El miedo brilló en sus ojos.

—No, pero nunca se sabe, Jeff. Simplemente, llévame la corriente.

Se levantó y fue hasta el escritorio. Había una cadena fina y brillante en una esquina del espejo. Cuando la recogió, vi una diminuta cruz de oro colgada. Le vi ponérsela. El perro miraba todo eso con ojos deseosos.

Sonreí.

—Te veremos más tarde.

Inclinó la cabeza, manoseando la cruz, asustado después del shock. Le abandonamos al cuidado del sensible Raven.

—¿Realmente crees que el vampiro volverá a la casa? —preguntó Larry.

—No —contesté—, pero por si acaso se le ocurre hacer una pequeña visita en la oscuridad, quiero que Jeff tenga al menos una cruz encima.

—Eh —dijo—. Encontré una pista.

El ayudante Coltrain nos miraba, nos quedamos sin intimidad. Bajé la voz y esperé que eso fuera suficiente.

—Sí, y saliste solo, desarmado, en la oscuridad, con un vampiro suelto que ya ha matado una vez.

—Dijiste que era un vampiro nuevo.

—No antes de que salieras a por los guantes.

—Tal vez sólo yo entendió que era nuevo —dijo.

Parecía obstinado, como si no tomara en serio mi advertencia, podía hacerlo otra vez.

—Los vampiros nuevos también te pueden matar, Larry.

—¿Llevando una cruz?

Tenía razón. Muy pocos de los nuevos muertos podían aguantar el dolor de una cruz, o jugar con la mente para conseguir que te la quitaras voluntariamente.

—Bien, Larry, pero ¿dónde está el vampiro que le convirtió? Ese puede tener un par de siglos de edad, y estar escondido también en la oscuridad.

Se puso un poco pálido.

—No pensé en eso.

—Yo lo hice.

Se encogió de hombros, y tuvo la gracia de parecer avergonzado.

—Por eso eres la jefa.

—Así es —dije.

—Bien, está bien. Prometo ser bueno.

—Genial, ahora vamos a preguntar al ayudante Coltrain si conoce a alguien que pueda rastrear a nuestro vampiro.

—¿De verdad puedes rastrear así a un vampiro?

—No lo sé, pero con menos de dos semanas, y que se cae por una ventana sobre algunos arbustos, hasta tú podrías ser capaz. Al menos podrías ser capaz de deducir a donde ir primero.

Me sonreía muy ampliamente.

—Sí, saber que se cayó por la ventana es una información útil. No se me podría haber ocurrido comprobar pistas fuera de la ventana.

Si sonreía un poco más amplio, iba a tirar algo.

—Y si un vampiro lo bastante viejo como para soportar tu cruz te hubiera comido la cara, nunca habría sabido lo de los arbustos.

—Ah, Anita. Lo he hecho bien.

Sacudí la cabeza. Todo lo que Larry había visto de vampiros no era suficiente. Todavía no se daba totalmente cuenta de cómo eran. Aún no tenía ninguna cicatriz. Si permanecía en el negocio el tiempo suficiente para conseguir su licencia, eso cambiaría. Dios le ayudara.



CATORCE

El viento era fresco y olía a lluvia. Giré la cara para recibir su toque suave. El aire olía a vegetación en crecimiento. A limpio y nuevo. Me quedé de pie sobre la hierba que parecía crecer. La ventana de Ellie Quinlan brillaba como un suave faro amarillo. Ellie había abierto las ventanas, pero su padre había encendido las luces. Ella había encontrado a su amante vampiro en la oscuridad. Posiblemente, para no ver el cadáver andante que era.

Eché mi mono de trabajo hacia atrás desabrochándolo hasta la mitad, así podría sacar la Browning. Sólo había traído una pistolera para el interior de los pantalones para la Firestar, por lo que la metí en un bolsillo del mono de trabajo. No era práctico si tenía que sacarla rápido, pero era mejor que no tenerla. Una pistolera interior de pantalones no se lleva bien con una falda.

Larry tenía su propia arma en una de hombro. Estaba de pie a mí lado, encorvando los hombros, tratando de situar más cómodas las correas. No es

realmente incómodo si es de tu talla, pero a decir verdad, tampoco es cómodo. Es parecido a un sujetador. Te sirven y son necesarios, pero nunca son del todo cómodos.

Llevaba puesto mi mono de trabajo suplementario, desabrochado y casi colgando de sus caderas. Una linterna alumbró hacia nosotros, destellando en la cruz de Larry. La luz pasó sobre mí, brillando intensamente en mis ojos.

—Ahora que ha arruinado mi visión nocturna, aparte esa maldita cosa de mis ojos.

La risa profundamente masculina llegó desde detrás del brillante haz de luz. Dos policías estatales habían llegado justo a tiempo para unirse a nosotros en la cacería. Oh, alegría.

—Wallace —dijo la voz de un hombre—, haz lo que dice la señora.

La voz era profunda y vagamente amenazante. Perfecta para decir, *«inclínense sobre el capó del coche y extienda las piernas»*. Lo harías.

El Oficial Granger se acercó a nosotros, su linterna apuntaba al suelo. No era tan alto como Wallace, y la tripa comenzaba a sobrepasar su cinturón, pero se movía por la oscuridad como si supiese lo que hacía. Tal vez había cazado antes en la oscuridad. Quizá vampiros no, pero sí algo. Puede que hombres.

Wallace nos atropelló, su linterna se movía alrededor de nosotros como una luciérnaga de gran tamaño. Ya no estaba sobre mis ojos, pero tampoco ayudaba a mi visión nocturna.

—Apague la linterna… por favor —pedí.

Wallace se acercó un paso, elevándose sobre mí. Era alto, con constitución de futbolista y piernas largas. Quizás más tarde, él y el ayudante Coltrain podrían improvisar una pelea. Ahora mismo sólo quise que dejara de joderme.

—Apague eso, Wallace —pidió Granger, quien ya había apagado la suya.

—No seré capaz de ver ni una maldita cosa —protestó.

—¿Tiene miedo a la oscuridad? —pregunté sonriéndole.

Larry se rió. Era lo peor que podía haber hecho.

Wallace se encendió.

—¿Cree que esto es gracioso?

Caminó hacia Larry hasta casi tocarse, utilizando su tamaño para intimidarlo. Pero Larry al igual que yo, ha sido bajo toda su vida. Había

sido intimidado por los mejores. Mantuvo su posición.

—¿Lo está? —preguntó Larry.

—¿Estoy qué? —insistió Wallace.

—¿Asustado de la oscuridad?

La reanimación no era lo único que Larry aprendía de mí. Lamentablemente para él, era un chaval. Yo podía llegar a ser un dolor en el culo y la mayoría de la gente no me vacilaría. Larry no era tan afortunado.

Wallace cerró las manos sobre el mono de trabajo de Larry y lo levantó hasta ponerlo de puntillas. Su linterna cayó en la hierba, balanceándose en círculos en torno a nuestros tobillos.

El Oficial Granger se acercó a ellos, pero no tocó a Wallace. Incluso en la oscuridad podías ver la tensión en sus hombros y brazos. No de levantar a Larry, sino de querer golpearle y resistir el impulso.

—Bájale, Wallace. No quiso decir nada.

Wallace no dijo nada, tan sólo acercó más a Larry, inclinándose para poner su cara a la altura de la de Larry. Un haz de luz amarilla cayó de pronto sobre su cara. El músculo de su mandíbula sobresalía, palpitando como si fuera a salirse de su cara. Había una cicatriz bajo el hueso de su barbilla. Una cicatriz que desaparecía en el cuello de su chaqueta.

Wallace casi puso su nariz contra la de Larry.

—No tengo miedo de nada.

Cada una de sus palabras salió forzada.

Me acerque más a él. Estaba inclinado para intimidar a Larry, de forma que pude susurrarle al oído.

—Agradable cicatriz, Wallace.

Brincó como si le hubiera mordido. Liberó a Larry tan rápido que éste tropezó. Giró con su gran mano levantada para romperme la cara. Al menos había soltado a Larry.

Me lanzó un golpe. Aparté su brazo hacia un lado por delante de mí. Tropezó. Clavé mi rodilla en su estómago con fuerza. Tardé un momento en darme cuenta de que realmente no podía hacerle daño. Era un poli. Uno de los buenos. No de los que se les puede dar una paliza. Retrocedí fuera de su alcance, y esperé a que se enfriase cerca de una señorita. Podría haberle hecho daño con el factor sorpresa inicial, pero ahora estaría preparado. Sería más difícil de golpear.

Era casi 30cm. más alto que yo y me superaba en al menos cuarenta y

cinco kilos. Si la lucha fuese en serio, tendría problemas. Esperaba no lamentar mi gesto de galantería.

Wallace terminó a gatas cerca de los arbustos de la casa. Se puso de pie más rápido de lo que me hubiera gustado, pero se inclinó, con las manos apoyadas en sus rodillas. Levantó la vista hacia mí. No estaba segura de lo que quería decir su expresión, pero no era completamente hostil. Era más una mirada de consideración, como si yo le hubiera sorprendido. Consigo esa mirada muy a menudo.

—¿Está bien ahora, Wallace? —preguntó Granger.

Wallace inclinó la cabeza. Era difícil hablar después de un buen golpe en el estómago.

Granger me echó un vistazo.

—¿Está bien, Sra. Blake?

—Estoy bien.

—Sí, lo está —afirmó.

Larry se acercó a mi lado. Estaba de pie, demasiado cerca. Si Wallace volviera hacia mí, necesitaría más espacio para maniobrar. Sabía que lo que estaba haciendo era darme su apoyo. Después de que lograra que Larry disparara en movimiento, tendríamos que trabajar en algunas técnicas básicas de cuerpo a cuerpo.

¿Por qué le enseñaba a disparar antes de que aprendiera a luchar? Porque no se forcejea con vampiros. Se les pega un tiro. Él sobreviviría a una paliza del Oficial Wallace. No sobreviviría a un ataque de vampiro. No, si no podía disparar.

—¿Estaba con él cuando le hicieron esa cicatriz? —pregunté.

Granger sacudió la cabeza.

—Su primer compañero no lo superó.

—¿El vampiro le agarró?

Afirmó con la cabeza.

Wallace se levantó de forma lenta. Arqueó su espalda sólo un poco, como si su resolución hubiera vuelto.

—Buen golpe —comentó.

Me encogí de hombros.

—Era mi rodilla, no mi puño.

—Sigue siendo un buen golpe. No tengo ninguna excusa lo bastante buena para lo que hice.

—No —asentí—, no la tiene.

Miró al suelo.

—No sé lo que me hizo hacerlo.

—Demos un pequeño paseo.

Avancé hacia la oscuridad sin mirar hacia atrás, como si no tuviera dudas de que me seguiría. Esta técnica surte efecto más a menudo de lo que se piensa.

Me siguió. Se paró para recoger su linterna, pero con valentía la había apagado.

Me paré justo al comienzo del bosque y miré fijamente a lo lejos, entre los árboles, dejando que mis ojos se adaptasen a la oscuridad. No miraba nada en particular. Dejé que mis ojos lo observasen todo. Buscaba movimiento. Algún movimiento. Las ramas de los árboles se movieron irregularmente con el viento de primavera, pero era un movimiento generalizado como el de las olas del océano. Los árboles no eran lo que me preocupaba.

Wallace golpeó su muslo con la linterna apagada. Un *whap* bajo, *whap*, *emitiendo otro ruido bajo*. Quise decirle que pararse, pero no lo hice. Si le consolaba, podría vivir con ello.

Dejé que se extendiera el silencio entre nosotros. El viento tomó velocidad, llenando la noche de sonidos rápidos de forma precipitada. Podías oler la lluvia en el viento.

Aferró la linterna con ambas manos. Puede oír sus inspiraciones por encima del viento.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El viento —contesté.

—¿Está segura?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—¿Esta es la primera cacería de vampiros a la que ha ido después de la muerte de su compañero?

Me miró.

—¿Granger se lo dijo?

—Sí, pero vi su cuello. Estaba bastante segura de lo que le había ocurrido.

Quise decirle que no importaba si estaba asustado. Maldición, yo estaba asustada, pero él era poli y hombre, y no lo conocía lo suficiente para saber como se tomaría unas palabras de aliento de mi parte. Pero tenía que saber

si me seguiría por aquellos bosques. Tenía que saber si podría confiar en él. Si seguía así de asustado, no podría.

—¿Qué pasó? —insistí.

Tal vez hablar de ello ahora mismo no era lo mejor, pero ignorarlo tampoco funcionaba.

Sacudió la cabeza.

—La oficina central dice que usted es la experta, Sra. Blake. Bien, haré lo que me piden. Pero no tengo por qué contestar preguntas personales.

Era un problema demasiado grande para encogerse de hombros y dejarlo pasar, y realmente, no quería cruzarme de brazos. Abrí el botón de mi blusa y aparté la tela.

—¿Qué hace?

—¿Qué tal es su visión nocturna?

—¿Por qué?

—¿Puede ver la cicatriz?

—¿De qué habla?

Pareció sospechar. Sospechar de que tal vez estuviese loca.

Mi visión nocturna lo había captado, pero la mayor parte de la gente no la tiene.

—Deme su mano.

—¿Por qué?

—Estoy a punto de hacerle una oferta que solo ocurre una vez en la vida. Déme su maldita mano.

Lo hizo, de forma insegura, echando un vistazo hacia los hombres que nos esperaban.

Su mano estaba fría al tacto. Era un cachorro asustado. Pasé sus grandes dedos, a lo largo de mi clavícula. En el momento en el que tocó el tejido cicatrizado, su mano se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Aparté mi mano, y remontó la cicatriz otra vez, solo.

Retiró su mano despacio, frotando sus dedos como si recordara la sensación de mi piel.

—¿Qué hizo eso?

—Lo mismo que se lo hizo a su cuello. Un vampiro que no fue cuidadoso con su comida.

—Jesús —exclamó.

—Sí —afirmé.

Abroché de nuevo mi blusa.

—Dígame lo que pasó, Wallace. Por favor.

Me miró durante un instante bastante largo, después asintió con la cabeza.

—Harry, mi compañero, y yo, recibimos el aviso de que alguien había encontrado un cuerpo con la garganta arrancada.

Lo dijo con palabras muy suaves, normales, pero sabía que lo estaba viendo en su cabeza. Viéndolo pasar otra vez detrás de sus ojos.

—Era en una obra. Nosotros solos en medio del lugar con nuestras linternas. Hubo un ruido, como un silbido del viento, y algo golpeó a Harry. Cayó, con un hombre encima de él. Gritó y yo saqué mi arma. Disparé al hombre que estaba encima. Le golpeé tres, cuatro veces. Se giró hacia mí y su cara estaba ensangrentada. No tuve tiempo para preguntarme por qué, ya que se abalanzó sobre mí. Vacié mi arma en él antes de golpear el suelo.

Respiró hondo, sus grandes manos se retorcían de acá para allá sobre la linterna. Miraba a la distancia, también hacia los árboles, pero no por el vampiro, o al menos no por éste.

—Rasgó mi chaqueta y mi camisa como si fueran de papel. Traté de luchar contra él, pero…

Sacudió su cabeza.

—Me atrapó con sus ojos. Me atrapó con sus ojos, y cuando rasgó mi cuello, quise que lo hiciera, lo quise más de lo que alguna vez he querido en mi vida.

Se alejó de mí, como si el no mirarme a los ojos no fuera suficiente.

—Cuando me desperté, se había ido. Harry estaba muerto. La chica estaba muerta. Yo estaba vivo. ¿Por qué no me mató a mí, Sra. Blake? —añadió, girándose completamente hacia mí y mirándome directamente a los ojos.

Tanteé sus ojos serios, pero no tenía una buena respuesta.

—No lo sé, Wallace. Tal vez, quiso convertirle. No sé por qué usted y no Harry. ¿Alguna vez lo atrapó?

—El maestro local envió a la comisaría su cabeza en una caja. En la nota pidió perdón por su comportamiento poco civilizado. Esto era lo que decía la nota: *comportamiento poco civilizado*.

—Es difícil verlo como asesinato cuando tú mismo te alimentas de esas personas.

—¿Todos lo hacen? ¿Se alimentan de la gente?

—Nunca he encontrado a ninguno que no lo haga.

—¿No pueden alimentarse de animales?

—Teóricamente, sí. En la práctica, parece carecer de ciertos nutrientes.

La verdad era, que la alimentación estaba demasiado cerca del sexo para la mayoría de los vampiros. No eran zoófilos. No eran bestias, por lo que no se alimentaban de animales. Pensé que la analogía sexual no le sentaría bien al Oficial Wallace.

—¿Puede hacerlo, Wallace?

—¿Qué quiere decir?

—¿Puede salir a la oscuridad y cazar vampiros?

—Es mi trabajo.

—No pregunté si era su trabajo. Pregunté si puede salir a la oscuridad y cazarlos.

—¿Piensa que puede haber más de uno?

—Siempre es mejor asumirlo —respondí.

Asintió con la cabeza.

—Sí, supongo.

—¿Asustado? —le presioné.

—¿Usted lo está?

Miré a lo lejos, a la noche azotada por el viento. Los árboles se movieron y gimieron por el aire. Había movimiento por todas partes. Pronto llovería, y la luz de las estrellas se habría ido.

—Sí, estoy asustada.

—Pero usted es una Ejecutora Judicial —dijo sorprendido—. ¿Cómo puede hacerlo, si le asusta, después del anochecer?

—¿No le asusta saber que cada vez que se acerca a cualquier persona por una violación de tráfico podría ir armado? Se acerca a ese coche sin saberlo.

—Es mi trabajo.

—Y este es el mío.

—¿Pero está asustada?

—Hasta lo más profundo de mi ser.

—El sheriff está de regreso —nos gritó Larry—. Tiene la autorización.

Wallace y yo nos miramos el uno al otro.

—¿Consiguió balas de plata? —pregunté.

—Sí.

Sonreí.

—Entonces vamos. Estará bien —afirmé.

Lo creí. Wallace haría su trabajo. Yo haría mi trabajo. Todos haríamos nuestro trabajo. Y cuando llegara la mañana, algunos de nosotros estaríamos vivos y otros no. Por supuesto, tal vez sólo había un vampiro recién convertido con el que tratar. De ser así, todos podríamos ver la salida del sol.

Pero yo no había vivido tanto suponiendo lo mejor. Asumir lo peor era siempre lo más seguro. Y por lo general, lo más acertado.



QUINCE

Me había acostumbrado a la escopeta recortada que tenía en casa. Sí, es ilegal, pero fácil de llevar y hace picadillo de vampiro. ¿Qué más podría querer un moderno cazador de vampiros? La bomba de acción Ithaca de calibre 12 también podría valer.

—¿Por qué no tengo una escopeta? —preguntó Larry.

Me quedé mirándole. Parecía decirlo en serio. Sacudí la cabeza.

—Cuando puedas manejar una 9 mm., hablaremos de escopetas.

—Genial.

Ah, el entusiasmo de la juventud. Larry era sólo cuatro años más joven que yo. A veces parecía un millón.

—No va a dispararnos por la espalda por accidente, ¿verdad? —preguntó el Ayudante Coltrain.

Sonreí, pero no dulcemente.

—Prometió no hacerlo.

Coltrain me miró como si no estuviera seguro de que bromeara. El sheriff St. John se unió a nosotros en la linde del bosque. También llevaba una escopeta. Tuve que confiar en que sabía usarla. Wallace tenía la escopeta de su unidad. Su compañero, Grange, tenía un rifle, se parecía al que llevaría un francotirador. No me parecía un arma adecuada para el trabajo de esta noche, y se lo había dicho. Granger solo me miró. Me había encogido de hombros y le había dejado ir. Era su cuello y su arma.

Les volví a mirar. Me miraron. Esperaban mis órdenes.

—¿Llevan todos agua bendita? —pregunté.

Larry acarició el bolsillo del mono. Los demás afirmaron con la cabeza o mascullaron un sí.

—Recuerden las tres reglas de la caza de vampiros. Uno: Nunca les miren a los ojos. Dos: Nunca suelten la cruz. Tres: Disparen a la cabeza y al corazón. Incluso con munición de plata, no será un golpe mortal si dan en cualquier otro sitio —parecía un profesor de jardín de infancia que envía a sus chiquillos al patio enemigo—. Que no cunda el pánico si son mordidos. La mordedura puede limpiarse. Mientras no te hipnoticen con los ojos, aún se puede luchar.

Los miré, todos en silencio y más altos que yo, hasta Larry por unos centímetros. Podían luchar y ganar. Entonces, ¿por qué quería ordenarles que se fueran a casa donde estarían seguros? Caray, todos podríamos ir. Tomar una agradable taza de cacao caliente. Decirle a los Quinlans que su niñita estaría bien. Quiero decir, las dietas líquidas se llevan bien con los adolescentes. ¿Cierto?

Respiré profundamente y lo solté despacio.

—Vamos a hacer esto, chicos. Desaprovechamos la luz de las estrellas.

Nadie dijo nada sobre mi referencia a John Wayne, o nadie pensó que fuera gracioso. Difícil saberlo.

Tuve que dejar que St. John mostrara el oscuro camino entre los árboles. Yo no conocía la zona. Él sí. Pero no me gustó. No me gustó en absoluto. Quería que volviera con su esposa. A su amor de instituto. Se habían casado hacía cinco años y todavía seguían enamorados. Jesús, no quería que resultase muerto.

Los árboles se cerraron alrededor de nosotros. St. John nos condujo con extremo cuidado entre ellos, como si supiera lo que hacía. Había muy poca maleza en esta época del año. Lo que nos lo hacía más fácil, aunque todavía es un arte andar por bosques espesos, sobre todo en la oscuridad.

Realmente, no puedes ver, ni siquiera con linterna. Tienes que deslizarte entre los árboles, de la misma forma que cuando nadas en el agua. No lo haces concentrado en el agua, o en tu propio cuerpo. Te concentras en el ritmo de tu cuerpo al avanzar, en el deslizamiento por el líquido fresco. En el bosque también encuentras un ritmo. Te concentras en el deslizamiento de tu cuerpo por las aberturas naturales. Descubriendo el lugar por donde el bosque mismo te dejará pasar. Si luchas contra ello, te retendrá. E igual que el agua, puede matarte. Alguien que no cree que el bosque sea un lugar letal, es que nunca se ha perdido en uno.

St. John sabía moverse, yo también. Estaba bastante contenta por eso, realmente contenta. Había sido una chica de ciudad durante mucho tiempo. Larry tropezó conmigo. Tuve que detenerme, o habríamos caído los dos.

—Lo siento —dijo apartándose de mí.

—¿Cómo están por ahí arriba, Ejecutora? —gritó Coltrain.

Él cubría la retaguardia. Yo tenía que ir en segundo lugar, para respaldar a St. John, y no dejaría que Larry fuera en la retaguardia. Coltrain lo había querido. Dijo que él y el sheriff protegerían nuestro culo. Por mí estupendo.

—Grita un poco más alto —contestó Wallace—, no creo que el vampiro te haya oído.

—No necesito a ningún estatal diciéndome como hacer mi trabajo.

—Sabe que estamos aquí —comenté.

Eso les detuvo. Ambos me miraron. Granger, que estaba justo delante de Wallace, también me miró. Tenía la atención de todo el mundo.

—Incluso si el vampiro tiene unas pocas semanas, su audición es increíblemente aguda. Sabe que estamos aquí. Sabe que vamos. No importa si somos sigilosos o montamos una orquesta. Da igual. No vamos a sorprenderlo en la oscuridad. «*Probablemente sea él el que nos sorprenderá*», pero no lo dije en voz alta. Aunque, de todos modos, todos lo pensábamos.

—Estamos perdiendo el tiempo, ayudante —dijo St. John.

Coltrain no se disculpó, ni parecía lamentarlo. Wallace lo hizo.

—Lo siento, sheriff. No pasará otra vez.

St. John asintió con la cabeza, sin otra palabra se dio media vuelta, y nos condujo más adentro del bosque. Coltrain hizo un pequeño sonido de fastidio, pero lo dejó pasar. Independientemente de lo que dijera, no pensaba que Wallace se ensañase otra vez. Al menos, esperaba que no. No

me preocupaba si estaba asustado, teníamos bastantes problemas sin enfrentarnos entre nosotros.

Los árboles crujieron y se balancearon a nuestro alrededor. Las hojas muertas del año pasado crujieron bajo nuestros pies. Alguien blasfemó suavemente detrás de mí. El viento sopló, una ráfaga salvaje, revolviéndome el pelo hacia la cara. Por delante, la oscuridad era diferente. Nos acercábamos a un claro.

St. John se paró justo en la línea de árboles. Echó un vistazo atrás, hacia mí.

—¿Cómo quiere hacerlo?

Podía saborear la lluvia en el viento, acercándose. De ser posible, nos quería fuera de aquí antes de que llegara. Reducía la visibilidad.

—Le matamos, y regresamos como el demonio a la casa. No es un plan difícil.

Inclinó la cabeza como si hubiera dicho algo profundo.

Lamenté que no lo fuera.

Una figura se acercó por delante de nosotros. En un minuto no había nada, al siguiente allí estaba él. Oscuridad y sombras; magia. Agarró a St. John cuando iba a sacar el arma, y lo lanzó fuera del claro, formando un gran arco mientras daba vueltas.

Disparé al vampiro en el pecho, casi a quemarropa. Sufrió un colapso y cayó de rodillas. Vi el asombro en sus ojos, como si no pudiera creerlo. Tuve que recargar la escopeta, amartillando otra munición en su lugar.

El rifle de Granger disparó detrás de mí como un cañón. Alguien gritó. Disparé al vampiro entre los ojos. Su cabeza salpicó las hojas. Me giré con la escopeta sobre el hombro antes de que el cuerpo golpeara el suelo.

Larry estaba en el suelo con una vampiresa sobre él. Distinguí el largo cabello castaño antes de que su cruz volviera a la vida con un brillante destello de fuego blanco azulado. Ella retrocedió con un grito, gateando hacia la oscuridad. Se fue.

Una vampira con el pelo rubio y largo sostenía a Granger con sus delgados brazos, presionando la cabeza en su cuello. No podía usar la escopeta. Estaban demasiado juntos. De esa forma los mataría a ambos. Dejé caer la escopeta sobre el regazo del sorprendido Larry. Todavía estaba en el suelo, parpadeando. Saqué la Browning y disparé al amplio pecho de la vampira. Se sacudió, pero no soltó a Granger. Me miró, con el hombre todavía abrazado contra su pecho. Me siseó. Disparé varias veces a la boca

abierta. Lo cual, desprendió la parte trasera de la cabeza. La vampiresa se estremeció. Disparé una segunda ronda. Soltó a Granger y cayó estremeciéndose sobre las hojas. Granger se quedó allí. En la oscuridad no podía ver su cara, o cuello. Vivo o muerto, había hecho todo lo que podía.

Larry se levantó, sujetando torpemente la escopeta en sus manos.

Hubo un grito bajo y lleno de dolor. Wallace estaba en el suelo con el delgado cuerpo de otra vampiresa sobre él. Los colmillos estaban hundidos en su brazo. El hueso se rompió con un fuerte chasquido. Gritó otra vez.

Tuve un atisbo de la posición de Coltrain más allá; congelada. Había movimiento detrás de él. Miré fijamente hacia allí, esperando a que el vampiro tomara forma entre las sombras, pero algo brilló. Una hoja desafilada de plata destelló ante mi visión. La miré directamente, pero de alguna forma, me perdí un segundo. Lo siguiente que supe fue que la punta de la hoja abrió la garganta de Coltrain. Perdí otro segundo, parpadeando entre las sombras, el vampiro sacó la hoja de la garganta y se fue. Corrió con pasos cortos entre los árboles, como un humano insignificante e increíblemente rápido, como una pesadilla vista de reojo.

Larry levantó la escopeta hasta colocarla en el hombro y apuntó en la dirección de Wallace. Le agarré, y algo golpeó contra mi espalda y me tiró sobre las hojas. Una mano me presionó la cara contra el suelo, las hojas crujían. Una segunda mano rasgó la espalda de mi mono tan violentamente que me dislocó el hombro. Hubo una explosión justo detrás de mi cabeza, y el vampiro se había ido. Me di la vuelta, los oídos zumbando. Larry estaba de pie sobre mí con el brazo extendido, arma en mano. Independientemente de lo que hubiera salido de la oscuridad, él le había disparado.

Mi hombro izquierdo estaba herido, pero no tan mal como podría estarlo si no me levantaba. Me puse de pie. Los vampiros se habían ido.

Wallace estaba sentado, acunándose el brazo. Coltrain en el suelo, sin moverse. Se escuchó movimiento detrás de nosotros. Me giré apuntando con la Browning. Larry también se dio la vuelta, pero demasiado despacio. Mire por debajo del arma y vi que era St. John.

—No dispare. Soy yo.

Larry sostuvo el arma con las dos manos, apuntando al suelo.

—Jesús —dijo.

Amén.

—¿Qué le pasó?

—La caída me dejó fuera de combate. Seguí el sonido de los disparos

—contestó St. John.

Una ráfaga de viento nos abofeteó. Olía tan fuertemente a lluvia, que casi la sentía sobre la piel.

—Comprueba el pulso de Granger, Larry —dije.

—¿Qué? —Larry pareció horrorizado.

—Mira si está vivo.

Era un trabajo sucio, y lo habría hecho yo misma, pero confiaba mas en mí que en Larry para mantener a los vampiros alejados. Me había salvado una vez esta noche, pero aún confiaba más en mí.

St. John pasó por delante de nosotros. Tocó a Wallace, que sacudió la cabeza.

—Tengo el brazo roto, pero viviré.

St. John fue hacia el todavía inmóvil cuerpo de Coltrain.

Larry se arrodilló cerca de Granger. Cambió el arma a la mano izquierda, no era lo mejor que debía hacer, pero lo entendí. Es difícil comprobar el pulso en una garganta caliente por la sangre a oscuras, mejor usar la diestra.

—Encontré pulso —alzó la vista, la amplia sonrisa era una tenue blancura en la oscuridad.

—Coltrain está muerto —comunicó St. John—. Dios me ayude, está muerto —levantó una mano y la piel brilló con sangre, parecía negra bajo la débil luz—. Está casi decapitado. ¿Qué le hizo esto?

—La espada —contesté. La había visto. La vi pasar. Pero todo lo que podía recordar era una forma negra más grande que un ser humano. O más grande que la mayoría. Una sombra con una espada era todo lo que había visto, y me había mirado directamente.

Algo fluyó a través de mi piel, y no era el viento. El poder llenó la noche primaveral como el agua.

—Hay algo viejo aquí fuera —dije.

—¿De qué está hablando? —preguntó St. John.

—Un vampiro antiguo. Está aquí. Puedo sentirlo —busqué en la noche, pero no se movía nada, excepto los árboles y el viento. No había nada que ver. Nada con que luchar. Pero estaba allí, y estaba cerca. Tal vez, espada en mano.

Granger se sentó tan de repente, que Larry cayó sobre las hojas con un chillido. Los agrandados ojos del hombre se giraron hacia mí. Vi como su mano se dirigía al arma, y supe lo que estaba haciendo el vampiro.

Apunté la Browning a la cabeza y esperé. Tenía que estar segura.

Granger no buscó el rifle que había dejado caer. Extendió el brazo y apuntó muy despacio, como si no quisiera hacerlo. La apuntó hacia Larry, que se encontraba a menos de 30cm. de distancia.

Wallace gritó.

—Granger, ¿qué diablos está haciendo?

Disparé.

Granger se sacudió; el arma vaciló, después volvió a mover la mano. Disparé otra vez, y otra. La mano cayó lentamente al suelo con el arma todavía en ella. Cayó directamente hacia atrás.

—¡Granger! —gritaba Wallace avanzando lentamente hacia su compañero. Mierda.

Logré llegar antes hasta él, y le di una patada al arma que tenía en la mano. Si se hubiera movido, le habría pegado otro tiro. No lo hizo. Sólo estaba allí, muerto.

Wallace intentó sujetarle con un solo brazo.

—¿Por qué le ha disparado? ¿Por qué?

—Iba a matar a Larry. Usted lo vio.

—¿Por qué?

—La vampira que le mordió. Su maestro está aquí fuera. Es un poderoso hijo de perra. Y le usó.

Wallace tenía la cabeza sangrienta de Granger en el regazo, su propio brazo roto abrazando el pecho de Granger. Lloraba.

Mierda.

Un sonido viajó a través el creciente viento. Un ladrido agudo y furioso. El grito de una mujer, alto y claro, cortó el sonido.

—Oh, Dios mío —susurré.

—Beth —St. John estaba de pie, corriendo antes de que pudiera decir algo. Agarré el hombro de Wallace, sosteniéndole por la chaqueta. Alzó la vista.

—¿Qué pasa?

—Están en la casa —contesté—. ¿Puede andar?

Asintió. Le ayudé a levantarse. Llegó otro grito. No era el mismo grito. Un hombre esta vez, o un chico.

—Quédate con él, Larry. Ven a la casa tan pronto como puedas.

—¿Y si tratan de separarnos? —preguntó Larry.

—Pues van a conseguirlo —dije—. Pégale un tiro a todo lo que se

mueva.

Le toqué el brazo, como si eso le protegiera; lo hiciera más real. No lo hacía, pero era todo que tenía. Tenía que ir a la casa. Larry había afirmado ser un Ejecutor. Los Quinlans y Beth St. John no lo eran.

Enfundé la Browning, manteniendo sujeta la escopeta con las dos manos, y me lancé entre los árboles. Corrí, no intenté ver por dónde iba. Atravesaba a toda velocidad huecos entre los árboles que ni estaba segura de que estuvieran allí, pero lo estaban. Salté sobre un tronco y casi caí, pero me agarré y seguí corriendo. Una rama me rasgó la cara, haciéndome saltar las lágrimas. El bosque, que antes había parecido accesible, era ahora un laberinto de raíces y ramas que te agarraban y te hacían tropezar. Corrí a ciegas. No era la mejor forma de mantenerse con vida habiendo vampiros en la oscuridad. Resbalé en el césped de los Quinlans cayendo sobre las rodillas, y con la escopeta fuertemente agarrada.

La puerta principal estaba abierta. La luz se derramaba en un rectángulo. Sonaron tiros en el interior de la casa. Me levanté y corrí hacia la luz.

El caniche estaba partido y arrugado cerca de la puerta, como si alguien hubiera tratado de convertirlo en una pelota.

Las puertas de la sala de estar estaban abiertas. Un segundo tiro sonó. Entré por la puerta de la izquierda, con la pared a mi espalda y la escopeta lista.

El Sr. y la Sra. Quinlan estaban acurrucados en la esquina más alejada con las cruces levantadas ante ellos. El metal brilló con una luz candente como magnesio ardiente. La cosa delante de ellos no se parecía mucho a un vampiro. Se parecía más a un esqueleto con músculo y carne extendida sobre los huesos. Estaba estirado en imposibles pliegues delgados y largos. Una espada ancha y brillante le colgaba por la espalda, como una cimitarra. ¿El asesino de Coltrain?

St. John disparaba a la vampiresa del bosque. Tenía el largo pelo castaño con la raya en medio, perfecto y precioso, enmarcando una cara manchada de sangre y estirada sobre los colmillos. Podía ver a Beth St. John en el suelo detrás de ella. No se movía.

St. John siguió disparando al cuerpo de la vampira. Ella siguió acercándose. La sangre apareció en la delantera de la chaqueta vaquera. Su arma hizo clic, vacía. La vampira se tambaleó, después cayó sobre las rodillas. Se desplomó hacia delante, a cuatro patas, se podía ver que la

espalda estaba en carne viva. Empezó a jadear en el suelo, mientras St. John recargaba.

Me puse de pie, tratando de vigilar la puerta por si acaso esto no era todo. Caminé hacia los Quinlans y la cosa que estaba de pie delante de ellos. Necesitaba un ángulo mejor antes de usar la escopeta. No quería atraparles en el fuego cruzado.

La cosa se volvió hacia mí. Pude ver una cara que no era ni humana ni animal, alargada y extraña, con colmillos y encendidos ojos ciegos. Eso se encogió, y la piel fluyó sobre la carne desollada, cubriendo el hueso casi desnudo. Nunca había visto nada como eso. Cuando apunté con la escopeta, observé confundida lo que podía haber sido una cara humana. El pelo, blanco desde hacía mucho tiempo, enmarcaba una cara de huesos finos, y esta cosa corrió; si esa era la palabra para describir ese borroso movimiento. Corrió como algunos volaban, casi como si hiciese algo más al mismo tiempo, pero no tenía ninguna palabra mejor para describirlo. Algunos volaban, éste corría. Se fue antes de que pudiera apretar el gatillo.

Me quedé contemplando la puerta abierta, hacia donde el cañón había seguido el movimiento. ¿Podía haber disparado? ¿Vacilé? No lo creo, pero no estaba segura. Estaba como en el bosque, cuándo Coltrain había muerto, como si hubiese perdido unos segundos. El vampiro tenía que ser nuestro asesino, pero lo único que había visto claramente en el bosque había sido la espada.

St. John disparó a la vampira caído. Disparó hasta que el arma volvió a vaciarse. En el arma solo sonaba *clic, clic, clic*.

Le detuve. La cabeza de la vampira era una masa de carne sangrienta y cosas más espesas. No existía la parte izquierda de la cara.

—Está muerta, St. John. La mató.

Sólo la observó, por debajo del cañón del arma vacía. Temblaba. De repente, sufrió un colapso y cayó de rodillas, como si ya no pudiera estar de pie durante más tiempo. Avanzó lentamente hacia su esposa, el arma abandonada en la alfombra. La acunó en sus brazos, medio levantada, meciéndola. Estaba empapada en sangre. La garganta desgarrada lateralmente.

St. John producía un alto, profundo y penetrante gemido con la garganta.

Las cruces de los Quinlans habían dejado de brillar. Permanecieron quietos, abrazados uno al otro, parpadeando como si la luz los cegara.

—Jeff, cogió a Jeff —dijo la Sra. Quinlan.

La miré. Sus ojos eran demasiado grandes.

—Él cogió a Jeff.

—¿Quién cogió a Jeff? —pregunté.

—El grande —dijo el Sr. Quinlan—. Aquella cosa, aquella cosa le dijo a Jeff que se quitara la cruz, y Jeff lo hizo —me miraba con ojos asustados —. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué se la quitó?

—El vampiro le hipnotizó con la mirada —dije—. No podía hacer nada.

—Si su fe hubiera sido más fuerte, no habría cedido —contestó Quinlan.

—No fue culpa de su hijo.

Quinlan sacudió la cabeza.

—No era lo bastante fuerte.

Le di la espalda y contemplé a St. John. Había colocado la mayor parte del cuerpo de su esposa entre su regazo y los brazos, tanto como le era posible. La mecía, los ojos distantes. No veía esta habitación. Se había ido a algún otro lugar, interior y profundo. Algún lugar mejor. O eso esperaba.

Me dirigí a la puerta. No tenía que ver eso. La visión de S. John meciendo el cuerpo de su esposa no era parte de mi trabajo. Palabra.

Me senté en la escalera donde pudiera ver la puerta, el vestíbulo y la escalera de entrada. St. John comenzó a cantar con una voz extraña; rota. Me llevó unos minutos entender qué era lo que cantaba. Era «*You are so beautiful*». Me despejé y fui hacia la puerta exterior. En ese momento, Larry y Wallace llegaban cojeando al porche.

Sólo sacudí la cabeza y seguí caminando. Llegaría casi hasta el camino de la entrada antes de que dejara de oír el canto. Tomé profundos alientos que solté despacio. Me concentré en mi respiración, centrada en el sonido de las ranas y el viento. Me concentré en todo, menos en el sonido que llenaba mi garganta. Estaba allí, en la oscuridad, al descubierto, sabiendo que era peligroso, y no segura de que eso me preocupara. Estuve allí hasta que me aseguré de que no iba a empezar a gritar. Entonces me di la vuelta y volví a la casa. Era lo más valiente que había hecho en toda la noche.



La detective Freemont estaba sentada en un extremo del sofá de los Quinlans, yo me sentaba en el otro.

Estábamos lo más alejadas la una de la otra como podíamos estarlo y compartirlo. Sólo mi orgullo me impidió coger la silla. No cejaría bajo su mirada.

Así que me quedé clavada en el sofá, pero fue un gran esfuerzo. Su voz era baja y cuidadosa, cada palabra remarcada como si pensase que podía gritar si las apresurase.

—¿Por qué no me llamó indicándome que hubo una segunda matanza de vampiros?

—El sheriff St. John llamó a la policía estatal, asumí que lo sabía.

—Bien, no lo sé.

Miré a sus ojos.

—Estaba a veinte minutos de distancia, con una unidad en la escena del

delito que examinaba la posible matanza de un vampiro.

—¿Por qué no me trasladaron a la segunda escena?

Freemont movió sus ojos de un lado al otro, luego miró detrás de mí.

Su mirada de policía se había disuelto un poco Era difícil de interpretar, pero me pareció inquieta.

Tal vez hasta asustada.

—No le ha dicho que estos son homicidios de vampiros, ¿verdad?

Sus ojos se estremecieron.

—Mierda, Freemont. Sé que no quiere que los Federales roben su caso, pero retener información a su propia gente… Apuesto a que sus superiores no están felices usted.

—Eso es asunto mío.

—Bien.

—Independientemente del plan que tenga, más el poder, ¿por qué esta cabreada conmigo?

Tomó un aliento profundo y tembloroso, como si fuese un corredor tratando de conseguir aquella descarga de energía extra.

—¿Cómo de segura está de que el vampiro usó una espada?

—Vio el cuerpo —dije.

Asintió con la cabeza.

—Un vampiro podría haberle destrozado el cuello.

—Vi una hoja, Freemont.

—La ME podrá respaldarlo, o no.

—¿Por qué no quiere que sean vampiros?

Sonrió.

—Pensé que tenía este caso resuelto. Pensaba que haría una detención esta mañana. No creí que fueran vampiros.

La contemplé. No sonreía.

—Si no fueron vampiros, ¿entonces qué eran?

—Hadas.

La contemplé durante un segundo.

—¿Qué quiere decir?

—Tu jefe, el Sargento Storr, me llamó. Me contó lo que habías averiguado sobre Magnus Bouvier. No tiene ninguna coartada en el momento de los asesinatos, e incluso que piensas que puede haberlo hecho.

—Creer que puede haberlo hecho no significa que lo hizo —dije.

Freemont se encogió de hombros.

—Huyó cuando intentamos preguntarle. La gente inocente no huye.

—¿Qué quiere decir con que huyó? Si le preguntó allí, ¿cómo pudo huir?

Freemont se reclinó en el sofá, sus manos estaban unidas tan fuertemente que salieron manchas en sus dedos.

—Usó magia para nublar nuestras mentes y se fugó.

—¿Qué tipo de magia?

Freemont sacudió su cabeza.

—¿Qué quiere que le diga, Sra. Experta Preternatural? Cuatro de nosotros estábamos sentados en su restaurante como idiotas mientras él, simplemente, desapareció. Ni siquiera le vimos levantarse de la mesa.

No me miró, ninguna sonrisa. Sus ojos mostraban nuevamente esa frialdad neutra. Una podía mirar fijamente todo el día a alguien con unos ojos así y mantener a salvo sus secretos.

—Me pareció humano, Blake. Parecía un tipo agradable, normal. No lo habría escogido entre una multitud.

—¿Cómo sabía lo que él era?

Abrí mi boca y la cerré. No estaba segura de como contestar la pregunta.

—Trató de usar el *encanto* en mí, pero supe lo que sucedía.

—¿Qué es el *encanto* y como sabía que él usaba un hechizo en usted?

—El *encanto* no es un hechizo exactamente —respondí.

Siempre lamentaba explicar cosas preternaturales a gente que no tenía ningún conocimiento en el tema. Era como si me explicaran física cuántica. Podría entender los conceptos, pero tenía que tener conocimientos de matemáticas. Las matemáticas estaban más allá de mí, odiaba admitirlo, pero lo era. El no entender la física cuántica no me mataría. El no entender a las criaturas preternaturales podría matarla.

—No soy estúpida, Blake. Explíquemelo.

—No pienso que sea estúpida, Detective Freemont. Sólo que es difícil de explicar. Viajaba con dos policías de St. Louis, me trasladaba a la escena del crimen jugando a los taxistas. El conductor descubrió a este tipo que paseaba. Detuvo el vehículo y lo acorralaron contra un coche. El tipo llevaba un arma y estaba siendo buscado en otro estado por robo a mano armada. Si hubiese estado en una habitación con él, habría notado el arma, pero no únicamente pasando al lado del coche. No lo habría notado. Incluso su compañero le preguntó como lo había descubierto. No pudo explicarlo,

pero sabía hacerlo.

—Entonces, ¿es la práctica? —preguntó Freemont.

Suspiré.

—En parte, pero diablos, detective, levanto a los muertos para ganarme la vida. Tengo algunas capacidades preternaturales. Eso me da algo de ventaja.

—¿Cómo demonios se supone que la policía vigila a las criaturas, Sra. Blake? Si Bouvier hubiera tenido un arma, nos habríamos quedado allí sentados y le habríamos dejado pegarnos un tiro. Sólo despertamos y ya no estaba allí. Nunca he visto nada como eso.

—Hay algo que puede hacer para protegerse del *encanto* de las hadas —dije.

—¿Qué?

—Un trébol de cuatro hojas romperá el *encanto*, pero no impedirá que el *fae* le mate. Hay otras plantas que puede llevar consigo, o que rompen el *encanto*: la *Saint John's wort*, la verbena roja, las margaritas, el serbal y las cenizas. Mi opción sería un ungüento hecho a base de tréboles de cuatro hojas o de Saint John's wort. Extiéndalo en sus párpados, boca, oídos y manos. Le hará inmune al *encanto*.

—¿Dónde los consigo?

Pensé en ello durante un segundo.

—Bien, en St. Louis sé adónde ir. Aquí, pruebe en las tiendas de alimentos naturales y tiendas de ocultismo. Cualquier ungüento para hadas será difícil de encontrar porque no tenemos a ningún originario *fae* en este país. El ungüento de los tréboles de cuatro hojas es muy caro y raro. Trate con la Saint John's wort.

Ella suspiró.

—¿Funcionará esta pomada con cualquier control mental, como el de los vampiros?

—¡No! —exclamé—. Puede lanzar un vampiro en una tina llena de Saint John's wort y no le hará nada.

—Entonces, ¿qué usa contra los vampiros?

—Mantenga su cruz, evite el contacto visual y rece. Pueden hacer cosas que hará parecer a Magnus un aficionado.

Frotó sus ojos, dejando la sombra de ojos en su pulgar. Repentinamente, me pareció cansada.

—¿Cómo protegemos al público contra algo así?

—No lo hace —dije.

—Sí, lo hacemos —respondió—. Tenemos que hacerlo, es nuestro trabajo.

No supe que contestar, así que no lo intenté.

—Entonces ¿usted creyó que era Magnus porque huyó y no tiene coartada?

—¿Por qué más huiría?

—No lo sé —contesté—, pero él no lo hizo. Vi esa cosa en los bosques. Eso no era Magnus. Demonios, sólo he oído de vampiros que se integran con las sombras. Nunca antes lo había visto.

Me miró.

—Nunca lo ha visto anteriormente. Eso no es consolador.

—No lo es. Pero ya que eso no es Magnus, puede suspender la autorización.

Negó con la cabeza.

—Usó magia en la policía cometiendo un delito. Eso es un delito de clase C.

—¿Cuál fue su infracción?

—Escapatoria.

—Pero él no estuvo detenido.

—Contaba con una autorización para detenerle —objetó.

—No tenías bastante para una autorización —dije.

—Ayuda mucho conocer al juez apropiado.

—No mató a esos niños, o a Coltrain.

—Lo señaló con el dedo —indicó.

—Sólo era una posibilidad. Con cinco personas muertas, no podía permitirme equivocarme.

Se puso en pie.

—Bien, consiguió su deseo. Fueron vampiros, y no sé por qué diablos Magnus Bouvier huyó de nosotros. Pero sólo el usar magia contra la policía es un crimen.

—¿Trataría de incluirlo incluso si era inocente del delito original? —pregunté.

—El uso criminal de magia es un delito serio, Sra. Blake. Hay una autorización para su arresto. Si le ve, recuérdelo.

—Sé que Magnus no es una persona agradable, Detective Freemont. No tengo idea de por qué huyó, pero si usted denuncia que usó magia para huir

de la policía cualquiera podrá dispararle.

—Es peligroso, Sra. Blake.

—Sí, pero igual que mucha gente, detective. No los perseguimos y detenemos por eso.

Asintió.

—Todos tenemos prejuicios, Sra. Blake; nos sentimos mal de vez en cuando. Al menos aquí sabemos lo que hacemos.

—Sí —dije—. Sabemos lo que hacemos.

—¿Se sabe cuándo fue tomado el cuerpo de la chica? —preguntó.

Extrajo un cuaderno del bolsillo de su abrigo. De vuelta al negocio. Sacudí mi cabeza.

—No. Ya no estaba cuando subí.

—¿Qué la hizo pensar en comprobar el cuerpo?

La miré. Sus ojos eran agradables e ilegibles.

—Se tomaron muchas molestias para convertirla en uno de ellos. Pensé que podrían intentar recuperarla. Lo hicieron.

—Los padres montaron una escena cuando le pidieron que estacara su cuerpo antes de que se transformara en vampiro, ¿no es verdad? —Su voz era suave; normal. Pero ella prestaba atención a las respuestas. No tomó tantas notas como hacía Dolph. El cuaderno parecía ser algo para mantener ocupadas sus manos. Finalmente, veía a Freemont hacer su trabajo. Parecía buena. Eso me tranquilizaba.

—Sí, es cierto.

—¿Por qué no estacó a la joven cuándo sus padres lo solicitaron?

—Tuve un padre, viudo. Su hija era sólo una niña cuando la mataron. Quiso que la estacara. Lo hice esa noche, en seguida. A la mañana siguiente estaba llorando en mi oficina, queriendo deshacerlo. Deseaba que la regresara como un vampiro. —Me incliné hacia atrás en el canapé, abrazándome.

—Clavas una estaca en el corazón de un nuevo vampiro, y está muerto para siempre.

—Pensé que había que cortarle la cabeza para estar seguro.

—So hace —dije—. Si hubiera estacado a la joven Quinlan, le habría sacado el corazón y cortado la cabeza.

Sacudí la mía.

—No queda mucho.

Dibujó algo en su bloc de notas. No podía ver que era. Apostaba que

era un garabato y no una palabra.

—Entiendo por qué quiso esperar, pero el Sr. Quinlan habla de demandarla.

—Sí, lo sé.

Freemont alzó sus cejas.

—Sólo pensé que querría saberlo.

—Gracias.

—Aún no hemos encontrado el cuerpo del chico.

—No creo que vaya a encontrarlo —dije.

Sus ojos no se mostraron agradables. Parecieron estrechos y sospechosos.

—¿Por qué?

—Si quisieran matarle, podrían haberlo hecho aquí, esta noche. Creo que quieren convertirlo en uno de ellos.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Pero por lo general, cuando un vampiro toma un interés personal en una familia, existe una razón.

—¿Quiere decir un motivo?

Asentí con la cabeza.

—Has visto a los Quinlans. Son católicos devotos. La iglesia ve el vampirismo como un suicidio. Sus hijos serán condenados para toda la eternidad si se convierten en vampiros.

—Peor que darles muerte —expresó.

—Para los Quinlans, creo que sí.

—¿Cree que los vampiros regresarán para llevarse a los padres?

Pensé en eso durante un minuto.

—Demonios, no lo sé. Quiero decir, antes de que los vampiros fueran legales se tenían algunos casos donde un Maestro Vampiro se llevaba a familias enteras. Unas veces ofreciéndoles primero amistad. Otras sólo por venganza, por algún menosprecio. Pero desde que son legales, no conozco por qué lo haría. Quiero decir, el vampiro puede ser condenado por un tribunal.

—¿Qué podrían haber hecho los Quinlans que fuese lo bastante malo para esto?

Las puertas se abrieron. Freemont se giró con el ceño fruncido. Dos hombres aparecieron en la entrada. Ambos vestían trajes oscuros, lazos

oscuros y camisas blancas. La vestimenta estándar federal. Uno era bajo y blanco, el otro alto y negro. Aquel simple hecho debería diferenciarlos, pero había una semejanza en ellos, como si se hubiese usado un mismo cortador de galleta sin importar cuán bien cocinada estuviera la cubierta. El más bajo de los dos nos mostró su insignia.

—Soy el Agente Especial Bradford, este es el Agente Elwood. ¿Quién es la Detective Freemont?

Freemont caminó hacia ellos dándole la mano. Indicando que estaba desarmada y era amistosa. «Sí, seguro».

—Soy la Detective Freemont. Ella es Anita Blake.

Aprecié el ser incluida en las introducciones. Me levanté y me uní al grupo de cuatro personas. El agente Bradford me miró durante mucho tiempo. El tiempo suficiente como para alterarme los nervios.

—¿Ocurre algo, Agente Bradford?

Negó con su cabeza.

—Asistí a las conferencias del Sargento Storr en Quántico. Durante el viaje habló de usted, pensé que era más alta. —Sonrió cuando lo dijo, a medio camino entre ser amistoso y condescendiente.

Muchas respuestas mordaces acudieron a mi mente, pero no quise entrar en una competición de meadas con los Federales. Se pierde.

—Lamento decepcionarle.

—Hemos hablado ya con el Oficial Wallace, también tuvo grandes elogios hacia usted.

Me encogí de hombros.

—Difícil de creer siendo pequeña. —Sonreí.

—Nos gustaría hablar con la Detective Freemont en privado, Sra. Blake. Pero no se vaya lejos; queremos una declaración de usted y de su socio, el Sr. Kirkland.

—Estupendo.

—Tomé la declaración de la Sra. Blake personalmente —indicó Freemont—. No creo que la necesitamos más esta noche.

Bradford la miró.

—Nosotros juzgaremos eso.

—Si la señora Blake me hubiera llamado cuando había un sólo cuerpo, no habrían muerto dos policías y un civil —dijo Freemont.

Sólo la miré. El culo de alguien iba a ser pateado y Freemont no quería que fuera el suyo.

—Bien.

—No olvide al chico perdido —comenté.

Todos me miraron.

—Si quiere comenzar a señalar con el dedo, de acuerdo; hay suficiente culpa para todos. Si no me hubiera destituido, podría haberla llamado, pero a quien realmente llamé fue a la policía estatal. Si le hubiera dicho a sus superiores todo lo que le dije, ellos habrían conectado los dos casos y usted habría estado aquí de todas formas.

—Tenía conmigo personal suficiente como para proteger la casa y a los civiles —proclamó Freemont—. No me incluiría a costa de vidas.

Asentí.

—Probablemente. Pero habría venido y me habría pateado de nuevo. Habría llevado a St. John y a su gente a la oscuridad con cinco vampiros, uno de ellos antiguo, cuando todo lo que han visto son las fotos de los asesinatos. Les habrían matado, pero tal vez, sólo tal vez, Beth St. John estaría viva. Quizás Jeff Quinlan todavía estaría aquí.

La miré al rostro y vi la ira abandonar sus ojos. Nos miramos la una a la otra.

—Nos jodió a ambas, Sargento. —Me volví de nuevo hacia los dos agentes—. Esperaré fuera.

—Espere —dijo Bradford—. Storr dijo que a veces la comunidad de los vampiros legalizados ayudan en casos como éste. ¿Con quién debo hablar aquí?

—¿Por qué perseguirían a uno de los suyos? —preguntó el agente Elwood.

—Esta clase de mierda es mala para el negocio. Especialmente ahora con la hija del Senador Brewster asesinada. Los vampiros no necesitan más mala publicidad. La mayoría se ha legalizado. Les gusta el hecho de que el asesinato en ellos es un crimen.

—¿Entonces a quién me dirijo? —preguntó Bradford.

Suspiré.

—En esta zona, no lo sé. No soy de aquí.

—¿Cómo hago para encontrar a alguien con quien hablar?

—Podría ser de ayuda.

—¿Cómo?

Asentí.

—Conozco a alguien que puede tener un nombre. No estoy intentando

hacerles pasar un mal rato, pero a la mayoría de los monstruos no les gusta tratar con la policía. No ha pasado mucho tiempo desde que la policía les disparaba en cuanto los veían.

—¿Entonces dice que los vampiros hablarán con usted y no con nosotros? —preguntó Elwood.

—Algo así.

—No tiene sentido. Usted es una ejecutora de vampiros. Su trabajo es matarlos. ¿Por qué la creerían y a nosotros no? —inquirió.

No sabía cómo explicarlo, y no estaba segura de querer hacerlo.

—También resucito zombis, Agente Elwood. Creo que me consideran un monstruo.

—Aunque sea su versión de la silla eléctrica.

—Aunque lo sea.

—Eso no es lógico.

Me reí entonces; no podría ayudarle.

—Dios, ¿es lógico algo de lo que sucedió esta noche? —Elwood me concedió una pequeñísima sonrisa. Lo catalogué con el novato de los dos. No creo que se sobrepusiera a la idea de que los agentes del FBI no sonríen.

—¿Usted no retendría información al FBI, Sra. Blake? —preguntó Bradford.

—Si vuelvo con un vampiro que quiera hablar con ustedes, le daré el nombre.

Bradford me contempló.

—Y si regresa con algún vampiro de esta zona, usted nos dará los nombres. Déjenos preocuparnos si hablarán o no con nosotros.

Le miré por un instante y mentí.

—Seguro.

Si esperaba a que los monstruos me ayudasen, no podía entregarlos a la policía. Sólo unos pocos escogidos. Me miró como si no me creyera, pero no podría llamarme mentirosa en mi propia cara.

—Cuando encontremos a los vampiros responsables, seguro que la llamaremos para exterminarlos.

Era más de lo que Freemont había querido hacer. La noche estaba mejorando.

—Llámeme a cualquier hora al busca.

—Ahora hablaremos con la Sargento Freemont, Sra. Blake.

Me despidieron. Bien. Me ofreció su mano. La tomé. Las estrechamos. El agente Elwood y yo también estrechamos las manos. Ambos sonreímos. Me marché.

Larry me esperaba a la entrada. Despertó del peldaño de la escalera donde había estado sentando.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que hacer una llamada.

—¿A quién?

Dos hombres más con «agente federal» tatuado en sus frentes subieron por el vestíbulo desde la cocina. Negué con la cabeza y me dirigí hacia fuera, a la puerta que llevaba a la noche fresca y ventosa. El lugar estaba repleto de polis. Nunca había visto a tantos agentes federales en mi vida. Pero oye, mi primer asesino en serie vampiro era noticia. Todo el mundo quería un pedazo. Observé como todos se arremolinaban alrededor del césped tan cuidadosamente atendido, de pronto quise ir a casa. Todavía era temprano para hacer la maleta y volver a casa. Las horas y las horas retiraban la oscuridad. Tan sólo parecía que había pasado una eternidad desde que dejamos el cementerio. Demonios, había tiempo para regresar y contemplar a cementerio de Stirling antes del amanecer. Me metí en el jeep que Bayard nos había prestado. Use el ingenioso teléfono portátil que traía. Larry lo había dejado en el lado del pasajero.

—Llamada privada.

—Vamos, Anita.

—Fuera, Larry.

Fuera, a la oscuridad con los vampiros. Parpadeó con sus grandes ojos azules hacia mí.

—La zona es pésima aun con la policía.

—Creo que estarás a salvo. Fuera.

Salió refunfuñando por debajo de su aliento. Podía quejarse todo lo que quisiera. Larry quería ser un cazador de vampiros, genial. Pero no tenía que estar tan íntimamente implicado con los monstruos como yo lo estaba. Trataba mantenerlo alejado tanto como podía. No era fácil, pero valía el esfuerzo.

Había mentido a los agradables agentes. No era el hecho de que levantara zombis lo que me daba buenas relaciones con los vampiros. Era el hecho de que el Maestro de la Ciudad de St. Louis fuera mi amo y protector. Tal vez estaba enamorado de mí, o al menos lo pensaba. Me

sabía el número de memoria, lo que era una mala señal.

—Placeres Prohibidos, donde sus más oscuras fantasías se hacen realidad. Soy Robert. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Fantástico; era Robert, no era uno de mis vampiros favoritos.

—Hola, Robert, soy Anita. Tengo que hablar con Jean-Claude.

Vaciló, luego dijo:

—Te pasaré al teléfono de su oficina. Es un nuevo sistema, si se desconecta, llama de nuevo.

El teléfono hizo *clic* antes de que pudiera responder. Un momento de silencio, y una voz en la línea. Puedes tener mucho que criticar sobre Jean-Claude, pero da un buen servicio telefónico.

—Buenas noches, *ma petite*.

Fue todo lo que dijo, pero hasta por teléfono su voz era como piel dentro de mi cráneo.

—Estoy cerca de Branson. Tengo que ponerme en contacto con el Maestro de la Ciudad de aquí.

—¿No hay un «Buenas noches, Jean-Claude, cómo estas»? Directa al negocio. Eres terriblemente grosera, *ma petite*.

—Mira, no tengo tiempo para juegos en este momento. Algunos vampiros están activos. Han secuestrado a un chico. Quiero encontrarlo antes de que lo conviertan.

—¿Cómo de joven es el chico?

—Dieciséis.

—En los siglos pasados, *ma petite*, no sería considerado un niño.

—No es mayor de edad en esta época.

—¿Se fue voluntariamente?

—No.

—Sabes que fue lo que sucedió o simplemente te dijeron que fue secuestrado.

—Hablé con él antes, no se fue voluntariamente.

Jean-Claude suspiró. El sonido se deslizó bajo mi piel como una fresca caricia.

—¿Qué quieres de mí, *ma petite*?

—Quiero audiencia con el Maestro de la Ciudad. Necesito un nombre. ¿Asumo que sabes realmente quién es el maestro?

—Por supuesto, pero no es tan simple.

—Sólo tenemos tres noches para salvarlo, y muchísimo menos si lo que

quieren es un aperitivo.

—El Maestro de la Ciudad no hablará contigo sin un guía que te lleve.

—Entonces, envíame a alguien.

—¿A quién? ¿Robert? ¿Willie? Ninguno de ellos es lo bastante poderoso para ser tu escolta.

—Si quieres decir que no pueden protegerme, yo puedo protegerme.

—Sé cuanto cuidado puedes tener, *ma petite*. Lo has demostrado claramente. Pero no pareces tan peligrosa como eres. Deberás disparar a uno o dos para enseñarles su lugar. Si salieras viva, no te ayudarían.

—Quiero recuperar intacto a este chico, Jean-Claude. Trabaja conmigo.

—*Ma petite*…

Tenía la imagen de los ojos marrones de Jeff Quinlan. De su habitación con un mural de vaqueros.

—Ayúdame, Jean-Claude.

Se quedó en silencio durante un momento.

—Soy el único lo suficientemente poderoso para escoltarte. ¿Deseas que abandone todo y vaya en tu ayuda?

Era mi turno para estar tranquila. Puesto así, no parecía lo correcto. Sonaba como un gran favor. No quería deberle uno. Pero si sobrevivía, probablemente se lo debería. Jeff Quinlan no podría.

—De acuerdo —respondí.

—¿Quieres que vaya en tu ayuda?

Apreté mis dientes y dije:

—Sí.

—Volaré mañana por la noche.

—Esta noche.

—*Ma petite*, ¿qué debo hacer contigo?

—Me dijiste que me ayudarías.

—Y voy a hacerlo, pero estas cosas llevan su tiempo.

—¿Qué cosas?

—Ayudaría que pensaras en Branson como un país extranjero. Un país extranjero potencialmente hostil donde trataré de conseguirnos un paso seguro. Hay costumbres que deben respetarse. Si irrumpo, será visto como una declaración de guerra.

—¿No hay nada que puedas hacer esta noche? —pregunté—. ¿Salvo comenzar una guerra?

—Quizás, pero si esperas una noche más, *ma petite*, podemos entrar de

forma más segura.

—Podemos tener cuidado de nosotros. Jeff Quinlan no puede.

—¿Ese es su nombre?

—Sí.

Respiró profundamente y lo soltó en un suspiro que me hizo temblar. Pude haberle dicho que lo detuviera, pero le habría divertido, entonces no lo hice.

—Volaré ahí esta noche. ¿Cómo contacto contigo?

Le di el nombre de mi hotel y luego, con un suspiro, mi número del busca.

—Te llamaré cuando llegue.

—¿Cuánto te demorará llegar hasta aquí?

—Anita, ¿piensas que voy a volar hasta allá cuán pájaro?

No me gustó la débil diversión de su voz, pero contesté sinceramente.

—Fue un pensamiento.

Se rió, y eso me puso la piel de gallina en los brazos.

—Ah, *ma petite, ma petite*, eres preciosa.

Justo lo que quería oír.

—Entonces ¿cómo vendrás hasta aquí?

—Mi Jet privado.

Por supuesto, tenía un Jet privado.

—¿Cuándo puedes estar aquí?

—Estaré ahí tan pronto como pueda, mi impaciente flor.

—Prefiero *ma petite* a flor.

—Como quieras, *ma petite*.

—Quiero ver al maestro de Branson esta noche antes del alba.

—Lo has puesto muy en claro y lo intentaré.

—Inténtalo más duramente.

—Te sientes culpable por este chico ¿por qué?

—No me siento culpable.

—Responsable entonces —dijo.

Me senté sin estar segura que decir. Tenía razón.

—¿Supongo que no lees mi mente en este momento?

—No, *ma petite*, sólo tu voz y tu impaciencia.

Odiaba que me conociese tan bien. Lo odiaba.

—Sí, me siento responsable.

—¿Por qué?

—Estaba a cargo.
—¿Hiciste lo posible para mantenerlo seguro?
—Coloqué vigilancia en cada entrada.
—Entonces, ¿alguien los dejó entrar?
—Había una puerta para perros situada en el garaje, en la pared de la casa. No quisieron cortar y hacer un agujero a ninguna de las puertas exteriores.
—¿Había algún niño vampiro entre ellos?
—No.
—¿Entonces cómo?
Le describí al vampiro delgado y esquelético.
—Era casi un *cambiaformas*. Se transformó en segundos. Una vez que el cambio se revirtió, podría haber pasado por humano bajo la débil luz. Nunca he visto nada como eso.
—Sólo he visto esa capacidad una vez —dijo.
—Sabes quién es, ¿verdad?
—Estaré contigo tan pronto como pueda, *ma petite*.
—Estas serio de repente ¿por qué?
Me concedió una pequeña risa, pero ésta era amarga, como el tragar un cristal roto. Dolió el sólo oírlo.
—Me conoces demasiado bien, *ma petite*.
—Sólo contesta la pregunta.
—¿El chico parece más joven de lo que es?
—Sí, ¿por qué?
Un silencio lo suficientemente denso como para cortarlo fue su respuesta.
—Háblame, Jean-Claude.
—¿Han desaparecido otros chicos jóvenes?
—No tengo conocimiento, pero no he preguntado.
—Pregunta —dijo.
—¿Cómo de jóvenes?
—Doce, catorce, mayores, pero que aparentan menor edad.
—Como Jeff Quinlan —comenté.
—Me temo que sí.
—¿Este vampiro hace más que sólo secuestrar?
—¿Qué quieres decir, *ma petite*?
—Asesinar, no solo morderlos sino también asesinarlos.

—¿Qué tipo de asesinato?

Vacilé. No hablo de las investigaciones policiales en curso con los monstruos.

—Sé que no confías en mí, *ma petite*, pero es importante. Háblame de esas muertes, por favor.

Él no dice «por favor» muy a menudo. Se lo dije. No con todo lujo de detalles, pero lo suficiente.

—¿Fueron violados?

—¿Qué quieres decir con violado? —pregunté.

—Violado, *ma petite*, violado. Hay otras palabras para eso, pero ninguna mejor para los críos.

—Ah —dije—. No sé si fueron sexualmente agredidos. Todavía estaban vestidos.

—Hay cosas que pueden hacerse sin quitarse la ropa, *ma petite*. Pero el abuso habría sucedido antes de las muertes. Abuso sistemático durante semanas o meses.

—Averiguaré si fueron agredidos.

Se me ocurrió una idea.

—¿Alguna vez lo hizo este vampiro con alguna niña?

—¿Por *hacer* quieres decir sexo?

—Sí.

—Si exigió compañía, tomaría a una chica joven, preadolescente, pero sólo si no pudiera encontrar nada más.

Tragué con fuerza. Hablábamos de niños como si fuesen cosas, objetos.

—No, esta chica parecía una mujer. No parecía tan joven.

—Entonces, no, no la tocaría voluntariamente.

—¿Qué quiere decir con *voluntariamente*? ¿Qué otra opción podría haber?

—Su maestro podría ordenarle que lo hiciera, y lo haría si le temiera lo suficiente. Aunque no puedo recordar a muchos que lo teman lo suficiente como para hacer algo que encontrar repugnante.

—Conoces a este vampiro. ¿Quién es? Dame un nombre.

—Cuando llegue, *ma petite*.

—Sólo dame el nombre.

—¿Y podrás decírselo a la policía?

—Es mi trabajo.

—No, *ma petite*. Si es quién pienso que es, esto no será un asunto para

la policía.

—¿Por qué no?

—Porque simplemente, él es demasiado peligroso y extravagante para ser dado a conocer al gran público. Si los mortales averiguaran que podemos tener entre nosotros tales cosas, podrían volverse contra nosotros a la vez. Debes ser consciente de esa ley repugnante que puso en circulación el Senado.

—Soy consciente.

—Entonces, debes entender mi precaución.

—Tal vez, pero si más personas mueren debido a tu precaución, eso va a ayudar a que la ley de Brewster sea aprobada. Piensa en ello.

—Ah, lo hago, *ma petite*. Confía en que lo hago. Ahora, adiós. Tengo mucho que hacer.

Colgó. Me quedé sentada contemplando el teléfono. Maldición. ¿Qué quiso decir él con extravagante? ¿Qué podía hacer este nuevo vampiro que los otros no podían? Podrá encogerse como para caber por una puerta para perros. Quizás, esto pondría envidioso a Houdini, pero apenas era un delito. Entonces recordé su rostro. No era humano. No era sólo la cara de un cadáver. Había sido algo más. Algo diferente. Y recordé aquellos pocos segundos que perdí, dos veces. Yo, la gran cazadora de vampiros, indefensa como cualquier civil durante un segundo. Con los vampiros, un segundo es suficiente. Las visiones de tales cosas te podrían a hablar de demonios, como Quinlan había hecho brevemente. La policía le ignoró, y yo no respaldé su historia. Quinlan nunca se había encontrado con un demonio real, o él no se había cometido el error. Una vez que has estado en presencia de demonios, nunca lo olvidas. Prefiero luchar contra una docena de vampiros que contra una presencia demoníaca. Ellos no dan una mierda por las balas de plata.



DIECISIETE

Eran las dos pasadas de la madrugada cuando volvimos al cementerio. Los federales nos habrían retenido para siempre, como si no creyeran que les decíamos toda la verdad. Imagínate. Lamentaba ser acusada de ocultar pruebas cuando no lo hacía. Debía haberles mentido, así no estarían decepcionados. Creo que Freemont había pintado un cuadro poco halagador sobre mí. Eso me enseñará a ser generosa. Pero me pareció mezquino señalarnos con el dedo y decir «ella lo hizo», cuando la sangre de Beth St. John todavía mojaba la alfombra.

El viento que había prometido lluvia se había alejado. Las densas nubes que habían oscurecido el bosque mientras jugábamos al escondite con los vampiros, de repente habían desaparecido. La luna montaba a caballo en lo alto y, durante dos días, estaría llena. Desde que salía con Richard prestaba más atención a los ciclos lunares. Imagínate.

La luna surcaba el cielo de la resplandeciente noche, centelleando como

si estuviera pulida. La luz lunar era tan fuerte, que creaba débiles sombras. No se necesitaba una linterna, pero Raymond Stirling tenía una. Una linterna halógena que llenaba la mano como un sol cautivo.

Le vi comenzar a señalarnos a Larry y a mí. Levanté el brazo y dije:

—No la apunte hacia nosotros. Reducirá nuestra visión nocturna.

No era muy diplomática, pero estaba cansada y había sido una larga noche.

Vaciló en mitad del movimiento. No necesité ver su cara para saber que no le gustó. Los hombres como Raymond dan órdenes mejor de lo que las reciben. Apagó la luz. Bien por él. Esperaba rodeado por la Sra. Harrison, Bayard, y Beau. Era el único con linterna. Apostaba que su séquito no estaba preocupado por la visión nocturna, y les habría gustado tener luz.

Larry y yo todavía llevábamos puestos los monos de trabajo. Me había cansado del mío. Lo que realmente quería hacer era volver al hotel y dormir. Pero una vez que Jean-Claude llegara, no dormiría de todos modos; bien podía trabajar. Además, Stirling era mi único cliente de pago. Vale, sí, gano dinero por ejecutar vampiros si es una ejecución legal, pero no es mucho dinero. Stirling financiaba este viaje. Supongo que merecía el valor de su dinero.

—Hemos esperado durante mucho tiempo, Sra. Blake.

—Siento que la muerte de una chica joven le haya creado inconvenientes, Sr. Stirling. ¿Subimos?

—Soy bastante comprensivo por la pérdida de otro ser humano, Sra. Blake, y me ofende su insinuación de que no lo sea —se mantuvo allí, de pie en la oscuridad iluminada por la luna, muy rígido y muy dominante.

La Sra. Harrison y Bayard se acercaron un poco, en posición de apoyo. Beau sólo se quedó allí, de pie, con expresión divertida, rezagado detrás de Stirling. Llevaba puesto un impermeable negro con capucha. Parecía un fantasma.

Alcé la vista al cielo claro y brillante. Miré a Beau. Él sonrió abiertamente, con la suficientemente amplitud como para que sus dientes destellaran a la luz de la luna. Sacudí la cabeza y lo deje pasar. Tal vez había sido un Boy Scout, siempre listo y todo eso.

—Bien, independientemente de lo que diga, terminemos con esto —no les esperé. Pasé por delante de ellos.

—Has sido grosera —dijo Larry a mi lado.

Le eché un vistazo.

—Sí, lo soy.

—Es un cliente de los que paga, Anita.

—Mira, no necesito que me regañes, ¿vale?

—¿Qué te pasa?

Me detuve.

—Lo que dejamos es lo que me pasa. Pensé que te molestaría un poco más.

—Y me molesta, pero no tengo que desquitarme con todos los demás.

Respiré hondo y lo solté despacio. Tenía razón. Maldición.

—De acuerdo, tienes razón. Intentaré ser más agradable.

Stirling se acercó a nosotros, con su séquito a remolque.

—¿Viene usted, Sra. Blake? —Caminó por delante de nosotros, como si llevara un palo metido por el culo.

La Sra. Harrison tropezó, y sólo el agarre de Bayard en el codo le impidió caer de culo. Aún llevaba tacones altos. Tal vez iba contra el código del secretario ejecutivo llevar zapatillas de deporte.

Beau siguió con el impermeable negro que se agitaba alrededor de sus largas piernas. Hacía un ruido característico de *slap-slap* que era de lo más irritante.

Bien, tal vez en ese instante todo era irritante. Me sentía decididamente gruñona. Jeff Quinlan estaba en algún sitio. O ya estaba muerto, o tenía una mordedura. No era por mi culpa. Le había dicho a su padre que pusiera un trozo de hostia delante de cada entrada. Habría dicho que hasta en la puerta del perro si la hubiera visto, pero no había entrado tanto dentro de la casa. Incluso habría pensado que era paranoico proteger la entrada del perro. Pero lo habría hecho, y Beth St. John estaría viva.

Había dejado caer la pelota. No podía devolver a Beth St. John, pero podía salvar a Jeff. Quería vengarle matando al vampiro que le mató. Por una vez quería llegar a tiempo. Por una vez, quería salvar a alguien y dejar la venganza a alguien más.

¿Podían estar violando a Jeff ahora mismo? ¿Podía aquella cosa que había visto en la sala de estar de los Quinlans hacerle algo más que cortarle el cuello? Dios, esperaba que no. Estaba bastante segura de poder recuperar a Jeff de una mordedura de vampiro, pero no tan segura si sumaba la violación por un monstruo. ¿Y si le encontraba y no había dejado mucho para recuperar? A veces, la mente es una cosa sorprendentemente frágil.

Recé mientras caminábamos hacia la cima de la colina. Recé y sentí

una cierta vuelta a la tranquilidad. Sin visiones. Sin ángeles cantando. Pero un sentimiento de paz fluyó a través de mí. Respiré hondo, y algo compacto, mezquino y desagradable desapareció de mi corazón. Lo tomé como una buena señal de que encontraría a tiempo a Jeff. Pero una parte de mí era escéptica. Dios no siempre salva a alguien. A menudo, sólo te ayuda a sobrellevar la pérdida. Supongo que no tengo plena confianza en Dios. Nunca dudo de Él, pero sus motivos están más allá de mí. Lo del enigmático cristal y todo eso. Sólo por una vez, me gustaría ver claramente por el maldito cristal.

La luna brilló en la cumbre de la colina como un fuego de plata. El aire era casi luminiscente. La lluvia se había ido, dando su bendición en alguna otra parte. El cielo sabía que podríamos haber usado la lluvia, pero personalmente, estaba más contenta de no tener que andar por tierra sucia bajo un chaparrón. El barro habría sido demasiado perfecto.

—Bien, Sra. Blake, ¿comenzamos? —preguntó Stirling.

Le eché un vistazo.

—Sí —respiré y tragué todos los comentarios mordaces que quería añadir. Larry tenía razón. Stirling era un dolor en el culo, pero no era con quién estaba furiosa. Sólo era un blanco fácil.

—El Sr. Kirkland y yo andaremos por el cementerio. Pero usted tiene que quedarse aquí. Mas gente moviéndose a mí alrededor sería muy molesto —eso fue diplomático.

—Si iba a dejarnos aquí como espectadores, podría habérnoslo dicho al pie de la montaña y así evitarnos el paseo.

Eso en cuanto a diplomacia.

—¿Le habría gustado que le dijera que se quedase abajo en la colina, donde no podría ver lo qué hacíamos?

Pensó en ello durante un minuto.

—No, supongo que no me habría gustado.

—Entonces, ¿de qué se queja?

—Anita —Larry lo susurró muy suavemente.

No le hice caso.

—Mire, Sr. Stirling, esta ha sido una noche muy dura. No tengo amabilidad ahora mismo. Por favor, sólo déjeme hacer mi trabajo. Cuanto más rápido lo haga, antes nos iremos a casa. ¿De acuerdo?

Honestidad. Esperaba que la honestidad surtiera efecto. Se trataba de todo lo que me quedaba. Él vaciló un minuto, luego inclino la cabeza.

—De acuerdo, Sra. Blake, haga su trabajo. Pero debo decirle que ha sido realmente desagradable. Mejor que sea espectacular.

Abrí la boca y Larry me tocó el brazo. No me sujetó con demasiada fuerza, pero la suficiente. Tragué lo que iba a decir y me alejé de todos ellos. Larry se arrastró detrás de mí. Valiente Larry.

—¿Qué pasa contigo esta noche? —preguntó cuando estábamos fuera del alcance del oído de Stirling y compañía.

—Te lo dije.

—No —contestó—. Esto no es sólo por el asesinato de esta noche. Maldición, te he visto matar gente y después estar menos alterada. ¿Qué ocurre?

Dejé de andar y me quede allí durante un minuto. Me había visto matar gente y estar menos disgustada. ¿Era verdad? Pensé en ello durante un segundo. Era cierto. Era malditamente triste. Sabía lo que estaba mal. Había visto demasiadas personas muertas en los últimos meses. Demasiada sangre. Demasiada muerte. También había cometido mi cuota de asesinatos. No todo había sido para el Estado. Y quería buscar a Jeff Quinlan. Y no podía hacer nada hasta que Jean-Claude llegara. Ciertamente, no podía. Pero parecía que mi trabajo interfería con el de la policía. ¿Era una mala señal?, ¿o una buena?

Respiré profundamente el fresco aire de montaña. Lo solté muy despacio, concentrándome sólo en la respiración; inspirar, expirar, inspirar, expirar. Cuando me calmé de nuevo, miré a Larry.

—Solo tengo los nervios un poco alterados esta noche, Larry. Estaré bien.

—Si contestara «*un poco alterados*» con voz sorprendida, ¿te enfadarías?

Sonreí.

—Sí.

—Has estado de un humor más negro que de costumbre desde que hablaste con Jean-Claude. ¿Qué está pasando?

Miré fijamente esa cara sonriente y no quise contárselo. No era que mucho mayor que Jeff Quinlan, sólo cuatro años. Todavía podría pasar por estudiante de instituto.

—De acuerdo —contesté, y se lo conté.

—Un vampiro pedófilo, ¿no va eso contra las reglas?

—¿Qué reglas?

—Que sólo se puede ser una clase del monstruo a la vez.

—A mí también me cogió con la guardia baja esa clase de monstruo.

Una mirada extraña atravesó su cara.

—Jesús, Jeff Quinlan está con esa cosa —me miró. Todo el horror, todo el dolor, o tanto como él podía imaginar, se reflejó en su cara—. Tenemos que hacer algo, Anita. Tenemos que salvarle.

Se giró como si fuera a bajar la montaña. Le agarré el brazo.

—No podemos hacer nada hasta que llegue Jean-Claude.

—Pero no podemos hacer sólo *nada*.

—No hacemos nada. Hacemos nuestro trabajo.

—Pero como podemos…

—Porque no podemos hacer nada más ahora mismo.

Larry me miró durante un segundo, luego agitó la cabeza.

—Bien, si puedes estar tranquila, yo también.

—Buen chico.

—Gracias. Ahora muéstrame ese truco del que has estado hablando. Nunca he oído de nadie que pueda leer a los muertos sin levantarlos primero.

Sinceramente, no sabía si Larry podría hacerlo. Pero decirle que podría no ser capaz, no iba a fortalecer su confianza. La magia, si fuera la palabra correcta, a menudo crece o flaquea dependiendo de la fe en las capacidades personales. He visto a gente muy poderosa completamente bloqueada por la desconfianza en sí mismo.

—Voy a recorrer el cementerio —traté de pensar en cómo expresarlo en palabras. ¿Cómo explicas algo que no entiendes del todo?

Siempre tuve una afinidad con los muertos. Incluso siendo niña, siempre sabía si el alma había salido del cuerpo. Recuerdo el entierro de mi tía abuela Katerine. Fui llamada así por ella, mi segundo nombre. Era la tía favorita de mi padre. Fuimos temprano para velar el cuerpo y asegurarnos que todo estaba listo. Sentí al alma alzarse por encima del ataúd. Busqué, esperando verla, pero no había nada que pudieran captar con los ojos. Nunca he visto un alma. Las he sentido, pero nunca las he visto. Ahora sé que el alma de la Tía Katerine dio vueltas durante mucho tiempo. La mayoría de las almas se marchan al cabo de tres días; unas se van al instante, otras no. El alma de mi madre ya se había ido antes del entierro. No la sentí allí. Solamente había un ataúd cerrado y una manta de rosas rosadas sobre él, como si el féretro se enfriase.

Era en casa donde sentía a mi madre cerca. En realidad, no su alma, pero alguna parte de ella que no pudo irse inmediatamente. Oía sus pasos en el pasillo ante mi dormitorio, como si viniera a darme un beso de buenas noches. Se movió por la casa durante meses, y lo encontraba consolador. Cuando finalmente se marchó, estaba lista para dejarla ir. Nunca se lo dije a mi padre. Tenía sólo ocho años, pero hasta en ese momento sabía que él no podía oírla. Tal vez oyera otras cosas. No lo sé. Mi padre y yo nunca hablamos mucho sobre la muerte de mi madre. Le hacía llorar.

Fui capaz de sentir fantasmas mucho antes de poder levantar muertos. Lo que estaba a punto de hacer era sólo una extensión de eso, o tal vez una combinación de ambas habilidades. No lo sé. Pero era como intentar explicar que había un alma gravitando sobre el ataúd de Tía Katerine. Sabías que el alma estaba allí, o no lo sabías. Las palabras no son capaces de explicarlo.

—¿Puedes ver fantasmas?

—¿Quieres decir ahora mismo?

Sonreí y negué con la cabeza.

—No, en general.

—Bueno, sabía que la casa de Calvin no estaba embrujada, no importa cuántas personas contaran la historia. Pero había una pequeña cueva cerca de la ciudad que tenía algo dentro. Algo desagradable.

—¿Era un fantasma?

Se encogió de hombros.

—Nunca traté de averiguarlo, pero nadie más parecía capaz de sentirlo.

—¿Sabes el momento en el que el alma deja el cuerpo? Quiero decir, ¿puedes sentirlo?

—Seguro.

Lo dijo como: «¿No puede todo el mundo hacerlo?». Tuve que sonreír.

—Bastante mejor. Sólo voy a hacer eso. No sé lo que verás, si es que ves algo. Sé que Raymond va a estar decepcionado porque no verá nada, a menos que tenga mucho más talento de lo que dice.

—¿Qué vas a hacer, Anita? Nunca hablaron en la universidad de «*recorrer un cementerio*».

—No es como hacer un hechizo; un par de palabras o gestos, y listo. No es nada parecido. —Traté de poner en palabras algo para lo que no teníamos ningún vocabulario—. Se parece más a la capacidad psíquica que a la magia. No es físico. No es mover un músculo, o hasta un pensamiento.

Es… Sólo lo hago. Déjame empezar, luego si puedo te haré entrar, o intentaré hablarte mientras lo hago. ¿Vale?

Se encogió de hombros.

—Supongo. Todavía no entiendo qué demonios haces, pero está bien. Por lo general, no sé qué está pasando.

—Pero siempre lo descubres —contesté.

Sonrió abiertamente.

—Lo hago, ¿verdad?

—Puedes apostar.

Me quedé de pie casi en el centro de la tierra. Hasta hace poco tendría miedo de lo que estaba a punto de hacer. No era realmente espantoso en sí. Estaba asustada por el hecho de que pudiera hacerlo. El ser capaz de hacerlo no era algo muy humano.

Pero últimamente había estado pensando exactamente qué te hacía humano y qué te hacía un monstruo. Una vez estuve muy segura de mí, y todo lo demás. Ahora no estaba tan segura. Además, había estado practicando.

Por supuesto, había estado practicando en cementerios vacíos donde solo estábamos los muertos y yo. Vale, y los insectos de la noche, pero los artrópodos nunca molestaron mi concentración. La gente sí lo hacía. Incluso, dándole la espalda, podía sentir a Larry como una cálida presencia detrás de mí. Eso me fastidiaba.

—¿Puedes alejarte un poco más?

—Claro, ¿a qué distancia?

Sacudí la cabeza.

—Todo lo que puedas mientras me sigas viendo.

Alzó las cejas.

—¿Quieres que me aleje y espere con el Sr. Stirling?

—Si le puedes aguantar…

—Puedo aguantarle. Los clientes hablan más que tú.

Era la honesta verdad.

—Genial. Cuando te llame, acércate despacio. Nunca he hablado con nadie mientras hago esto.

—Cómo tú digas —respondió con una risa casi nerviosa—. No puedo esperar a verlo.

Me olvide de esa presión, dándome la vuelta y alejándome de él. Cuando volví la vista, Larry caminaba hacia los otros. Esperaba que no

estuviera decepcionado. Todavía no estaba segura de si sería capaz de sentir algo. Les había dado la espalda a todos. La visión de ellos, allí acurrucados, me distraería, estaba segura.

La cumbre de la montaña estaba despejada. Era como estar de pie al borde del mundo, mirando hacia abajo. La luz de la luna bañaba todo con un brillo suave. Estaba tan brillante allí, cerca del cielo, sin ningún árbol que la escondiera, que el mismo aire resplandecía con una luz difuminada. Una brisa suave remontó hacia las alturas, llevando un olor a verde y fresco, como si la lluvia realmente hubiese caído. Cerré los ojos y deje que el viento tocara mi piel, agitándome el pelo. Casi no había ningún sonido, salvo el canto de los insectos de abajo. Sólo el viento, los muertos, y yo.

No podía decirle a Larry como lo hacía exactamente, porque ni yo estaba completamente segura. Si fuera un músculo, lo movería. Si fuera un pensamiento, lo pensaría. Si fuera una palabra mágica, la diría. Pero no era ninguna de esas cosas. Era como si mi piel se abriera. Con todas las terminaciones nerviosas expuestas. Mi piel se enfriaba. Era como si un frío viento emanara de mi cuerpo. No viento realmente. No puedes verlo. No puede sentirlo, o nadie más puede. Pero está ahí. Es verdadero.

Los frescos dedos «*de aura*» se estiraron hacia fuera. Sería capaz de registrar las tumbas en un radio de tres metros y medio, o cuatro. Cuando me moviera, el círculo se movería conmigo, buscando.

Levanté el brazo y lo agité. No me giré para ver si Larry me veía. Me mantuve quieta dentro del círculo privado. Lo sujetaba, tratando de no comenzar a buscar a los muertos hasta que Larry llegara. Esperaba que pudiese sentir lo que estaba ocurriendo. Parecía lógico que fuera más fácil de entender si lo veía desde el principio.

Oí sus pasos sobre la tierra seca. Me parecieron atronadoramente fuertes, como si pudiera oír cada grano de arena bajo los zapatos.

Se paró detrás de mí.

—Jesús, ¿qué es esto?

—¿Qué? —Mi voz pareció distante y fuerte al mismo tiempo.

—Viento, un viento frío. —Parecía un poco asustado. Bien. Siempre debes de tener un poco de miedo cuando haces magia. Es cuando comienzas a comprender que te puedes meter en problemas.

—Acércate, pero no me toques. —No estaba segura de esto último, pero me pareció una buena idea. Mejor ser cauteloso, que no serlo.

Larry se acercó despacio, con una mano levantada como si sintiera el

viento contra su piel.

—Jesús, Maria, y José. Anita, viene de ti. El viento viene de ti.

—Sí —contesté.

Se le agrandaron los ojos. Me miró y su voz parecía un poco asustada.

—Si estuviera de pie al lado de Stirling, él no sentiría nada. Ninguno de ellos. —Larry sacudió la cabeza—. ¿Cómo pueden no notarlo? —Su mano sobrepaso por encima de mi cuerpo, casi acariciándolo, pero no completamente—. Es frío, o más fuerte, o algo antes de llegar a tu cuerpo.

—Interesante —dije.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Ahora, toco a los muertos. —Lo dejé salir, era como aflojar la mano. Los dedos «*de aura*» se estiraron hacia abajo. ¿Cómo se siente traspasar la tierra sólida y tocar a los muertos? Como nada humano. Era como si los invisibles dedos pudieran fluir por la suciedad buscando a los muertos. Esta vez no tuvimos que buscar muy lejos. La tierra había sido removida, y estaban casi en la superficie. Nunca había intentado esto en un cementerio que no estuviera bien organizado. Donde cada tumba, cada cuerpo, estaba bien definido. El viento tocó a Larry como una piedra en la corriente. El poder le envolvió. Él estaba vivo, y eso nos molestaba. Pero habíamos practicado, y podríamos trabajar a su alrededor.

Yo estaba de pie sobre los huesos. Bajo la tierra, donde los ojos no podían verlos. Traté de quitarme de encima, y sólo pise más. La espesa tierra estaba llena de cuerpos, como pasas en un pudín. Sin comida alrededor de ellos.

Estaba de pie sobre un montón de huesos en un mar de tierra seca y roja. Por todas partes tocaba un trozo de cuerpo, o de hueso. No había ningún espacio claro. Ningún respiro. Estaba allí, me encerré en mí misma, intentando ordenar a través de lo que sospechaba.

El tórax justo a la izquierda combinaba con el fémur de unos metros mas adelante. El viento se filtró y tocó trozo tras trozo. Pude haber vuelto a armar el esqueleto como un rompecabezas gigante. Era lo que mi poder haría si intentara levantarlo.

Me moví andando entre los cadáveres, y en todas las partes que recorría, reunía cuerpos. Los pedazos se quedaron separados, pero los recordaba.

Larry se movió conmigo. Se movió de manera sorprendentemente suave a través del poder, como un nadador dejando las mínimas

ondulaciones detrás de él.

Un fantasma surgió a la vida como una pálida llama danzante. Caminé hacia allí. Se elevó como una serpiente ondulante, mirándome sin ojos. Tenía ese hilo de hostilidad que algunos fantasmas parecen sentir hacia los vivos. Celos. Pero si hubiera sido atada a un pedazo abandonado de tierra durante cien años o más, también podría ser hostil.

—¿Qué es eso? —susurró Larry.

—¿Qué ves? —pregunté.

—Creo que es un fantasma. Nunca antes había visto materializarse a uno —extendió la mano como si fuera a tocarle.

Le agarré la muñeca antes de que pudiera alcanzarlo. Sentí la llamarada de poder surgir a la vida en una brisa que debería haberme apartado el pelo de la cara. De repente, el círculo se ensanchó, como una lente de cámara que se extiende. Los muertos despertaron bajo nuestro poder combinado, como ramitas tocadas por el fuego. Nuestro poder se extendió a ellos, y entregaron sus secretos… Trozos de músculos marchitos sobre huesos, cráneos abiertos; todos los pedazos estaban allí. Todo lo que tuvimos que hacer fue provocarles. Dos fantasmas más se elevaron de la tierra, como humo. Eran bastantes fantasmas activos para ese pequeño y viejo cementerio. Y estaban todos enfadados por ser molestados. El nivel de hostilidad era extraño. La combinación de nuestros poderes no había doblado el círculo, lo había cuadruplicado.

El fantasma más cercano estaba de pie como un llameante pilar blanco. Era fuerte y poderoso. Un auténtico fantasma de un cementerio que no había visto un entierro en más de doscientos años.

Lo observé. Larry lo observó. Mientras no lo tocáramos, estábamos seguros. Caray, estábamos seguros aun si lo tocábamos. Los fantasmas no pueden causar daño físico, no real. Pueden agarrarte, pero si no les haces caso, desaparecen. Si les prestas atención, pueden ser molestos. Asustan, pero si un espíritu causa verdadero daño, no es sólo un fantasma. Un demonio, un oscuro hechicero muerto, pero no un fantasma normal.

Contemplando la forma oscilante, no estaba en absoluto segura que fuera un fantasma normal. Los fantasmas se cansan. Se desvanecen hacia sus lugares preferidos, pero por lo general no se materializan; núcleos de tensión que pueden darte una sacudida y, a continuación, sólo un espacio palpitante. Los fantasmas no duran para siempre. Éstos parecían malditamente sólidos. Para ser fantasmas.

—¡Alto! —gritó la voz de un hombre.

Larry y yo nos giramos hacia la voz. Magnus Bouvier ascendía por el lado contrario de la montaña por el que nos habíamos acercado nosotros. El pelo le caía sobre la cara, escondiendo todo a la luz de la luna, salvo los ojos. Brillaban en la oscuridad, reflejando luces que yo no podía ver.

—¡Paren! —Agitaba las manos. La camisa de manga larga no estaba metida en los vaqueros. Golpeó el círculo de viento y se congeló. Levantó las manos como si tratara de tocarlo. Dos personas en una noche que podían sentir el poder. Extraño, excepto por la calma. Si Magnus no hubiera sido policía, podríamos habernos sentado y tener una conversación agradable sobre ello.

—Le dijimos que se fuera de esta tierra, Sr. Bouvier —dijo Stirling.

Bouvier le miró, girando la cabeza despacio, como si fuera difícil concentrarse en algo más aparte de la sensación de poder.

—Hemos tratado de ser agradables —prosiguió Stirling—. No vamos a seguir siéndolo por más tiempo, Beau.

El sonido de una escopeta es característico. Me giré hacia el sonido, arma en mano. No recuerdo pensar en ello. Solo miraba al cañón del arma de Beau. Acunaba la escopeta entre sus brazos, no apuntaba a nada. Eso le salvó. Si hubiera apuntado hacia de nosotros, tendría que dispararle. Todavía veía doble. Podía ver el cementerio detrás de mis ojos, donde no hay ningún nervio óptico. El cementerio era mío. Conocía los cuerpos. Conocía los fantasmas. Sabía donde estaban todos los trozos. Me quedé con la mirada fija en el arma, mirando a Beau y a la escopeta, pero dentro de mi cabeza los muertos todavía extendían la mano hacia sus partes dispersas.

Los fantasmas aún eran reales. El poder los había agitado. Bailarían y se balancearían durante algún rato más. Pero se desvanecerían de vuelta a la tierra. Había más de un modo de levantar a los muertos, pero no permanentemente.

No podía apartar la mirada de la escopeta para ver lo que Bouvier estaba haciendo.

—Anita, por favor no levante a los muertos —la voz sorprendentemente profunda contenía una nota de súplica.

Luché contra el impulso de mirarle.

—¿Por qué no, Magnus?

—Salga de mi tierra —dijo Stirling.

—Esta no es su tierra.

—Márchese de mi tierra, o le pegarán un tiro por allanamiento.

Beau echó un vistazo en mi dirección.

—¿Sr. Stirling? —Tenía mucho cuidado con la escopeta que permanecía suelta e inofensiva en sus manos.

—Beau, muéstrele que hablamos en serio.

—Sr. Stirling —repitió con un poco de urgencia en la voz.

—Haga su trabajo —dijo Stirling.

Comenzó a levantar la escopeta hacia el hombro, pero despacio, mirándome.

—No lo haga —indiqué. Solté todo el aliento hasta que mi cuerpo estuvo tranquilo. No había nada entre el arma y el blanco hacia el que apuntaba.

Beau bajó la escopeta.

Respiré y dije:

—Colóquela en el suelo, ahora.

—Sra. Blake, esto no es asunto suyo —dijo Stirling.

—Usted no le va a pegar un tiro a nadie por entrar en unas tierras, mientras yo lo observo.

Ahora Larry también tenía su arma. No apuntaba a nadie en particular, cosa por la que estaba agradecida. Las armas tienen tendencia a dispararse si no sabes lo que estás haciendo.

—En el suelo, Beau, ahora. No lo diré una tercera vez.

Dejó la escopeta en la tierra.

—Yo pago su sueldo.

—No me paga lo suficiente como para acabar muerta.

Stirling hizo un sonido de exasperación y avanzó como si fuera a recoger el arma él mismo.

—No toque eso, Raymond. Usted sangra tan fácilmente como cualquier otro.

Se giró.

—No puedo creer que me esté apuntando con un arma en mi propia propiedad.

Bajé un poco el brazo con el que sostenía el arma; se hace inestable si te quedas apuntando demasiado tiempo.

—No puedo creer que hiciera subir aquí a Beau armado. Sabía que mi pequeño espectáculo atraería a Bouvier. Lo sabía, y lo tenía planeado. Es usted un hijo de puta de sangre fría.

—Sr. Kirkland, ¿va a dejar que me hable así? Soy un cliente.

Larry sacudió la cabeza.

—Estoy con ella en esto, Sr. Stirling. Iba a tenderle una emboscada a ese hombre. Asesinarle. ¿Por qué?

—Buena pregunta —contesté—. ¿Por qué tiene tanto miedo a la familia Bouvier? ¿O es que sólo le tiene miedo a él?

—No le tengo miedo a nadie. Vámonos, la dejaremos con su nuevo amigo.

Se marchó y los otros le siguieron. Beau vaciló.

—Bajaré la escopeta por usted —dije.

Asintió con la cabeza.

—Contaba con eso.

—Y mejor que no me espere allí abajo con otro arma.

Me miró durante un largo minuto. Ambos nos miramos. Sacudió la cabeza.

—Me voy a casa con mi esposa.

—Hágalo, Beau —contesté.

Se alejó, con el impermeable negro agitándose contra sus piernas. Vaciló, luego dijo:

—De ahora en adelante estoy fuera de esto. El dinero no sirve si estás muerto.

Conocía a algunos vampiros que discutirían con él, pero contesté:

—Me alegro de oírlo.

—Simplemente, no quiero que me peguen un tiro —agregó. Se alejó por la cuesta, fuera de nuestra vista.

Me quedé allí, con la Browning apuntando al cielo. Giré en un círculo lento, contemplando la cima. Estábamos solos, los tres. Entonces, ¿por qué no quería guardar el arma?

Magnus dio un paso hacia la cuesta y se paró. Levantó las delgadas manos hacia el aire cargado de poder. Arrastró las yemas de los dedos hacia abajo, como si fuera agua. Sentí las ondulaciones de ese toque bajo la piel, temblando a través de mi magia. No, no guardaría aún el arma.

—¿Qué fue eso? —preguntó Larry. Su arma todavía estaba apuntando al suelo. Bouvier movió los relucientes ojos hacia Larry.

—Él no es un nigromante, Anita, pero es más de lo que parece.

—¿No lo somos todos? —contesté—. ¿Por qué no quiso que levantara a los muertos, Magnus?

Miró por detrás de mí. Sus ojos estaban llenos de luces que destellaban como reflejos en una piscina, pero los reflejos eran algo que no estaba allí.

—Contésteme, Magnus.

—¿O qué? —preguntó—. ¿Me disparará?

—Tal vez —contesté.

La cuesta le hacía más bajo que yo, así que le miraba por encima del hombro.

—No creía que alguien pudiera levantar a un muerto tan viejo sin un sacrificio humano. Pensé que cogería el dinero de Stirling, lo intentaría, fallaría y se iría casa. —Avanzó un paso, arrastrando sus manos otra vez por el poder, como si lo probara. Como si no estuviese seguro de que pudiera atravesarlo. El toque hizo que Larry se quedara sin aliento—. Con este poder puede levantar a algunos de ellos, tal vez suficientes —dijo Magnus.

—¿Suficientes para qué? —pregunté.

Miró por encima de mí, como si no hubiera querido hablar en voz alta.

—No debe levantar a los muertos en esta montaña. Anita, Larry, no deben hacerlo.

—Denos una razón por qué no —contesté.

Me sonrió.

—Supongo que no sirve sólo con decirlo.

Negué con la cabeza.

—No, apenas.

—Esto sería más fácil si el *encanto* funcionara con usted. —Avanzó otro paso en la cuesta—. De hecho, si el *encanto* funcionara no estaríamos aquí, ¿verdad?

Si no contestaba una pregunta, lo intentaría con otra.

—¿Por qué está huyendo de la policía?

Se acercó otro paso, y retrocedí. Abiertamente, no había hecho nada amenazador, pero había algo extraño en su forma de verse allí, de pie.

Tenía una mirada en esos ojos que me hicieron querer echar un vistazo atrás, para ver lo que veían. Casi podía ver árboles, agua… Se parece a las cosas que se ven por el rabillo del ojo, se intuye todo excepto el color.

—Le contó a la policía mi secreto, ¿por qué?

—Porque tenía que hacerlo.

—¿De verdad cree que hice esas cosas horribles a aquellos chicos? —Se adelantó otro paso, moviéndose hacia el flujo de poder, pero no entró tan

fácilmente como Larry. Magnus parecía una montaña, enorme, forzando al poder a su alrededor, como si llenase más espacio mágico del que podía verse a simple vista.

Apunté la Browning con las dos manos a su pecho.

—No, no lo hago.

—Entonces, ¿por qué me apunta con un arma?

—¿A qué viene toda esta mierda mágica *fae*?

Sonrió.

—Produje mucho *encanto* esta noche. Es como una ascensión.

—Se alimenta de sus clientes —dije—. No lo hace sólo por el negocio, los succiona. Esto debe fastidiar al Tribunal Oscuro.

Se encogió de hombros de manera bastante elegante.

—Soy como soy.

—¿Cómo sabe que las víctimas eran chicos? —pregunté.

Larry se movió a mi izquierda, con el arma apuntando con cuidado hacia el suelo. Le había gritado demasiado pronto por apuntar el arma hacia la gente.

—La policía lo dijo.

—Mentira.

Sonrió suavemente.

—Uno de ellos me tocó. Lo vi todo.

—Que conveniente —contesté.

Extendió la mano hacia mí.

—No piense eso.

Larry apuntó el arma hacia Magnus.

—¿Qué pasa, Anita?

—No estoy segura.

—No puedo permitir que levanten a los muertos. Lo siento.

—¿Cómo va a detenernos? —pregunté.

Me observó, y sentí que algo empujaba contra mi magia, algo grande que nadaba en la oscuridad. Me hizo jadear.

—No se mueva de ahí, o apretaré el gatillo.

—No he movido ni un músculo —contestó suavemente.

—Sin juegos, Magnus, está malditamente cerca de estar muerto.

—¿Qué hizo? —preguntó Larry. Había un ligero temblor en su forma de sujetar el arma.

—Más tarde —contesté—. Levante las manos por encima de la cabeza,

Magnus, despacio, muy despacio.

—¿Va a detenerme, como dicen en televisión?

—Sí —dije—. Y tiene más posibilidades de llegar vivo a la cárcel conmigo, que con la mayoría de los policías.

—No pienso ir con usted —se quedó mirando fijamente las dos armas, y todavía parecía seguro de sí mismo. O era estúpido, o sabía algo que yo no. No creía que fuera estúpido.

—Dime cuando quieres que le dispare —indicó Larry.

—Cuando le dispare, tú también puedes hacerlo.

—Bien —contestó Larry.

Magnus nos miró, pasando de uno a otro.

—¿Acabaría con mi vida por una cosa tan pequeña?

—En un latido del corazón —contesté—. Ahora, sujete las manos despacio por encima de la cabeza.

—¿Y si no lo hago?

—No alardee, Magnus.

—¿Tiene balas de plata en esas armas?

Me quedé mirándole. Podía sentir a Larry moverse ligeramente hacia mí. Sólo puedes apuntar un arma durante un tiempo sin estar cansado, o inquieto.

—Apostaré que son de plata. La plata no es muy eficaz contra las hadas.

—El hierro frío funciona mejor —contesté—. Que yo recuerde.

—Las balas de plomo, incluso las normales, serían mejores que la plata. El metal de la luna es un amigo de lo sobrenatural.

—Tus manos, ahora, o averiguaremos como soporta la carne *fae* las balas de plata.

Levantó las manos despacio, elegantemente, hacia arriba. Las manos estaban por encima del nivel del hombro cuando se lanzó a si mismo hacia atrás, cayendo por la pendiente. Disparé, pero siguió rodando ladera abajo, y de alguna forma, no podía verle completamente. Parecía que el aire se había enturbiado alrededor de él.

Larry y yo nos quedamos de pie en lo alto de la cuesta y disparamos hacia abajo, pero no creo que ninguno de los dos lo alcanzase.

Magnus gateó rápidamente por tierra, y se hizo más difícil de ver incluso a la luz de la luna, hasta que desapareció entre la maleza.

—Por favor, dime que no sólo es gay —dijo Larry.

—No sólo es gay —dije.

—¿Entonces qué hizo?

—Como diablos quieres que lo sepa. Esto no se estudia en *Fairies 301* —sacudí la cabeza—. Salgamos de aquí. No sé lo que está ocurriendo, pero independientemente de eso, creo que perdimos a nuestro cliente.

—¿Crees que también perdimos nuestras habitaciones de hotel?

—No lo sé, Larry. Vamos a averiguarlo —le puse el seguro a la Browning, pero la mantuve en la mano. La habría dejado sin seguro, pero no me pareció prudente por si tropezaba bajando la rocosa ladera.

—Creo que ya puedes guardar el arma, Larry.

No le había puesto el seguro.

—Tú no lo has hecho.

—Pero le he puesto el seguro.

—Ah. —Pareció un poco avergonzado, pero le puso el seguro y la enfundó—. ¿Crees que realmente le habrían matado?

—No lo sé. Tal vez. Beau podría haberle disparado, pero mira que bien resultó.

—¿Por qué Stirling quiere muerto a Magnus?

—No lo sé.

—¿Por qué escapó Magnus de la policía?

—No lo sé.

—Me pone nervioso cuando sigues contestando todas mis preguntas con un «*no lo sé*».

—A mí, también —contesté.

Eché un vistazo atrás antes de que perdiéramos de vista la cumbre. Los fantasmas se enroscaron, llameando como las llamas de una vela; flamantes llamas blancas. Esta noche había descubierto una cosa nueva. Algunos de los cuerpos tenían casi trescientos años. Cien años más de lo que Stirling nos había dicho que tenían. Cien años hacen mucha diferencia en un levantamiento de zombis. ¿Por qué había mentido? Por miedo a que me negara, tal vez. Quizás. Algunos de los cuerpos eran restos indios. Pedazos de joyería, huesos de animales, este material no era europeo. Los indios en esta zona no sepultaban a los muertos, al menos, no en simples tumbas. Y esto no era un promontorio.

Algo pasaba, y no tenía la más mínima idea de qué era. Pero lo averiguaría. Tal vez mañana, después de que consiguiéramos nuevas habitaciones de hotel, devolviéramos el elegante jeep, alquilásemos un

coche nuevo, y dijésemos a Bert que ya no teníamos cliente. Tal vez dejaría que Larry le diera la noticia. ¿Para qué están los aprendices, si no pueden llevarse parte de la bronca?

Está bien, se lo diría a Bert yo misma, pero no lo esperaba con mucha ilusión.



DIECIOCHO

Los de *Stirling amp; Company* ya se habían ido cuando llegamos, con dificultad, al final de la montaña. Condujimos el Jeep hacia el hotel. Estaba francamente sorprendida de que no se lo hubieran llevado con ellos y de que no nos hubieran abandonado para tener que regresar a pie. Stirling no me parecía un hombre al que le gustara tener un arma apuntándole. Pero ¿a quién le gusta?

La habitación de Larry era la primera al final del pasillo. Vaciló con la tarjeta magnética en la cerradura de su habitación.

—¿Crees que las habitaciones estarán pagadas por esta noche, o hacemos las maletas?

—Hacemos las maletas —contesté.

Asintió con la cabeza y deslizó la tarjeta por la pequeña ranura. La manilla giró y Larry entró. Fui hacia el lado opuesto con mi propia tarjeta. Había una puerta que conectaba los cuartos. No la teníamos abierta, pero

estaba allí. Personalmente, me gusta mantener mi intimidad, hasta de mis amigos. Y sobre todo, de mis compañeros de trabajo.

El silencio del cuarto fluyó a mí alrededor. Era maravilloso. Unos minutos de tranquilidad antes de enfrentar a Bert para decirle que el dinero había volado del gallinero.

La habitación era una suite con un cuarto exterior y un dormitorio separado. Mi piso no era mucho más grande. Había una barra de bar colocada en la pared izquierda. Ser abstemia era una gran ventaja. Las paredes eran de un rosado suave con un delicado modelo de hojas con bordes dorados, y la alfombra de un borgoña profundo. El sofá de tamaño normal era de un morado tan oscuro que parecía casi negro. Hacía juego. Dos sillones estaban tapizados en morado y borgoña y con el modelo floral en blanco. Toda la madera era muy oscura y estaba muy pulida. Sospeché que era una especie de suite de luna de miel hasta que vi el cuarto de Larry. Era casi una réplica del mío, pero en tonos verdes.

Un escritorio *Cherrywood*, que parecía una antigüedad genuina, estaba situado contra la pared más lejana. La puerta de comunicación estaba al lado, pero abría hacia el otro sentido para que no golpearas por error el escritorio. Papel de escribir personalizado adornaba el escritorio, junto con una segunda línea telefónica, supuse que para el módem. No sé si me he alojado alguna vez en un cuarto tan caro. Pero dudo seriamente que ahora Beadle, Beadle, *Stirling amp; Lowenstein* quieran pagar la cuenta.

Un sonido me sacudió con fuerza. La Browning se materializó en mi mano. Me quedé con la mirada fija por debajo del cañón en Jean-Claude. Estaba de pie en la entrada que conducía al dormitorio. La camisa, de manga larga y ancha, había sido recogida con tres frunces en la parte baja del brazo, para terminar en una caída de tela que enmarcaba los largos y pálidos dedos. El cuello era alto y estaba atado con un pañuelo blanco que colgaba por delante, haciendo pliegues sobre el chaleco. Éste era negro, aterciopelado y con brillos plateados. Las botas, negras y de caña alta hasta el muslo, encajan en sus piernas como una segunda piel.

Su pelo era casi tan negro como el chaleco, haciendo difícil saber dónde terminaban los rizos y comenzaba el terciopelo. Un alfiler de corbata de plata y ónice, que ya había visto, colgaba del pañuelo blanco del pecho.

—Bien, *ma petite*, ¿me vas a disparar?

Todavía estaba allí, de pie, con el arma apuntándole. Él no se había movido. Había tenido mucho cuidado de no hacer nada que yo pudiera

tomar como una amenaza. Con esos ojos azules clavados en mí. Serio, esperando. Apunté con el arma al techo y solté el aliento, sin recordar que lo había estado reteniendo.

—¿Cómo diablos hiciste para entrar aquí?

Entonces sonrió y se apartó de la jamba de la puerta. Caminó por el cuarto deslizándose con esos maravillosos movimientos. Parte gato, parte bailarín, parte algo más. Independientemente de lo que fuera ese *más*, no era humano.

Guardé el arma en su sitio, aunque no estuviera segura de que quisiera hacerlo. Me hace sentir mejor tenerla en la mano. El problema era que un arma no me ayudaría contra Jean-Claude. Oh, si fuera a matarle, lo haría, pero no era lo que hacíamos últimamente. Actualmente estábamos saliendo. ¿Puedes creerlo? Yo no estaba segura de poder.

—El recepcionista me dejó entrar —su voz era muy suave y divertida, si era consigo mismo o conmigo, era difícil de decir.

—¿Por qué lo haría?

—Porque le pregunté —caminó a mí alrededor como un tiburón que rodea a su presa. No me giré con él. Miré fijamente al frente y le dejé rodearme. Le divertiría si le miraba. Los pelos de la nuca se me pusieron de punta. Di un paso hacia delante y sentí su mano caer. Había estado a punto de tocarme el hombro. No quería que me tocara.

—¿Hiciste trucos mentales con el recepcionista?

—Sí —contestó.

Aquella era una palabra llena de algo más. Me di la vuelta para poder verle la cara. Me observaba las piernas. Levantó la cara hacia mí, y de alguna forma, esa mirada fija me recorrió todo el cuerpo. Los ojos azul medianoche me parecieron aún más oscuros que de costumbre. No estábamos seguros de porqué era capaz de mirarle fijamente a los ojos. Comenzaba a sospechar que ser nigromante tenía más beneficios secundarios, no sólo llevarme bien con los zombis.

—El rojo te sienta bien, *ma petite* —la voz se había vuelto más suave, más profunda. No se acercó más a mí; conmovedor. Me conocía mejor que eso, pero de alguna manera, sus ojos mostraron dónde quería posar las manos—. Me gusta muchísimo —la voz era suave y cálida, mucho más íntima que las palabras—. Tus piernas son maravillosas —sus palabras se volvían más suaves.

Un susurro en la oscuridad se cernió alrededor de mi cuerpo como una

línea de calor. Esa voz siempre me parecía así; tangible. Tenía la mejor voz que había oído alguna vez.

—Para, Jean-Claude. Soy demasiado baja para tener unas piernas maravillosas.

—No entiendo esta obsesión moderna por la altura.

Pasó las manos justo por encima de mis medias, tan cerca que casi podía sentirle como un aliento cálido contra mi piel.

—Para —pedí.

—¿Qué pare el qué? —la voz era completamente suave; inocua. Correcta.

Sacudí la cabeza. Pedirle a Jean-Claude que no fuera un dolor en el culo, era como pedirle a la lluvia que no fuera húmeda. ¿Por qué lo intento?

—Bien, coquetea todo lo que quieras, pero ten presente que estás aquí para salvar la vida de un chico joven. Un chico joven que puede estar siendo violado mientras nosotros estamos aquí sentados perdiendo el tiempo.

Suspiró profundamente y se acercó. Mi cara debió mostrarle algo porque se sentó en la otra silla, sin tratar de acercarse más.

—Tienes el mal hábito, *ma petite*, de quitarle toda la diversión a seducirte.

—¡Yupi! —exclamé—. Ahora, ¿podemos ir al grano?

Sonrió con su encantadora y perfecta sonrisa.

—Había quedado en encontrarme con el Maestro de Branson esta noche.

—Así, sin más —comenté.

—¿No es eso lo qué querías que hiciera? —preguntó. Su voz volvía a contener ese borde de diversión.

—Sí. No es eso exactamente por lo que pregunto.

—Te daría todo lo que quisieras si me dejaras, *ma petite*.

—Te quiero fuera de mi vida. No pareces querer hacerlo.

Suspiró.

—No, *ma petite*, no quiero hacer eso —lo dejó pasar. Sin acusaciones por mi deseo de estar con Richard en vez de con él. Sin amenazas sobre la vida de Richard. Era muy extraño.

—Te traes algo entre manos —afirmé.

Cambió de dirección, los largos dedos presionaron su corazón.

—¿*Moi*?

—Sí, tú —afirmé. Sacudí la cabeza y lo dejé pasar. Tramaba algo. Le conocía lo suficiente para reconocer los signos, pero también le conocía lo bastante bien para saber que no me diría nada hasta que estuviese bien preparado. Nadie guardaba tan bien un secreto como Jean-Claude, y nadie más tenía tantos. No había engaños con Richard. Jean-Claude vivía y respiraba para eso—. Tengo que cambiarme y hacer las maletas antes de que podamos marcharnos.

—Cambiar tu preciosa falda roja, ¿por qué? ¿Porque me gusta?

—No es sólo por eso —comenté—, aunque reconozco que es un motivo. No puedo llevar la pistolera de pierna con la falda.

—No discutiré que tener una segunda arma ayudará en nuestro acto de mañana por la noche.

Me paré y giré.

—¿Qué quieres decir con mañana por la noche?

Extendió las manos.

—El amanecer está demasiado cerca, *ma petite*. No podemos conducir hasta el refugio del Maestro antes de que salga el sol.

—Mierda —mascullé suavemente y con sentimiento.

—Hice mi parte, *ma petite*. Pero aún no puedo detener la salida del astro rey.

Me apoyé contra la espalda del sofá, con las manos agarrando el borde con la suficiente fuerza para que doliera. Sacudí la cabeza.

—Vamos a llegar demasiado tarde para salvarle.

—*Ma petite, ma petite* —se arrodilló delante de mí, mirándome desde arriba—. ¿Por qué te molestas tanto por este muchacho? ¿Por qué su vida es tan preciosa para ti?

Aparté la vista de la perfecta cara de Jean-Claude, no tenía ninguna respuesta.

—No lo sé.

Puso sus manos encima de las mías.

—Te haces daño a ti misma, *ma petite*.

Retiré las manos de debajo de las suyas, cruzando mis brazos sobre el estómago. Jean-Claude permaneció arrodillado, una mano a cada lado de mí. Estaba demasiado cerca y, de repente, era muy consciente de lo corta que era la falda.

—Tengo que hacer la maleta —anuncié.

—¿Por qué? ¿No te gusta esta habitación? —Sin moverse, pareció más

cerca de alguna manera. Podía sentir la línea de su cuerpo contra las piernas, como si quemara.

—Apártate —ordené.

Se inclinó hacia atrás, sentándose sobre los talones, obligándome a pasar por delante de él. El dobladillo de la falda le rozó la mejilla cuando pasé por delante.

—Eres un dolor en el culo.

—Que agradables noticias, *ma petite*. Ahora, ¿por qué dejas esta habitación tan encantadora?

—La cuenta la paga un cliente, y ya no lo es.

—¿Por qué no, *ma petite*?

—Le apunté con un arma.

Sus ojos se ensancharon, la cara, una máscara perfecta de sorpresa. La máscara se deslizó y me observó con esos ojos viejos. Unos ojos que habían visto mucho, pero que todavía no sabían que hacer conmigo.

—¿Por qué hiciste eso?

—Iban a disparar a un hombre por allanamiento.

—¿Y era un allanamiento?

—Técnicamente, sí.

Jean-Claude se quedó mirándome.

—¿No tenía el derecho de proteger su propia tierra?

—No, no si eso significa asesinar. No vale la pena matar por unas tierras.

—La protección de nuestras tierras ha sido una excusa válida para matar desde el principio de los tiempos, *ma petite*. ¿De pronto has decidido cambiar las reglas?

—No iba quedarme allí de pie y ver como mataban a un hombre por pasar por un pedazo de tierra. Además, creo que esa fue la idea.

—¿La idea? Quieres decir un complot para matar al hombre.

—Sí.

—¿Eras parte de ese complot?

—Puedo haber sido el cebo. Él podía sentir mi poder sobre los muertos. Le llamó.

—Ahora sí que es interesante. ¿Cuál es el nombre de ese hombre?

—Antes dame el nombre del maestro vampiro.

—Xavier —contestó.

—Así, sin más. ¿Por qué no me diste el nombre antes?

—No quiero que la policía lo tenga.

—¿Por qué no?

—Expliqué todo eso. Ahora, el nombre del hombre que salvaste esta noche.

Le observé, y no quise dárselo. No me gustó lo interesado que estaba en el nombre. Pero un trato es un trato.

—Bouvier, Magnus Bouvier.

—No reconozco el nombre.

—¿Deberías?

Se rió de mí. Eso no significó nada y significaba todo.

—Eres un irritante hijo de puta.

—Ah, *ma petite*, ¿cómo puedo resistirme cuando me susurras tales dulces caricias?

Le fulminé con una mirada que le hizo sonreír más ampliamente. Simplemente, hubo un indicio apenas perceptible de colmillos asomándose a la vista.

Alguien llamó a la puerta. Probablemente el gerente para pedirme que saliera. Me acerqué a ella. No me molesté en mirar por la mirilla, así que me sorprendió quién esperaba fuera. Era Lionel Bayard.

¿Había venido para sacarnos en persona?

Estuve mirándole durante un segundo. Él habló primero, limpiándose la garganta nerviosamente.

—Sra. Blake, ¿puedo hablar con usted durante un momento?

Estaba siendo terriblemente cortés para alguien que había venido a echarnos.

—Le escucho, Sr. Bayard.

—No creo que el vestíbulo sea el lugar adecuado para hablar de esto.

Me aparté a un lado, dejándole pasar al cuarto. Caminó por delante de mí, las manos alisaron su corbata. La mirada fija revisaba a Jean-Claude, que ahora estaba de pie. Jean-Claude sonrió a Bayard. Agradable y encantador.

—No sabía que tenía compañía, Sra. Blake. Puedo volver más tarde.

Cerré la puerta.

—No, Sr. Bayard, está bien. Le conté a Jean-Claude sobre nuestro malentendido de esta tarde.

—Ah, sí, uh… —Bayard nos miró de uno al otro, como si no estuviera seguro de qué decir.

Jean-Claude se sentó en la silla como si plegara su cuerpo en ella. El movimiento era casi felino.

—Anita y yo no tenemos ningún secreto el uno con el otro, Sr…

—Bayard, Lionel Bayard.

Él se atropelló y ofreció su mano a Jean-Claude. Éste levantó una ceja, pero tomó la mano ofrecida.

El apretón pareció relajar a Bayard. Un gesto normal. No sabía lo que Jean-Claude era. El cómo podía mirarle y pensar que era humano, estaba más allá de mi entendimiento. Sólo había visto a un vampiro que podría haber pasado por humano, y no lo había sido en absoluto. Bayard se giró hacia mí, ajustándose unas gafas que no necesitaban ajuste. Aquel pequeño gesto nervioso otra vez. Algo pasaba.

—¿Qué pasa, Bayard? —pregunté. Había cerrado la puerta y me recostaba a un lado de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Estoy aquí para ofrecerle nuestras disculpas más sinceras por lo que pasó esta noche.

Le observé.

—¿Usted me pide perdón?

—Sí. El Sr. Stirling se dejó llevar. Porque, si no nos hubiera hecho entrar en razón, podría haber ocurrido una gran tragedia.

Traté de mantener la cara en blanco. Quería mirarle con el ceño fruncido, o con una mirada aturdida.

—¿Stirling no está enfadado conmigo?

—Al contrario, Sra. Blake. Está agradecido.

No me lo creí.

—Seguro —murmuré.

—Ah, sí. De hecho, ha autorizado ofrecerle un sobresueldo.

—¿Por qué?

—Para compensar nuestro comportamiento de esta noche.

—Su comportamiento estuvo bien —añadí.

Sonrió modestamente. Su gesto era casi tan sincero como las perlas artificiales, pero ni la mitad de realista.

—¿De cuánto es el sobresueldo?

—Veinte mil —contestó.

Me quedé apoyada contra la pared, observándole.

—No.

Parpadeó.

—¿Perdón?

—No quiero el sobresueldo.

—No estoy autorizado para subir a más de veinte mil, pero podría hablar con el Sr. Stirling. Quizás lo subiría más.

Sacudí la cabeza y me aparté de la pared.

—No quiero más dinero. No quiero el sobresueldo en absoluto.

—¿No se marchara, Sra. Blake? —Parpadeaba tan rápido que pensé que se desmayaría. Que me marchara le molestaba. Mucho.

—No, no me marcho. Pero ya pagan unos honorarios enormes. No tienen que pagar más.

—El Sr. Stirling está muy preocupado por si le ha ofendido.

Dejé pasar aquello. Demasiado fácil.

—Dígale al Sr. Stirling que habría cambiado de opinión sobre su disculpa, si la hubiese dado en persona.

—El Sr. Stirling es un hombre muy ocupado. Habría venido él mismo, pero tenía un negocio urgente.

Me pregunté con qué frecuencia Bayard tenía que pedir perdón por el gran hombre. Me pregunté con qué frecuencia se disculpaba por pedirle a un lacayo asociado que le pegara un tiro a alguien.

—Bien, usted ha entregado el mensaje. Dígale al Sr. Stirling que no es por el tiroteo por lo que no me fío. Esta noche examiné el cementerio. Algunos cadáveres están más cerca de los trescientos que de los doscientos años. Trescientos años, Lionel, eso es un zombi muy viejo.

—¿Puede levantarlos? —Se había acercado, las manos sujetaban las solapas. Estaba muy cerca de invadir mi espacio. Preferiría haber tenido a Jean-Claude a mi lado.

—Tal vez. La pregunta no es si puedo, es si voy a hacerlo, Lionel.

—¿Qué quiere decir?

—Me mintió, Lionel. Subestimó la edad de los muertos casi en un siglo.

—No intencionadamente, Sra. Blake, se lo aseguro. Sólo repetí lo que me dijo nuestro departamento de investigación. No la engañé deliberadamente.

—Seguro.

Extendió la mano, casi como si quisiera tocarme. Me moví hacia atrás sólo lo suficiente. Parecía terriblemente tenso. Dejó caer la mano.

—Por favor, Sra. Blake, no mentí a propósito.

—El problema, Lionel, es que no estoy segura que pueda levantar a zombis tan viejos sin un sacrificio humano. Incluso yo tengo mis límites.

—Es bueno saberlo —comentó Jean-Claude suavemente.

Le miré con ceño. Sonrió.

—¿Lo intentará o no, Sra. Blake?

—Tal vez. No me he decidido aún.

Sacudió la cabeza.

—Haremos cualquier cosa por este descuido, Sra. Blake. Es completamente culpa mía, no verifiqué dos veces las conclusiones del departamento de investigación. ¿Hay algo que pueda hacer personalmente por usted?

—Sólo váyase. Llamaré a su oficina mañana para hablar de los detalles. Puedo necesitar algunas cosas extras, parafernalia para el levantamiento.

—Todo, absolutamente cualquier cosa, Sra. Blake.

—Bien, llamaré —abrí la puerta y me apoyé en ella. Pensé que era una gran indirecta. Lo era. Bayard se dirigió hacia ella y casi salió marcha atrás, pidiendo perdón cuando se salía.

Cerré la puerta y me quedé allí, de pie, durante un minuto.

—Ese bajito está detrás de algo —comentó Jean-Claude.

Me di la vuelta y le miré. Todavía estaba enroscado en la silla, viéndose delicioso.

—No necesito poderes vampíricos para saberlo.

—Ninguno —aseguró—, lo hago yo.

Se levantó de la silla fácilmente. Si yo me hubiera enroscado así en una silla, habría terminado rígida.

—Tengo que decirle a Larry que puede dejar de hacer las maletas. No entiendo por qué todavía estamos contratados, pero lo estamos.

—¿Puede alguien más levantar el cementerio?

—No sin un sacrificio humano, tal vez ni aún así —contesté.

—Te necesitan, *ma petite*. Por la ansiedad del bajito, deben necesitar mucho levantar a esos muertos.

—Millones de dólares están en juego.

—No creo que el dinero sea todo lo que está en juego —aseveró.

Asentí.

—Yo tampoco.

Se unió a mí en la puerta.

—¿Qué parafernalia extra vas a necesitar para levantar un cadáver de

trescientos años, *ma petite*?

Me encogí de hombros.

—Una muerte más grande. Al principio, había pensado en usar un par de cabras.

Abrí la puerta.

—¿Qué piensas utilizar ahora?

—Un elefante, tal vez —contesté.

Estábamos en el pasillo y me observaba.

—Estoy de broma. Palabra. Además, los elefantes son una especie en peligro. Pensaba, tal vez, en una vaca.

Jean-Claude se quedó con la vista fijada en mí por un largo instante, con la cara muy seria.

—Recuerda, *ma petite*, puedo saber si mientes.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Quisiste decir elefante.

Fruncí el ceño. ¿Qué podía decir?

—Bueno, pero sólo durante un minuto. En serio, no lo haría con un elefante. Digo la verdad.

—Sí, *ma petite*, lo sé.

No había querido decir lo del elefante. No realmente. Sólo que era el animal más grande en el que podía pensar así de pronto. Y si iba a intentar levantar varios cadáveres de trescientos años, iba a necesitar algo grande. No creo que una vaca sirviera. Maldición, no creo que una manada de vacas sirviera. Sólo que aún no había pensado en una buena alternativa.

Pero sin elefantes, lo prometo. Además, ¿me pueden imaginar tratando de cortar la garganta de un elefante? La forma de poder sostenerlo mientras lo mataba era para sobresaltarse. Hay una razón por la que los sacrificios son de nuestro tamaño, o más pequeños. Hace más fácil dominarlos.

—No podemos abandonar a Jeff con ese monstruo —señaló Larry. Estaba de pie en medio de la alfombra verde bosque.

Jean-Claude se sentó en la esquina del sofá decorado en verde. Parecía divertido, como un gato que había encontrado un ratón muy interesante.

—No le abandonamos —aseguré—. Sólo que no podemos ir a buscarle esta noche.

Pasó rápidamente y señaló con el dedo a Jean-Claude.

—¿Por qué? ¿Porque él lo dice?

La sonrisa de Jean-Claude se ensanchó. Definitivamente, se estaba

divirtiendo.

—Mira el cielo, Larry. Está amaneciendo. Todos los vampiros estarán durmiendo en sus ataúdes.

Larry negó con la cabeza. La mirada en su cara me recordó a mí. Obstinado, sin querer aceptarlo.

—Tenemos que hacer algo, Anita.

—No podemos hablar con los vampiros durante el día, Larry. Simplemente es así.

—¿Y qué pasa hoy con Jeff, mientras esperamos a que el sol se esconda? —la pálida piel estaba casi blanca. Las pecas parecían puntos de tinta marrones. Los ojos azul claro brillaban como el cristal; enojados. Nunca había visto a Larry tan furioso. Maldición, nunca le había visto cabreado.

Eché un vistazo a Jean-Claude. Él sólo me miró. Estaba sola. No siempre era yo.

—Xavier tendrá que dormir. No será capaz de hacer daño a Jeff una vez que salga el sol.

Larry sacudió la cabeza.

—¿Le encontraremos a tiempo?

Quise decirle «*seguro*», pero no mentiría.

—No lo sé. Eso espero.

Su cara suave a lo Howdy-Doody se volvió obstinada. Le miré y entendí por qué muchas personas le subestimaban. Parecía tan inofensivo. Maldición, era un tipo inofensivo, pero ahora estaba armado y aprendiendo a ser peligroso. Y en su cara vi, por primera vez, una sombra inflexible, un propósito. Había planeado dejarle atrás cuando fuera a hablar con el Maestro Vampiro de Branson. Viéndole ahora, no estaba segura de que me fuera a dejar hacerlo. Había tenido su primera cacería de vampiros esta noche. Había logrado mantenerlo apartado de la violencia hasta ahora. Pero eso no iba a durar. Había esperado que se olvidara de la idea de cazar vampiros. Mirando fijamente esos ojos brillantes, comprendí que era yo la que se engañaba. A su manera, Larry era tan obstinado como yo. Un pensamiento espantoso. Pero por esta noche él estaba seguro.

—¿No puedes consolarme? ¿Decirme que le encontraremos? —preguntó Larry.

Sonreí.

—Trato de no mentirte si puedo evitarlo.

—Por una vez —contestó Larry—, me habría gustado oír una mentira.

—Lo siento —aseguré.

Tomó una gran bocanada de aire y la soltó despacio. Su cólera se fue así de fácil. Larry no sabía cómo mantener la rabia. No meditaba las cosas. Era una de las principales diferencias entre nosotros. Yo nunca perdono a alguien con facilidad. Un defecto de carácter, desde luego, pero maldición…, todos tenemos que tener al menos uno.

Golpearon la puerta. Larry respondió.

De repente, Jean-Claude estaba a mí lado. No le había visto moverse. No había oído deslizarse las botas de cuero sobre la alfombra. Nada. Magia. El corazón se me subió repentinamente a la garganta.

—Pisa fuerte, o algo, cuando hagas eso.

—¿Hacer qué, *ma petite*?

Lo fulminé con la mirada.

—No fue un truco mental, ¿verdad?

—No. —Aquella palabra se deslizó a través de mi piel como una brisa que bajaba reptando.

—Maldición —mascullé suavemente y con sentimiento.

Sonrió.

—Ya hemos hablado de esto, *ma petite*, es demasiado tarde.

Larry había cerrado la puerta.

—Hay un tipo en el pasillo, dice que está con Jean-Claude.

—¿Un tipo, o un vampiro? —pregunté.

Larry frunció el ceño.

—No es un vampiro, pero si quieres decir *humano*, no iría tan lejos.

—¿Estás esperando compañía? —pregunté.

—Sí.

—¿A quién?

Caminó con paso majestuoso hacia la puerta, y puso una mano sobre la manija.

—Alguien que creo que ya conoces.

Abrió la puerta con una floritura, apartándose a un lado para dejarme tener una clara vista. Jason estaba de pie ante la puerta abierta, sonriendo y relajado. Tenía exactamente mi altura, algo que no se encuentra muy a menudo en un hombre. El pelo rubio apenas le tocaba la parte superior del cuello, los ojos eran de un inocente azul, como el cielo de primavera. La vez anterior que le había visto había intentado comerme. Los hombres lobo

hacen eso algunas veces.

Estaba vestido con un suéter negro de gran tamaño que casi le llegaba hasta la mitad del muslo. Había tenido que recoger las mangas a la altura de las muñecas. Los pantalones eran de cuero, atados por los laterales desde la cintura hasta la mitad de la pierna, donde se introducían en las botas. Los cordones estaban lo suficientemente sueltos para que se viera una pálida línea de carne a lo largo de la pierna.

—Hola, Anita.

—Hola, Jason. ¿Qué haces aquí?

Tuvo la discreción de parecer avergonzado.

—Soy la nueva mascota de Jean-Claude.

Lo dijo como si aquello fuera lo adecuado. Richard no lo habría dicho de esa forma.

—No me dijiste que traías compañía —recriminé.

—Vamos a visitar al *Amo de la Ciudad. Debemos dar un buen un espectáculo*.

—Con qué, con un hombre lobo, y qué más…, ¿yo?

Suspiró.

—Sí, *ma petite*, independientemente de que lleves mis marcas o no, la mayoría te consideran mi siervo humano. —Levantó una mano—. Por favor, Anita, sé que no lo eres en un sentido técnico, pero me has ayudado a defender mi territorio. Has matado para protegerme. Es la mejor definición de lo que hace un sirviente humano.

—Entonces, ¿qué? ¿Tengo que hacerme pasar por tu siervo en esta visita?

—Algo así —contestó.

—Olvídalo.

—Anita, necesito dar la impresión de fuerza. Branson era miembro del territorio de Nikolaos. Lo dejé porque la densidad de población podría soportar otro grupo. Pero aun así, era mi tierra, y ahora no lo es. Algunos ven eso como una debilidad, en vez de sentido práctico.

—Sin marcas, y al final has conseguido que juegue al criado para ti. Eres un manipulador hijo de puta.

—Me preguntaste, *ma petite*. —Una corriente cálida salió directa de esas palabras. Caminó con paso majestuoso hacia mí—. Te hago un favor, no lo olvides.

—No creo que me dejes olvidarlo —aseguré.

Hizo un sonido áspero, como si no tuviera palabras para su cólera.

—¿Por qué vengo a ti? Me insultas a cada instante. Muchos darían sus almas por lo que te ofrezco.

Se mantuvo delante de mí; los ojos oscuros como zafiros, la piel tan blanca como el mármol. Ésta brilló como si se hubiera encendido dentro de él. Parecía una especie de escultura viva hecha de luz, joyas y piedra.

Era impresionante y espeluznante, pero ya lo había visto antes.

—Corta esa mierda de poderes vampíricos, Jean-Claude. Es casi el alba, ¿no tienes en algún sitio un ataúd en el que meterte?

Se rió, pero no era una risa agradable, era amarga. Como el roce de virutas de acero. Algo más para irritar que para atraer.

—¿Ha llegado nuestro equipaje, mi lobo?

—No, maestro —respondió Jason.

—¿Tu ataúd no ha llegado? —pregunté.

—O he elegido un skycab muy indolente, o… —Dejó escapar un indicio en sus palabras, con la cara suave y agradable.

—¿O qué? —preguntó Larry.

—*Ma petite*.

—Crees que el amo local se llevo tu ataúd —aseguré.

—Una multa por entrar en su territorio sin cumplir con todo el protocolo social —me miró cuando lo dijo.

—Supongo que es por mi culpa —afirmé.

Hizo ese endurecedor encogimiento de hombros.

—Pude haberte dicho que no, *ma petite*.

—Deja de ser tan civilizado.

—¿Serías más feliz si estuviera enfadado? —la voz sonó muy suave cuando habló.

—Tal vez —asentí. Me habría hecho sentir menos culpable, pero no lo dije en voz alta.

—Vete al aeropuerto y encuentra nuestro equipaje si puedes, Jason. Llévalo a la habitación de Anita.

—Espera un minuto. No te vas a instalar en mi cuarto.

—Está amaneciendo, *ma petite*. No tengo ninguna opción. Mañana encontraremos otro alojamiento.

—Planeaste esto.

Emitió una risa corta y amarga.

—Incluso mi mente retorcida tiene algunos límites, *ma petite*. No estoy

por gusto sin ataúd casi al alba.

—¿Qué va a hacer sin su ataúd? —quiso saber Larry. Parecía preocupado.

Jean-Claude sonrió.

—No tema, Lawrence, todo lo que necesito es oscuridad, o mejor dicho, carecer de luz solar. El ataúd en sí mismo no es totalmente necesario, sólo es más seguro.

—Nunca he conocido a un vampiro que no duerma en un ataúd —comenté.

—Si estoy bajo tierra en un lugar seguro, renuncio a mi ataúd. Aunque sinceramente, una vez que la luz del día me encuentra soy insensible, incluso podría dormir en una cama de clavos y no saberlo.

No estaba segura de creerle. Intentaba parecer humano con más intensidad que la mayoría.

—Verás la verdad de mis palabras bastante pronto, *ma petite*.

—Eso es lo que me temo —murmuré.

—Puedes dormir en el sofá si lo prefieres, pero de verdad te digo que una vez que estemos a plena luz del día seré inofensivo, indefenso si te gusta más. Sería incapaz de molestarte aún si quisiera.

—¿Y qué otros cuentos de hadas se supone que tengo que creer? Te he visto moverte después del alba, escondido de la luz, y lo hiciste realmente bien.

—Después de ocho horas de sueño, si todavía hay luz diurna me puedo mover, es verdad, pero dudo que te quedes en la cama durante ocho horas. Tienes clientes o algo parecido, una investigación de asesinato, y algún negocio que hacer.

—Si te dejo solo, ¿quién dice que alguna criada no entre, retire las cortinas y haga frito francés?

Su sonrisa se ensanchó.

—Preocupada por mi bienestar. Estoy abrumado.

Le miré. Parecía agradable, divertido, pero era una máscara. La expresión para cuando no quería que supieras lo que pensaba, y no quiere que sepas que él no quiere que lo sepas.

—¿Qué estás haciendo?

—Por una vez, *ma petite*, nada.

—Sí, seguro.

—Si encuentro el ataúd, tendré que alquilar un camión —comentó

Jason.

—Puede usar nuestro Jeep —aseguró Larry.

Lo fulminé con la mirada.

—No, no puede.

—Piensa que es conveniente, *ma petite*. Si Jason debe alquilar un camión, entonces deberé pasar otro día en tu cama. Sé que no quieres eso —había diversión en su voz, y una corriente profunda de algo más. Podría haber sido amargura.

—Conduciré —se ofreció Larry.

—No, tú no vas —contesté.

—Casi amanece, Anita. Estaré bien.

Sacudí la cabeza.

—No.

—No puedes tratarme como a un hermano pequeño siempre. Puedo conducir el Jeep.

—Prometo no comerle —dijo Jason.

Larry levantó la mano hacia las llaves.

—Tienes que confiar en mí algún día.

Le miré.

—Prometo dispararle a cualquier cosa, humana o monstruo, si me amenaza mientras voy. —Hizo el signo de los boys scout, tres dedos hacia arriba—. Puedes sacarme bajo fianza de la cárcel y explicar que sólo cumplía órdenes.

Suspiré.

—Mierda, de acuerdo.

Le di las llaves.

Me sonrió abiertamente.

—Gracias.

Sacudí la cabeza.

—Vuelve inmediatamente, ¿de acuerdo?

—Como tú digas.

—Sal de aquí, y ten cuidado.

Larry se marchó con Jason detrás. Observé la puerta después de que se cerrara, preguntándome si debería haber ido con ellos. Sabía que Larry se habría ofendido, pero ofendido era mejor que muerto. Infiernos, era una tarea simple; ir al aeropuerto y recoger un ataúd. ¿Qué podría salir mal con menos de una hora de oscuridad? Mierda.

—No puedes protegerle, Anita.

—Lo puedo intentar.

Jean-Claude hizo ese encogimiento que me enfurecía y que significaba: todo lo que quisieras y nada en absoluto.

—¿Nos vamos a dormir, *ma petite*?

Abrí la boca para decirle que podía largarse con Larry, pero no lo dije. No creía que pudiera morder a Larry, pero no estaba segura de que no me mordiera a mí.

—Claro —afirmé.

Pareció un poco sorprendido, como si hubiera esperado una discusión. Pero esa era toda la discusión que iba a tener esta noche. Él podía tener la cama, yo me iría al sofá. ¿Qué podría ser más inocente? Las Monjas Moteras del Infierno, además de esto.



DIECINUEVE

Podía sentir el alba acercándose a las ventanas como una fresca mano cuando regresamos a mi cuarto. Estaba muy cerca. Jean-Claude se rió.

—La primera vez que logro compartir un cuarto de hotel contigo, y no me queda tiempo. —Soltó un profundo suspiro—. Las cosas nunca funcionan como las planeo contigo, *ma petite*.

—Tal vez sea una señal —contesté.

—Quizás. —Echó un vistazo a las cortinas cerradas—. Debo marcharme, *ma petite*. Hacia la oscuridad.

Cerró la puerta del dormitorio un poco apresurado. Podía sentir la ligera proximidad de la luz sobre del edificio. Había notado, durante los años de caza, que podía sentir la llegada y puesta del sol. Hubo un tiempo en el que luchaba de desastre en desastre, manteniéndome viva, hasta que aquella sensación de presión luminosa pudiera barrer el cielo y salvarme el culo. Por primera vez me pregunté lo que sería verlo como un peligro, en vez de

una bendición.

Después de que hubiera cerrado la puerta, comprendí que mi maleta estaba en el dormitorio. Maldito. Vacilé, y finalmente golpeé. Ninguna respuesta. Abrí la puerta sólo una rendija, luego más. No estaba allí. El agua corría en el cuarto de baño. Una línea de luz se filtraba por debajo de la puerta. ¿Qué hacían los vampiros en los cuartos de baño? Mejor no saberlo.

Levanté la maleta del suelo y la saqué antes de que la puerta del cuarto de baño se abriera. No quería verle otra vez. No quería ver lo que le pasaba cuando salía el sol.

Cuando el sol se hubo elevado lo suficiente como para rozar las cortinas cerradas de pálido zumo de limón, me puse una camiseta y vaqueros. Llevaba un traje, pero si iba a ver a Larry y a Jason, quería llevar pantalones.

Pedí que me llevaran más mantas y una almohada. Nadie pareció extrañarse que pasado el amanecer alguien necesitara ropa de cama. Sólo trajeron las cosas. Todo un lujo. La criada no echó un vistazo hacía la puerta cerrada del dormitorio.

Extendí la manta sobre el sofá y observé. Era un bonito sofá, pero no se veía demasiado cómodo. Ah, la virtud tenía sus castigos. Por supuesto, tal vez no era la virtud lo que me mantenía fuera del dormitorio. Si hubiera sido Richard quien estuviera enroscado en el cuarto de al lado, entonces solo la fuerza de voluntad me habría mantenido fuera. Con Jean-Claude… nunca le había visto después del alba, cuando estaba muerto para el mundo. No estaba segura de querer verle. Pero sí sabía que no querría acurrucarme a su lado mientras el calor abandonaba su cuerpo.

Golpearon la puerta. Vacilé. Probablemente era Larry, pero de todas formas… Avance hacia ella con la Browning en la mano. Anoche, Beau tenía una escopeta. Paranoia, o precaución; a veces era difícil ver la diferencia.

Me coloqué a un lado de la puerta y dije:

—Sí.

—Anita, somos nosotros.

Puse el seguro y metí el cañón de la Browning en la parte delantera de los vaqueros. Era un arma demasiado grande para llevarla en una pistolera bajo los pantalones, pero para llevarla temporalmente, serviría.

Abrí la puerta.

Larry se apoyó contra el marco de la puerta, parecía ajado y cansado. Tenía un paquete de McDonalds en una mano, y cuatro tazas dentro de uno de esos sostenedores tipo huevera. Dos de las tazas llevaban café, las otras dos, soda.

Jason llevaba bajo cada brazo una maleta grande de cuero, una estropeada mucho más pequeña en la mano derecha, y un segundo paquete de McDonalds en la izquierda. Apenas parecía cansado. Una persona madrugadora, incluso después de no haber dormido nada en absoluto. Era asqueroso. Sus ojos examinaron el arma metida en mi cinturón. La notó, pero no comentó nada. Punto para él. Larry ni siquiera parpadeó por el arma.

—¿Comida? —pregunté.

—No comí mucho anoche. Además, Jason también tenía hambre —contestó Larry.

Entró, colocando las bebidas y la comida en la barra de bar. Ninguno bebía, era bueno usar la barra para algo.

Jason pasó de lado por la puerta, con las maletas y la comida, sin apenas esfuerzo. Sólo una pequeña tirantez al llevar todo eso.

—Fanfarrón —comenté.

Soltó el equipaje en el suelo.

—No es una fanfarronada —contestó.

Cerré la puerta con llave detrás de ellos.

—Supongo que puedes llevar un ataúd sin ayuda.

—No, pero no porque sea pesado. Es demasiado largo. El equilibrio no es el correcto.

Genial. Súper hombre lobo. Aunque por lo que sabía, todos los licántropos podían levantar mucho peso. Tal vez Richard podía levantar ataúdes con un brazo. No era un pensamiento consolador.

Jason comenzó a extender la comida sobre la barra. Larry ya se había subido a uno de los taburetes y echaba azúcar en uno de los cafés.

—¿Dejasteis el ataúd en el vestíbulo? —pregunté. Tuve que colocar la Browning en la barra para sentarme. Era demasiado estrecha de cintura para llevarla en los pantalones.

Larry colocó un café sin abrir delante de mí.

—No estaba.

Lo observé.

—¿Encontrasteis las maletas, pero no el ataúd?

—Sí —dijo Jason cuando terminó de dividir la comida en tres grupos. Había acercado algo ante nosotros, pero la mayor parte estaba delante de él.

—¿Cómo puedes comer eso de madrugada?

—Siempre tengo hambre —contestó. Me miró con impaciencia.

Lo dejé pasar. Era demasiado fácil.

—Venga, adelante, come —dijo.

—No pareces particularmente preocupado —comenté.

Se encogió de hombros y se subió a un taburete de la barra.

—¿Qué quieres que diga? Al ser un hombre lobo he visto demasiadas mierdas extrañas. Si me pusiera histérico cada vez que algo va mal, cada vez que muere alguien al que conocía, ya estaría en un manicomio.

—Pensé que las luchas por el dominio del grupo, excepto las del líder, no eran a muerte —indiqué.

—La gente se olvida —contestó.

—Tendré que hablar con Richard cuando regrese a la ciudad. No ha mencionando nada de eso.

—Sin comentarios —dijo Jason—. Sólo el asunto de siempre.

Genial.

—¿Vio alguien a quién se llevó el ataúd?

Larry contestó, la voz apática a pesar de la cafeína y el azúcar. Es poco lo que se puede hacer sin haber dormido nada en absoluto.

—Nadie vio cogerlo a alguien. De hecho, el único tipo del turno de noche dijo que sólo se había alejado durante un segundo, y ya no estaba allí. Solamente el equipaje.

—Mierda —contesté.

—¿Por qué llevarse el ataúd? —Bebió la mayor parte del café. Su hamburguesa de huevo McMuffin estaba frente a él, sin tocar. Habían puesto tortitas calientes delante de mí con una pequeña jarra de sirope al lado.

—Tu desayuno se enfría —dijo Jason.

Se divertía demasiado. Le miré con el ceño fruncido, pero abrí el café. No quería la comida.

—Creo que el maestro ha hecho una pequeña jugada. ¿Qué piensas, Jason? —mantuve la voz casual.

Se rió de mí dando un bocado a su comida, tragó, y dijo:

—Creo cualquier cosa que Jean-Claude quiere que crea.

Tal vez mi voz había sonado demasiado casual. Realmente, debería

dejar la sutileza, no era lo bastante buena.

—¿Te dijo él que no me lo dijeras?

—No, sólo que tuviera cuidado con lo que decía.

—Él dice salta, y tu preguntas como de alto, ¿verdad?

—Eso es. —Dio un bocado a la hamburguesa, su cara se mostraba tranquila.

—¿No te molesta?

—No dicto las reglas, Anita. No soy un alfa.

—¿Y eso no te molesta? —inquirí.

Se encogió de hombros.

—A veces, pero no hay nada que pueda hacer. ¿Para qué luchar?

—No entiendo nada en absoluto —dijo Larry.

—Yo tampoco.

—No tienes que entenderlo —manifestó.

No podía tener más de veinte años, pero la mirada de sus ojos no era joven. Era la mirada de alguien que había visto mucho, había hecho mucho, y no todo agradable. Era la mirada que temía ver algún día en la cara de Larry. Eran casi de la misma edad, ¿qué le había hecho la gente a Jason para tener esos ojos tan cansados?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Larry.

—Vosotros sois los expertos en vampiros. Yo sólo soy la mascota de Jean-Claude.

Lo dijo como si aquello no le molestase. A mi me habría molestado. Sacudí la cabeza.

—Voy a llamar a la policía, después intentaré dormir.

—¿Qué vas a decirles? —preguntó Jason.

—Voy a hablarles de Xavier.

—¿Jean-Claude está de acuerdo en contárselo a la policía?

Le miré.

—No pedí permiso.

—A Jean-Claude no le gustará que traigas a la policía.

Le observé. Parpadeó.

—No lo hagas sólo porque dije eso, por favor.

—Te conoce lo bastante bien para ser alguien que sólo se ha encontrado contigo dos veces —comentó Larry.

—Tres veces —admití—. Dos de tres, ha intentado comerme.

Los ojos de Larry se ensancharon un poco.

—Bromeas.

—Parece tan sabrosa —comentó Jason.

—He tenido suficiente de vosotros dos —dije.

—¿Qué ocurre? Jean-Claude y Richard se meten contigo.

—Salgo con ellos —contesté—. No contigo.

—Tal vez te atraigan los monstruos. Puedo ser tan espeluznante como cualquiera de ellos.

Lo observé.

—No —dije—, no puedes. Por eso no eres un alfa. Por eso eres la mascota de Jean-Claude, porque no eres lo bastante aterrador.

Algo fluyó por esos claros ojos azules. Algo entre enfadado y peligroso. Sentado, con su hamburguesa de huevos revueltos y una Coca-Cola en la mano, de repente parecía diferente. Era difícil describirlo con palabras, pero me puso de punta los pelos en el cuello.

—Menos coraje, chico lobo —dije. Mi voz era suave, cuidadosa. Me sentaba a menos de 35 cm. A esa distancia podría fácilmente saltar sobre mí. La Browning estaba a unos centímetros de mi mano derecha, pero lo conocía mejor. Podría agarrar el arma, pero nunca conseguiría apuntar a tiempo. Le había visto moverse antes, y no era lo suficientemente rápida. La falta de sueño me hacía confiada, o estúpida. Eran lo mismo. Un gruñido bajo bramó desde él. El latido de mi pulso se aceleró. De repente, el arma de Larry apuntaba por delante de mi nariz a la cara del hombre lobo.

—No lo hagas —señaló Larry. Su voz era baja y malditamente seria.

Me recliné hacia atrás en el taburete de la barra, cogiendo la Browning. Ciertamente, no quería el arma de Larry justo al lado de mi cara.

Apunté mi arma al pecho de Jason, con una mano, casi casual.

—No me amenaces nunca más.

Jason me miró. La bestia estaba al acecho justo detrás de esos ojos, como una ola que se precipita hacia la orilla.

—Comienza a volverte, peludo, y no esperaré a averiguar si solo alardeas —proseguí.

Larry tenía una rodilla en el taburete, el arma todavía apuntaba bien y estable. Esperaba que no cayera del taburete y por casualidad, le pegara un tiro a Jason. Si lo hacía, quería que fuera a propósito.

Los hombros de Jason se relajaron. Las manos se aflojaron, dejando la comida y la bebida en la barra. Aún sentado, cerró los ojos durante casi un

minuto entero. Larry y yo esperamos, las armas todavía apuntándole. Los ojos de Larry me miraron. Negué con la cabeza.

Jason abrió los ojos y soltó un aliento profundo, un suspiro. Parecía normal otra vez, aquella tensión desapareció. Sonrió abiertamente.

—Tenía que intentarlo.

Retrocedí otro poco, apoyando la espalda en la pared. Fuera de su alcance, bajé el arma. Larry vaciló, pero siguió mi ejemplo.

—Entonces, lo intentaste, ¿y ahora qué?

Se encogió de hombros.

—Eres más dominante que yo.

—Así, así —dije.

—¿Serías más feliz si te hiciera luchar contra mí?

Sacudí la cabeza.

—Pero la respaldé —comentó Larry—. No lo hizo sola.

—No importa. Eres leal a ella, arriesgarías tu vida por ella. Hay más en ser dominante que músculos o armas.

Larry parecía perplejo.

—¿Qué quieres decir con dominante? Parece que me he perdido parte de la conversación.

—¿Por qué trabajas con tanta fuerza en no ser humano, Jason? —pregunté.

Sonrió y volvió a su desayuno.

—Contéstame, Jason.

Terminó sus huevos y contestó:

—No.

—¿Qué ocurre? —dijo Larry.

—Juegos mentales —contesté.

Larry hizo un ruido exasperado.

—Que alguien me explique por qué tuvimos que apuntar con un arma a alguien que supuestamente está de nuestro lado.

—Jean-Claude sigue diciéndome que Richard no es más humano que él. La pequeña demostración de Jason lo enfatiza. ¿No es eso, chico lobo?

Jason se comió el resto de su comida como si no estuviéramos allí.

—Contésteme —repetí.

Apartó el taburete de la barra, poniendo los codos detrás de él.

—Ya tengo demasiados amos, Anita. No necesito otro.

—Y yo tengo demasiados monstruos metiéndose conmigo ahora

mismo. No te añadas a la lista, Jason.

—¿Es una lista corta? —preguntó.

—Se hace más corta todo el tiempo —contesté.

Sonrió y se deslizó del taburete.

—¿Alguien está tan cansado como yo?

Larry y yo le observamos. El hombre lobo no parecía cansado, más de lo que podría decirse de nosotros, meros humanos. Jason no iba a contestar mis preguntas, y no eran lo bastante importantes como para pegarle un tiro. Estábamos en tablas.

—Bien, ¿dónde duermes? —pregunté.

—Si confía en que no voy a comérmelo, en el cuarto de Larry.

—De ninguna manera —contesté.

—¿Me quieres aquí, contigo?

—Durante el paseo le dije que podría quedarse en mi cuarto —comentó Larry.

—Eso era antes de que sacara esa mierda de hombre lobo —apunté.

Larry se encogió de hombros.

—Tienes al *Amo de la Ciudad* metido en tu cama. Creo que puedo manejar al hombre lobo.

No lo creía así. Pero no quise hablar de ello delante del lobo.

—No, Larry.

Se enfadó al instante.

—¿Qué tengo que hacer para demostrártelo?

—Mantenerte vivo —contesté.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No eres un pistolero, Larry.

—Quise pegarle un tiro a él. —Larry señaló al sonriente hombre lobo.

—Lo sé.

—¿Debido a que no soy propenso a disparar impulsivamente, no confías en que pueda manejarlo?

Suspiré.

—Larry, por favor. Si Jason se convirtiera en mitad del día y te matara, no podría vivir conmigo misma.

—¿Y si él te mata? —preguntó Larry.

—No va a hacerlo.

—¿Por qué no? —insistió Larry.

—Por que Jean-Claude le mataría. Si él te hiciera daño, le mataría, pero

no sé si Jean-Claude te vengaría. Jason está más asustado de Jean-Claude que de mí. ¿No es verdad, Jason?

Jason se había sentado al final del sofá, en mi manta.

—Ah, sí.

—No sé porqué —contestó Larry—, él es el que mata para Jean-Claude. Nunca parece matar a nadie solo.

—Larry, ¿de quién tendrías más miedo, de Jean-Claude o de mí?

—Tú no me harías daño —contestó.

—Si tuvieras que enfrentarte a uno de los dos, ¿a quién preferirías?

Larry me miró durante demasiado tiempo. La cólera le abandonó, sustituida por algo cansado y viejo en sus ojos.

—A él.

—Por Dios, ¿por qué? —pregunté.

—Te he visto matar a mucha gente, Anita. Mucho más que a Jean-Claude. Él podría tratar de asustarme de muerte, pero tú simplemente me matarías.

Mi boca estaba abierta; un poco.

—Si realmente crees que soy más peligrosa que Jean-Claude, entonces es que no has estado prestando atención.

—No dije que fueras más peligrosa. Dije que me matarías más rápido.

—Por eso es por lo que no tengo tanto miedo de Anita como de Jean-Claude —dijo Jason.

Larry le miró.

—¿Qué quieres decir?

—Todo lo que ella haría sería matarme, rápido y limpiamente. Jean-Claude no me mataría rápido, o fácilmente. Se aseguraría de que doliera.

Los dos hombres se observaron mutuamente. La lógica de cada uno era correcta a su manera. Yo estaba con Jason.

—Si realmente crees lo que dices, Larry, entonces no has visto suficientes vampiros.

—¿Cómo voy alguna vez a ver suficientes vampiros si me mantienes a distancia, Anita?

¿Era cierto que le había mantenido tan protegido? ¿Lo había sobreprotegido? ¿Le había dejado ver mi crueldad, pero no la de Jean-Claude?

—Y voy a ir a donde el amo mañana por la noche. No me apartarás más.

—Tienes razón —contesté. La respuesta pareció sorprender a ambos—. Si realmente crees que mataría a alguien más rápido que Jean-Claude, te he sobreprotegido. Tienes que entender lo peligrosos que son, Larry. Cómo de mortales son o, algún día no estaré cerca y te matarán.

Respiré hondo y lo solté despacio. Mi estómago se oprimió por el miedo. Temía que Larry muriera porque le había mantenido apartado de todo. Era algo que no había esperado.

—Venga, Jason —dijo Larry.

Jason se levantó.

—No. Mañana puedes mirar y meterte profundamente en la mierda de los vampiros conmigo. Hasta que no entiendas lo peligrosos que son los monstruos, no te quiero solo con ellos.

Sus ojos estaban enfadados y heridos. Había menoscabado su confianza, su amor propio. Pero… ¿Qué más podía hacer?

Larry giró repentinamente sobre los talones y se marchó. No discutió. No dijo adiós. Cerró de golpe la puerta tras él, y luché contra el impulso de seguirle. ¿Qué podía decirle? Apoyé la frente contra la puerta, y susurré:

—Maldición.

—¿Me quedo con el sofá? —preguntó Jason.

Giré y me apoyé contra la puerta. Todavía tenía la Browning en la mano, aunque no estaba segura del porqué. Me hacía parecer cansada, y descuidada.

—No, el sofá es mío.

—Entonces, ¿dónde me quieres?

—No me importa, mientras no sea cerca de mí.

Llevó las manos al borde de la manta, escurriendo la tela entre los dedos.

—Si vas a dormir aquí fuera, me iré rápidamente a la cama.

—Está ocupada —contesté.

—¿De qué tamaño es?

—Enorme pero ¿qué diferencia hay?

—Jean-Claude no se opondrá si la comparto con él. Preferiría que fueras tú, pero… —Se encogió de hombros.

Le miré, su cara estaba tranquila, agradable.

—¿Es la primera vez que compartes cama con Jean-Claude?

—No —contestó.

La sorpresa debió mostrarse en mi cara, porque bajó el cuello alto del

jersey lo suficiente para que pudiera ver dos marcas de colmillos. Me aparté de la pared y me acerque. Lo suficiente para ver que la mordedura estaba casi curada.

—A veces le gusta un bocado cuando se despierta —comentó Jason.

—Jesús —dije.

Jason soltó el cuello, y éste se deslizó sobre la mordedura como si no estuviera allí. De la misma forma que esconderías un piojo. Jason se sentó, pareciendo inofensivo. Era exactamente de mi altura, y tenía la cara de un ángel bien instruido.

—Richard no dejó que Jean-Claude se alimentara de él —dije.

—No.

—¿No? ¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—¿Qué quieres que diga, Anita?

Pensé en ello durante un segundo.

—Quiero que estés indignado. Furioso.

—¿Por qué?

Sacudí la cabeza.

—Acuéstate, Jason. Me agotas.

Entró en el dormitorio sin otra palabra. No miré para ver si cambiaba a lobo y se enroscaba en la alfombra, o si se metía lentamente en la cama al lado del cadáver. No era asunto mío, o al menos, nada que quisiera ver.



VEINTE

Por seguridad, coloqué la Browning bajo la almohada. En casa, con el arma en la pistolera especial colgada del cabecero de la cama no sería necesaria esta seguridad. Pero me vería bastante tonta si accidentalmente me pegara un tiro intentando protegerme de los hombres lobos durante el amanecer.

Puse la Firestar bajo el cojín del sofá, la seguridad primero. Normalmente habría estado en mi maleta, pero me sentía un poco insegura. Los cuchillos estaban en la maleta. La situación no era tan peligrosa como para llevar puestas las fundas de las muñecas al acostarme. Además, de todos modos, no eran muy cómodas para dormir.

Acababa de acomodarme para un largo día de sueño cuando recordé que no había llamado el Agente Especial Bradford. Maldición. Retiré la manta y, cogí el teléfono en camiseta y ropa interior. Sí, la Browning vino conmigo. Demonios, un arma no sirve de nada si no está contigo.

Marqué el número y no conseguí ninguna respuesta. Habrase visto. ¿No

trabaja todo el mundo veinticuatro horas al día? Tenía el número del busca. ¿Podían esperar las noticias sobre Xavier? ¿Podía ayudarles el nombre? El agente Bradford me había dejado muy claro que era persona non grata. Primero: Freemont había votado en mi contra. Segundo: los Quinlans amenazaban con demandar a todos, a menos que me mantuviera lejos del caso. Había hecho tal trabajo al proteger a su familia, que no querían que volviera. Parecía como si pensaran que podría matar a su hijo. Imagínatelo.

Tenía el número de Bradford. Había dado órdenes estrictas de que si averiguaba algo, debía decírselo, y sólo a él. Hace que no quiera decirle algo sangriento. ¿Pero quién era yo para asegurar que la Brigada de Investigación Criminal no tenía un archivo de vampiros en algún sitio? Tal vez el nombre les dijera algo. Tal vez les ayudaría a encontrar a Jeff. Además, Jean-Claude no me había dicho que no le diera el nombre de Xavier a la policía. Usé el número del busca. Dejé mi número de teléfono. Ahora podría volver a acostarme, y dejar que su llamada me despertara, o podría sentarme en la silla durante unos minutos y esperar. Esperé.

El teléfono sonó en menos de cinco minutos. Me gustan los hombres que devuelven rápidamente las llamadas.

—Hola —dije, por si no era él.

Lo era.

—Agente Especial Bradford. Este número estaba en mi busca —su voz sonaba ronca debido al sueño.

—Soy Anita Blake.

Un momento de silencio, después contestó:

—¿Sabe qué hora es?

—No he podido acostarme aún, así que sí, sé que hora es.

Otro silencio.

—¿Qué quiere, Sra. Blake?

Respiré hondo y lo solté lentamente. Enfurecerse no serviría de nada.

—Tengo un posible nombre para el vampiro que ha estado matando a los chicos.

—¿Cuál es?

—Xavier.

—¿Apellido?

—Por regla general, los vampiros no tienen apellidos.

—Gracias por el nombre, Sra. Blake. ¿Cómo lo consiguió?

Pensé en ello durante unos segundos. No podía pensar en una respuesta

realmente buena.

—Digamos que tropecé con él.

—¿Por qué no me lo creo, Sra. Blake? Pensé que se lo había aclarado esta tarde. No se implique en este caso, de ningún modo.

—Mire, no tenía que llamar, pero quiero a Jeff Quinlan vivo. Pensé que la Brigada de Investigación Criminal podría ser capaz de utilizar el nombre del vampiro que le cogió.

—Quiero saber cómo consiguió el nombre —repitió.

—Un informador.

—Me gustaría hablar con ese informador —dijo.

—No —contesté.

—¿Oculta información de una investigación federal, Sra. Blake?

—No, Agente Bradford, hago un esfuerzo extraordinario por compartir información.

Estaba tranquilo de nuevo.

—De acuerdo, Sra. Blake, tiene razón. Gracias por el nombre. Lo miraremos en el ordenador.

—Este vampiro tiene un historial de abusos a preadolescentes. Es un pedófilo.

—¡Dios mío! Un vampiro pedófilo. —Finalmente pareció de verdad interesado en lo que decía—. Y tiene al muchacho Quinlan.

—Sí —afirmé.

—De verdad que me gustaría hablar con esa fuente suya —insistió.

—Es un poco tímido con la policía.

—Podría insistir, Sra. Blake. Tenemos informes de que un jet privado llegó anoche, y descargaron un ataúd. Está registrado como J. C. Corporation. Parecen poseer muchos negocios relacionados con vampiros en Sant Louis. ¿Sabe algo sobre eso, Sra. Blake?

Mentirle a la Brigada de Investigación Criminal me pareció una mala idea, pero no estaba segura de lo que harían con la verdad. Los Federales investigaban un delito cometido por vampiros, y de repente, uno nuevo aparecía en la ciudad. Lo menos que harían sería preguntarle. Lo peor… bueno, había un vampiro en Mississippi que había sido transferido por error a una celda con ventana. El sol se alzó, y… vampiro frito. Un abogado de la ACLU (Unión Americana de Libertad Civil) había demandado a los asnos de los policías, pero eso no devolvió al vampiro. Es verdad que el vampiro muerto era un recién no-muerto. Jean-Claude se habría escapado

con facilidad, pero evitando la ley y usando sus poderes de vampiro, así que conseguirían una autorización para su detención. Lo mismo que le pasaba a Magnus. Además, anoche, un vampiro mató a un poli. Ahora mismo la policía no sería especialmente cuidadosa con ninguno de ellos. Después de todo, la policía sólo es humana.

—¿Todavía está ahí, Blake?

—Estoy aquí.

—No contestó a mi pregunta.

—¿Dónde fue entregado el ataúd? —pregunté.

—No fue. Simplemente, desapareció.

—¿Qué quiere de mí?

—Había equipaje. Fue recogido por dos hombres jóvenes. La descripción de uno de ellos concuerda con Larry Kirkland.

—Si es así, ¿y qué?

—Entonces es así.

Ambos nos sentamos al otro lado del teléfono, esperando que alguno dijera algo.

—Podría enviar a algunos agentes a su hotel.

—No hay ningún ataúd en mi cuarto, Agente Bradford.

—¿Está segura de eso, Blake?

—Lo juro por Dios.

—¿Sabe usted quién dirige J. C. Corporation?

—No. —Y era verdad. Hasta que Bradford no me lo dijo, nunca había oído hablar de J. C. Corporation. Sólo habría sido una conjetura bien hecha si hubiera dicho que Jean-Claude era el dueño. Okay, me estaba engañando a mí misma, ¿y qué?

—¿Sabe donde fue entregado el ataúd? —preguntó.

—No.

—¿Me lo diría si lo supiera?

—Si eso ayudara a encontrar a Jeff Quinlan, apueste a que sí.

—De acuerdo, Blake, pero no más ayuda. Permanezca fuera de este caso. Cuando encontremos a los vampiros la llamaremos, y podrá hacer su trabajo. Usted es Ejecutora Judicial, no policía. Intente recordar eso.

—Bien —dije.

—Bueno. Ahora me vuelvo a dormir. Le sugiero que haga lo mismo. Encontraremos a los vampiros hoy, Blake. Déjeme decirle que no creo todo lo que Freemont me dijo. La llamaremos para la ejecución.

—Gracias.

—Buenas noches, Blake.

—Buenas noches, Bradford.

Colgamos. Me senté allí durante un minuto, sólo dejando que todo esto me deprimiera. Si encontrasen a Jean-Claude en mi cuarto, ¿qué harían? Había visto a los policías transportar a la comisaría a un vampiro inconsciente en una bolsa de cadáveres y esperar al anochecer para interrogarlo. Sabía que era una mala idea porque el vampiro despertaría enfadado. Y lo hizo. Terminé teniendo que matarlo. Siempre me sentía mal por esa forma en particular de matar. Fue un trabajo fuera del estado. Los policías vecinos me invitaron como consejera. Una vez que encontramos al vampiro, dejaron de escuchar mis consejos. Me recordaba a lo de ahora. Aquel vampiro también había sido llamado solamente para ser interrogado.

De repente me encontré cansada. Fue como si la noche entera me golpeara como una ola demoledora. El sueño tiraba de mí. Tenía que dormir. No podría ayudar a Jeff Quinlan, o a nadie más, hasta que hubiera dormido algunas horas. Además, tal vez los federales le encontraran. Cosas más extrañas habían pasado.

Dejé sobre el escritorio la orden de que me despertaran al mediodía, y me abracé bajo la manta. La Browning era un bulto bajo la almohada. Al menos no podía sentir la Firestar bajo el cojín del canapé. Parte de mí lamentaba no haber metido en las maletas a Sigmund, mi pingüino de peluche, pero de alguna manera, que Jean-Claude o Jason me encontraran durmiendo con el muñeco de peluche me molestaba casi tanto como que intentaran comerme. ¿Cuál es el precio del machismo?



VEINTIUNO

Alguien aporreaba la puerta. Abrí los ojos en una habitación inundada por la suave e insinuante luz solar. Las cortinas no eran tan gruesas como las del dormitorio. Lo que explicaba por qué estaba aquí fuera y Jean-Claude allí dentro.

Luché con los vaqueros que había dejado en el suelo y grité:

—Voy.

Los golpes cesaron, entonces sonó como si dieran una patada a la puerta. ¿Era esta la forma de llamar y despertar de los federales? Fui hacia la entrada con la Browning en la mano. De alguna manera, no pensaba que el FBI fuera tan grosero. Me puse al lado de la puerta y pregunté:

—¿Quién es?

—Soy Dorcas Bouvier —dio una patada a la puerta otra vez—. Abre la maldita puerta.

Eché una ojeada a través de la pequeña mirilla. Era Dorcas Bouvier, o

su gemela malvada. No tenía ningún arma a la vista. Posiblemente, estaba segura. Guardé la Browning bajo la camiseta, en la cinturilla de los pantalones. Ésta era grande y caía hasta la mitad del muslo. Escondía el arma y algo más.

Abrí y me aparté a un lado. Dorcas la empujó de golpe, dejándola balanceándose tras ella. Cerré, eché la llave, y me apoyé contra la puerta, mirándola.

Caminó con paso majestuoso por la habitación, como alguna clase de felino exótico. Su pelo castaño, largo hasta la cintura, se ondeaba como una cortina mientras se movía. Al final se dio la vuelta y me fulminó con la mirada, con aquellos ojos verde mar reflejo de los de su hermano. La pupila se había movido hacia abajo en espiral hasta llegar a un extremo, dejando el iris flotando y haciéndola parecer casi ciega.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quien? —pregunté.

Me fulminó de nuevo con la mirada y se dirigió hacia la puerta del dormitorio. No podría llegar a tiempo para detenerla, y aún no estaba dispuesta a pegarle un tiro.

Fui detrás, dio dos pasos en el interior del dormitorio, y retrocedió rígida, examinando la cama. Era digno de contemplar.

Jean-Claude estaba acostado boca arriba con las sábanas, oscuras como el vino, subidas hasta la mitad del pecho. El hombro y uno de sus pálidos brazos estaban estirados encima de las sábanas oscuras. En la semioscuridad, su pelo se mezclaba con la almohada, despejando una cara pálida, casi etérea.

Jason estaba sobre el estómago. Lo único que había bajo la sabana era una pierna y, apenas, las nalgas. No podría asegurar que llevara puesto algo de ropa. Se levantó sobre los codos y nos observó. El pelo rubio le caía sobre la cara, parpadeando como si hubiera estado profundamente dormido. Sonrió cuando vio a Dorcas Bouvier.

—Ese no es Magnus —indicó.

—No —contesté—, no lo es. ¿Quiere hablar fuera?

—No se vayan por mí —dijo Jason. Rodó sobre un codo. La sabana de seda se deslizó por sus caderas, como si se moviera.

Dorcas Bouvier giró sobre sus talones y salió del cuarto. Cerré la puerta al oír la risa de Jason.

Parecía alterada, hasta avergonzada. Que bien. Yo también estaba

avergonzada, pero no sabía qué hacer. Intentar explicar situaciones como ésta nunca funciona. La gente siempre disfruta creyendo lo peor de ti. Así que ni lo intenté. Sólo me quede observándola. No me miró.

Después de un incómodo silencio, que hizo que el color le tiñera las mejillas, dijo:

—No sé qué decir. Pensé que mi hermano estaba ahí. Yo… —al final encontró mi mirada. Recobrada la calma, recordó su propósito. Podía verlo reconstruirse en esos ojos. Estaba aquí para algo más que sacar a su hermano de mi cama.

—¿Por qué demonios pensaba que Magnus estaba aquí?

—¿Puedo sentarme?

Le indiqué un asiento. Se sentó en una de las sillas con la espalda tensa, una postura perfecta. Mi madrastra, Judith, habría estado orgullosa. Me incliné sobre el brazo del sofá porque no podía sentarme con la Browning bajo los pantalones. No estaba segura de cómo se tomaría el que fuese armada, pero no quería que viera el arma. Algunas personas se congelan cerca de las armas de fuego. Figúrate.

—Sé que Magnus estuvo con usted anoche.

—¿Conmigo? —pregunté.

—No, quiero decir… —El calor subió sigilosamente otra vez por su cara—. No quiero decir contigo. Quiero decir que sé que le vio anoche.

—¿Él se lo dijo?

Negó, haciendo que el movimiento de su pelo pareciese pelaje sobre los hombros. Misteriosamente, era un fiel recordatorio de Magnus.

—Les vi juntos.

Estudié su cara, tratando de leer por encima de la vergüenza.

—Usted no estaba allí anoche.

—¿Dónde? —preguntó.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Cómo nos vio?

—Entonces, confiesa que le vio anoche —replicó. Su ansia volvió a la carga.

—Lo que quiero saber es cómo nos ha visto juntos.

Respiró hondo.

—Es mi trabajo.

—Magnus dijo que su hermana es mejor vidente que él. ¿Es verdad?

—¿Qué no le dijo? —preguntó. Estaba enojada otra vez. Las emociones

parecieron chocar, cambiando rápidamente en su cara y voz.

—No me dijo por qué escapaba de la policía.

Miró hacia abajo, hacia las manos apretadas sobre el regazo.

—No sé por qué escapó. No tiene ningún sentido —me miró—. Sé que no mató a esos chicos.

—Estoy de acuerdo —contesté.

La sorpresa se mostró en su cara.

—Pensé que podría decirle a la policía que él lo ha hecho.

Negué.

—No, les dije que él podría haberlo hecho. Nunca dije que lo hiciera.

—Pero… La detective estaba tan segura. Dijo que usted se lo había dicho.

Maldije suavemente en voz baja.

—¿La detective Freemont?

—Sí.

—No crea todo lo que dice, sobre todo de mí. No parezco gustarle mucho.

—Si usted no se lo dijo, entonces ¿por qué están tan seguros de que Magnus hizo esas cosas horribles? No tenía razones para matar a esas personas.

Me encogí de hombros.

—Magnus no está siendo buscado sólo por los asesinatos. ¿No se lo dijo nadie?

Negó con la cabeza.

—No. ¿Quiere decir que puede volver a casa?

Suspiré.

—No es tan sencillo. Magnus usó *encanto* con la policía para escapar. Eso, por sí solo, es un delito. La policía le matará si le ve, Sra. Bouvier. No se cortan cuando concierne a la magia. No puedo decir que les culpe.

—Les vi a los dos hablando fuera, a la intemperie.

—En realidad, sí le vi anoche.

—¿Se lo dijo a la policía?

—No.

Me observó.

—¿Por qué no?

—Magnus, seguramente, es culpable de algo, o no habría escapado, pero merece un trato mejor que el que está recibiendo.

—Sí —respondió—. Lo merece.

—¿Qué la hizo pensar que estaría en mi cama?

Miró hacia su regazo otra vez.

—Magnus puede ser muy persuasivo. No puedo recordar la ultima vez que una mujer le dijo que no. Le pido perdón por asumirlo de usted. —Se calló, echó un vistazo hacia el dormitorio, y de nuevo, a mí. Se sonrojó otra vez.

No iba a explicarle como acabé en mi cama con dos hombres. Desde luego, era obvio por la manta y la almohada que había dormido fuera. Era evidente.

—¿Qué quiere de mí, Sra. Bouvier?

—Quiero encontrar a Magnus antes de que acabe muerto. Pensé que podría ayudarme. ¿Cómo pudo traicionar a Magnus con la policía? Usted sabe lo que es ser diferente.

Quise preguntarle si yo lo mostraba, si podía ver *Nigromante* escrito en mi frente, pero no lo hice. Si la respuesta era sí, no estaba segura de querer saberlo.

—Si él no hubiera escapado, sólo lo hubieran interrogado. No tenían suficiente para detenerle. ¿Tiene alguna idea de por qué escapó?

Sacudió la cabeza.

—He tratado de pensar en algo, cualquier cosa, pero no tiene ningún sentido, Sra. Blake. Mi hermano es un poco inmoral, pero no es un mal chico.

No estaba segura de cómo se podía ser un poco inmoral, pero lo dejé pasar.

—Si él se entrega a mí, le acompañaré a la comisaría. Pero salvo eso, no sé que más puedo hacer.

—He ido a todos los sitios que he podido pensar, pero no estaba. Hasta comprobé el montículo.

—¿El montículo? —pregunté.

Me miró.

—¿No te dijo nada sobre la criatura?

Pensé en mentir y ver que información podía conseguir, pero la mirada de sus ojos me dijo que había fallado por completo.

—No mencionó a ninguna criatura.

—Por supuesto; si se lo hubiera dicho, la policía estaría allí abajo con dinamita. La dinamita no lo matará, pero eso haría que cayera nuestra

salvaguarda mágica, dándole la libertad.

—¿Qué criatura? —inquirí.

—¿Hay algo que Magnus le contara y no se lo haya dicho a la policía? —preguntó Dorcas.

Pensé en ello durante un segundo.

—No.

—Tenía razón al no decírselo.

—Tal vez, pero ahora trato de ayudarle.

—¿Se siente culpable? —indagó.

—Tal vez —contesté.

Me miró. Sus pupilas habían aumentado de nuevo y parecía casi normal. Casi.

—¿Cómo puedo confiar en usted?

—Posiblemente no pueda. Pero de verdad quiero ayudar a Magnus. Por favor, cuénteme, Sra. Bouvier.

—Tengo que tener su palabra de que no se lo dirá a la policía. Es en serio, Sra. Blake. Si la policía interfiere, podrían soltar a la criatura y la gente moriría.

Dudé, pero no podía ver ninguna razón por la que la policía tendría que saberlo.

—Bien, le doy mi palabra.

—Puedo no ser como Magnus con el *encanto*, pero un juramento a un *fae* es una cosa muy seria, Sra. Blake. Mentirnos suele salir mal.

—¿Es una amenaza?

—Piense en ello como una advertencia.

El aire se movió a nuestro alrededor como el calor que se desprende de una carretera. Sus ojos se removieron, como remolinos en miniatura.

Quizás debería enseñarle mi arma.

—No me amenace, Dorcas. No estoy de humor.

La magia pareció filtrarse como el agua que se escurre por una grieta a través de las rocas. Sabías que estaba todavía allí, bajo la superficie. Pero para alguien que había sido amenazada por hombres lobo y vampiros, palidecía en comparación. Magnus parecía tener la mayor parte del talento familiar. Magnus estaba por encima, en una escala espeluznante.

—Entonces entendámonos la una a la otra, Sra. Blake. Si se lo dice a la policía y ellos dejan suelta a la criatura, las muertes pesaran sobre su conciencia.

—De acuerdo, estoy advertida. Ahora hábleme de ello.

—¿Le contó Magnus sobre nuestro antepasado, Llyn Bouvier?

—Sí, fue el primer europeo en esta zona. Se casó en la tribu local, convirtiéndolos al Cristianismo. También era *fae*.

Afirmó.

—Trajo a otro *fae* con él.

—¿Una esposa? —pregunté.

—No, había capturado a uno de los *fae* menos inteligentes. Le encarceló en una caja construida mágicamente. Escapó y casi mató a la tribu entera de la que descendemos. Finalmente logró contenerle con la ayuda de un chamán indio, o sacerdote, pero nunca recobró el control sobre él. Lo más que podía hacer era encarcelarle.

—¿Qué tipo de *fae* trajo?

—Huesos Sangrientos no es sólo el nombre de nuestro local —dijo—. Es la abreviatura para Rawhead-Bloody Bones.

Mis ojos se agrandaron.

—Pero eso es un cuento de guardería, ¿por qué querría su antepasado capturarle? No tiene ningún tesoro, o deseo que quitar. ¿O estoy equivocada?

—No, está completamente en lo cierto. *Huesos Sangrientos* no tiene ninguna riqueza o magia para conceder deseos.

—Entonces, ¿por qué capturarle?

—La mayoría de los niños nacidos de humanos y sangre *fae* no poseen mucha magia.

—Eso es lo que dicen las leyendas —mencioné—. Pero Magnus ha demostrado que no es cierto.

—Llyn Bouvier hizo una especie de pacto para él y sus descendientes. Todos tendríamos poder *fae*, pero a un precio.

Parecía costarle mucho el contarlo, y yo ya estaba cansada.

—Sólo dígamelo, Sra. Bouvier. La incertidumbre es desesperante.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez que podría ser embarazoso el confesarlo? —preguntó.

—No. Si ese es el caso, pido perdón.

—Mi antepasado encarceló a un *Huesos Sangrientos* para así poder fabricar una poción de su sangre. Pero la poción tenía que ser rehecha periódicamente, y vuelta a tomar, o su magia le abandonaba.

La observé.

—¿Cómo se tomaron los otros *fae* esta pequeña idea?

—Fue obligado a huir de Europa, o le habrían matado. Entre nosotros está prohibido usarnos unos a otros de esa forma.

—Puedo ver el por qué.

—Su acto bárbaro nos dio el *encanto*. Poder. Pero todavía era comprado con sangre, Sra. Blake. Después de encerrar a *Huesos Sangrientos*, mi antepasado dejó su poción. Al final vio el mal que había echo. Aunque su poder se desvaneciera, sus hijos tenían el poder *fae* en su sangre. Y aquí estamos —concluyó.

—Entonces, ¿tenéis un *Huesos Sangrientos* escondido en una caja mágica en algún sitio? —pregunté.

Sonrió, e hizo que de repente su cara pareciera joven y encantadora. No tenía forma de juzgar su edad. No podía ver una sola arruga en esa cara.

—Cuando la magia falló la primera vez, *Huesos Sangrientos* creció a su tamaño natural. Es más grande que una persona, casi tan grande como un gigante. Está encerrado bajo un montículo de tierra y magia.

—¿Dice que casi eliminó a una tribu entera cuando escapó?

Afirmó. Suspiré.

—Tengo que ver donde está encerrado.

—Prometió…

—Prometí no decírselo a la policía, pero me acaba de decir que hay una criatura de un tamaño gigantesco capaz de una destrucción en masa encerrado cerca de aquí. Tengo que ver si es seguro, que no vayan a romperse las protecciones y empiece a matar gente.

—Le aseguro Sra. Blake, que nuestra familia ha podido controlarlo durante siglos. Sabemos lo que hacemos.

—Si no puedo decírselo a la policía, tengo que verlo por mi misma.

Se levantó, tratando de usar la altura para intimidarme. Ni de lejos lo consiguió.

—Y traerá a la policía, ¿verdad? ¿Cree que soy estúpida?

—No los llevaré, Sra. Bouvier, pero tengo que verlo. Si eso estallase y no los hubiera avisado, entonces sería mi culpa si muriesen.

—No puedes prepararte para *Huesos Sangrientos* —contestó—. Es inmortal, Sra. Blake, realmente inmortal. No puede morir. Podría cortarle la cabeza y no moriría. La policía solo puede empeorar la situación.

Tenía un punto a su favor.

—Aún así, tengo que verlo.

—Es una mujer obstinada.

—Sí, puedo ser un verdadero dolor en el culo, Sra. Bouvier. No le dé más vueltas, simplemente, lléveme a ver la prisión, y si es segura, les dejaré con ello.

—¿Y si no es lo bastante segura para usted? —preguntó.

—Nos ponemos en contacto con una bruja y veremos lo que recomienda.

Frunció el ceño.

—¿No iría a la policía?

—Si robaran en mi casa, llamaría a la policía. Si necesito ayuda con la magia, llamo a alguien que pueda hacer magia.

—Es una mujer extraña, Sra. Blake. No la entiendo.

—Ocurre muy a menudo a mí alrededor —comenté—. ¿He conseguido que me enseñe donde está encerrado *Huesos Sangrientos*, o no?

—De acuerdo, se lo mostraré.

—¿Cuándo?

—Sin Magnus estamos faltos de personal en el bar, así que hoy no. Venga al bar mañana alrededor de las tres. La llevaré desde allí.

—Tengo un compañero de trabajo que me gustaría llevar —dije.

—¿Uno de esos del dormitorio?

—No.

—¿Por qué quiere traerle?

—Porque le estoy entrenando y, ¿cuándo podrá volver a ver la magia *fae* otra vez?

Pareció pensar en ello durante un minuto, luego asintió con la cabeza.

—Está bien, puede traer a otra persona, pero a nadie más.

—Confíe en mí, Sra. Bouvier, uno es suficiente.

—Mis amigos me llaman Dorrie —dijo, y me tendió la mano.

—Soy Anita.

Sacudí la mano. Tenía un apretón agradable, firme para una mujer. Sexista, pero cierto. La mayoría de las mujeres no parecen saber dar un buen apretón de manos.

Sostuvo mi mano entre la suya, que era más grande. Cuando la retiró, recordé la clarividencia de Magnus. Dorrie giró esos ojos enormes, extraños para mí. Se sostuvo la mano en el pecho, como si le doliera.

—Veo sangre, dolor y muerte. Les gusta seguirla como una nube, Anita Blake.

Vi filtrarse el miedo en sus ojos. Horror por un breve vislumbre que había tenido de mí, mi vida, mi pasado. No aparté la mirada. Si no estás avergonzado, no tienes por que apartarla. A veces preferiría un trabajo diferente, pero es lo que hago, soy quién soy.

La visión se desvaneció de sus ojos y parpadeó.

—No te subestimaré, Anita.

Dorrie pareció normal otra vez, o tan normal como parecía cuando entró, que no era mucho. Por primera vez la miré y me pregunté si realmente veía lo que estaba allí. ¿O estaba usando ahora el *encanto* en mí para parecer normal? ¿Para parecer menos poderosa de lo que era?

—Te devolveré el favor, Dorrie.

Me dirigió esa encantadora sonrisa otra vez que la hacía parecer joven y vulnerable. ¿Ilusión? Tal vez.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana —contesté.

Se marchó y cerré con llave la puerta detrás de ella. La familia de Magnus era la guardiana de un monstruo. ¿Tenía esto algo que ver con que escapara? Dorrie no pensaba que fuera una razón. Ella debía saberlo. Pero había una sensación de poder en el habitación, que hacía circular suaves corrientes de aire. Un soplo, apenas perceptible, de magia en el aire, como un perfume, y no lo supe hasta justo antes de que se marchara. Tal vez Dorrie era tan buena con el *encanto* como Magnus, sólo que más sutil. ¿Podría realmente confiar en Dorrie Bouvier? Hmmm.

¿Por qué había preguntado si Larry podía ir? Porque sabía que le gustaría. Hasta podría arreglar lo de tratarle tan mal delante de Jason. Pero estando aquí, sintiendo el poder de Dorrie Bouvier como un fantasma en el aire, no estaba segura que fuera una buena idea. Ah, maldición, sabía que no lo era, pero yo iría, y Larry también. Él tenía derecho a ir. Hasta tenía derecho a ponerse en peligro. No podía esconderle para siempre. Iba a tener que aprender a cuidarse de sí mismo. No me gustaba, pero sabía que era la verdad. No estaba lista para soltar amarras, pero iba a tener que extenderlas un poco. Iba a echarle un cabo a Larry. Esperaba que no se ahorcara.



VEINTIDOS

Dormí la mayor parte del día, y cuando me desperté, descubrí que nadie me dejaría jugar. Todos corrían asustados por la amenaza de demanda de los Quinlan, y yo era persona *non grata* en todas partes a las que intentaba ir. El agente Bradford me mandó al cuerno y, amenazó con hacerme encarcelar por obstrucción a la justicia y obstaculización de una investigación policial. Eso es gratitud. Un día modelo. La única persona que me hablaba era Dolph. Todo lo que podía decirme era que no habían encontrado ninguna pista de Jeff Quinlan, o del cuerpo de su hermana. Tampoco nadie había visto a Magnus. Los policías interrogaban a gente buscando pistas, mientras, yo cruzaba mis pulgares, pero nadie conseguía nada útil.

Contemplé el anochecer con una sensación de alivio, al menos ahora podríamos seguir intentándolo. Larry había vuelto a su cuarto. No había preguntado. Quizás quiso darme un poco de intimidad con Jean-Claude. Un

pensamiento aterrador. Al menos Larry me hablaba. Era agradable que alguien lo hiciera.

Abrí las cortinas y miré el regreso de la noche. Me había cepillado los dientes en la habitación de Larry. Mi propio cuarto de baño estaba, de pronto, fuera de mis límites. No quería ver a Jason desnudo, y seguramente, no quería ver a Jean-Claude. Por eso tomé prestada durante el día una parte de la habitación de Larry.

Oí que la puerta del dormitorio se abría, pero no me giré. De alguna forma sabía quién era.

—Hola, Jean-Claude.

—Buenas noches, *ma petite*.

Me giré. La habitación estaba casi a oscuras. La única luz provenía de las farolas del exterior y del cartel encendido del hotel. Jean-Claude se movió hacia aquel resplandor apenas perceptible. La camisa tenía un cuello tan alto que se lo cubría completamente. Los botones de nácar lo sujetaban en alto, de modo que la cara estaba enmarcada por la tela blanca. Debía tener una docena de brillantes botones en la pechera plisada de la camisa. Una chaqueta negra de cintura alta, que era casi demasiado negra para verla, escondía las mangas. Sólo se veían los puños de la camisa; anchos y rígidos, que tapaban las manos. Levantó una a la luz y los puños se doblaron hacia atrás con facilidad, para darle mayor amplitud al movimiento. Los ajustados pantalones negros estaban por dentro de otro par de botas negras. Subían a lo largo de las piernas, de forma que estaba envuelto en cuero; negro sobre negro, las correas sostenían el suave cuero en su lugar.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Sí, es fantástico.

—¿Fantástico? —Había un resquicio de humor en esa palabra.

—¿No puedes, simplemente, recibir un cumplido? —contesté.

—Mis disculpas, *ma petite*. Fue un cumplido. Gracias.

—Ni lo menciones. ¿Podemos ir ahora a por tu ataúd?

Se apartó de la luz, no podía ver su cara.

—Lo haces parecer tan simple, *ma petite*.

—¿No lo es?

Silencio, tan denso que el cuarto se sintió vacío. Casi le llamé, pero caminé hacia la barra y encendí las luces situadas por encima de ella. La luz blanca resplandeció en la oscuridad como una cueva iluminada. Me

sentí mejor con la luz. Pero de espaldas hacia donde creía que él debía estar, no podía sentir a Jean-Claude. Sentía la habitación vacía. Me di la vuelta y allí estaba él, sentado en una de las sillas. Incluso cuando le miré, no había ninguna sensación de movimiento. Parecía una imagen en movimiento con el interruptor en pausa.

—Desearía que no hicieras eso —dije.

Giró la cabeza y me miró. Los ojos eran sólida oscuridad. La tenue luz recogió chispas azules en ellos.

—¿El qué, *ma petite*?

Sacudí la cabeza.

—Nada. ¿Qué hay de complicado esta noche? Me parece que no me lo estas contando todo.

Se quedó de pie durante un movimiento, como si se saltara parte del proceso y de repente ya estuviera en pie.

—Está recogido en nuestras reglas que Serephina me desafíe esta noche.

—¿Ese es el nombre del maestro, Serephina?

Afirmó con la cabeza.

—¿No crees que se lo diga a la policía?

—Te llevaré con ella, *ma petite*. No habrá tiempo de que hagas el tonto por tu impaciencia.

Si hubiera pasado todo el día encerrada sin nada que hacer, pero hubiera sabido el nombre, ¿habría tratado de encontrarla yo sola? Sí, lo habría hecho.

—Bien, vamos.

Él caminó a través de la habitación sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—*Ma petite*, ¿entiendes lo que significar si me desafía esta noche?

—Significa que luchamos contra ellos, ¿verdad?

Dejó de pasearse y entró en la zona iluminada. Se deslizó sobre uno de los taburetes de la barra.

—No hay nada de miedo en ti, ninguno.

Me encogí de hombros.

—El miedo no ayuda. Estar preparada lo hace. ¿Tienes miedo de ella? —Le miré intentando leer aquella máscara encantadora.

—No temo su poder. Creo que nos acercamos a igualarla, pero digamos que tengo cuidado. Aunque seamos iguales, aún estoy en su territorio con sólo uno de mis lobos, mi siervo humano, y Monsieur Lawrence. Este no es

el espectáculo de fuerza que habría elegido para enfrentarla después de dos siglos.

—¿Por qué no trajiste a más personas? Más *werewolves*, quiero decir.

—Si hubiera tenido tiempo para conseguir más séquito lo habría hecho, pero con la prisa… —me miró—, no he tenido tiempo para negociar.

—¿Estás corriendo peligro?

Se rió, y no sonó del todo agradable.

—Si estoy en peligro, preguntas. Cuando el Consejo me preguntó si dividiría mis tierras, prometieron poner en este lugar alguien de igual poder, o menor que el mío. Pero lo que no esperaban era que yo entrara en su territorio tan desprotegido.

—¿Quiénes? ¿Qué Consejo?

Ladeó la cabeza.

—¿De verdad has rondado entre nosotros durante tanto tiempo y no has escuchado nada sobre nuestro Consejo?

—Sólo cuéntamelo —respondí.

—Tenemos un Consejo, *ma petite*. Ha existido durante mucho tiempo. No es tanto un organismo rector como un tribunal, quizás policía. Antes de que tus tribunales nos hicieran ciudadanos con derechos teníamos muy pocas reglas, y sólo una ley. No llamas la atención hacia ti. Esta es la ley que Tepes olvidó.

—¿Tepes? —contesté—. ¿Vlad Tepes? ¿Quieres decir Drácula?

Jean-Claude me miró. Su cara estaba totalmente en blanco, sin alguna expresión. Parecía una estatua especialmente encantadora, si los ojos de una estatua pudieran brillar como zafiros. No podía leer el inexpresivo rostro, tampoco es que quisiera.

—No te creo.

—¿Sobre el Consejo, nuestra ley, o Tepes?

—La última parte.

—Ah, te aseguro que le matamos de verdad.

—Lo dices como si hubieras estado allí cuando sucedió. ¿Murió cuando, en el 1300?

—¿Fue en el 1476 o en 1477? —Gesticuló exageradamente intentando recordar.

—No eres tan viejo —indiqué.

—¿Estás segura, *ma petite*? —Giró esa cara alarmantemente en blanco hacia mí, hasta los ojos estaban muertos y vacíos. Fue como mirar una

muñeca bien hecha.

—Sí, estoy segura.

Sonrió y suspiró. La vida, a falta de una palabra mejor, regresó a su cara, al cuerpo. Era como el despertar a la vida de Pinocho.

—Mierda.

—Es agradable saber que todavía puedo asustarte de vez en cuando, *ma petite*.

Lo dejé pasar. Sabía exactamente el efecto que tenía en mí.

—Si Serephina es tu igual, entonces tú te encargas de ella, y yo dispararé a todos los demás.

—Sabes que no será tan sencillo.

—Nunca lo es.

Me observó, sonriendo.

—¿Realmente crees que te desafiará?

—No, pero quería que supieras que podría.

—¿Hay algo más que deba saber?

Amplió la sonrisa, permitiéndome ver la punta de sus colmillos. Se veía maravilloso a la luz. La piel era pálida, pero no demasiado. Le toqué la mano.

—Estás caliente.

Me miró.

—Sí, *ma petite*, ¿y qué?

—Has dormido todo el día. Deberías estar frío al tacto hasta que te hayas alimentado.

Me miró con sus profundos ojos.

—Mierda —dije.

Fui al dormitorio. No trató de pararme. No lo intentó. Me puso nerviosa. Casi corría cuando golpeé la puerta.

Todo lo que podía ver era una pálida silueta en la cama. Encendí la luz junto a la puerta. La luz era deslumbrante y cruel.

Jason se encontraba sobre el estómago, su brillante pelo rubio contra las oscuras almohadas. Estaba desnudo salvo por un slip azul. Caminé hacia la cama, contemplando su espalda, deseando poder notar su respiración. Cuando estaba casi en ella, logré verle respirar. Algo que oprimía mi pecho se soltó.

Tuve que arrodillarme en el borde de la cama para alcanzarle. Le toqué el hombro. Se movió bajo mi mano. Le hice rodar sobre un lado, y no trató

de ayudarme. Estaba totalmente pasivo. Miró hacia arriba, hacia mí, con párpados pesados. Dos finas líneas rojas le fluían por el cuello. No era mucha sangre, al menos, no derramada sobre las sábanas. No tenía ninguna forma de saber cuánta había perdido. Cuánto había tomado Jean-Claude.

Jason se rió de mí. Era una sonrisa lenta y perezosa.

—¿Estás bien?

Deslizó una mano alrededor de mi cintura mientras rodaba sobre su espalda.

—Tomaré eso como un sí.

Traté de alejarme de la cama, pero su brazo era firme a mí alrededor, sujetándome. Me derribó sobre su pecho. Saque la Browning durante la caída. Podría haberme detenido, pero no lo intentó.

Empujé el arma contra sus costillas. Mi otra mano presionaba contra su pecho desnudo tratando de mantener la cara un poco por encima de él. Levantó el rostro hacia mí.

—Apretaré el gatillo.

Detuvo la cara a unos centímetros de la mía.

—Me curaré.

—¿Un beso vale lo suficiente como para conseguir un agujero en el costado?

—No lo sé —contestó—. Todos los demás parecen pensar que sí. —Su cara se movió despacio hacia mí, dándome tiempo suficiente para decidir.

—Jason, suéltala, ahora. —La voz de Jean-Claude inundó el dormitorio de diminutos ecos.

Jason me dejó ir. Me deslicé de la cama con el arma aún en la mano.

—Necesito a mi lobo esta noche, Anita. Trata de no dispararle hasta que hayamos visto a Serephina.

—Dile que deje de insinuarse —contesté.

—Ah, lo haré, *ma petite*, lo haré.

Jason se echó hacia atrás contra las almohadas. Levantó una rodilla y cruzó las manos sobre su estómago. Se veía relajado, lascivo, pero los ojos se quedaron fijos en Jean-Claude.

—Eres casi la mascota perfecta, Jason, pero no me provoques.

—Nunca dijiste que ella estuviera fuera de mis de límites.

—Lo digo ahora —contestó Jean-Claude.

Jason se sentó en la cama.

—Seré un perfecto caballero de aquí en adelante.

—Sí —dijo Jean-Claude—. Lo vas a ser. —Estaba en el umbral de la puerta, y aún se veía maravilloso, pero peligroso. Podías sentirlo al entrar en la habitación, en el susurro de esa voz—. Déjanos unos minutos, *ma petite*.

—No tenemos tiempo para esto —contesté.

Jean-Claude me miró. Los ojos eran todavía de un duro azul medianoche, el blanco había desaparecido.

—¿Le estás protegiendo?

—No quiero que le hagas daño sólo porque se propasó conmigo.

—Aún así, le habrías disparado.

Me encogí de hombros.

—Nunca dije que fuera coherente, sólo seria.

Jean-Claude se rió. El abrupto cambio de humor hizo que tanto Jason como yo saltásemos. Su risa era deliciosa y espesa como el chocolate, como si pudieras lanzarla al aire y comértela.

Eché un vistazo a Jason. Miraba a Jean-Claude de la forma en que un perro bien entrenado miraría a su amo, buscando pistas de lo que su amo querría después.

—Vístete lobo, y tú, *ma petite*, también deberías cambiarte.

Llevaba puestos unos vaqueros negros y un polo azul cobalto.

—¿Qué le pasa a lo que llevo puesto?

—Debemos alardear esta noche, *ma petite*. No te lo diría si no fuera importante.

—No pienso ponerme un vestido.

Sonrió.

—Por supuesto que no. Sólo algo un poco más elegante. Si tu joven amigo no tiene algo adecuado, creo que él y Jason son del mismo tamaño. Estoy seguro de que podríamos encontrarle algo.

—Tendrás que decírselo tú a Larry.

Jean-Claude me miró durante un segundo.

—Como quieras, *ma petite*. Ahora, ¿puedes dejar a Jason para que se vista? Me quedaré aquí hasta que hayas elegido un atuendo más apropiado.

Quise discutir. No me gusta que me digan qué ponerme y qué no. Pero lo dejé pasar. Había estado lo suficiente con vampiros para saber que admiran lo espectacular, o lo peligroso. Si Jean-Claude decía que teníamos que hacer un espectáculo de esto, tal vez tenía razón. No me mataría disfrazarme un poco. Podía causar nuestra muerte si me negaba. Sólo que

no conocía las reglas en esta situación. Sospechaba que no había ninguna.

No había hecho las maletas pensando que tendría una reunión con un Maestro Vampiro, así que mis opciones estaban algo limitadas. Me conformé con una blusa roja de cuello alto anudada al frente con una cinta. Los puños tenían pequeños volantes en las mangas. Era una mezcla entre una blusa victoriana y una camisa clásica. Me habría visto muy seria si no fuera por el rojo chillón. Odiaba la idea de llevarlo puesto porque sabía que a Jean-Claude le gustaría. Excepto por el color, era parecido a algo que él podría usar.

Me puse la chaqueta multiusos negra sobre la blusa. Con ambas armas, ambos cuchillos y una cruz alrededor del cuello por dentro de la blusa; estaba preparada para ir.

—*Ma petite*, ¿podemos salir?

—Claro.

Abrió la puerta y recorrió todo de un vistazo.

—Estas espléndida, *ma petite*. Aprecio el maquillaje.

—Con el rojo parezco pálida sin él.

—Por supuesto, ¿tienes otros zapatos?

—Sólo tengo los Nikes y los de tacón alto. Me muevo mejor con los Nikes.

—La blusa es más de lo que esperaba, deja las zapatillas de deporte. Al menos son negras.

Jason salió del dormitorio. Llevaba puesto unos pantalones de cuero negro lo bastante apretados como para que notara que no llevaba ropa interior. La parte superior era vagamente oriental, con uno de aquellos cuellos rígidos y un botón negro del tipo del que se abrocha con un cordón. Las mangas eran abullonadas y el cuello de un suave azul brillante que hacía juego a la perfección con sus ojos. Estaba bordada en un amarillo tan oscuro que parecía de oro, y hacía más oscuro al azul. Las mangas, el cuello y el borde de la tela estaban bordados en negro. Cuando Jason se movió, la camisa se abrió un poco, lo suficiente para ver parte de su estómago desnudo. Las suaves botas negras de montar a caballo subían hasta encima de las rodillas.

—Bien, ya sé quién es tu sastre —dije. Iba a ir penosamente sin arreglar.

—Si llamas a Monsieur Kirkland…, cuando esté vestido podremos irnos.

—Larry puede no querer cambiarse.

—Entonces no lo hará. No le forzaré.

Le miré, no completamente segura de si creerle, pero traje a Larry. Consintió en entrar al dormitorio y ver que otras fruslerías había en el equipaje, pero no prometió cambiarse.

Salió llevando puesto aún su vaquero azul oscuro y las Nikes. Había cambiado la camiseta por una camisa de vestir de seda, de un rico y vibrante azul. Lo que hacía que sus ojos parecieran aún más azules que de costumbre. Una chaqueta de cuero negra, que le estaba sólo un poco grande de hombros, escondía la pistolera. Supongo que era una mejora de las camisas de franela de gran talla que había estado usando. El cuello de la camisa estaba extendido sobre la chaqueta de modo que le enmarcara el rostro.

—Deberías ver algunas cosas de ahí dentro —indicó Larry. Sacudió la cabeza como si todavía no pudiera creerlo—. No sabría como meterme dentro de algunas de ellas.

—Te queda bien —comenté.

—Gracias.

—¿Podemos irnos ya? —pregunté.

—Sí, *ma petite*, podemos irnos. Será interesante ver a Serephina después de dos siglos.

—Sé que esto es como volver a casa para ti, pero te recuerdo por qué estamos aquí —dije—. Xavier tiene a Jeff Quinlan. ¿Quién sabe lo que le está haciendo? Le quiero a salvo. Es la segunda noche. Tenemos que encontrarle en ésta o buscar a alguien que pueda.

Jean-Claude asintió con la cabeza.

—Entonces vayámonos, *ma petite*. Serephina nos espera.

Parecía impaciente, como si tuviera ganas de verla. Por primera vez me pregunté si Serephina y él habían sido amantes. Sabía que Jean-Claude no era virgen. Lo sé, es verdad. Pero saber que ha tenido amantes y conocerlas, son dos cosas distintas. Comprendí de golpe que ambas me molestaban.

Se rió de mí, como si supiera lo que pensaba. El blanco de los ojos había reaparecido. Eso hacía que parecieran casi humanos. Casi.



VEINTITRES

Jean-Claude caminó a través del aparcamiento, con las botas y la chaqueta. Parecía como si alguien tuviera que sacarle una foto, o pidiéndole un autógrafo. El resto de nosotros le seguíamos como su séquito. Que era lo que éramos, tanto si me gustaba como si no. Pero por salvar a Jeff Quinlan sería un poco servil. Incluso le lamería el culo si fuera por una causa lo bastante buena.

—¿Conduces tú o me das la dirección de la casa de Serephina? —pregunté.

—Te diré donde girar cuando llegue el momento.

—¿Crees que voy a ir corriendo a la policía con la dirección de la casa?

—No —contestó. Fue todo lo que dijo.

Le miré ceñuda, pero entramos en el Jeep. Adivina quién ocupó el asiento delantero.

Condujimos hacia la carretera, la Franja. El tráfico era denso. Con el

tráfico tan mal, podía llevar un par de horas recorrerla. Jean-Claude me hizo coger un pequeño camino. Parecía un camino que conducía a otro lugar, pero resultó ser una carretera de acceso. Si conocías el lugar por las carreteras más pequeñas, podías evitar la mayor parte de la congestión.

Nunca conocería la calle principal de Branson, pero fuera de la vista, sobre la siguiente colina, estaban las verdaderas Ozarks. Montañas, bosques, casas donde vive la gente que no es turista. En la Franja todo es de neón y artificial, después de quince minutos, nos vimos rodeados de árboles en un camino que serpenteaba por las Montañas Ozark.

La oscuridad se cernió sobre el Jeep. La única luz venía del brillo de las estrellas que adornaban la noche, y el túnel de mis propios faros.

—Pareces tener muchas ganas de ver a Serephina hasta con tu ataúd perdido —comenté.

Jean-Claude se giró en su asiento todo lo que el cinturón de seguridad le permitió. Había insistido en que todos los llevaran puestos, lo que divirtió al vampiro. Supongo que era tonto hacer que un muerto se lo abrochara, pero oye, conducía yo.

—Creo que Serephina todavía piensa en mí como el joven vampiro que ella conoció hace siglos. Si pensara en mí como un adversario digno de respeto se habría enfrentado a mí, o directamente, a mis subordinados. No sólo habría robado el ataúd. Es presumida.

—Hablando de sus subordinados —comentó Larry desde el asiento de atrás—, ¿está seguro de que no está siendo demasiado confiado?

Jean-Claude echó un vistazo atrás.

—Serephina era unos siglos más vieja cuando la encontré. Los límites de los poderes de un vampiro están bien establecidos después de dos o tres siglos. Conozco sus límites, Lawrence.

—Deje de llamarme Lawrence. Mi nombre es Larry.

Jean-Claude suspiró.

—Le has entrenado bien.

—Ya llegó así —contesté.

—Lástima.

Jean-Claude lo hizo sonar como un hostil reencuentro familiar, ¿o era un *oxímoron*? Esperaba que tuviera razón, pero hay una cosa que he aprendido sobre vampiros: siguen sacando conejos nuevos de sus sombreros. Grandes, con colmillos, conejitos carnívoros que se comerán tus globos oculares si no prestas atención.

—¿Cuál es el trabajo del chico lobo de ahí detrás?

—Hago lo que me dicen —contestó Jason.

—Genial.

Condujimos en silencio. Jean-Claude charlaba raramente, y yo no estaba de humor. Podríamos tener todos una visita agradable, pero por ahí en algún sitio, Jeff Quinlan había despertado a su segunda noche al tierno cuidado de Xavier. Ese tipo de cosas me arruinaban el humor.

—Tienes que girar justo delante a tu derecha, *ma petite* —la voz de Jean-Claude me hizo saltar. Me había hundido en el silencio y la tranquila oscuridad de la carretera.

Reduje la marcha del Jeep. No quería pasarme el desvío. Un camino de grava, como otros cien caminos de grava, salía de la carretera. No había nada que lo destacara. Nada especial.

Era estrecho con unos árboles que crecían tan cerca a ambos lados, que parecía que conducía por un túnel. Las desnudas ramas de los árboles se entrecruzaban a nuestro alrededor, como piezas de una pared. Los faros se deslizaban sobre unos árboles casi despojados, saltando cuando el Jeep rebotaba sobre un bache. Desnudos dedos de madera golpeaban el techo del Jeep. Estaba malditamente cerca de ser claustrofóbico.

—Vaya —dijo Larry. Había presionado la cara contra el cristal oscuro todo lo que el cinturón de seguridad le permitía—. Si no supiera que hay una casa al final de este camino, daría la vuelta.

—Esa es la idea —dijo Jean-Claude—, muchos de los más viejos valoran su intimidad por encima de casi todo lo demás.

Los faros enfocaron un surco que atravesaba todo el camino. Parecía un barranco donde el agua de la lluvia había desgastado el camino durante décadas.

Larry se inclinó contra el respaldo del asiento, apretándose con el cinturón de seguridad.

—¿A dónde fue el camino?

—El Jeep puede hacerlo —comenté.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Bastante segura.

Jean-Claude se había recostado hacia atrás en el asiento. Parecía totalmente relajado, casi despreocupado, como si escuchara una música que yo no podía oír, pensando algo que yo nunca entendería.

Jason se inclinó hacia delante, poniendo una mano en la parte trasera de

mi asiento.

—¿Por qué no pavimenta el camino? Lleva aquí casi un año.

Eché un vistazo hacía atrás, mirando a Jason. Era interesante averiguar que sabía más sobre los negocios de Jean-Claude que yo.

—Este es su foso —dijo Jean-Claude—, su barrera contra los curiosos. Muchos encuentran duro de aceptar nuestro nuevo estatus, y todavía no han salido del armario.

Las ruedas se deslizaron sobre el borde. Parecía conducir por un cráter. Milagrosamente, el Jeep avanzó lentamente hacía el otro lado. Si hubiéramos ido en coche, habríamos tenido que andar.

El camino seguía hacia arriba cien metros aproximadamente y, de repente, al lado derecho del camino había una apertura. No parecía lo bastante grande para atravesarla con el Jeep, no sin mandar al diablo la pintura. Lo único que lo indicaba era la claridad de la luna que palpitaba contra la oscuridad de los árboles. Tanta luz significaba que había algo allí. La hierba había crecido hasta dispersar la grava que podría haber sido alguna vez una calzada.

—¿Es esto? —pregunté sólo por asegurarme.

—Eso creo —contestó Jean-Claude.

Conduje el Jeep hacía los árboles y escuché el golpe de las ramas a los lados. Esperaba que la compañía de Stirling fuera dueña del Jeep, y no que sólo lo hubiera alquilado. Avanzamos lentamente traspasando los árboles con un último rasguño metálico. Un acre de campo abierto se extendía ante nosotros, bordeado por la plateada luz de la luna. La hierba estaba masacrada, como si alguien la hubiera cortado el otoño pasado y, la hubiera dejado amontonada y olvidada durante el invierno. Había un huerto descuidado detrás de la casa. La tierra se elevaba en una suave cuesta, hacia el pie de una montaña.

Justo más allá del césped, la hierba era salvaje, espesa e intacta.

Una casa se asentaba en mitad de la suave cuesta. La casa era gris plata a la luz de la luna. Con manchas de pintura adheridas aquí y allí, como los últimos tristes trozos de ropa de una víctima de accidente. Un gran pórtico de piedra adornaba el frontal de la casa, escondiendo la puerta y las ventanas en las sombras.

—Apaga las luces, *ma petite*.

Miré aquel oscuro pórtico y no quise apagarlas. La luz de la luna debería haber penetrado entre aquellas sombras.

—*Ma petite*, las luces.

Las apagué. La luz de la luna nos bañó como un aire palpable. El pórtico todavía estaba oscuro, como una taza de tinta. Jean-Claude se quitó el cinturón de seguridad y se deslizó. Los chicos siguieron su ejemplo. Salí la última.

Unas piedras grandes y planas estaban colocadas sobre la hierba, formando un camino curvado que conducía hasta el pórtico. Había una gran ventana a un lado de la desconchada puerta. El cristal era irregular. Alguien había clavado tablones de madera detrás de la ventana rota para no dejar pasar el aire de la noche.

La ventana más pequeña, al otro lado de la puerta, estaba intacta, pero tan cubierta de mugre que era ciega. Las sombras eran viscosas y parecían lo bastante espesas como para tocarlas. Me recordó a la oscuridad que llega detrás del balanceo de una espada. Pero no era tan densa. Podía ver en esa oscuridad. No había nada allí, excepto sombras.

—¿Qué sucede con las sombras? —pregunté.

—Un truco de salón —dijo Jean-Claude—, nada más.

Avanzó sin mirar atrás. Si estaba preocupado, no lo mostró. Jason se deslizó detrás de él. Larry y yo sólo nos acercamos. Era lo mejor que podíamos hacer. Las sombras estaban más frías de lo que deberían, y Larry tembló a mi lado. Pero no había sentido ningún poder en ellas. Como Jean-Claude había dicho, un truco de salón.

La puerta metálica había sido arrancada de los goznes. Hacía parecer el pórtico roto y olvidado. Aun con la protección que ofrecía el porche, la puerta interior estaba torcida y desconchada, expuesta demasiado al tiempo. Las hojas se amontonaban en los bordes de las verjas de hierro del porche, hasta donde el viento las había llevado.

—¿Está seguro que es aquí? —preguntó Larry.

—Estoy seguro —dijo Jean-Claude.

Entendía la pregunta. Si no hubiera sido por las sombras, habría dicho que la casa estaba abandonada.

—Las sombras desalentarían a cualquier visitante ocasional —indiqué.

—Bueno, yo no vendría aquí para *truco o trato* —contestó Larry.

Jean-Claude nos echó un vistazo.

—Viene nuestra anfitriona.

La puerta, llena de agujeros, se abrió. Había esperado un chirrido de goznes oxidados, pero se abrió suavemente. Había una mujer de pie en la

entrada. El espacio tras ella era oscuro, su silueta se recortaba entre la oscura habitación y la noche. Pero hasta en la oscuridad sabía dos cosas: era una vampira, y no era lo bastante antigua para ser Serephina.

La vampira era sólo unos centímetros más alta que yo. Levantó una vela sin encender en una mano. El vello del cuello se me erizó cuando un hilito de poder se deslizó por el espacio. La vela llameó a la vida, dejando danzar estrellitas a través de mi visión nocturna.

La vampira tenía el pelo castaño y corto, el de a ambos lados de la cabeza había sido afeitado. Aros de plata brillaban en la curva de sus orejas. Un pendiente largo pendía de la oreja izquierda. Era una hoja verde de esmalte en una cadena de plata. Llevaba puesto un vestido de cuero rojo ceñido en la parte superior, lo sabía igual que había sabido en la oscuridad que era una chica. La falda del vestido caía hasta los tobillos, suelto una vez que pasaba las caderas. Cuero auténtico, *wow*.

Nos sonrió abiertamente, mostrando los colmillos ocasionalmente.

—Soy Ivy. —Su voz tenía un toque de risa, pero a diferencia de la risa de Jean-Claude que siempre se siente vagamente sexual o recia, la suya era aguda como el cristal roto, destinada a dañar y a aterrorizar, no a estimular —. Entre en nuestra casa, y sea bienvenido.

Las palabras me parecieron demasiado formales, como un discurso ensayado o un conjuro que no entiendes.

—Gracias Ivy, por su invitación tan generosa —dijo Jean-Claude. De repente le sostenía la mano. No le había visto levantarla. No le había visto moverse. Era como si me hubiera perdido una escena de la película. Por la mirada en la cara de Ivy, ella también. Pareció enfadarla.

Jean-Claude levantó la mano, muy despacio, hacia sus labios. Nunca apartó los ojos de ella. De la forma en que te inclinarías ante alguien en un dj, porque si apartas la mirada puede patearte el trasero.

Una línea de cera goteó por un lado de la vela blanca. Ella la sostenía con el puño desnudo, sin ningún candelabro. Jean-Claude, despacio, levantó la mano y posó los labios sobre el dorso de ésta. La cera goteó más rápido de lo que debía.

Liberó la mano a tiempo para salvarse, pero ella se mantuvo allí, de pie, dejando gotear por la piel la cera caliente. Sólo un débil parpadeo en sus ojos mostró que le dolió. Dejó endurecerse la cera en la mano. Un enrojecimiento apenas visible se extendió por la línea de cera. Lo ignoró.

Ninguna cera más goteó de la vela. Por lo general, cuando una vela se

derrite tan pronto, sigue derritiéndose. La cera hizo un pequeño agujero dorado en la parte superior de la vela, como una gota de agua bajo presión.

Miré de un vampiro al otro y sacudí la cabeza. ¿Os dice algo el término *infantil*? Sin embargo, no lo dije en voz alta. Por lo que sabía, era una especie de antiguo ritual de vampiros. Aunque sinceramente, lo dudaba bastante. Maldita sea.

—¿No van a entrar sus compañeros? —Ivy se apartó con un crujido de la falda de cuero, sosteniendo la vela en alto e iluminando nuestro camino.

Jean-Claude dio un paso hacia el otro lado de la puerta, así que tendríamos que pasar entre los dos vampiros para entrar en la casa. Confiaba en que Jean-Claude no me mordería. Hasta confiaba en él para evitar que Ivy me mordiera. Pero no me gusta cuanto Jean-Claude se divierte. Me pone nerviosa. Nunca he estado alrededor de ningún vampiro que se lo pase bien, y que no se ponga horroroso.

Jason camino entre ellos al interior de la casa. Larry me miró. Me encogí de hombros y entré. Él me pisó los talones confiando en que si yo entraba estaría bien. Probablemente así sería. Probablemente.



VEINTICUATRO

La puerta se cerró tras nosotros, no creo que nadie la cerrara, al menos no con las manos. Protegida o no, estas pequeñas demostraciones de poder me alteraban los nervios.

El aire en la estancia estaba completamente quieto, y añejo. Olía a rancio y seco, con un fondo mohoso. Sabías hasta con los ojos cerrados que estas habitaciones habían estado vacías durante mucho tiempo. Había un marco abierto a la izquierda que conducía a una estancia más pequeña. Podía ver una cama con colcha y almohadas, tan cubiertas de polvo que parecían grises. Un espejo de pie apoyado en una esquina reflejaba el cuarto vacío.

No había ningún mobiliario en la sala de estar. El suelo de madera estaba cubierto de polvo. El dobladillo del vestido de Ivy se arrastraba sobre el denso polvo mientras caminaba hacia una puerta de la pared de enfrente. Una delgada línea de luz salía por debajo de ella. Dorada y más

fuerte que la electricidad. Apostaba que por más velas.

La puerta se abrió antes de que Ivy la alcanzara. Una rica ola de luz se dispersó, más brillante de lo que debería haber sido al haber estado demasiado en la oscuridad. Había un vampiro de pie recortado por la luz. Era bajo y delgado, con una cara demasiado joven para ser hermoso, más bien agraciado. Estaba tan recién muerto que la piel aún mantenía el bronceado que había conseguido en la playa o lago, o algún otro lugar bañado por el sol. Parecía terriblemente joven para estar muerto. Debía tener dieciocho años, porque más joven era ilegal, pero aun parecía delicado y a medio terminar. Menor de edad para siempre.

—Soy Bruce. —Pareció vagamente avergonzado. Tal vez era por la ropa. Estaba vestido con un esmoquin completo gris pálido, con cola y una tira gris carbón bajando por el exterior de la pernera de los pantalones. Los guantes eran blancos e iban a juego con lo que se veía de la camisa. El sedoso chaleco era de gris. La pajarita y la faja, de un rojo a juego con el vestido de Ivy. Parecía que iban a una fiesta de graduación.

Dos candelabros del tamaño de un hombre estaban situados a ambos lados de la puerta, llenando el espacio de movimiento y luz dorada. El cuarto más lejano era dos veces el tamaño de la sala de estar, lo más seguro es que originariamente hubiera sido la cocina. Pero a diferencia de las habitaciones delanteras, estaba un poco redecorado.

Una alfombra persa se extendía a través del suelo. Los colores eran tan brillantes que parecía cristal coloreado. Unos tapices cubrían las dos paredes más largas. En una pared, un unicornio huía de un grupo de sabuesos. En el otro tapiz la escena de una batalla, tan oscurecida por el tiempo, que parte de las figuras habían desaparecido de la tela. Las cortinas, de brillante seda, cubrían la parte más alejada del cuarto, colgadas del techo con pesadas cuerdas. Había una puerta abierta a la izquierda de las cortinas.

Ivy colocó la vela que había estado sosteniendo en un candelabro vacío de la pared. Se movió por delante de Jean-Claude. Tuvo que alzar la cabeza para mirarle a los ojos.

—Es magnífico. —Deslizó los dedos a lo largo del borde de la chaqueta —. Pensé que habían mentido. Que nadie podía ser tan magnífico.

Manoseaba los botones de nácar que comenzaban en el cuello y continuaban hacia abajo. Jean-Claude detuvo la mano cuando alcanzó el último botón, antes de que la camisa desapareciera en el interior de los pantalones.

Ivy pareció encontrarlo divertido. Se puso de puntillas, y apoyó las manos y antebrazos en su pecho. La boca insinuante hacia él; besable.

—¿Follas tan bien como parece? Me dijeron que lo hacías. Pero eres demasiado apuesto. Nadie podría hacerlo tan bien.

Jean-Claude puso sus dedos a ambos lados de la cara, en la curva de la mandíbula, y le sonrió. Los labios rojos se curvaron en una sonrisa. Se apretó contra él, dejando caer todo el peso contra su cuerpo. Jean-Claude mantuvo la ligera sujeción de la cara, como si ella no estuviera totalmente apoyada contra él.

Su sonrisa comenzó a desgastarse, desapareciendo de su cara como el sol se esconde tras el horizonte. Ella se deslizó despacio hacia abajo, para permanecer de pie ante de él. La cara parecía inexpresiva y vacua en la cuna de sus manos.

Bruce tiró con fuerza de su brazo. Ivy tropezó, se habría caído si él no la hubiera sujetado. Miró aturdida alrededor, como si esperara estar en otra parte.

Jean-Claude no sonreía ahora.

—Hace mucho que dejé de ser buscado por mi cuerpo. Mucho tiempo.

Ivy cayó en los brazos de Bruce. La cara rígida por el miedo. Apartó a Bruce para incorporarse sola. Tiró del vestido rojo como si lo colocara en su lugar. El miedo desapareció de su cara, quedando en un simple estrechamiento de ojos.

—¿Cómo lo hiciste?

—Siglos de práctica, pequeña.

La cólera le oscureció los ojos.

—Se supone que no se puede atrapar con la mirada a otro vampiro.

—¿Tú no puedes? —preguntó, su voz melodiosa por el asombro.

—No te rías de mí.

Tuve un poco de compasión por su frustración, Jean-Claude puede ser un gran dolor en el culo cuando quiere.

—Niños, les dijeron que nos llevaran a algún sitio, hacedlo.

Ivy se colocó delante de él, las manos apretadas formando puños. La cólera chispeaba en sus ojos, los iris marrones sangraron por encima del blanco ocular hasta que pareció ciega. Su poder se respiró por la sala, arrastrándose por la piel, erizándome el diminuto vello del cuerpo como si un dedo hubiera pasado por encima.

Mi mano se dirigió a la Browning. Viejos hábitos.

—No, Anita, no es necesario —dijo Jean-Claude—. Esta pequeña no me puede lastimar. Muestra los colmillos, pero a menos que desee morir sobre esta alfombra encantadora, será mejor que recuerde quién y qué soy. ¡Soy el *Amo de la Ciudad*! —su voz tronó por la casa, los ecos resonaron por el cuarto hasta que el aire fue tan denso que parecía que respirabas las palabras.

Para cuando el sonido murió, yo temblaba. Ivy se había encogido en sí misma. Todavía parecía enfadada, pero sus ojos habían vuelto a la normalidad.

Bruce le había puesto una mano en el hombro, como si no estuviera seguro de que atendiera a razones. Ella se la quitó de encima e hizo señas elegantemente hacia la puerta abierta.

—Debemos llevarle. Los otros le esperan allí.

Jean-Claude hizo una reverencia teatral sin quitar los ojos de ella.

—Después de ti, bomboncito. Una dama siempre debería andar por delante de un caballero, nunca por detrás.

Ella sonrió, de repente, contenta otra vez.

—Entonces, su dama humana puede andar a mi lado.

—No lo creo —dije.

Ella giró los inocentes ojos marrones hacia mí.

—Entonces, ¿no es una dama? —Caminó con paso majestuoso hacia mí y con un balanceo exagerado de sus caderas—. ¿Trajo a alguien que no es una dama, Jean-Claude?

Oí que él suspiraba.

—Anita es una dama. Ve a su lado, *ma petite*, pero con cuidado.

—¿Qué importa lo qué estos ineptos piensen de mí?

—Si no eres una dama, entonces eres una puta. Y no querrás saber lo que le pasa a una puta humana dentro de estas paredes. —Parecía cansado cuando lo dijo, como si hubiera estado en esa situación, lo hubiera hecho y no hubiera pasado un buen rato.

Ivy se rió de mí, proporcionándome unos grandes ojos marrones. Encontré esa mirada fija y sonreí.

Ella frunció el ceño.

—Eres humana. No puedes mantenerme la mirada, no así.

—Sorpresa, sorpresa —contesté.

—¿Vamos? —preguntó Jean-Claude.

Ivy frunció el ceño otra vez, pero pasó por la puerta abierta y dio un

paso o dos, sujetando el vestido para impedir que el dobladillo le molestara al andar. Se giró y miró hacia atrás, a mí.

—¿Vienes?

—¿Cómo de cuidadosa tengo que ser? —pregunté a Jean-Claude.

Larry y Jason se acercaron para estar juntos a mi lado.

—Defiéndete si te atacan primero. Pero no derrames las primeras gotas de sangre, o des el primer golpe. Defiéndete, pero no ataques, *ma petite*. Esta noche estamos jugando y a menos que lo hagas ir a más, las apuestas no son altas.

Fruncí el entrecejo.

—Esto no me gusta.

Sonrió.

—Lo sé, pero ten paciencia con nosotros, *ma petite*. Recuerda al humano que deseas salvar, y controla ese maravilloso carácter tuyo.

—¿Vienes, humana? —preguntó Ivy.

Me esperaba un poco más adelante. Parecía una niña impaciente, quisquillosa.

—Voy —contesté.

No corrí para alcanzar a la vampira que me esperaba. Caminé a un ritmo normal, aunque el peso de esa mirada fija me hiciera picar la piel. Me paré al principio de la escalera y miré detenidamente hacia abajo. El aire, fresco y húmedo, presionaba contra mi cara. El olor era espeso, cerrado y enmohecido. Sabías que no había ninguna ventana, y en algún sitio, el agua lamía las paredes. Un sótano. Odio los sótanos.

Inspiré profundamente el aire fétido y bajé los escalones. Era la escalera de un sótano más amplia que alguna vez había visto. La madera era nueva y rústica, como si no hubieran perdido tiempo en lijarla. Había bastante espacio para que dos de nosotros compartiéramos escalón. No quise compartir. Seguramente ella no era una amenaza para Jean-Claude, pero no me hacía ilusiones sobre lo que podía hacerme a mí. Era una joven maestra sin formar, pero el poder bullía allí, bajo la superficie, avanzando lentamente a lo largo de mi piel. Me paré un escalón por encima de ella, esperando a que bajara.

Ivy sonrió. Podía oler mi miedo.

—Si ambas somos damas, deberíamos caminar juntas. Vamos, Anita —alzó la mano—. Bajemos juntas.

No quería estar cerca de ella. Si tratara de saltar sobre mí, no tendría

tiempo de hacer mucho. Podría sacar un arma, pero no podría disparar. Me irritó que se supusiera que no pudiera sacar el arma la primera. Y me asustaba. Una de las cosas que te mantiene viva es disparar primero y preguntar después. Hacerlo de otra manera no era la forma adecuada de mantenerte con vida.

—¿La sierva humana de Jean-Claude tiene miedo de mí? —Estaba allí, de pie, sonriendo enmarcada contra la oscuridad.

El sótano parecía un gran agujero negro detrás de ella. Pero no podía sentir las marcas de un vampiro, o habría descubierto que no era su sierva. No era tan fantástica como ella pensaba que era. Lo esperaba.

No hice caso de su mano extendida, pero bajé los dos escalones. Mi hombro rozó su piel desnuda y fue como si gusanos avanzaran lentamente por mi brazo. Seguí bajando hacia la oscuridad, mi mano izquierda aferraba la balaustrada con un apretón mortal. Oí sus tacones golpear al bajar para alcanzarme. Podía sentir su irritación como calor fluyendo de su piel. Oía a los hombres tras nosotras, pero no miré hacia atrás para comprobarlo. Jugábamos a la *gallinita* esta noche. Era uno de mis juegos preferidos.

Bajamos la escalera juntas, como caballos que tiran de un carro. Mi mano izquierda en la barandilla, las suyas levantando el vestido. Mantuve un ritmo que le hacía imposible el adelantamiento, a menos que ella pudiera levitar. No podía.

Me agarró del brazo derecho y me giró para enfrentarla. No podía sacar el arma. Como llevaba fundas puestas en las muñecas, ni siquiera podía sacar un cuchillo. Estaba allí de pie, casi cara a cara con una vampira enfadada y no podía sacar un arma. Todo lo que podría salvarme era que no quisiera matarme. Confiar mi vida a la benevolencia de Ivy me pareció una apuesta muy mala.

Su cólera se derramó por toda mi piel. El calor fluyó por su cuerpo. Podía sentir su mano caliente hasta por encima de la chaqueta de cuero. No traté de retirarla; lo que puede levantar Toyotas no me soltaría fácilmente. El toque no quemó, no era de esa clase de calor, pero era difícil convencer a mi cuerpo de que al final no me haría daño. Años de advertencias de *no tocar si está caliente*. El calor llameó a lo largo de mi cuerpo como si estuviera de pie al lado de una hoguera. Si lo hubiera estado haciendo involuntariamente, habría sido impresionante. Maldición, todavía era impresionante. Dale unos siglos, y asustaría como el infierno. Como si no lo hiciera ya.

Todavía podía mirarla a los ojos, ahogándose en las profundidades, brillando con luz propia. Eso iba a ayudarme como la mierda cuando me arrancara la garganta.

—Si le haces daño, Ivy, nuestra tregua se acaba. —Jean-Claude se deslizó hacia abajo lo suficiente para estar justo por encima de nosotras—. No quieres que la tregua se cancele, Ivy. —Pasó la yema de un dedo recorriendo el borde de su mandíbula.

Sentí que la sacudida de poder saltaba de ella a él, a mí. Jadeé, pero me dejó ir. Mi brazo estaba entumecido a un costado como si se hubiera dormido. No podría sostener un arma. Quise preguntarle qué demonios había hecho, pero no lo hice. Mientras recuperara el uso de mi brazo, podríamos discutirlo más tarde.

Bruce nos empujó, cerniéndose sobre Ivy como un novio preocupado. Mirándole a la cara comprendí que exactamente era eso. Apostaba que era ella quien le había convertido.

Ivy le apartó con tanta fuerza, que él cayó hacia atrás por la escalera, perdido entre la oscuridad más concentrada. Todo parecía hacerse a su manera. Apenas podía sentir las yemas de los dedos.

El calor se precipitó sobre mí como un viento abrasador, y avanzó rápidamente hacia la oscuridad. Las antorchas llamearon a la vida en los candelabros a lo largo de las paredes con un *whoosh* y una lluvia de chispas. Una gran lámpara de queroseno suspendida del techo se llenó de fuego. La protección de cristal explotó en una lluvia de cristales, la llama se quemó desnuda en la mecha.

—Serephina la hará limpiar este lío —dijo Jean-Claude. Lo dijo como si hubiera derramado la leche.

Ivy bajó el resto de los escalones deslizando y balanceando las caderas.

—Serephina no se preocupará. Los cristales rotos y las llamas tienen tantos usos.

No me gustó el modo en que lo dijo.

El sótano era negro. Paredes negras, suelos negros, techo negro. Parecía como estar en una gran caja negra. Cadenas colgaban de las paredes, con algo que parecía piel en los grilletes. Las correas pendían del techo como decoraciones obscenas. Había… aparatos colocados por todas partes de la sala. Reconocí algunos de ellos. Un bastidor, una doncella de hierro; pero la mayor parte parecían artículos de bondage. Podías estar bastante segura de cuál era el uso, pero no cómo funcionaba. Siempre había más agujeros

de los que podría calcular que hacer con…, y nunca parecía venir con instrucciones.

Había un desagüe en el suelo y un fino chorrito de agua bajaba por él. Pero apostaba a que el desagüe no estaba allí sólo para el agua.

Larry bajó lo que le faltaba para quedar de pie a mi lado.

—¿Es eso lo que pienso que es?

—Sí, son mecanismos de tortura.

Obligué a mi mano a cerrarse en un puño, otra vez. La sensibilidad regresaba.

—Pensaba que no iban a hacernos daño —dijo.

—Creo que se supone que es para asustarnos.

—Funciona —contestó.

A mí tampoco me gustaba mucho la decoración, pero ya podía sentir mi mano. Podría sostener un arma si tuviera que hacerlo.

Una puerta, que no había visto, se abrió a la izquierda. Un panel secreto. Un vampiro la atravesó. Tuvo que doblarse hasta casi la mitad para pasar por el marco de la puerta. Se enderezó, imposiblemente alto y delgado; cadavérico. No se había alimentado esta noche. Y no desperdiciaba ningún poder en parecer con buen aspecto. Su piel era del color de un viejo pergamino, cubriendo los huesos de la cara como una fina película que apenas le cubría el cráneo. Los ojos estaban hundidos e incrustados en la cabeza, como los azules ojos de un pez muerto. Las manos retorcidas eran largas y huesudas, con dedos imposiblemente largos, como arañas blancas pegadas a las mangas de un abrigo negro.

Caminó con paso majestuoso por el cuarto, con los bordes del abrigo negro barriendo a su espalda como una capa. Estaba vestido completamente de negro, sólo la piel y el corto pelo blanco de la cabeza le traicionaban. La forma en que se desplazaba por la sala negra hacía que la cabeza y las manos pareciesen flotar solas.

Sacudí la cabeza para eliminar la imagen. Cuando miré de nuevo tenía un aspecto más normal.

—Usa sus poderes para aparentar ser aterrador —dije.

—Sí, *ma petite*, lo hace —había algo en la voz que me hizo girar y mirarle. Su cara era su habitual máscara encantadora, pero en sus ojos, durante sólo un segundo, vi miedo.

—¿Qué pasa, Jean-Claude?

—Las reglas no han cambiado. No saques el arma. No des el primer

golpe. No pueden hacernos daño a menos que rompamos estas reglas.

—¿Por qué de repente estás asustado?

—No es Serephina —contestó. La voz era muy suave cuando lo dijo.

—¿Qué se supone que significa eso?

Giró la cabeza y rió. El sonido reverberó por el cuarto, resonando con una apariencia de alegría. Pero la podía saborear en el dorso de la lengua, y era amarga.

—Eso significa, *ma petite*, que soy un tonto.



VEINTICINCO

La risa de Jean-Claude se rompió en pedazos, con el sonido asiéndose a las paredes.

—¿Dónde está Serephina? —preguntó.

Ivy y Bruce salieron de la estancia. No sabía a dónde iban, pero tenía que ser a algún sitio mejor que éste. ¿Cuántas habitaciones de tortura podía tener una casa de este tamaño? No contesté.

El vampiro alto nos miró con ojos de pescado muerto. No hubo tirón, nada. Era como mirar los ojos de un cadáver. Su voz, cuando sonó, era casi espantosa. Poderosa, profunda y resonante, pero no con poder vampírico. Era la voz de un actor o un cantante de ópera. La observé salir de entre sus delgados labios y aún así, me pareció un truco de salón. La boca debería moverse en sincronización con las palabras, pero no lo hacía.

—Debes pasar por mí antes de que te vea ella.

—Me sorprendes, Janos. —Jean-Claude se deslizó hasta el final de la

escalera. Supuse que bajábamos. Lástima—. Eres más poderoso que Serephina, ¿cómo es que haces su trabajo?

—Cuando la hayas visto, lo entenderás. Ahora, vamos todos, uniros a nosotros. La noche es joven y, quiero verles a todos desnudos y ensangrentados antes del alba.

—¿Quién es este tipo? —pregunté. Ya podía usar la mano otra vez, también podía ser audaz.

Jean-Claude se paró en el último escalón. Jason se quedó un escalón detrás. Larry y yo nos quedamos un poco más atrás. No creo que ninguno estuviera demasiado impaciente por bajar.

El vampiro entornó sus ojos inanimados hacia mí.

—Soy Janos.

—Presumido, pero las reglas dicen que no puede hacernos daño, o algo así. ¿Me perdí algo?

—Te equivocas muy poco, *ma petite* —comentó Jean-Claude.

—No será dañada contra su voluntad —declaró Janos—, deben consentirlo para que les hagamos cualquier daño.

—Entonces estamos a salvo —contesté.

Sonrió, la piel de la cara se estiró como papel. Medio esperaba que el hueso se abriera paso, pero no ocurrió. Su sonrisa era amablemente horrorosa.

—Ya veremos.

Jean-Claude bajó aquel último escalón y se dirigió a la parte más alejada del cuarto. Jason le siguió, y después de un momento de vacilación, yo también. Larry me siguió como un soldado.

—Esta habitación es idea tuya, Janos —dijo Jean-Claude.

—No hago nada sin consentimiento de mi maestro.

—Ella no puede ser tu maestro, Janos. No es lo bastante poderosa.

—Aún así, aquí estoy, Jean-Claude. Aquí estoy.

Jean-Claude paseó alrededor de la oscura madera del bastidor, arrastrando una pálida mano sobre él.

—Serephina nunca fue mucho de torturas. Era muchas cosas, pero no sádica —Jean-Claude se acercó para colocarse delante de Janos—. Creo que aquí tú eres el maestro, y ella tu marioneta. Es conocida como el maestro, así que todos los desafíos llegan a su nombre. Cuando muera, encontrarás otra marioneta.

—Te lo juro, Jean-Claude, es mi maestro. Piensa en esta estancia como

la recompensa por ser un criado fiel. —Miró alrededor del cuarto con una sonrisa orgullosa, como un tendero admira los estantes bien surtidos.

—¿Qué planeas para nosotros en esta sala tuya?

—Espera un poco, mi impaciente muchacho, y todo será revelado.

Era raro oír como alguien llamaba *muchacho* a Jean-Claude, como si fuera un primo mucho más joven que Janos tenía y al que había visto crecer. ¿Le conocía Janos cuándo era un joven vampiro? ¿Muerto recientemente?

Se oyó una voz femenina.

—¿Dónde me llevan? Me hacen daño.

Ivy y Bruce arrastraron a una mujer joven por la puerta lateral. Arrastrándola literalmente. Había dejado las piernas colgando como haría un perro para impedir que le llevaran al veterinario, pero sólo tenía dos piernas y un vampiro en cada brazo. No tendría mucha suerte retrasándoles.

Tenía una melena rubia que apenas le llegaba a los hombros. Los ojos eran grandes y azules, y el maquillaje con el que había comenzado la noche estaba corrido a causa del llanto.

Ivy parecía pasar un buen rato. Bruce tenía los ojos muy abiertos. Tenía miedo de Janos. Era difícil que no fuera así, supongo.

La chica clavó la mirada fijamente en Janos durante un segundo, luego gritó. Ivy la abofeteó distraídamente, como quien golpea a un perro que ladra. La chica gimió y se calló, mirando el suelo, unas lágrimas frescas surcaban sus mejillas.

En el cuarto con nosotros solo estaban Janos y los dos vampiros jóvenes. Apostaba que podríamos detenerlos. Dos vampiras más entraron, pero no traían por los pelos a la siguiente joven. Ella entró con los ojos brillando por la cólera, la espalda recta, los puños a los lados. Era baja, un poco fuerte, pero no gorda del todo, como si un buen estirón durante su crecimiento se encargó del sobrepeso. El pelo era de un castaño indescriptible, unas gafas enmarcaban sus pequeños ojos marrones, unas pecas salpicaban la cara. La personalidad que irradiaba aquella cara no era difícil de ver. Me gustó al instante.

—Oh, Lisa —dijo—, despierta.

Sonó como si estuviera pasando vergüenza, además de enfadada. La chica rubia, Lisa, simplemente lloró más fuerte.

Las dos vampiras que custodiaban a la segunda chica no eran jóvenes. Ambas eran altas, alrededor de 1,80 cm, vestidas de cuero negro; una con

el pelo rubio en una trenza bajando por su espalda, la otra con pelo negro suelto alrededor de la cara. Los brazos descubiertos eran musculosos y firmes. Se veían como guardaespaldas femeninos de alguna mala película de espías.

El poder que irradiaba de ellas no era un efecto de película de serie B. Se deslizó por el lugar como una corriente de agua, gruesa y fresca. Cuando la línea de poder alcanzó mi cuerpo, me dejó sin aliento. El poder avanzó lentamente por mis huesos y me dolió. Larry jadeó detrás de mí.

Le eché un vistazo sólo para asegurarme que hacía esfuerzos por la misma razón que yo. No había nuevos monstruos detrás de nosotros, sólo el poder de las dos nuevas vampiras.

—¿Qué están haciendo sus chicos, creando una casa para todos los vampiros de más de quinientos años? —pregunté.

Todos se giraron hacia mí. Las dos vampiras sonrieron, más desagradablemente. Me miraron como si fuera un caramelo, y se preguntaran que clase de relleno tendría. ¿Suave y pegajoso, o duro y con una avellana en el centro? Había conseguido que los hombres me desnudaran con la mirada, pero nunca nadie había tratando de imaginarse como me vería sin la piel. Diablos.

—¿Tiene algo que añadir? —preguntó Janos.

—No puede arrastrar aquí a un par de chicas menores de edad, y esperar que no hagamos nada.

—Al contrario, Anita, esperamos que haga muchas cosas.

No me gustó su forma de decirlo.

—¿Qué se supone que significa?

—Primero, las jóvenes no son menores de edad, ¿lo son, chicas?

La segunda simplemente le fulminó con la mirada. Lisa sacudió la cabeza, todavía mirando el suelo.

—Decidle vuestros años —dijo Janos.

Ninguna contestó. Ivy tiró con la suficiente fuerza para provocar un grito de la muchacha rubia.

—Dieciocho. Tengo dieciocho años. —Cayó al suelo como un bulto sollozante, los vampiros la soltaron.

Una de las vampiras dijo:

—Ahora tu edad.

Su voz parecía truenos lejanos, la advertencia de una tormenta próxima.

Los ojos de la segunda muchacha se agrandaron detrás de las gafas.

—Tengo diecinueve años. —Había miedo, podía verlo tras de la cólera.

—Bien, son mayores de edad, pero un humano coaccionado es todavía un humano coaccionado sin tener en cuenta la edad —respondí.

—¿Juega al policía, Anita? —preguntó Janos. Parecía divertido.

—No me quedaré simplemente aquí de pie viendo cómo les hacen daño.

—Tiene una opinión muy alta de sí misma, Anita. Confiada. Me gusta. Siempre es más divertido romper a alguien fuerte. Los débiles se doblan, gritan y lloriquean, pero los valientes, casi exigen que les hagas daño. —Anduvo con paso majestuoso hacia mí, extendiendo la mano, una mano araña—. ¿Quiere que le haga daño?

Recordé la advertencia de Jean-Claude de no usar armas, pero joder, iba a sacar la Browning.

De repente, Jean-Claude estaba allí, sosteniendo la muñeca de Janos. Éste pareció impresionado. Sinceramente, yo lo estaba. No le había visto moverse, y por lo visto, Janos tampoco. Un truco ingenioso.

Alejé mi mano del arma, aunque estuviera bastante segura que el sacarla me haría sentir mejor. Pero el objetivo del experimento de esta noche no era hacerme sentir mejor, era mantenerme viva.

—Sin daño a ninguno de nosotros, esa era la promesa —dijo Jean-Claude.

Janos desenganchó su muñeca del agarre de Jean-Claude, despacio, casi prolongándolo como si disfrutara de ello.

—Una vez que es dada la promesa de Serephina, se mantiene.

—Entonces ¿por qué están las jóvenes aquí?

—Aquellos dos —hizo señas a Larry y a mí—. ¿De verdad no permanecerían quietos viendo sufrir a unos extraños? —Parecía sorprendido, pero no infeliz.

—Tristemente, no —dijo Jean-Claude.

—Y si se unen a la lucha, ¿entrarás para protegerla? —preguntó.

—Sí, debo.

Janos sonrió, podía oír el chasquido de la piel tensándose sobre los huesos.

—Espléndido.

Vi que un temblor traspasa a Jean-Claude, como si hubiera sido cogido desprevenido. Yo simplemente estaba confusa.

—Las dos jóvenes vinieron voluntariamente a nuestra casa. Sabían lo

que éramos, y accedieron a ayudarnos a entretener a nuestros invitados.

Eché un vistazo a la segunda joven.

—¿Es verdad?

Una de las guardias le tocó el hombro ligeramente, pero lo suficiente.

—Vinimos voluntariamente, pero no sabíamos…

La mano de la vampira apretó. La cara de la muchacha se crispó por el dolor, pero no emitió ningún sonido.

—Vinieron por propia voluntad, y están en la edad permitida —indicó Janos.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ivy, aquella cadena. —Cuando lo dijo, señaló algunas esposas forradas de piel a la izquierda de la puerta.

Ivy y Bruce recogieron a la muchacha, la levantaron, y la condujeron a tropezones hasta la pared.

—Su espalda que mire hacia la habitación, por favor.

Me coloqué al lado de Jean-Claude y susurré, aunque sabía en mi interior que me oirían.

—No me gusta esto.

—Ni a mí, *ma petite*.

—¿Podemos pararles sin romper la tregua?

—No, a menos que nos dañen directamente, no.

—¿Qué pasa si rompo la tregua?

—Lo más probable es que intenten matarnos.

Había cinco vampiros en el cuarto, tres de ellos más viejos que Jean-Claude. Moriríamos. Mierda.

La chica rubia sollozó y luchó tirando de los brazos cuando los vampiros la encadenaron a la pared. Gritaba y braceaba tan violentamente que, sin el forro de piel, tendría las muñecas ensangrentadas.

Una mujer entró por la puerta lateral. Era alta, más alta que Jean-Claude. Tenía la piel de color café con crema. El pelo oscuro y largo caía en *cornrows* hasta la cintura. Estaba vestida de negro, un traje de charol ceñido al cuerpo. Dejaba muy poco a la imaginación. Caminó a zancadas clavando los talones, un paseo muy humano. Pero no era humana.

—Kissa —dijo Jean-Claude—, todavía estás con Serephina.

Parecía sorprendido.

—No todos nosotros tenemos tu suerte. —La voz era espesa como la miel. Había un olor como a especias en el aire, y no estaba segura si era

perfume o ilusión.

La cara de pómulos altos estaba sin maquillaje, y aún así era hermosa, aunque me preguntaba cómo sería si no me nublara la mente. Porque seguramente ningún humano podría irradiar en una nube tan tangible de sexualidad dura como desprendía Kissa.

—Siento que estés aquí, Kissa.

Ella sonrió.

—No me compadezcas, Jean-Claude. Serephina me ha prometido tenerte, antes de que Janos destroce ese hermoso cuerpo tuyo.

Seis vampiros, cuatro de ellos más viejos que Jean-Claude. Las probabilidades no estaban a nuestro favor.

—Encadena a la otra chica allí. —Janos señaló un juego de esposas a la derecha de la puerta.

La muchacha sacudió la cabeza.

—De ninguna manera.

Simplemente rechazó ir, luchando mejor que la rubia. Se echó al suelo y usó cada centímetro, no en luchar, simplemente en no ir.

Dos vampiras de varios siglos de edad, lo suficientemente poderosas para hacerme doler los dientes, y tuvieron que cogerla entre ambas para poder llevarla hasta la pared. Finalmente comenzó a gritar; fuerte, desgarrada, llena de rabia, un sonido después de otro. La vampira morena la sujetó a la pared y la otra la encadenó.

—No puedo ver esto —dijo Larry. Estaba de pie muy cerca de mí, tal vez no sabía que los vampiros oirían los susurros.

Realmente, no importaba.

—Ni yo.

Íbamos camino a la muerte, también podríamos llevarnos a tantos de ellos como pudiéramos. Jean-Claude giró, como si pudiera oler como nos dirigíamos a por nuestras armas.

—*Ma petite*, Monsieur Kirkland, no saquéis las armas. Están siendo legales. Las hembras han venido para ayudar a entretener. No las matarán.

—¿Estás seguro de eso? —pregunté.

Frunció el ceño.

—No estoy seguro de nada, pero creo que mantendrán su palabra. Las mujeres están asustadas y un poco heridas, pero no les han hecho daño.

—¿Esto no es hacer daño? —preguntó Larry. Parecía ofendido, y no podía culparle.

—Los vampiros tienen un sentido único de lo qué es herir, ¿no, Jean-Claude? —le contesté.

Me sostuvo la mirada.

—Veo la acusación en tus ojos, pero recuerda esto, *ma petite*, me pediste que te trajera. No me culpes de este problema en particular.

—¿Nuestro entretenimiento es tan aburrido? —preguntó Janos.

—Hablábamos de si hay que matarles a todos ahora, o más tarde —contesté, mi voz sonó muy normal.

Janos soltó una risita suave.

—Por favor, rompa la tregua, Anita. Adoraría tener una excusa para usar uno de mis nuevos juguetes. Creo que tardaría mucho en romperse. No obstante, a veces son los fanfarrones los que se quiebran primero.

—No me jacto, Janos. Digo la verdad.

—Cree lo que dice —dijo Kissa.

—Sí, hay un indicio perturbador de verdad en ella —alegó Janos—. Aun más sabroso.

La rubia, Lisa, había dejado de luchar contra las cadenas. Colgaba de ellas, casi floja por el llanto. La otra joven, ahora que estaba encadenada, se mantenía de pie de todos modos, pero un suave temblor había comenzado en sus brazos y manos. Cerraba las manos en puños, pero no podía detener el temblor.

—Las mujeres vinieron a por un poco de aventura. Ciertamente, sacan provecho de su dinero —comentó Janos.

Las dos vampiras abrieron unos paneles en las paredes. Cada una de ellas sacó un látigo enrollado. Ninguna de las chicas podía verlo. Me alegré.

No podía estar de pie y mirar, no podría. Mataría algo dentro de mí si permanecía de pie y sólo observaba, aun si eso significaba que moriría. Al menos moriría luchando, y llevándome a algunos conmigo. Mejor que nada. Pero antes de que nos suicidáramos, trataría de hablar.

—Si no está intentando hacernos romper la tregua, entonces ¿qué demonios quiere?

—¿Querer? —repitió Janos—. ¿Querer? Muchas cosas, Anita.

Comenzaba a odiar el modo en que decía mi nombre, de esa forma medio divertido e íntimo, como si fuéramos amigos o enemigos cercanos.

—¿Qué quiere, Janos?

—¿No deberías negociar por tu gente? —le preguntó a Jean-Claude.

—Anita lo hace bastante bien sola —afirmó Jean-Claude.

Janos volvió a sonreír.

—Muy bien. ¿Qué queremos?

Las vampiras se acercaron a las muchachas. Sosteniendo los látigos en alto para que las dos pudieran verlos.

—¿Qué es eso? —preguntó la rubia—. ¿Qué es eso? —Su voz sonó alta y llena de miedo.

—Es un látigo —contestó la segunda joven. Firme y sujeta, la voz no la traicionó como lo hacía el temblor de su cuerpo.

Las dos vampiras retrocedieron la distancia suficiente para azotarlas, supongo.

—¿Qué demonios quiere? —insistí.

—¿Está familiarizada con el término *cabeza de turco*? —inquirió.

—Era una persona usada por la realeza para ser golpeada en lugar del heredero real.

—Muy bien, muy pocas personas jóvenes tienen idea de historia.

—¿Qué tiene que ver la lección de historia con esto?

—Las chicas son cabezas de turco para sus dos jóvenes amigos —dijo Janos.

Las vampiras hicieron serpentear los látigos por el suelo, haciéndolos chasquear, pero ninguno de ellos tocó a las chicas. La segunda joven gritó, un sonido corto y entrecortado cuando el látigo silbó en la pared, al lado de ella. La rubia se hundió contra la pared, sollozando.

—Por favor, por favor, por favor —repitió varias veces con voz rota.

—No le hagan daño —dijo Larry—. Por favor.

—¿Tomarías su lugar? —preguntó Janos.

Finalmente entendí a donde nos dirigíamos.

—No puede hacernos daño sin nuestra cooperación. Es un traidor hijo de puta.

Sonrió.

—Contéstame, chico. ¿Tomarías su lugar?

Larry afirmó. Le agarré el brazo.

—No.

—Es su elección —dijo Janos.

—Suéltame el brazo, Anita.

Le miré a los ojos, buscando si entendía lo que estaba haciendo.

—No sabes lo que un látigo hace en la carne humana. No sabes lo que

les estás ofreciendo.

—Podemos remediarlo —contestó Janos.

Las vampiras rasgaron la espalda de las blusas con un brusco tirón. La rubia gritó.

—No podemos simplemente mirar —dijo Larry.

Tenía razón. Me gustara o no, tenía razón.

—He visto lo que un látigo puede hacer —intervino Jason de repente—. No les hagan daño.

Le observé.

—No pareces ser del tipo sacrificado.

Se encogió de hombros.

—Tenemos nuestros momentos.

—¿Haría más fácil la elección si les jurara, que si su joven amigo toma el lugar de la chica, no será mutilado?

—¿Y cómo de cerca estaría de la muerte? —pregunté—. Puedes morir después por los latigazos.

—Sin muerte, sin mutilación. Simplemente queremos nuestra libra de carne, y un galón de sangre.

Algo debió de mostrarse en nuestras caras porque se rió.

—Figuradamente hablando, por supuesto. Llevará nuestras cicatrices hasta que muera, pero sin mayor daño.

—Esto es ridículo —dije—. No vamos a hacerlo.

—Si sacamos nuestras armas, ¿podemos matarles? —preguntó Larry.

Aparté la mirada de esos ojos serios. Me tocó el brazo.

—¿Anita?

—Podemos llevarnos a algunos con nosotros —contesté.

—Pero aún así estaremos muertos, y una vez que estemos muertos, ¿quién ayudará a las chicas?

Sacudí la cabeza.

—Ese no es el mejor camino.

Larry miró a Jean-Claude.

—¿Mantendrá la palabra?, ¿no me matarán?

—La palabra de Janos siempre era de fiar, o al menos lo era hace un par de siglos.

—¿Podemos confiar en ellos? —preguntó Jason.

—No —dije.

—Sí —contestó Jean-Claude.

Le fulminé con la mirada.

—Sé qué prefieres dispararles, pero sólo conseguirás que nos maten a todos, o que algunos se conviertan en vampiros.

Larry me tocó el hombro e hizo que le mirara.

—Es cierto.

—No lo es —dije.

—Bien, pero es lo mejor que podemos hacer ahora mismo.

—No lo hagas.

—No tengo opción —contestó—. Además, soy un chico grande, ¿recuerdas? Puedo cuidar de mí mismo.

Lo abracé. No sabía que más hacer.

—Estaré bien —susurró.

Sólo moví la cabeza. No confiaba en mi voz, y trato de no mentir nunca a mis amigos. No estaría bien. Yo lo sabía. Él lo sabía. Los dos lo sabíamos.

Jason se alejó de nosotros hacia los vampiros.

—Ah, no, mi buen *cambiaformas*, no te queremos encadenado a una pared.

—Pero usted dijo…

—Dije que podría salvar a las chicas, pero no así. Deja al humano recibir los latigazos. Con lo que debe de estar de acuerdo es en satisfacer los deseos de mis dos ayudantes, Bettina y Pallas.

Jason contempló a las dos vampiras. Se habían girado para enfrentarnos. De repente traté de verlas desde el punto de vista de un hombre de veinte años. Tenían pechos voluminosos y cintura estrecha. La cara de Pallas era demasiado afilada para mi gusto, y los ojos de Bettina demasiado pequeños, pero sólo era mi gusto. Ninguna de ellas era guapa o hermosa, pero eran atractivas en la forma en que algunas mujeres de piernas largas lo son. De alguna manera atractivas, si hubieran sido humanas.

Jason frunció el ceño.

—Parece que he conseguido el mejor trato.

—¿Habría alguna diferencia si dijera que tiene que hacerlo aquí, en esta habitación, en el suelo, delante de todos? —preguntó Janos.

Jason pensó en ello durante un minuto.

—Si digo que no, ¿la joven será azotada?

Janos afirmó.

—Entonces estoy de acuerdo —contestó, pero la voz era suave e insegura. Ser lascivo en privado era una cosa, serlo en público era diferente.

—Entonces acércate, *cambiaformas*, deja que empiece el espectáculo. —Janos hizo un movimiento con las manos blancas abarcando el cuarto.

Jason echó un vistazo a Jean-Claude, como un niño durante el primer día de escuela, que se pregunta si los matones le van a hacer daño de verdad. Jean-Claude no le consoló. Su cara era todavía tan ilegible como una pintura. Dio una pequeña cabezada que podría haber significado cualquier cosa, desde *estarás bien* a *simplemente hazlo*.

Observé como Jason levantaba los hombros con un profundo aliento, y le oí soltarlo como un corredor antes de una carrera. ¿Por qué la mayoría de las cosas que podrías hacer con mucho gusto en otras circunstancias se convertían en desagradables cuando las haces obligado?

—¿Has estado alguna vez con alguno de nosotros? —preguntó Janos.

Jason sacudió la cabeza.

Janos posó una mano de largos dedos sobre el hombro de Jason. A éste no pareció gustarle. No podía culparle.

—Muchos placeres te esperan, mi joven *cambiaformas*. Cosas que ningún humano o *were* pueden darte. Las sensaciones que sólo los muertos pueden ofrecer.

Las dos vampiras se habían acercado hasta un espacio libre en el suelo negro, al final de la habitación. Los látigos estaban enrollados a los pies de las dos jóvenes, como si fueran un recordatorio de lo que pasaría si alguien se acobardaba.

Si Jason quería follar con vampiras, por mi estaba bien. Además, no era a quien yo debía proteger. Pero el sexo no iba a durar para siempre. No podía dejarles tocar a Larry. No podría quedarme quieta y ver cómo le torturaban. Simplemente, no podría. Pero si echase abajo la habitación y saliésemos todos del sótano, algo sumamente improbable, tendríamos a cada vampiro del lugar detrás de nuestro culo. Habría más, siempre había más. ¿Pero qué dijo Jean-Claude? Si rompieran la tregua los primeros, podíamos sacar las armas. Tenía posibilidades.

La del pelo largo y rubio se había deshecho la trenza. Sacudió el pelo como si fuera una gruesa cortina de ondas amarillas. Eso le ocultó la cara durante un momento y la hizo parecer más suave, más humana. Tal vez era una ilusión. Independientemente, Jason tocó aquel espeso pelo, enredó las

manos en él, luego las deslizó alrededor de la cintura. Si iba a tener que hacerlo, parecía que iba a divertirse mientras lo hacía. Era agradable ver que alguien disfruta de su trabajo.

La vampira morena se acercó, presionando su cuerpo vestido de cuero contra él. Jason era bajo, lo bastante para que la cara quedara a la altura del pecho de ambas. Enterró la cara en el pecho de la rubia. Ella desabrochó la parte delantera del chaleco de cuero, retirándolo hacia atrás para que él pudiera lamerle los pechos.

Me giré. Nunca me gustó demasiado el voyeurismo. Tenía una embarazosa tendencia a sonrojarme. Ivy y Bruce se movieron a lo largo de la pared para estar cerca de la esquina, al lado del trío. Bruce estaba fascinado y avergonzado, pero siguió mirando. No había ninguna vergüenza en la cara de Ivy. Se movió a por la pared con la espalda presionada contra ella, las manos recorriendo su pecho. La boca, roja por la barra de labios estaba parcialmente abierta. Se deslizó hacia abajo por la pared, su vestido rojo se enroscó alrededor de los muslos mientras se acercaba a ellos. Ver su movimiento a lo largo de la pared devolvió mi mirada al entretenimiento.

La camisa de Jason no estaba. Solo llevaba puesto el pantalón de cuero y las botas negras, al igual que las dos vampiras. Estaba de rodillas, la espalda arqueada acunándose contra la morena de detrás. Ella deslizo las manos por el pecho desnudo. Él se dio la vuelta, ofreciéndole los labios. El beso era largo y húmedo, y demasiado profundo para que lo hiciera alguien que no fuera médico.

La rubia se sentaba con las piernas abiertas de par en par delante de ellos, deshaciéndose de los pantalones de Jason. Ella ya le había hecho algo a su traje de cuero para que la entrepierna estuviera abierta. Era rubia natural. ¿Por qué me sorprendía?

Ivy extendió una mano para acariciar el largo pelo rubio de la otra vampira.

—Ivy —exclamó Janos—, no fuiste invitada.

Retiró la mano, pero no retrocedió. Estaba tan cerca de la acción como podía, sin ser parte de ella. Bruce todavía estaba apoyado en la pared, con la boca abierta y un poco sudoroso, pero no me pareció que quisiera acercarse más.

Janos posó tranquilamente la mirada. Tenía una sonrisa en la cara, y por primera vez, había luz en aquellos ojos de pescado muerto. Se divertía.

Jean-Claude estaba medio inclinado medio sentando contra un marco metálico que sostenía el contorno duro de su cuerpo. Miraba el espectáculo, pero su cara era todavía ilegible; una hermosa máscara. Me vio observarle, pero no movió los ojos. Estaba aislado y solo, como si estuviera de pie en una habitación vacía. No respiraba por lo que podía ver. ¿Le latía el corazón cuando se mantenía tan quieto?, ¿o se paraba del todo?

Kissa se apoyó en la puerta por la que todavía no habíamos ido. Tenía los brazos cruzados sobre su estómago. Para alguien que había querido saltar sobre los huesos de Jean-Claude, no parecía disfrutar del espectáculo. O quizás era la guardiana para impedirnos a Larry y a mí correr gritando por la estancia.

Larry se había colocado tan lejos del espectáculo como podía. Se apoyaba contra la pared, intentando encontrar algo que mirar, pero los ojos seguían volviendo al otro lado del cuarto. Era igual que intentar no mirar un accidente de tren. No quieres verlo ocurrir, pero si va a pasar, tampoco quieres perdértelo. ¿Cuándo tendrías la oportunidad de volver a verlo de nuevo? Un *ménage à trois* entre dos vampiras y un hombre lobo no debía ser una visión habitual para Larry. Ni siquiera era algo común para mí.

Las dos chicas, todavía encadenas a la pared, no podían ver lo que ocurría. Probablemente era lo mejor.

Un gemido bajo se escuchó desde el otro lado del cuarto. Me hizo echar un vistazo hacia atrás. Los pantalones de Jason habían sido bajados parcialmente para revelar la mayor parte de sus prietas nalgas. Los brazos estaban estirados de tal forma que sólo la parte inferior del cuerpo tocaba a la mujer. Su cuerpo se elevó y cayó rítmicamente. La vampira rubia se retorció bajo él, escapándosele otro gemido de la garganta. Los pechos sobresalían del chaleco negro de cuero, ofreciéndoselos mientras realizaba una especie de abdominal para encontrar la boca de Jason.

La morena pasó lentamente su lengua rosada a lo largo de la espalda. La parte trasera de Jason se estremeció por la sensación, o tal vez por otra cosa. El efecto parecía el mismo.

Me alejé, pero la imagen se mantuvo en mi mente. Sentí el calor subiendo rápidamente por mi cuello. Maldición. Los ojos de Larry se ensancharon y observé la pérdida de color de su cara, hasta que la piel fue tan blanca como el papel y los ojos demasiado grandes para su cara.

Me resistí durante un minuto, pero me giré para mirar; como la esposa de Lot que lo arriesgó todo por la visión prohibida. Jason había sufrido un

colapso con su cabeza escondida entre el pelo de la rubia. Ésta le giró la cara hacia la habitación. La piel estaba tan tensa que hasta podías ver cada hueso. Los labios llenos retirados hacia atrás, haciendo parecer sus dientes más largos. Ya no tenía suficientes labios para esconder los colmillos.

La morena se arrodilló justo detrás de ellos, sus rodillas entre las piernas de ambos. Retiró las manos de la cara, y la mitad de esa atractiva cara se pudrió. Extendió la mano por la oscura y larga melena, y ésta cayó en mechones.

Giró la cabeza hacia nosotros. La piel abandonó los huesos en el lado izquierdo de la cara y cayó al suelo con un húmedo *plaf*.

Tragué con la suficiente fuerza para que me hiciera daño al pasar y me apoyé junto a Larry. No estaba blanco, estaba verde.

—Mi turno —dijo la vampira. Mi mirada volvió de nuevo a la escena al final del cuarto, casi contra mi voluntad. No podía quedarme de pie y mirar, y no podía estar de pie y apartar la vista.

Jason se levantó con una especie de movimiento de flexión. Vio la cara de la rubia y se le tensaron los hombros, su columna se enderezó. Se separó de ella despacio, colocándose de rodillas.

La morena acarició, con los pútridos dedos, por debajo de la espalda desnuda. La carne perdió la piel, dejando un rastro de lodo verdoso detrás. Un temblor que no tenía nada que ver con sexo traspasó su cuerpo.

Al otro lado de la estancia podía ver la subida y bajada del pecho de Jason, cada vez más y más rápido, como si estuviera hiperventilando. Se quedó mirando fijamente hacia delante, sin hacer ningún intento de girarse y mirar hacia atrás, como si de esa manera desapareciera lo que fuera.

La morena envolvió los brazos en descomposición alrededor de sus hombros, apoyando la cara pútrida al lado de la suya y susurrándole algo.

Jason luchó por alejarse, avanzando lentamente contra la pared. El pecho desnudo estaba cubierto de trozos de carne. Los ojos estaban imposiblemente abiertos, mostrando demasiado blanco. No parecía que pudiera conseguir el suficiente aire. Una hebra de algo grueso y espeso se deslizó lentamente hacia abajo, desde el cuello hasta el pecho. Lo golpeó, de la misma forma que aplastarías una araña que encontraras avanzando lentamente por tu piel. Se empotró contra la pared negra, con los pantalones casi en los muslos.

La rubia rodó sobre la espalda y avanzó lentamente hacia él, estirando una mano que era sólo huesos con trozos de carne seca. Parecía que se

corrompía en el suelo. La morena estaba mojada, se recostó en el suelo, y un poco de fluido oscuro se escurrió de ella para derramarse bajo su cuerpo. Se había deshecho de la camisa de cuero, y los pechos parecían pesadas bolsa llenas de líquido.

—Estoy lista para ti —dijo la morena. La voz todavía era clara y sólida. Ninguna voz humana debería haber salido de aquellos labios en putrefacción.

La rubia agarró el brazo de Jason, y él gritó.

Jean-Claude estaba sentado observando, inmóvil e impasible.

Me encontré andando hacia ellos. Esto me sorprendió hasta a mí. Esperaba el olor que debería haber acompañado a la carne en putrefacción, pero con cada paso, el aire seguía limpio.

Me coloqué al lado de Jean-Claude y pregunté:

—¿Esto es una ilusión?

No me miró.

—No, *ma petite*, no es una ilusión.

Le pinché en el brazo, y lo encontré duro y firme como la madera. No parecía carne en absoluto.

—¿Es una ilusión?

—No, *ma petite*. —Por fin me miró, y los ojos eran de un profundo y denso azul—. Ambas formas son verdaderas.

Estaba quieto e incluso a su lado, no podía verle respirar.

La morena avanzaba a gatas hacia Jason, con una mano que se desmoronaba en húmedos pedazos mientras se movía. Jason gritaba y se encajaba contra la pared como si quisiera atravesarla. Escondía la cara como un niño que no hace caso del monstruo bajo la cama. Pero no era ningún niño y sabía que los monstruos eran reales.

—Ayúdale —susurré, y no estaba segura a quién de nosotros me dirigí.

—Haré lo que pueda —dijo Jean-Claude.

Le observaba cuando oí las siguientes palabras en mi cabeza. Sus labios nunca se movieron.

Si rompen la tregua antes, ma petite, eres libre de matar a todos los de este cuarto.

Le miré, pero su cara no le traicionó. Sólo su eco dentro de mi cabeza me aseguró que no estaba teniendo alucinaciones. No había tiempo para discutir sobre el hecho de que había invadido mi mente. Más tarde, podríamos discutirlo más tarde.

—Janos.

Aquella palabra reverberó por la habitación hasta que hizo eco por debajo de las suelas de mis zapatos, como un profundo tambor. Janos se giró para mirar a Jean-Claude, la esquelética cara tenía una expresión alegre.

—¿Me llamaste?

—Te desafío. —Las dos palabras eran suaves, cayeron como notas desafinadas tintineando a lo largo de mis nervios. Si el tono molestó a Janos, no podía decirlo.

—No puedes ganar contra mí —contestó Janos.

—Eso está por verse, ¿no crees? —preguntó Jean-Claude.

Janos sonrió hasta casi rasgarse la piel.

—Si por algún milagro me superas, ¿qué quieres?

—Paso seguro para toda mi gente.

Carraspeé.

—Y las dos chicas.

—¿Y si gano? —inquirió Janos—, ¿qué consigo?

—¿Qué quieres?

—Sabes lo que queremos.

—Dilo —apuntó Jean-Claude.

—Dejas tu pase de protección. Te entregas a nosotros para hacer cuanto nos guste.

Jean-Claude dio una pequeña cabezada.

—Así sea. —Señaló a las vampiras que se estaban pudriendo—. Aléjalas de mi lobo.

Janos sonrió.

—No le harán daño, pero si fallas… será un regalo para mis dos bellezas.

Un sonido quedo, como un grito atragantado, avanzó lentamente por la garganta de Jason. La mano de la morena comenzó a deslizarse despacio por su estómago hasta sus partes privadas. Él gritó y la apartó, pero a menos que recurriera a la violencia estaba atrapado. Y si rompíamos la tregua los primeros, estábamos muertos, pero si ellos la rompieran…

Jean-Claude y Janos se movieron hacia el centro de la estancia. Se separaron unos metros. Jean-Claude estaba de pie, con los pies separados como si se preparara para una pelea. Janos estaba de pie con los pies juntos, calmado e indiferente.

—Perderás todo, Jean-Claude. ¿Qué estás haciendo?

Jean-Claude sólo sacudió la cabeza.

—El desafío ha sido ofrecido y aceptado, ¿a qué estás esperando, Janos? ¿Por fin tienes miedo de mí?

—¿Miedo de ti? Nunca, Jean-Claude. No lo tenía hace cien años, y no lo tengo ahora.

—Ya basta de conversación, Janos. —La voz se había vuelto baja y suave. Aún así, llenó todo el cuarto y avanzó lentamente por las paredes negras para escurrirse como gotas de lluvia, sonando oscuras y llenas de cólera.

Janos se rió, pero el sonido no tenía ninguna de las cualidades tangibles de la voz de Jean-Claude.

—Bailemos.

El silencio cayó tan repentinamente en la sala que pensé que me había vuelto sorda. Entonces comprendí que aun podía oír mi propio latido, la sangre precipitándose en mi propia cabeza. Las ondas de algo se elevaron entre los dos maestros vampiros como calor que se eleva del pavimento en verano. Lo que manó a lo largo de mi piel no era calor, era… poder.

Una tormenta vertiginosa de poder. Había sentido a Jean-Claude luchar contra otros vampiros y nunca había sentido nada como esto. El pelo se me movía por el viento que provenía de los dos.

La cara de Jean-Claude se estaba estirando, la piel blanca brillaba como alabastro pulido. Los ojos eran llamas azules sangrando con un fuego de color zafiro por cada vena de su piel. Los huesos brillaron como el oro. Su humanidad se iba, y no sería suficiente. Perdería.

A menos que ellos rompieran la tregua primero.

Kissa estaba apoyada en la puerta, todavía protegiéndola. Su cara oscura estaba impasible. No era ninguna ayuda para mí. Los dos pútridos seres todavía avanzaban lentamente hacia Jason. Sólo Ivy y Bruce estaban de pie. Bruce parecía asustado, Ivy excitada. Ella observaba a los dos maestros vampiros con los labios medio separados, mordiéndose el inferior debido a la concentración, o al entusiasmo.

Había sido capaz de encontrar su mirada, y eso la había molestado mucho. Crucé el cuarto por detrás de Jean-Claude. Cuando le pasé, la corriente de poder repartió golpes a diestro y siniestro, y se enredo a mí alrededor como un brazo. Seguí andando y eso se escabulló, pero mi piel tembló allí donde había sido tocada. La mierda iba a golpearnos a todos, a

menos que pudiera pararla.

Kissa me vio moverme por delante de ella, me observó con los ojos entrecerrados. No le hice caso. Un Maestro Vampiro cada vez. Sobrepasé a Bruce y me coloqué ante Ivy. Ella miró fijamente a través de mí a los dos maestros, sin hacerme caso.

Abrí la boca. Cuando hablé, el sonido roto reverberó por mis oídos como una dolorosa palmada, o casi como una diminuta explosión sónica.

—Te desafío.

Ivy parpadeó, como si acabara de aparecer.

—¿Qué dijiste?

—Te desafío —repetí. Mantuve la cara vacía e intenté con fuerza no pensar en lo que estaba haciendo.

Ivy se rió.

—Estás loca. Soy un Maestro Vampiro. No puedes desafiarme.

—Pero puedo mirarte a los ojos —contesté.

Dejé que una pequeña sonrisa asomara a mis labios. Traté de mantener mi mente en blanco, sin ningún pensamiento que pudiera traicionarme, sin miedo que se me escapase, pero por supuesto, en cuanto pensé en el miedo, éste me estrujó el estómago.

Ella se rió, alto y resonante, como cristal roto. Casi me cortó la piel al escucharlo. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Un viento se precipitó contra mi espalda, casi arrojándome encima de ella. Eché un vistazo atrás a tiempo de ver a Jean-Claude tambaleándose, salpicando sangre con la mano. Janos aún ni sudaba.

Independientemente de lo que yo hiciera, tenía que ser rápido.

—Después de que Jean-Claude pierda, voy a pedirle a Janos que lo obligue a joderme. Tu amo va a ser usado por todos, y tú también.

Mis ojos volaron a los seres pútridos que agarraban a Jason. Suficiente incentivo. Me volví hacia Ivy y la miré fijamente a los ojos marrones.

—No harás una mierda. Aun no puedes hacerle apartar la mirada a un simple humano.

Me fulminó con la mirada. La cólera fue instantánea, como el fuego que salta de una cerilla. Observé el marrón de sus iris extenderse en los ojos por un espacio de 25 mm. Los ojos brillaban con una oscura luz de fondo. Mi pulso amenazó con ahogarme, y una voz en mi cabeza gritaba: *escapa, escapa*. Me mantuve allí y le sostuve la mirada. Era un Maestro Vampiro, pero uno joven. Cien años más y me habría comido para el

desayuno. Pero ahora mismo, esta noche, tal vez, sólo tal vez, no podría.

Me bufó, enseñándome los colmillos.

—Oh, es impresionante —dije—. Como un perro enseñando los dientes.

—Este perro podría arrancarte la garganta. —La voz fue disminuyendo y reptando lentamente a lo largo de mi columna, hasta que gasté la mayor parte de mi energía en no temblar.

No confiaba que mi voz no temblara, por lo que hablé bajo, suave y muy claro.

—Inténtalo, veamos hasta donde puedes llegar.

Se lanzó contra mí, pero distinguí el movimiento. La sentí acercarse, me lancé hacia atrás lo más lejos que pude, pero me agarró el brazo y me levantó en el aire con el codo levantado, de modo que pudiera sostenerme en alto. Su fuerza era increíble. Podría haberme aplastado el brazo, y no podría haber hecho ni una maldita cosa.

De repente Kissa estaba ahí.

—¡Déjala, ahora!

Ivy me dejó. Me lanzó por el aire. Éste se precipitó por delante de mí, el mundo se enturbió tan rápidamente que era como estar ciega. El aire dejó de moverse y caí.



VEINTISEIS

Sentir que caes no reduce la velocidad y la brusquedad al ser lanzada, al menos, a tres metros de alto. Me di de bruces contra la pared e intenté tocarla con manos y brazos para minimizar la fuerza, antes de que mi cabeza chocara contra ella. Me deslicé hacia abajo, aunque deslizarse implica disminuir algo la velocidad y no había nada lento en ello. Sufrí un colapso al final, como un montón desmadejado, sin aliento, percibiendo imágenes brillantes y deformadas que no formaban un cuadro completo.

La primera imagen clara que me llegó fue una cara pútrida con trozos de pelo largo y oscuro colgándole del cuero cabelludo. La lengua de la vampira bailó detrás de los dientes rotos, y algo negro y más espeso que la sangre se escurrió con un *plaf* de la boca.

Me puse de rodillas y me encontré con unos brazos esqueléticos rodeándome los hombros. La boca reseca y llena de colmillos de la rubia me susurró.

—Ven a jugar.

Algo duro y rígido se introdujo en mi oído. Era su lengua. Intenté alejarme, pero unas garras me sujetaban la chaqueta. Las manos, que deberían haber sido débiles como palos secos, parecían cintas de acero.

—Han roto la tregua, *ma petite*. No puedo retenerle mucho tiempo.

Tuve un momento para echar un vistazo y localizar a Jean-Claude de rodillas con ambas manos extendidas hacia Janos. Éste todavía estaba en pie, pero no hacía nada más. Tenía sólo unos instantes, no más.

Dejé de intentar librarme de las dos vampiras. Se tumbaron sobre mí, y entre el lío de brazos, piernas y fluidos corporales, saqué la Browning. La apunté y disparé al pecho de alguien podrido. Ella se tambaleó, pero no se quitó de encima. Unos colmillos se hundieron en mi espalda y grité.

Un arma estalló detrás, pero no había tiempo para mirar. Jason, de repente, estaba allí tirando de la rubia. Disparé al cráneo podrido de la morena. Finalmente, cayó en el suelo en un charco de líquido sacudiendo con fuerza las extremidades.

Me giré hacia Jean-Claude y le encontré casi tumbado en el suelo, había un charco de sangre ante él. Todavía mantenía un brazo estirado hacia Janos. Éste hizo un pequeño movimiento y la sangre salió del cuerpo de Jean-Claude formando un arco. Se derrumbó en el suelo y el poder se escapó, haciendo volar mi pelo hacia atrás. De pronto, el mundo apestó a cadáveres podridos. Respiré profundamente y con dificultad, apretando el gatillo contra aquel cuerpo negro y largo.

Janos cambió de dirección. Parecía a cámara lenta, como si tuviera todo el tiempo del mundo para apuntar y disparar otra vez, pero de alguna forma, estaba ante mí cuando disparé por segunda vez. La bala le dio directamente en el pecho. Se tambaleó, pero no cayó.

Miré por encima de su cabeza redonda y esquelética. La mano blanca subió y cortó el aire total e imposiblemente, sentí como si una garra invisible hubiera cortado por completo mi brazo. Disparé, pero no acerté en la diana. La bala le raspó un lado de la cara. Me acuchilló otra vez, y vi como la sangre comenzó a gotear por mis manos. Táctica de intimidación. No me había herido demasiado, ni dolía tanto como dolería si de verdad conseguía poner sus manos sobre mí.

Una segunda arma sonó y Janos se tambaleó cuando la bala le golpeó en el hombro. Larry estaba detrás de él, con el arma. Mi visión empalideció, como si una niebla apareciera tras de mis ojos. Apunte al

objetivo más grande de la parte superior de ese cuerpo y disparé de nuevo. Oí que la bala de Larry iba alta e impactaba en la pared por detrás de mí.

Un asustado «¡Oye!» me aseguró que Jason todavía estaba allí.

Vi a Janos dirigirse hacia la puerta, fue como observar un movimiento a cámara lenta y con una niebla tan espesa que apenas podía ver. Disparé dos veces más y supe que al menos, le había dado una vez. Cuando se fue del cuarto, caí sobre mis manos y rodillas, esperando a que mi visión se despejase. Esperaba que se despejase.

Con mi pobre visión, observé que Jean-Claude todavía está inmóvil en un charco de sangre suya. La pregunta que apareció en mi cabeza fue, «¿está muerto?». Una pregunta estúpida para un vampiro, pero fue lo primero que pensé.

Eché un vistazo detrás de mí y me encontré a Jason esparciendo trozos de las dos vampiras por el suelo. Los rasgaba con las manos desnudas, rompiendo huesos y lanzándolos separados unos de otros, como si con la fuerza de la destrucción pudiese lavar lo que le habían hecho.

Bruce se escurrió por la pared mirando hacia nosotros. La sangre había teñido de rojo su esmoquin. No podía estar segura, pero parecía muerto. Ivy y Kissa no se veían por ninguna parte.

Larry todavía estaba de pie, el arma en alto, como si no comprendiese que Janos se había ido. Fruncía el ceño. Todos estaban levantados, todo el mundo se movía excepto Jean-Claude. Mierda.

Avancé lentamente hacia él, no creí que pudiera mantenerme en pie con la visión llena de manchas. Pareció llevarme mucho tiempo alcanzarle, como si algo más aparte de la vista no funcionara correctamente.

Mi visión estaba casi del todo clara cuando llegue a él. Me arrodillé en el espeso charco de sangre y le miré fijamente. ¿Cómo compruebas si un vampiro está muerto? A veces no tenía pulso, o latidos, o no respiraba. Mierda otra vez.

Enfundé la Browning. Ahora mismo no había nada a lo que disparar y necesitaba las manos. Manché mi camisa y me miré las manos por primera vez. Parecía que unas uñas me habían arañado en ambas un poco más profundo de lo normal, pero se curarían. Era probable que incluso no dejaran cicatriz.

Toqué el hombro de Jean-Claude y su carne era suave, muy humana. Le tumbé sobre su espalda. La mano chocó contra el suelo con una inercia que sólo los muertos tienen. Algún oscuro truco había hecho de nuevo hermoso

su rostro. Parecía más humano de lo que jamás le había visto, salvo que nadie era tan hermoso.

Comprobé el pulso del cuello. Mantuve los dedos contra esa fría piel y no percibí nada.

Algo como lágrimas caían de mis ojos y la garganta se me cerró. Pero no lloraría, aún. No estaba segura de si le quería.

¿Cuándo se está muerto para un vampiro? ¿Hay cosas como la RCP para los no muertos? Infiernos, algunas veces respiraba. Tenía un corazón y latía la mayor parte del tiempo. No tener latidos no podía ser algo bueno.

Le coloqué la cabeza, le presioné la nariz cerrándola y exhalé aire en su boca. El pecho se elevó. Probé dos veces más, pero no respiraba solo. Le desabotoné la camisa y encontré el punto encima del esternón. Presioné un, dos, tres, cuatro, hasta quince compresiones. Exhalé dos veces.

Jason se tambaleó hasta mí, después cayó sobre sus rodillas.

—¿Se ha ido?

—No lo sé.

Bombeé con toda mi fuerza, lo suficiente como para romper las costillas de un ser humano, pero él no era humano. Estaba ahí, el cuerpo solo se movía cuando lo movía yo, tan fláccido y desmadejado como sólo un muerto puede estar. Los labios medio separados, los ojos cerrados ribeteados con el hilo negro de las gruesas pestañas. El negro pelo rizado enmarcando aún su pálida cara.

Había imaginado muerto a Jean-Claude. Hasta había pensado en matarlo yo misma un par de veces, pero ahora que su muerte era un hecho, no sabía que sentir. No me parecía justo de ninguna manera. Yo le había traído aquí. Le había pedido que viniera y había venido. Y ahora estaba muerto, muerto de verdad. Y parte de eso era por mi culpa, la otra parte era obra mía. Si mataba a Jean-Claude, quería apretar el gatillo y mirarle a los ojos mientras moría. No así.

Me quedé con la mirada fija en él. Pensé que no habría más Jean-Claude. Este hermoso cuerpo pudriéndose en el fondo de una merecida lujosa tumba. Sacudí la cabeza. No podía dejar que eso pasara, no si podía salvarle. Sólo conocía una cosa que todos los muertos ansiaban. Sangre. Traté de insuflarle vida una vez más, con una diferencia. Primero unté mi sangre en su boca. Le toqué con mis labios los suyos, y saboreé el gusto dulce y metálico de mi propia sangre.

Nada.

Larry se arrodilló a nuestro lado.

—¿Dónde fue Janos?

Él no había sido capaz de verle por la niebla, pero no tenía tiempo para explicárselo.

—Mira hacia la puerta y dispara a todo lo que llegue.

—¿Puedo dejar que se vayan las chicas?

—Por supuesto.

Las había olvidado. Había olvidado a Jeff Quinlan. Los habría cambiado a todos por que Jean-Claude abriera los ojos para mí. No si la opción me hubiera sido ofrecida como un «o», pero en este momento, ellos eran extraños. Él no lo era.

—Más sangre, quizá —dijo Jason suavemente.

Le miré.

—¿Te estás ofreciendo?

—Ninguno puede alimentarle hasta que recupere toda la fuerza sin morir, pero ayudaré —contestó.

—Tú ya le alimentaste una vez esta noche. ¿Puedes donar dos veces?

—Soy un hombre lobo. Me curo rápido. Además, mi sangre tiene más fuerza que la de un humano, más poder.

Entonces lo miré de verdad. Estaba cubierto de lodo. Una gran mancha cubría la mayor parte de una mejilla. Los ojos azules no parecían lobunos, parecían heridos y angustiados. Hay cosas que dañan mucho más que las físicas.

Respiré profundamente y saqué uno de mis cuchillos de la funda. Me corté la muñeca izquierda. El dolor fue agudo e inmediato. Puse la herida contra los labios de Jean-Claude. La sangre cayó en su boca. La llenó como vino en una taza. Se escurrió por la comisura y se deslizó hacia abajo por su mejilla. Le acaricié la garganta para hacerle tragar.

Como se reiría si supiera que al final me había abierto la vena para él. Más sangre se derramó por los labios inertes. Mierda.

Respiré en su boca y saboreé el gusto de mi propia sangre. Conseguí elevarle el pecho. Pensé una sola palabra: Vive, vive, vive.

Un estremecimiento le recorrió su cuerpo. La garganta se estremeció, y tragó. Me aparté de él. Agarró mi muñeca cuando la alejé de su barbilla. El apretón me dolió. Podía sentir esa fuerza antinatural que podía romper los huesos. Sus ojos todavía estaban cerrados, sólo la sujeción de mi muñeca me aseguró que progresábamos.

Le puse la mano sobre el pecho. Aún no respiraba solo. Ningún latido de corazón. ¿Era malo? ¿Bueno? ¿Indiferente? Infiernos, no lo sabía.

—Jean-Claude, ¿puedes oírme? Soy Anita.

Él se levantó con un pequeño movimiento, presionando mi muñeca ensangrentada en su boca. Me mordió y jadeé. Usaba ambas manos para presionar mi muñeca contra su boca, y sorbió. En mitad de una sesión de sexo podría sentirse bien, ahora sólo dolía.

—Maldición —pronuncié.

—¿Qué pasa? —preguntó Larry.

—Duele —contesté.

—Suponía que te hacía sentir bien —expresó la chica rubia.

Negué.

—No, a menos que estés bajo su control hipnótico.

—¿Cuánto llevará esto? —preguntó Larry.

—Mientras el beba —dije—, mira la puerta.

—¿Cuál?

—Oh, demonios, sólo dispárale a todo lo que intente entrar. —Me sentía mareada. ¿Cuánto había bebido?—. Jason, me estoy mareando. —Traté de liberar la muñeca, pero sus manos parecían hierro soldado a mi piel—. No puedo separarle.

Jason tiró de las pálidas manos, pero no podía moverlas.

—Podría arrancarle los dedos uno a uno y soltarla, pero…

—Sí, Jean-Claude se enfurecería. —El mareo me venía en oleadas, las náuseas comenzaron a llenar el agujero. Tenía que alejarle de mí—. Suéltame, Jean-Claude. ¡Suéltame, joder!

Los ojos todavía permanecían cerrados, su cara en blanco. Se alimentó como un bebé, con decidida determinación; pero este bebé vaciaba mi vida. Podía sentirla escaparse. Mi corazón comenzaba a palpitarme en los oídos como si hubiera estado corriendo, bombeando sangre más rápido. Alimentación más rápida. Muerte más rápida.

Unos puntitos bailaban ante mis ojos. La oscuridad comenzaba a comerse la luz. Saqué la Browning.

—¿Qué haces? —preguntó Jason.

—Va a matarme.

—No sabe lo que hace.

—Aún así, estaré muerta.

—Alguien se está moviendo al principio de la escalera —vociferó

Larry.

Genial.

—¡Jean-Claude, suéltame, ahora!

Presioné el cañón del arma en la impecable piel de su frente. La oscuridad se comía mi visión a grandes bocados. Las náuseas quemaban mi garganta.

Me incliné y le susurré:

—Por favor, Jean-Claude, déjame ir. Soy tu *ma petite*, déjame ir —me recosté.

—Llegada de vampiros —dijo Larry—. Date prisa.

Mantuve la vista fija en esa hermosa cara aún enganchada a mi brazo, comiéndome viva, estrujándome. Los ojos se abrieron. Pasé un dedo para impedir que siguiera exprimiéndome. Recostó la cabeza otra vez en el suelo, sujetando aún mi muñeca, pero sin alimentarse. La boca estaba roja por mi sangre. El arma todavía le apuntaba.

—Ah, *ma petite*, ¿no hemos hecho esto antes?

—El arma sí —contesté—, pero esto no.

Retiré la muñeca de sus manos renuentes, y me recosté con la Browning colocada sobre el regazo. Las náuseas y la oscuridad volaban dentro de mi cabeza como nubes conducidas por el viento.

Vi que Larry se ponía en cuclillas al pie de la escalera, con el arma apuntando. Pero fue como recorrer con la mirada un túnel distante, y no tan importante como debería haber sido.

Jason se sentó en el suelo sangriento. Le miré.

—En el cuello duele menos —comentó.

Como si hubiera preguntado. Jean-Claude avanzó lentamente por encima de él. Jason giró la cabeza a un lado sin preguntar. Jean-Claude presionó su boca manchada de sangre sobre el pulso del cuello de Jason. Vi moverse los músculos de su boca y mandíbula cuando hundió los colmillos en la sensible piel.

Incluso si hubiera sabido que en el cuello dolía menos, no lo habría ofrecido. Se parecía demasiado al sexo. La muñeca me había dejado fingir que no hacíamos algo íntimo.

—¡Anita!

Me volví hacia la escalera. Larry seguía en cuclillas, solo, con el arma. Las dos chicas se habían apartado, alejándose de la puerta. La rubia estaba histérica otra vez. Ciertamente, no podía culparla.

Sacudí la cabeza, levanté la Browning con las dos manos y apunté hacia la puerta. Necesitaba un brazo extra para estabilizarme. Tenía un débil temblor en mis brazos que no iba a ayudarme mucho en mi misión.

El poder recorrió el cuarto, hormigueando a lo largo de mi piel. Casi podía olerlo, como sabanas perfumadas en la oscuridad. Me pregunté si Jean-Claude y yo habíamos emitido esa clase de poder cuando se había alimentado de mí. No lo había notado.

Algo blanco apareció en la entrada. Me llevo un segundo entender que era. Un pañuelo blanco atado a un palo.

—¿Qué mierda es eso? —pregunté.

—Una bandera de tregua, *ma petite*.

No aparté la mirada de la escalera hacia aquella densa voz bañada en miel. Jean-Claude parecía mejor, o peor, que nunca. Cada palabra rozó mi piel a lo largo de mi cansado cuerpo. La voz era lo suficientemente espesa como para protegerme de todos los dolores. Él podía hacerlos desaparecer. Lo sabía.

Tragué y bajé el arma hacia el suelo.

—Permanece jodidamente fuera de mi cabeza.

—Lo siento, *ma petite*. Puedo sentirte en mi boca, sentir tu frenético latido atesorado en mi memoria. Contendré el entusiasmo, pero con esfuerzo, Anita, con gran esfuerzo.

Sonó como si le hubiera dado algo de sexo y quisiera más.

Le eché un vistazo. Estaba sentado al lado del cuerpo medio desnudo de Jason. Jason miraba al techo con ojos pesados y cerrados como si estuviera medio dormido. La sangre le goteaba de dos nuevas heridas en el cuello. No parecía que hubiera sentido mucho dolor. De hecho, parecía que se lo había pasado bien. Yo le había quitado la necesidad apremiante a Jean-Claude y Jason habían conseguido un paseo más suave. Bien por él.

—¿Podemos hablar?

Una voz en el vestíbulo, un hombre. No podía situarle. Maldición, tenía un problema de enfoque, sin mencionar el intento por reconocer a quién pertenecía esa voz incorpórea.

—Anita, ¿qué quieres que haga? —preguntó Larry.

—Es una bandera de tregua —contesté.

Mis palabras sonaron mal pronunciadas, aunque eran bastante claras. Me sentí casi borracha, o drogada. Era una mala borrachera, una peligrosa tranquilidad.

Magnus entró. Durante un segundo pensé que veía visiones. Era tan condenadamente inesperado. Estaba vestido todo de blanco, desde el traje a los zapatos. La tela parecía brillar contra su oscura piel. El pelo largo estaba atado detrás con una cinta blanca y floja. Tenía un palo cubierto por un pañuelo agarrado en una mano. Caminó algunos pasos con un elegante movimiento, casi parecido a un baile. No era el movimiento de un vampiro, pero casi.

Larry mantuvo el arma cerca de él.

—Permanezca donde está —dijo.

Parecía un poco asustado, pero rotundo. El arma estaba bien apuntada y estable.

—Hemos hablado del hecho de que las balas de plata no funcionan con un *fae*.

—¿Quién dice que el arma tiene balas de plata? —preguntó Larry.

Era una buena mentira. Estaba orgullosa de él. Seguramente estaba demasiado ida para haber caído en ello.

—¿Anita? —Magnus miró a través de Larry como si no estuviera allí, aunque no bajó los últimos escalones.

—Yo haría lo que él dice, Magnus. Ahora, ¿qué quiere?

Magnus sonrió y extendió los brazos lejos del cuerpo. Supongo que para mostrar que estaba desarmado. Pero yo sabía, y Larry también sabía, que las armas no eran lo que le hacía peligroso.

—No le quiero hacer ningún daño. Sabemos que Ivy rompió la tregua primero. Serephina ofrece sus más sinceras disculpas. Pregunta si vendrías directamente al salón de audiencias. No más pruebas. Todos hemos sido imperdonablemente groseros con la visita del maestro.

—¿Le creemos?

No pregunté a nadie en particular.

—Dice la verdad —dijo Jean-Claude.

Genial.

—Déjale pasar, Larry.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—No, pero hazlo de todos modos.

Larry apuntó con el arma al suelo, pero no parecía contento. Magnus bajó la escalera sonriendo, sobre todo a Larry. Pasó por delante de él y montó todo un espectáculo al darle la espalda. Casi fue suficiente para hacerme desear que Larry le disparara.

Se paró a unos pasos de nosotros. Todavía estábamos todos sentados en el suelo, o en el caso de Jason, tumbado. Magnus miró hacia abajo, hacia nosotros, divertido o pasmado.

—¿Qué demonios hace aquí? —pregunté.

Jean-Claude me miró.

—Parecen conocerse.

—Este es Magnus Bouvier —dije—. ¿Qué hace aquí, con ellos?

Él aflojó el nudo de la corbata y apartó la tela. Estaba bastante segura de que trataba de mostrármelo, pero no podía verlo desde el suelo. No estaba segura de que pudiera mantenerme en pie sin caerme.

—Si quiere que le eche un vistazo, va a tener que bajar aquí.

—Con gusto. —Se arrodilló ante mí a menos de 60cm. de distancia. En su cuello tenía dos señales de mordisco curándose.

—Mierda, Magnus. ¿Por qué?

Me miró, los ojos recorrieron mi muñeca ensangrentada.

—Podría preguntarle lo mismo.

—Doné sangre para salvar una vida. ¿Cuál es su excusa?

Sonrió.

—Nada la mitad de bueno que eso.

Magnus deshizo la cinta y dejo caer el pelo como una cortina alrededor de los hombros. Me miró con esos ojos azul turquesa, y avanzó lentamente a gatas hacia Jean-Claude. Se movía como si tuviera músculos donde la gente no tenía. Fue como ver un gran felino en movimiento. Las personas no se movían así.

Se arrodilló delante de Jean-Claude, tan cerca que casi se tocaban. Se apartó el pelo a un lado, y le ofreció el cuello.

—No —dijo Jean-Claude.

—¿Qué pasa? —preguntó Larry.

Era una buena pregunta. No tenía una buena respuesta. No tenía ni siquiera una mala.

Magnus se quitó la chaqueta blanca y la dejó deslizarse hasta el suelo. Desabrochó el puño de la muñeca derecha y empujó la tela hacia atrás. Le ofreció la muñeca desnuda a Jean-Claude. La piel estaba lisa e intacta. Jean-Claude tomó su mano y levantó la llevó a sus labios.

Casi aparté la mirada, pero al final no lo hice. Apartar la mirada era como mentirse a uno mismo. Finges que no está pasando, pero lo está.

Jean-Claude rozó con los labios la piel, luego liberó la mano de

Magnus.

—La oferta es generosa, pero estaría borracho si añadiera su sangre a la de ellos.

—¿Borracho? —pregunté—. ¿De qué cuernos hablas?

—Ah, *ma petite*, realmente tienes habilidad con las palabras.

—Cállate.

—Perder una cantidad de sangre te hace gruñona —comentó.

—Jódete.

Se rió y el sonido fue dulce. Tenía un gusto indescriptible, como algún caramelo prohibido que no engorda aunque es venenoso. Pero qué forma de morir.

Magnus se quedó arrodillado, observando al risueño vampiro.

—¿No me probará?

Jean-Claude sacudió la cabeza, como si no confiara en sí mismo para hablar. Los ojos brillaban con la risa contenida.

—La sangre ha sido ofrecida. —Magnus avanzó lentamente hacia mí. El pelo se había extendido hacia un lado tapando un ojo, que brillaba como una joya entre los mechones. Se suponía que sus ojos no eran de ese color. Avanzó despacio hacia mí hasta que nuestras caras estuvieron casi juntas.

—Una pinta de sangre, una libra de carne —lo susurró inclinándose hacia mí como si fuera a besarme.

Me eché hacia atrás lejos de él y perdí el equilibrio. Terminé con la espalda en el suelo. No era una mejora. Magnus avanzó lentamente, todavía a gatas, cerniéndose sobre mí. Le presioné la Browning en el pecho.

—Aléjese o disparo.

Magnus retrocedió mansamente, pero no muy lejos. Me senté, manteniendo el arma en la mano. El cañón vacilaba mucho más de lo normal.

—¿De qué va todo esto?

—Janos habló de tomar sangre y carne de nosotros esta noche. Como una disculpa, Serephina nos ofrece sangre y carne —contestó Jean-Claude.

Miré a Magnus, todavía a gatas, aún pareciendo salvaje y peligroso. Bajé el arma.

—No, gracias.

Magnus se recostó en el suelo, alisándose el pelo con las manos, cepillándolo hacia atrás.

—Ha rechazado las ofrendas de paz de Serephina. ¿Rechaza también la

disculpa?

—Llévenos ante ella y habrá hecho lo que le han pedido —dijo Jean-Claude.

Magnus me miró.

—¿Qué pasa con usted, Anita? ¿Está conforme con que la lleve ante Serephina? ¿Acepta su disculpa?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué debería?

—Anita no es un maestro —comentó Jean-Claude—. Esta es mi venganza, mi perdón, debería preguntarme a mí.

—Hago lo que me dijeron —contestó—. Ella desafió a Ivy a una prueba de voluntades. Ivy perdió.

—Yo no la lancé a través del cuarto —dije.

Jean-Claude frunció el ceño.

—Ella recurrió a la fuerza bruta, *ma petite*. No podía ganar por la fuerza, o con artimañas de vampiro contra un ser humano. —De repente parecía muy serio—. Perdió… contra ti.

—¿Así?

—De ese modo, *ma petite*, te declaraste maestro y lo demostraste.

Sacudí la cabeza.

—Esto es ridículo, no soy un vampiro.

—No dije un Maestro Vampiro, *ma petite*. Dije que eras maestro.

—¿Un maestro de qué? ¿Humano?

Era su turno de negar con la cabeza.

—No lo sé, *ma petite*. —Se giró hacia Magnus—. ¿Qué dice Serephina?

—Serephina dice que la lleve.

Jean-Claude afirmó y se puso de pie como si fuera levantado con cuerdas. Parecía fresco y como nuevo, sólo un poco manchado de sangre. ¿Cómo se veía así de bien después del desafío, cuando yo me veía como la mierda?

Nos miró a Jason y a mí. Su extraño buen humor había vuelto. Me sonrió e incluso con la sangre manchándole la boca, era hermoso. Los ojos brillaron con algún divertido secreto. Era presuntuoso de una forma que nunca había visto antes.

—No sé si mis compañeros son capaces de andar. Se sienten un poco drenados. —Se rió entre dientes del chiste, poniendo una mano delante de

los ojos, como si fuera demasiado gracioso hasta para él.

—Estás borracho —dije.

Afirmó con la cabeza.

—Creo que sí.

—No puedes estar borracho de sangre.

—He bebido profundamente de dos mortales, pero ninguno es humano.

No quería oír eso.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Nigromante con hombre lobo, una bebida que daría vértigo a cualquier vampiro. —Se rió tontamente. Jean-Claude nunca se reía tontamente.

No le hice caso, si es que puedes ignorar a un vampiro ebrio.

—Jason, ¿puedes levantarte?

—Creo que sí. —Su voz era espesa, pesada, pero no soñolienta. Más parecida a la languidez de después del sexo. Tal vez me alegrase de que mi mordedura hubiera dolido.

—¿Larry?

Larry se acercó a nosotros echando un vistazo a Magnus, el arma descubierta en su mano. No parecía feliz.

—¿Podemos confiar en él?

—Vamos a hacerlo —dije—. Ayúdame a levantarme, salgamos de aquí antes de que FangFace se rompa una tripa.

Jean-Claude se dobló de la risa. Pareció pensar que *Fangface* era escandalosamente gracioso. Por Dios.

Larry me ayudó a ponerme de pie, y después de unos segundos de mareo, me sentí mejor. Le ofreció una mano a Jason sin preguntar. Jason se balanceó sobre los pies, pero se quedó de pie.

—¿Puedes andar?

—Si tú puedes, podré —contestó.

El hombre tras mi propio corazón. Di un paso y otro, y seguí así recorriendo el cuarto. Jason y Larry me siguieron. Jean-Claude se tambaleó, todavía riéndose suavemente.

Magnus estaba esperándonos al pie de la escalera. Arrojó la chaqueta sobre un brazo.

Hasta había encontrado la cinta para atarse el pelo.

Jason caminó alrededor de los cuerpos desmembrados de las dos aspirantes a amantes y recogió su camisa del suelo cubriendo el

desbarajuste del pecho, aunque la sustancia viscosa estaba todavía sobre su cara, y el pelo estaba tieso y casi tan oscuro como los pantalones. Incluso la parte de atrás de la ropa de Jean-Claude y el pelo estaban manchados de sangre coagulada. Yo tenía mi propia ración de sangre y lodo. Era bueno que esta noche vistiera casi completamente de negro, la suciedad no se veía tanto. El rojo de la blusa se veía un poco peor que el resto de la ropa.

Larry era el único sin restos de sangre o lodo. Esperaba que pudiera mantenerse así. Las dos chicas se habían escondido bajo las escaleras mientras hablamos de nuestras cosas. Apostaba que había sido idea de la joven castaña. Lisa parecía demasiado asustada para pensar, para hacer algo inteligente. No es que pudiera culparla, pero la histeria no te lleva a ninguna parte, salvo a la muerte.

La chica castaña se acercó a Larry. La rubia se acercó también, más despacio, las manos tan fuertemente apretadas en su blusa desgarrada que se requeriría cirugía para separarlas.

—Sólo queremos irnos a casa, ¿podemos hacerlo? —La voz estaba un poco entrecortada, pero en su mayor parte firme. Miré fijamente a esos ojos marrones y afirmé.

Larry me miró.

—Magnus —dije.

Levantó las cejas, todavía esperaba en la escalera como un guía turístico o un mayordomo listo a escoltarnos.

—¿Me llamó?

—Quiero que las chicas se vayan ahora; seguras.

Les echó un vistazo.

—No veo por qué no. Serephina quería que las retuviéramos, sobre todo para su beneficio, Anita. Han cumplido su objetivo.

No me gustó el modo en el que dijo la última parte.

—Seguras, Magnus, sin más daño. ¿Tenemos claro lo que eso significa?

Sonrió.

—Salen por la puerta y se van a casa. ¿Está lo suficientemente claro para usted?

—¿Por qué es tan cooperativo de repente?

—¿Dejarles ir es disculpa suficiente? —preguntó Magnus.

—Sí, si ellas son libres y se van ilesas. Aceptaré la disculpa.

Asintió con la cabeza.

—Entonces, considérelo hecho.

—¿No tiene que corroborarlo primero con su maestro?

—Mi maestro me susurra dulcemente, Anita, y yo obedezco. —Sonrió mientras lo dijo, pero entrecerró los ojos y apretó involuntariamente sus manos.

—No le gusta ser su perro faldero.

—Quizás, pero no hay mucho que pueda hacer. —Comenzó a subir—. ¿Subimos?

Jean-Claude hizo una pausa al final de la escalera.

—¿Necesitas ayuda, *ma petite*? He tomado demasiada sangre tuya, y no te recuperas tan rápido como mi lobo.

Sinceramente, la escalera me pareció más larga de subida que de bajada. Pero negué con la cabeza.

—Puedo hacerlo.

—De eso, *ma petite*, no tengo duda. —Se acercó a mí, pero no me susurró, en cambio le sentí en mi mente.

Estas débil, ma petite. Déjame ayudarte.

—Deja de hacer eso, joder.

Sonrió y suspiró.

—Como quieras, *ma petite*. —Subió los escalones como si volase, apenas tocándolos. Larry y las chicas subieron después, ninguno parecía cansado. Avancé con dificultad detrás de ellos. Jason cubrió la retaguardia. Se veía con los ojos hundidos. Podía haberle gustado, pero donar tanta sangre sigue siendo duro, hasta para un peludo. Si Jean-Claude le hubiera ofrecido subirle, ¿habría estado de acuerdo?

Jason me descubrió mirándole, pero no sonrió, sólo miró fijamente hacia atrás. Tal vez, también habría dicho que no. ¿No estábamos siendo todos poco cooperativos esta noche?



VEINTISIETE

Las cortinas de seda habían sido apartadas. Un trono estaba colocado en la esquina derecha más alejada. No había ninguna otra forma de llamarlo; *la silla* no era suficiente para aquel asiento de oro cubierto de joyas. Los cojines estaban esparcidos por el suelo alrededor de él, amontonados como si fueran a ser ocupados por mujeres de un harén, o por pequeños y mimados perros. No había nadie sentado. Parecía un escenario vacío a la espera de actores.

Habían apartado un pequeño tapiz de pared para revelar una puerta. Ésta estaba abierta, un espacio triangular de madera. El aire primaveral entraba por ella, llevándose el olor a podrido. Comencé a decir «Vamos chicas» pero el viento cambió. Sopló con más fuerza y frío, y supe que no era una corriente de aire. Mi piel hormigueó, los músculos de mis brazos y hombros se tensaron.

—¿Qué es eso? —preguntó Larry.

—Fantasmas —dije.

—¿Fantasmas?, ¿qué demonios hacen fantasmas aquí?

—Serephina puede llamarlos —dijo Jean-Claude—. Es una capacidad única entre nosotros.

Kissa apareció en la entrada. El brazo derecho colgaba desencajado a un lado. La sangre goteaba en un lento y grueso hilo.

—¿Obra tuya? —pregunté.

Larry afirmó.

—Le pegué un tiro, pero no pareció detenerla mucho.

—Le hiciste daño.

Larry agrandó los ojos.

—Genial.

Pero de la forma en que lo había dicho, no parecía que era genial. Los Maestros Vampiros heridos se enfurecían como el demonio.

—Serephina les espera fuera —dijo Kissa.

Magnus se dejó caer sobre los cojines, desmadejado, como un gato. Se veía como si ya lo hubiera hecho antes.

—¿No viene? —le pregunté.

—Ya he visto antes ese espectáculo —dijo.

Jean-Claude caminó hacia la puerta. Jason, que se había colocado a su lado, retrocedió un par de pasos; perro bueno.

Las dos chicas se agarraban a la chaqueta de Larry. Él había sido quién las había desencadenado. Le habían visto disparar a los tipos malos. Era un héroe. Y como todos los héroes, moriría protegiéndolas.

De repente, Jean-Claude estaba a mi lado.

—¿Qué pasa, *ma petite*?

—¿Pueden salir primero las chicas?

—¿Por qué?

—Porque lo que sea que hay ahí fuera es grande y malvado, y las quiero fuera de aquí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jason.

Estaba de pie apartado a un lado. Flexionaba las manos; cerradas, abiertas, cerradas, abiertas. Parecía mucho más relajado hacía treinta minutos, pero en ese momento, ¿no lo estábamos todos?

Jean-Claude se giró hacia Kissa.

—¿Está todo bien? —Hizo señas a Magnus—. ¿Las jóvenes son libres de irse?

—Pueden irse, lo dice nuestro maestro.

Giró hacia las chicas.

—Iros —dijo.

Se miraron la una a la otra, después a Larry.

—¿Solas? —preguntó la rubia.

La castaña sacudió la cabeza.

—Vamos Lisa, nos dejan irnos. Vamos.

Miró a Larry.

—Gracias.

—Iros a casa —les dijo—. Es seguro.

Asintió con la cabeza y avanzó hacia la puerta más alejada con Lisa agarrándose a ella. Dejaron la puerta abierta y las vimos avanzar hacia delante. Nada se abalanzó sobre ellas. No hubo gritos que cortaran la noche. ¿Quién lo hubiera dicho?

—¿Estas lista, *ma petite*? Debemos ofrecer nuestros respetos.

Avanzó un paso, mirándome.

Jason se mantuvo a su lado, con manos nerviosas y todo.

Afirmé y me coloqué un paso por detrás de Jean-Claude. Larry se quedó a mi lado como una segunda sombra. Podía sentir su miedo como un temblor contra mi piel.

Entendía por qué estaba asustado. Janos había herido a Jean-Claude. Janos tenía miedo de Serephina, lo que quería decir que ella podía atrapar a Jean-Claude sin sudar. Si podía dominar al vampiro que estaba de nuestro lado, no seríamos ningún desafío. Si hubiera sido lista, le hubiera disparado tan pronto como la vi. Por supuesto, estábamos allí para pedir su ayuda. Eso reducía bastante las opciones.

Un viento fresco jugaba con nuestro pelo, como si fueran pequeñas manos. Estaba casi vivo. Nunca había sentido un viento al que quisiera apartar de un manotazo, como una cita demasiado empalagosa. Pero no tenía miedo. Debería haberlo tenido. No de los fantasmas, pero sí del que les había llamado. Pero me sentía distante y ligeramente irreal. Era por la pérdida de sangre.

Salimos por la puerta y bajamos dos pequeños escalones de piedra. Filas de pequeños árboles frutales decoraban la parte trasera de la casa. Había una pared oscura más allá del huerto. Era una pared de espesas sombras, tan negras que no podía ver a través de ellas. Las ramas desnudas de los árboles estaban enmarcadas contra la oscuridad.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Algunos pueden crear sombras y oscuridad a su alrededor —dijo Jean-Claude.

—Lo sé. Lo vi cuando Coltrain murió, pero ésta es una pared rara.

—Es impresionante —comentó.

Su voz era muy suave y normal. Le eché un vistazo, pero hasta bajo la brillante luz de la luna no podía leerle la cara.

Una brillante luz blanca destelló en la oscuridad. Los fríos y pálidos rayos de luz, la perforaron. El haz desgarró la oscuridad como un periódico quemándose, la oscuridad se derrumbó desapareciendo, consumida por la luz. Cuando la última oscuridad desapareció, una figura pálida de pie se vislumbró entre los árboles.

Incluso a esa distancia no se habría confundido con un humano, pero no trataba de hacerse pasar por uno. Una pálida luminiscencia se arremolinaba encima de su cabeza, una nube brillante, como neón descolorido atravesado por astillas. Vagas figuras salieron como flechas de ella, y después se arremolinaron detrás.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Larry.

—Fantasmas —dije.

—Mierda —soltó.

—Lo que pensaba.

Los fantasmas salieron de los árboles. Colgaban de las ramas muertas como una espuma de flores tempranas, eso si las flores pudieran moverse, retorcerse y brillar.

El extraño viento sopló contra mí cara, apartándome el pelo. Una fila larga y delgada de figuras fosforescentes se giró. Los fantasmas se acercaron, arrasando con todo, hacia nosotros, a tierra.

—¡Anita!

—No les hagas caso, Larry. Realmente no pueden hacerte daño mientras te sigas moviendo y los ignores.

El primer fantasma era largo y delgado, con una boca ancha, tan llamativa como un anillo de humo. Me golpeó en mitad del pecho, la sacudida me traspasó como electricidad. Los pequeños músculos de mis brazos se sacudieron. Larry jadeó.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Jason.

Avancé un paso.

—Sigue andando y no les haga caso.

No quería hacerlo, pero mi paso me llevó por delante de Jean-Claude. El siguiente fantasma me rodeó la cara. Hubo un momento de sofoco, pero seguí andando y pasó.

Jean-Claude me tocó el brazo. Miré fijamente su cara y no estuve segura de lo que vi. Definitivamente, intentaba decirme algo. Se colocó delante de mí, aún mirándome.

Asentí con la cabeza y le dejé guiarnos. No me costaba nada hacerlo.

—No me gusta esto —dijo Larry con voz molesta.

—A mí tampoco —mascculló Jason.

Golpeaba un diminuto remolino blanco como una niebla domada. Cuanto más golpeaba, más sólido se hacía. Una cara se estaba formando entre la niebla.

Caminé hacia Jason y le sujeté los brazos.

—No les haga caso.

El pequeño fantasma se le posó en el hombro. Tenía una nariz grande, protuberante, y dos ojos medio formados. Los brazos de Jason se tensaron bajo mis manos.

—Cada vez que les haces caso, les da el poder de manifestarse —expliqué.

Un fantasma me golpeó en la espalda. Fue como un bloque móvil de hielo en el centro de mi cuerpo.

Avanzó lentamente hacia la parte delantera, como una fría cuerda siendo tirada a través de mí. La sensación era inquietante como el infierno, pero no era permanente. Incluso no dolía.

El fantasma se zambulló en el pecho de Jason y éste lanzó un grito. Sólo la sujeción de sus brazos le impidió agarrarlo. Cada músculo en el cuerpo de Jason saltaba, como un caballo comido vivo por las moscas. Se curvó cuando el fantasma pasó por él, mirándome con ojos llenos de terror. Era agradable saber que podía asustarse.

Parecía como si las vampiras se hubieran llevado parte de su coraje con los dedos pútridos. No podía culparle. Yo también habría tenido ese tipo de ataques.

Larry brincó cuando un fantasma apareció de repente ante él, pero eso fue todo. Los ojos estaban un poco agrandados, pero sabía dónde estaba el peligro, y no era en los fantasmas.

Jean-Claude se acercó a nosotros.

—¿Qué pasa, mi lobo?

Había una corriente subyacente de advertencia y cólera.

Su mascota no estaba a la altura de su reputación.

—Estamos bien —dije.

Apreté la mano de Jason, sus ojos estaban aún sobresaltados, pero asintió.

—Estamos bien.

Jean-Claude caminó hacia la distante figura blanca una vez más, un movimiento elegante, lento, como si no estuviera tan asustado como el resto de nosotros. Tal vez no lo estaba. Tiré de Jason hacia mí. Larry se había movido hasta colocarse detrás. Los tres caminábamos como seres humanos normales tras Jean-Claude. Parecíamos un poco soldados, salvo que yo sostenía la mano del hombre lobo. La mano sudaba contra mi piel. No podíamos permitirnos tener un hombre lobo histérico. Mi mano derecha todavía estaba libre para poder sacar el arma, o un cuchillo. Les habíamos hecho daño una vez, si no se comportaban, podíamos terminar el trabajo. O al menos intentarlo.

Jean-Claude nos condujo entre los árboles desnudos con los fantasmas avanzando lentamente sobre las ramas como serpientes. Se detuvo a unos metros del vampiro. Casi esperé a que se inclinara, pero no lo hizo.

—Saludos, Serephina.

—Saludos, Jean-Claude.

Estaba vestida con un simple vestido blanco que caía en brillantes pliegues a sus pies. Los guantes blancos cubrían sus brazos casi completamente. El pelo era gris con líneas blancas, sin adornos, excepto por una cinta de plata y perlas. No era una cinta, probablemente era una especie de corona o algo así. La cara estaba arrugada por la edad. Se había puesto un suave maquillaje, pero no lo suficiente para esconder el hecho de que era vieja. Los vampiros no envejecían. Ese era el punto, ¿no?

—¿Entramos? —preguntó.

—Si quieres —contestó él.

Ella emitió una débil sonrisa.

—Me puedes escoltar hasta dentro, como hacías antiguamente.

—Pero no es como antiguamente, Serephina. Ahora ambos somos maestros.

—Tengo a muchos maestros que me sirven, Jean-Claude.

—Sólo me sirvo a mi mismo —dijo.

Le observó durante varios segundos, luego asintió.

—Te has hecho entender. Ahora sé un caballero.

Jean-Claude tomó un aliento lo suficientemente profundo como para oírlo salir de entre sus labios. Le ofreció el brazo y ella deslizó la mano enguantada en él, su mano descansaba en la muñeca.

Los fantasmas bajaron flotando tras ella como los vagones de un gran tren. Pasaron rozándonos con una velocidad que hacía hormiguear la piel, luego volvieron a flotar, aproximadamente a tres metros por encima del suelo.

—Puede andar con nosotros —dijo Serephina—, no le molestarán.

—Que suerte —dije.

Ella sonrió otra vez. Era difícil de decir a la luz de la luna y con el brillo fantasmal, pero sus ojos eran pálidos, tal vez grises o azules. No tenías que saber el color para que no te gustase la mirada en ellos.

—He deseado poder conocerla, nigromante.

—Desearía poder decir lo mismo.

La sonrisa no se amplió, no se decoloró, no se movió en absoluto. Parecía que habían convertido esa cara en una máscara. Alcé la mirada hacia esos ojos, durante sólo un momento. No trataron de someterme, pero había una energía en ellos, una llama profunda que empujaba hacia la superficie como el fuego de una hoguera. Mueve un tronco equivocado de manera, y las llamas saldrán y nos quemaran a todos. No podía juzgar su edad, me tenía neutralizada. Nunca había encontrado a nadie que realmente pudiera bloquearme; hacerme creer que eran más jóvenes, sí, pero no deslumbrándome e impidiéndome hacerlo.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Jean-Claude le ayudó a subir los escalones, como si lo hubiese necesitado. Al aumentar la distancia, la falta de sangre desaparecía, abandonándome verdaderamente, viva y queriendo seguir así. Posiblemente era por la mano caliente de Jason en mi propia mano. El sudor en su palma. Su realidad. De repente estaba asustada y ella no me había hecho ni una maldita cosa.

Los fantasmas fluían hacia la casa, unos pasando a través de la puerta, otros deslizándose por las paredes.

Viéndoles atravesar la madera, casi esperabas un ruido, como un *plaf*, pero todo era completamente silencioso. Los no muertos no hacían ruido.

Los fantasmas saltaron por el techo como globos llenos de helio, bajando por la pared tras el trono como agua lechosa. Eran translúcidos cuando estaban cerca de las llamas de las velas, como burbujas.

Serephina se sentó en la esquina del trono. Magnus se enroscó en los cojines a sus pies. Hubo un destello de cólera en sus ojos, pero se fue. No disfrutaba siendo el juguete de Serephina. Con eso se ganó un punto extra en mis notas.

—Ven a sentarte junto a mí, Jean-Claude —indicó Serephina.

Hizo señas hacia los cojines en el lado opuesto a Magnus. Habrían hecho una pareja interesante.

—No —dijo Jean-Claude.

Aquella sola palabra advertía lo suficiente. Suavemente aparté la mano de Jason. Si de verdad íbamos a luchar, necesitaría ambas manos.

Serephina se rió, y con aquel sonido desató su poder, estrellándolo contra nosotros, pobres mortales. El poder corrió sobre mí como una carrera de caballos. Mi cuerpo entero vibró con él. Mi garganta estaba demasiado seca para tragar y no podía conseguir suficiente aire. No tuvo que tocarme para hacerme daño. Podía sentarse en el trono y lanzar su poder sobre mí. Podía moler mis huesos hasta convertirlos en polvo desde una distancia segura.

Algo tocó mi brazo. Me sacudí y giré, me pareció un movimiento a cámara lenta. Tuve que concentrarme con fuerza en la cara de Jean-Claude, pero una vez que lo hice, el poder demoledor retrocedió como el océano retirándose de la orilla.

Tomé un profundo y estremecido aliento, después otro. Cada aliento era más firme.

—Una ilusión —susurré—. Una jodida ilusión.

—Sí, *ma petite*.

Se dio la vuelta y, avanzó hacia Larry y Jason, que todavía estaban de pie, perplejos.

Miré hacia el trono. Los fantasmas habían formado una aureola brillante alrededor de ella, aún más impresionante. Pero no tan impresionante como sus ojos. Tuve un atisbo de ellos que parecían vivir eternamente, después estaba mirando el dobladillo del vestido blanco con tanta fuerza como podía.

—¿No puede mantener fija mi mirada?

Sacudí la cabeza.

—No.

—En realidad, ¿cómo puede ser un poderoso nigromante si no puede mantenerme la mirada?

No era sólo que no pudiera mirarla a los ojos. Estaba encogida. Me enderecé, pero no moví los ojos.

—Tiene aproximadamente cerca de seiscientos años. —Alcé los ojos despacio, centímetro a centímetro, por el vestido blanco hasta que pude ver su barbilla—. ¿Cómo diablos consiguió ser tan poderosa en ese espacio de tiempo?

—Tanta presunción. Encuentre mis ojos y le contestaré.

Negué.

—No quiero saberlo.

Se rió entre dientes, y el sonido fue bajo y oscuro. Se deslizó por mi columna como algo repugnante y medio vivo.

—Ah, Janos, Ivy, que amable de vuestra parte unirse a nosotros.

Janos se deslizó por la puerta con Ivy a su lado. Se veía más humano que cuando lo había conocido. La piel estaba pálida, pero carnosa. La cara aún era delgada, y no podía haber pasado completamente por humano, pero parecía menos monstruoso. También estaba curado.

—Mierda.

—¿Pasa algo, nigromante? —preguntó Serephina.

—Odio desaprovechar las balas.

Emitió aquella sonrisita baja otra vez. Hizo que mi piel se tensara.

—Janos es muy talentoso.

Caminó por delante de nosotros. Podía ver los agujeros de bala en la camisa. Al menos había arruinado su guardarropa. Ivy se veía muy elegante. ¿Había huido cuándo comenzaron los disparos? ¿Había abandonado a Bruce para morir?

Janos se arrodilló entre los cojines. Ivy se arrodilló con él. Se quedaron así, la cabeza inclinada, esperando que ella les hablara.

Kissa se movió para estar de pie al lado de Magnus, sangrando, el brazo apretado a su lado. Pero recorrió con la mirada a los dos vampiros arrodillados ante Serephina, y hacia atrás otra vez. Se veía… preocupada.

Algo creció. Algo desagradable.

Les mantuvo allí, arrodillados, y dijo:

—¿Qué es lo que te trae por aquí, Jean-Claude?

—Creo que tienes algo que me pertenece —dijo.

—Janos.

Janos se levantó y se dirigió a la puerta. Estuvo fuera de la vista sólo un momento, luego volvió cargando un gran saco de tela como el que hubiera

llevado Santa Claus. Desató la cuerda que lo mantenía cerrado y esparció el contenido en el suelo, a los pies de Jean-Claude. Astillas de madera, ninguna de ellas lo suficientemente grande para hacer una estaca decente, cayeron en un montón. La madera era oscura y pulida donde no estaba blanca por los nuevos cortes.

—Con mis saludos —dijo Janos.

Sacudió los últimos trozos de madera del saco y se arrodilló otra vez hacia atrás.

Jean-Claude clavó la mirada en la madera astillada.

—Esto es infantil, Serephina. Algo que habría esperado de ti hace siglos. Ahora… —Señaló a los fantasmas, a todos—. ¿Qué has hecho para lograr someter a Janos? Antes le temías.

—Di a que has venido, Jean-Claude, antes de que me impaciente y te desafíe yo misma.

Sonrió e hizo una elegante reverencia, con los brazos a los lados, como un actor. Cuando se levantó, la sonrisa había desaparecido. Su cara parecía una hermosa máscara.

—Xavier está en tu territorio —dijo.

—¿Realmente crees que sentiría la presencia de tu nigromante favorito y no sentiría a Xavier? Sé que está aquí. Si me desafía, trataré con él. ¿Vas a terminar de decir lo que te trae por aquí, o eso es todo? ¿Has venido sólo para advertirme? Que conmovedor.

—Comprendo que ahora eres más poderosa que Xavier —dijo Jean-Claude—, pero está matando humanos. No sólo el ataque contra la casa del chico desaparecido, muchas más muertes. Ha vuelto a desmembrar a sus mascotas. Llama la atención hacia todos nosotros.

—Entonces deja que el consejo le mate.

—Eres el maestro de este territorio, Serephina. Es tu tarea vigilarle.

—No te atrevas a decirme cuáles son mis deberes. Ya tenía varios siglos cuando tú falleciste. Y tú eras solamente un catamite para cualquier vampiro que te quisiera. Nuestro hermoso Jean-Claude.

Pronunció la palabra hermoso como si fuera algo malo.

—Sé lo que fui, Serephina. Ahora soy el *Amo de la Ciudad*, y sigo las leyes del consejo. No debemos dejar que los humanos sean asesinados en nuestros territorios. Es malo para el negocio.

—Deja a Xavier que mate algunos cientos. Siempre hay más —contestó.

—Qué actitud más agradable —dije.

Fijó su atención en mí y lamenté haber abierto la boca. Su poder palpitó contra mí, como el retumbar de un gran corazón.

—Como el desafío, me desaprueba —dijo Serephina.

Oí el crujido del vestido de seda cuando se levantó. Nadie más se movió y escuché cómo se deslizaba a través de los cojines, desplazándose por el suelo como si se estuviera acercando. No quería que me tocara. Miré hacia arriba por toda la longitud de su cuerpo, y vi suspendida su mano enguantada. Jadeé. La sangre goteó por mi mano.

—¡Mierda!

Era un corte más profundo que los que Janos me había hecho y dolía más. Me encontré con sus ojos, la cólera me hacía valiente o estúpida. Eran de un blanco puro, como lunas cautivas brillando en su cara. Aquellos ojos me llamaban. Quería arrojarme a sus pálidos brazos, sentir el toque de aquellos suaves labios, la dulce caricia de sus dientes. Deseaba sentir su cuerpo acunando al mío. Quería que me sostuviera como mi madre una vez lo hizo. Me cuidaría para siempre y nunca se marcharía, nunca moriría, nunca me abandonaría.

Eso me frenó. Aún estaba de pie, al borde de los cojines. El dobladillo de su vestido se esparcía sobre mis pies. Podría haber extendido mi mano y haberla tocado.

El miedo hizo que me latiera el corazón en la cabeza. Podía sentir el pulso en mi lengua.

Extendió ampliamente los brazos.

—Ven, *niña* y siempre estaré contigo. Te sostendré para siempre.

Su voz representaba todo lo bueno; calor, comida, refugio para todas las cosas dolorosas, para todas las desilusiones. Sabía que en aquel momento todo lo que tenía que hacer era dar un paso y entrar en sus brazos, y todas las cosas malas se marcharían.

Me mantuve allí, de pie, las manos apretadas en puños. Mi piel ansió que me tocara, me sostuviera. La sangre todavía goteaba por mi mano, donde me había cortado. Froté los dedos en el corte, haciendo el dolor más fuerte. Sacudí la cabeza.

—Ven, *niña*. Seré tu madre para siempre.

Encontré mi voz. Parecía oxidada y ahogada, pero salió.

—Todo muere, perra. No eres inmortal, ninguno lo es.

Sentí que su poder vacilaba, como una piedra lanzada a un estanque y

me moví hacia atrás un paso, después otro. Utilicé toda mi fuerza para no escapar de aquella habitación, correr y seguir corriendo. Correr y correr, y correr. Lejos de ella.

No corrí. De hecho, me quedé exactamente donde había retrocedido y miré alrededor. La gente había estado ocupada. Janos estaba al lado de Jean-Claude. No usaban trucos de vampiro entre ellos, pero la amenaza estaba ahí. Kissa se mantenía a un lado, la sangre acumulándose en las almohadas a sus pies. Había una mirada en esa cara que no pude descifrar. Era casi asombro. Ivy estaba ahora de pie, observándome y sonriendo, complacida con todo esto. Casi había caído en los brazos de Serephina.

No estaba contenta. Nadie había estado alguna vez tan cerca, ni siquiera Jean-Claude. Estaba más que asustada. Mi piel estaba fría. Había conseguido romper el control sobre mí, pero era temporal. No podía ser capaz de engañarme con la mente, pero había sentido su mente en la mía. Si me quería, podía tenerme. No sería bonito. Sin ilusiones, sin trucos, sólo jodida fuerza bruta, y podría tenerme. Nunca entraría corriendo a sus brazos, pero podía aplastar mi mente. Podía hacerlo.

Ese conocimiento casi me calmó. Si no hubiera nada que pudiera hacer para prevenirlo, no tenía por qué preocuparme. Preocúpate por cosas que puedes controlar, el resto, o se resolverá o te matara. De una u otra manera, no hay preocupaciones.

—Tienes toda la razón, nigromante —dijo Serephina—. En esta habitación somos todos mortales. Los vampiros pueden vivir mucho, mucho tiempo. Eso nos hace olvidarnos que somos mortales. Pero la inmortalidad nos elude hasta a nosotros.

No era una pregunta, y estaba de acuerdo con todo lo que dijo, así que sólo la miré.

—Janos me dijo que tenías una aura de poder, nigromante. Dijo que lo usó contra ti como con otro vampiro. Lo usé ahora mismo cuando te acuchillé la mano. Nunca he conocido a un humano que pudiera ser herido así.

—No sé lo que quiere decir con un aura de poder.

—Es lo que te permitió escapar de mi magia. Ningún humano podría haberse resistido, y pocos vampiros.

—Que alegría poder hacer algo que la impresione.

—Nunca dije que me impresionaras, nigromante.

Me encogí de hombros.

—Bien, puede que le importen una mierda los humanos, o trate de no llamar la atención. No sé nada de su consejo, o lo que harán para no ayudarnos. Pero realmente, sé lo que haré.

—¿Qué balbuceas, humana?

—Soy la Ejecutora Judicial de este estado. Xavier y su equipo se llevaron a un chico joven. Le quiero de vuelta, vivo. Me ayuda a recuperarle vivo, o voy a los tribunales y consigo una sentencia de muerte contra usted.

—Jean-Claude, habla con ella o la mataré.

—Tiene todo el peso de la ley humana tras ella, Serephina.

—¿Qué es la ley humana para nosotros?

—El consejo dice que nos gobierna igual que a los humanos. Rechazar las leyes humanas es lo mismo que romper las relaciones con el consejo.

—No te creo.

—Puedes sentir la verdad en mis palabras. Nunca podría mentirte, no podía hace doscientos años, y no puedo ahora.

Su voz sonaba muy tranquila, muy segura.

—¿Cuándo entró esta nueva ley en vigor?

—Cuando el consejo vio el beneficio de ser tradicional. Quieren el dinero, el poder, la libertad de andar por las calles con seguridad. No quieren esconderse más, Serephina.

—Crees lo que dices, mucho es verdad —dijo.

Me miró, y el peso de esa fija mirada, hasta con mi vista puesta en otro sitio, parecía a una gigantesca mano aplastándome. Me quedé erguida, pero con esfuerzo. Tenías que doblarte ante tal poder. Humillarte ante él. Adorarlo.

—Pare, Serephina —dije—. Los trucos mentales baratos no funcionan, y lo sabe.

La bola fría en mi estómago no estaba tan segura.

—Me teme, humana. Puedo sentirlo en la lengua.

Oh, buen dios.

—Sí, me asusta. Probablemente asuste a todos en este cuarto. ¿Y qué?

Se irguió, cada centímetro del largo y delgado cuerpo. La voz era de repente suave, respirando bajo mi piel como pelaje.

—Le mostraré.

Gesticuló con la mano enguantada. Me tensé, esperando otro corte, pero nunca llegó. Un grito cortó el aire y me hizo girar.

La sangre goteaba de la cara de Ivy. Otro corte apareció en su brazo desnudo. Otros dos más en la cara. Durante mucho tiempo, aparecieron heridas a cada gesto de Serephina.

Ivy chilló.

—¡Serephina, por favor! —Cayó sobre sus rodillas entre los brillantes cojines, con una mano extendida hacia el Maestro Vampiro—. Serephina, maestro, por favor.

Ésta anduvo alrededor de ella, de nuevo un movimiento deslizante.

—Si hubieras sujetado tu carácter, todos serían ahora nuestros. Conocía sus corazones, sus mentes, sus miedos más profundos. Les habríamos quebrado. Habrían roto la tregua y podríamos habernos deleitado con ellos en nuestra sangre.

Casi estaba a mi altura. Quería retroceder ante ella, pero sería un signo de debilidad. Su vestido me rozó la pierna y no me importó. No quería que me tocara. Me aparté y me agarró la muñeca. No la había visto moverse.

Observé aquella mano enfundada en seda, como si una serpiente acabara de enrollarse alrededor de mi muñeca. Maldición, preferiría que hubiera sido una serpiente.

—Ven, nigromante, ayúdame a castigar a esta vampira mala.

—No, gracias —dije.

Mi voz pareció inestable. Acorde con el revoloteo de mí estomago. Aún no había hecho nada excepto tocarme, pero tocarme incrementaba su poder. Si intentaba algún truco mental ahora, estaba acabada.

—Ivy habría tomado con gran placer su dolor, nigromante.

—Ese es su problema, no el mío.

Miraba fijamente y con fuerza la sedosa tela del vestido de Serephina. Tenía un impulso terrible de mirar hacia arriba y encontrar sus ojos. No creía que fuera su poder, sólo mi compulsión morbosa. Era difícil resistirse cuando mirabas el cuerpo de alguien que te maneja como a un niño.

Ivy estaba en el suelo, medio apoyada en los brazos. Su encantadora cara era una masa de profundos cortes. El hueso brillaba en una mejilla a la luz de la vela. El brazo derecho tenía un corte en el que se veía al músculo ensangrentado moverse nerviosamente. Ivy me miró, y tras el dolor había un odio lo bastante fuerte como para encender una cerilla. La cólera se desprendía de ella como zumbantes olas.

Serephina se arrodilló a su lado, arrastrándome con ella. Miré hacia atrás, a Jean-Claude. Janos tenía la pálida mano-araña en su pecho. Larry

articuló la palabra *arma*. Sacudí la cabeza. Aún no me había hecho daño. Aún.

La mano me sacudió el brazo con la suficiente fuerza como para hacerme girar la cabeza y enfrentarla. De repente, estábamos mirándonos a los ojos, horrorosamente. Lo que vi en ellos no era horrible. Sus ojos, que había jurado eran como una pálida sombra, parecían de sólida madera marrón. Los ojos de mi madre.

Supongo que pensó que era consolador, o seductor. No lo era. Mi piel estaba fría por el miedo.

—Deténgase.

—No quieres que pare —dijo.

Traté de liberar el brazo de su agarre. También podía haber tratado de mover el sol a otro lugar del firmamento.

—Todo lo que puede ofrecerme es la muerte. Mi madre muerta en sus ojos muertos.

Miré fijamente aquellos ojos marrones que nunca pensé que volvería a ver en este mundo. Grité a los ojos de mi madre, porque no podía apartar la mirada. Serephina no me dejaría y no podía luchar contra ella, no mientras me tocara.

—Es un cadáver que anda, y todo lo demás sólo son mentiras.

—No estoy muerta, Anita.

Había un eco de la voz de mi madre en sus palabras. Levantó la otra mano como si fuera a acariciarme la mejilla. Traté de cerrar los ojos. Intenté apartar la mirada. No podía. Una extraña parálisis se deslizaba sobre mi cuerpo, como cuando estás a punto de dormirte y sientes que tu cuerpo pesa cuatrocientos cincuenta kilos, y cualquier movimiento es casi imposible.

Aquella mano se acercaba a mí con un movimiento lento, y sabía que si me tocaba, caería en sus brazos. Me agarré a ella y grité.

Recordé la cara de mi madre la última vez que la vi. El ataúd era de madera oscura cubierto con una manta de rosas rosadas. Sabía que Mamá estaba allí, pero no me dejaron mirar. Nadie podía mirar. Ataúd cerrado, eso dijeron, ataúd cerrado. Todos los adultos de mi vida estaban histéricos. El cuarto estaba lleno de gritos y sollozos. Mi padre sufrió un desmayo. Era inútil para mí. Quería a mi madre. Los cierres del ataúd eran de plata. Los abrí, y oí un grito detrás. No tenía mucho tiempo. La tapa era pesada, pero la empujé hacia arriba y se movió. Conseguí un

destello de satén blanco y sombras. Levanté los brazos sobre la cabeza con cada gramo de fuerza que poseía, y conseguí ver algo más.

Mi Tía Mattie me agarró por detrás. La tapa resonó al caer y colocó los cierres otra vez en su lugar, arrastrándome lejos de allí. No luché, había visto suficiente. Fue como mirar una de esas imágenes en las que sabes que debes encontrar algo, pero tus ojos no le encuentran sentido. Me llevó años encontrarle sentido. Pero lo que vi no era mi madre. No podía ser mi hermosa madre. Era una cáscara, algo de lo que librarse. Algo para esconder en una oscura caja y dejar que se pudra.

Abrí los ojos y Serephina tenía los suyos gris pálido. Arranqué mi muñeca de su aferre repentinamente flojo y dije:

—El dolor ayuda.

Me puse de pie y me alejé de ella, no me detuvo. Lo que era bueno, porque me temblaba todo y no era por el vampiro. La memoria también tiene colmillos.

Se quedó arrodillada junto a Ivy, y dijo:

—De lo más impresionante, nigromante. La ayudaré a encontrar este chico que busca.

Su repentina cooperación era inquietante.

—¿Por qué?

—Porque desde que alcancé la plenitud de mis poderes, nadie había sido capaz de escapar de mis ilusiones dos veces en una noche. Nadie, vivo o muerto.

Agarró a Ivy por el brazo ensangrentado y la colocó sobre su regazo, desangrándose en el vestido blanco. Ivy jadeó.

—Recuerda esto, joven maestro. Esta mortal hizo lo que tú no pudiste. Se opuso a mí y ganó. —De repente la empujó descuidadamente, haciendo que quedara tendida en el suelo—. No eres digna de estar en mi presencia. Fuera.

Serephina se levantó. La sangre fresca resaltaba en rojo sobre su vestido y guantes blancos.

—Nos has impresionado. Ahora váyanse, todos.

Dio media vuelta y caminó hacia el trono. No se sentó. Se mantuvo con la espalda y un brazo apoyados en la silla. Quizás era mi imaginación, pero parecía cansada. Los fantasmas fluyeron hacia abajo para envolverla en un remolino de niebla blanca. No había tantos como antes, como si los fantasmas hubieran perdido un poco de su solidez.

—Váyanse —dijo sin girarse.

La puerta trasera estaba abierta, pero Jean-Claude caminó hacia la entrada. No iba a discutir. Sólo quería salir. Me importaba una mierda la puerta por la que lo hacíamos.

Caminamos a paso lento, con tranquilidad. Quería correr. Larry se colocó a mi lado, y podía ver el pulso en su garganta saltando con fuerza para no huir. Jason alcanzó la puerta un poco por delante de nosotros, pero esperó, se dio la vuelta y nos dejó pasar igual que haría un portero, o mayordomo.

Observé sus ojos, demasiado amplios y asustados, sabía lo que le había costado aquel gesto. Cruzamos el umbral, nos siguió. Jean-Claude cerró la retaguardia. Las puertas se cerraron de golpe tras nosotros y seguimos andando. Así de simple.

Pero por primera vez sabía que me habían dejado ir. No me había abierto paso a la fuerza, o había mentido para salir. Podía estar todo lo impresionada que quisiera, pero nos había permitido salir. Que te permitan salir no era lo mismo que ganar.

Nunca volvería a esa casa voluntariamente. Nunca estaría cerca de ella voluntariamente. Había estado impresionante esta noche, pero no podría mantenerlo. Incluso ahora sabía que podía tenerme. Esa vampira tenía mi billete. Tenía el valor de casi una mentira por mi alma inmortal.

Maldición.



VEINTIOCHO

Jason pasó por delante de mí hacia la habitación del hotel. Se dirigió directamente al cuarto de baño.

—Voy a darme una ducha.

Era obstinado, pero realmente olía a cadáver podrido. Habíamos conducido con todas las ventanillas del coche bajadas. Si apestas, la mayor parte del tiempo no puedes oler a nadie más. Yo también tenía algún trozo de carne podrida en la ropa, pero aún podía oler a Jason. Algunos olores son demasiado únicos para que se vayan de verdad.

—Espera —dijo Larry.

Jason se giró, pero no parecía feliz.

—Usa mi ducha. —Levantó una mano antes de que yo pudiera decir algo—. Queda una hora antes del amanecer. Si queremos que nos dé tiempo a todos, mejor usar ambos cuartos de baño.

—Pensé que esta noche dormiríamos todos en esta habitación —

comenté.

—¿Por qué? —preguntó.

Jean-Claude se apoyó en el sofá, viéndose encantador e inútil. Jason sólo parecía impaciente.

—La seguridad de los números —dije.

Larry sacudió la cabeza.

—De acuerdo, pero puedo llevar a mi lado al hombre lobo y dejarle ducharse. ¿O no confías en que pueda hacerlo? —Se estaba enfadando otra vez.

—Confío en ti, Larry. Lo hiciste bien esta noche.

Esperaba una sonrisa. No la conseguí. Se veía muy serio.

—Maté a aquel vampiro, Bruce.

Asentí.

—Pensé que íbamos a tener que matar a todos en esa habitación.

—Yo también. —Se hundió en una de las sillas—. Nunca antes había matado a nadie.

—Era un vampiro. No es lo mismo que matar a una persona.

—Sí, de acuerdo. ¿Y a cuántos cadáveres les has hecho la RCP últimamente?

Le eché un vistazo a Jean-Claude que me sonreía. Me encogí de hombros.

—Sólo a uno. ¿Puedes darnos un poco de intimidad? —pregunté.

—Oiré lo que dices, no importa donde esté —contestó Jean-Claude.

—Con la ilusión me es suficiente, apártate —repliqué.

Jean-Claude inclinó la cabeza ligeramente y llevó a Jason a un lado de la habitación, cerca de las ventanas. Sabía que lo oiría todo, pero al menos no estaría cerca de nosotros.

—En realidad, no crees que él esté muerto, ¿verdad? —preguntó Larry.

—Viste lo que les pasó a aquellos dos vampiros —contesté—, se pudren como los cadáveres. Todo lo demás es una ilusión.

—¿Crees que alguna vez se parecerá a eso?

Miré a Jean-Claude durante un minuto.

—Tengo miedo de que lo haga.

—¿Cómo puedes salir con él, después de ver eso?

Sacudí la cabeza.

—No lo sé.

—Cadáver o no, intentaste mantenerlo con vida —protestó ante mi

mirada—. Vivo, o no muerto, independientemente de cómo quieras llamarlo, trataste de salvarle. Te asustaste cuando creíste que estaba muerto de verdad.

Sólo le miré.

—¿Ah, sí?

—Entonces, maté a otro ser vivo, o ser no muerto. Maldición, Anita, Bruce era tan reciente que parecía humano.

—Seguro que por eso le mató la bala en el pecho.

—¿Cómo se supone que me tengo que sentir?

—¿Por matarle, quieres decir?

—Sí.

—Son monstruos, Larry. Algunos son más hermosos que otros, pero son monstruos. Nunca lo dudes.

—Puedes decirme francamente que crees que Jean-Claude es un monstruo —era más una declaración que una pregunta.

Casi miré al monstruo en cuestión, pero no lo hice. Ya le había mirado bastante durante esta noche.

—Sí, lo hago.

—Ahora, pregúntele si piensa que ella es un monstruo. —Jean-Claude se inclinó en el respaldo del sofá, los brazos cruzados sobre su pecho.

Larry parecía un poco asustado, pero preguntó.

—¿Anita?

Me encogí de hombros.

—A veces.

Jean-Claude sonrió.

—¿Ve, Lawrence? Anita piensa que todos somos monstruos.

—Larry no —contesté.

—Dale tiempo.

Estaba demasiado cerca de la verdad.

—Pedí intimidad, ¿o lo has olvidado?

—No olvido nada, *ma petite*, excepto que el tiempo se acaba. Mi lobo no es el único que necesita un baño. Sólo nuestro joven amigo está todavía fresco.

Miré a Larry. No había ni una gota de sangre en él. Era el único que no había luchado con vampiros. Se encogió de hombros.

—Lo siento, no pude encontrar a nadie esta noche que quisiera sangrar sobre mí.

—No bromees, Larry —dije—, con Serephina creo que tendrás otra oportunidad.

—Tristemente cierto, *ma petite*.

—¿Cuánto tiempo puedes pasar sin tu ataúd? —pregunté.

Sonrió.

—Interés por mi bienestar. Tocado.

—No me toques las narices. Me abrí una maldita vena por ti esta noche.

—Si no te he agradecido salvar mi vida esta noche, *ma petite*, perdón.

Le miré. Se veía agradable, divertido, pero era una máscara. La expresión cuando no quería que supieras en que pensaba, pero no quiere que sepas que él no quiere que lo sepas.

—Ni lo menciones.

—Recordaré que me salvaste, *ma petite*. Podrías haberte ido sin mí. Gracias.

Parecía bastante sincero.

—De nada.

—Necesito sacar esta porquería de mí —dijo Jason.

Parecía un poco ansioso. Apostaba que intentaría restregar más que la suciedad. Pero la memoria no se lava tan fácilmente. Mejor la compasión.

—Iros, los dos. Jason puede ducharse en tu habitación, Larry. Es práctico.

Larry me sonrió abiertamente.

—Gracias.

—Cuando dije que actuaste bien esta noche, lo creo.

Al fin conseguí la sonrisa que había esperado.

—Venga, Jason, agua caliente y toallas limpias nos esperan. —Larry sostuvo la puerta para Jason y me hizo un pequeño saludo.

Geez. Sola otra vez con Jean-Claude. ¿Nunca se terminaría esta noche?

—No has contestado a mi pregunta sobre el ataúd —comenté.

—Estaré bien otro par de noches.

—¿Cómo pasó Serephina de ser tu igual en poder a convertirse en lo que comprobamos esta noche?

Sacudió la cabeza.

—Realmente, no lo sé, *ma petite*. Me sorprendió. No tenía por qué dejarnos ir. Mientras no nos hiciera daño, podríamos haber sido sus invitados durante el día.

—¿Estás sorprendido porque nos dejó marchar? —pregunté.

—Sí —contestó.

Jean-Claude se apartó del sofá.

—Date la ducha, *ma petite*. Esperaré a que vuelva el joven.

—Pensé que querrías ir ahora y quitarte la sangre del pelo.

Se pasó una mano por él. Hizo una mueca al sentirlo.

—Desagradable, pero quiero un baño, *ma petite*. Eso lleva más tiempo que una ducha, ve tú primero.

Le miré durante un largo rato.

—Si no te das prisa, no tendré tiempo para un baño antes del alba. Y lamentaría dormir en tus sábanas limpias cubierto de sangre.

Respiré hondo y lo solté despacio.

—Bien, sólo mantente alejado del baño.

—Palabra de honor, no te interrumpiré.

—Sí, cierto.

Aunque resultase extraño, le creí. Jean-Claude había tratado de seducirme durante mucho tiempo. Un asalto frontal no era su estilo. Me fui a darme la ducha.



VEINTINUEVE

Ronnie me había arrastrado al mundo de Victoria's Secret. Le había dicho que nadie veía mi ropa interior o de dormir, excepto otras mujeres en los vestuarios del gimnasio. Ronnie me había contestado: «Tu la verás». Su lógica se me escapaba, pero me había convencido con una camisola.

Era borgoña, del color de las peonías vino oscuro. Brillaba contra mi piel pálida y hacía juego con los moratones que comenzaban a salir en mi espalda. Nada como ser lanzada contra una pared para darte un poco de color. La marca del mordisco en mi espalda no era muy profunda. Difícil que unos colmillos humanos se hundieran en ese ángulo. Las marcas de colmillos en mi muñeca eran más profundas. Eran dos pequeños agujeros, casi un exquisito bocado. No me dolía tanto como debería. Quizás los vampiros tenían calmante en la saliva, o tal vez fueran los colmillos.

Todavía no podía creer que le hubiera dejado hundir los colmillos en mí. Mierda.

Me ajusté más la camisola al cuerpo. El material era lo bastante grueso para resultar cálido durante una tarde de invierno, tenía amplios puños de seda, y más seda cubriendo los bordes. Parecía vagamente victoriano, un poco masculino. Me veía delicada con él, como una muñeca victoriana que aún no se ha vestido completamente. Me puse una enorme camiseta negra debajo de la camisola. Arruinaba un poco el efecto, pero disminuía el mal trago, al estar con los chicos, de llevar puesto sólo una camisola y la ropa interior.

Recuperé la Browning del respaldo de la silla donde la había dejado durante la ducha. La llevé conmigo al dormitorio y vacilé. Siempre iba armada. Infiernos, dormía con un arma, pero no tenía ganas de ponerme pistolera. Guardé en su sitio la Browning y me conformé con deslizar la Firestar en el bolsillo de la camisola. Hacía colgar la tela de forma graciosa, pero si algo asqueroso entrara por la puerta, estaría lista.

Jean-Claude estaba de pie junto a la ventana cuando abrí la puerta del dormitorio. Había abierto las cortinas y se apoyaba contra el borde de la ventana observando fijamente la oscuridad. Se giró cuando la puerta se abrió, aunque sabía que me había oído antes de eso.

—*Ma petite*, estás preciosa.

—Es la única camisola que tengo —dije.

—Por supuesto —contestó.

Su cara tenía otra vez esa mascara divertida, esta vez me habría gustado saber en qué pensaba. Los ojos azul medianoche eran muy intensos, no coincidían con su expresión despreocupada. Tal vez no quisiera saber lo que pensaba.

—¿Dónde están Larry y Jason?

—Vinieron, pero ya se han ido —indicó.

—¿Ido?

—Jason tenía un hambre repentina y Larry le llevó en el Jeep.

Le miré.

—Hay algo llamado servicio de habitaciones.

—Son las tantas de la madrugada, *ma petite*. El menú del servicio de habitaciones es algo limitado. Jason me ha donado sangre dos veces esta noche, necesita proteínas. —Jean-Claude sonrió—. Era llevarlo, o podría haberse comido a Larry. Pensé que preferirías que le llevara.

—Muy gracioso. No deberías haberles dejado ir solos.

—Estamos seguros de Serephina por esta noche, *ma petite*, y mientras

se queden en la ciudad, seguros de Xavier.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Crucé los brazos sobre el estómago.

Apoyó la espalda contra la ventana, y me miró.

—Tu Monsieur Kirkland se portó muy bien esta noche. Creo que te preocupas innecesariamente por él.

—Una noche de heroicidades no le mantiene seguro —dije.

—Pronto amanecerá, *ma petite*, incluso Xavier no puede aguantar la luz del día. Todos los vampiros buscarán refugio. No tendrán tiempo de perseguir a nuestros jóvenes amigos.

Le observé tratando de ver tras esa cara agradable.

—Lamento no estar tan segura como tú.

Entonces sonrió y se apartó de la pared. Se quitó la chaqueta y la dejó caer en la alfombra de color rosa.

—¿Qué haces?

—Desnudarme.

Apunté con el pulgar al dormitorio.

—Desnúdate allí.

Comenzó a desabotonar la camisa.

—Al otro cuarto. Ahora mismo —ordené.

Sacó la camisa blanca de los pantalones desabrochando los últimos botones mientras se acercaba a mí. La piel del pecho y del estómago tenía más color que la camisa. La sangre bombeaba y se le podría considerar humano. Las manchas de sangre seca, que se habían colado por la camisa, estropeaban la pálida perfección de ese cuerpo.

Esperaba que tratara de besarme, o algo, pero pasó por delante de mí. La espalda de la camisa estaba pardusca por la sangre seca. La separó de la piel con un sonido parecido a un desgarrón. La dejó caer en la alfombra y caminó hacia el dormitorio.

Permanecí allí de pie, mirando fijamente después de que se hubo marchado. Tenía cicatrices blancas en la espalda. Al menos pensé que lo eran. Era difícil de decir entre tanta sangre. Dejó la puerta del dormitorio abierta, y en unos minutos oí el agua corriendo en la bañera.

Me senté en una de las sillas altas. No estaba segura de lo que estaba haciendo. El agua corrió durante mucho tiempo, después silencio, después salpicaduras de agua. Estaba en la bañera. No había cerrado la puerta del cuarto de baño. Genial.

—*Ma petite* —llamó.

Me mantuve allí durante un minuto, reacia a moverme.

—*Ma petite*, sé que estás ahí. Puedo oírte respirar.

Caminé hasta la entrada del dormitorio con mucho cuidado de no mirar dentro. Apoyé la espalda contra la pared y crucé los brazos.

—¿Qué quieres?

—Parece que no hay ninguna toalla limpia.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—¿Podrías llamar a recepción y hacer que suban alguna?

—Supongo.

—Gracias, *ma petite*.

Agarré con fuerza el teléfono, enfadada. Él sabía que no había toallas limpias antes de entrar en la bañera. Maldición, yo sabía que no había toallas limpias, pero había estado ocupada escuchando como entraba en el agua y no había pensado en ellas.

Estaba tan enfadada conmigo misma, como lo estaba con él. Siempre era un desgraciado hijo de puta. Se suponía que me desenvolvía mejor a su alrededor. Estaba en una habitación de hotel que parecía a una extraña suite nupcial, con Jean-Claude desnudo y mojado en la otra habitación. Después de lo que había visto con Jason no debería haber tanta tensión sexual en el aire, pero la había. Tal vez fuese hábito, o tal vez Larry tenía razón. Quizás no creía que Jean-Claude fuera un cadáver putrefacto.

Pedí más toallas. Estarían encantados de subir más. Nadie se quejó por la putada de hora. Nadie preguntó. Siempre puedes decir cuánto pagas por una habitación por el cómo se quejen.

Una criada me trajo cuatro toallas grandes y suaves. La miré durante un minuto completo, vacilando. La podría hacer llevar las toallas a Jean-Claude.

Ella preguntó:

—¿Señora?

Cogí las toallas, dije gracias y cerré la puerta. No podía dejar a una desconocida ver que tenía a un vampiro desnudo en la bañera. No estaba segura de si la parte de vampiro era lo que lo hacía embarazoso. Las chicas buenas no terminan con un hombre desnudo nadando en la bañera a las cuatro y pico de la madrugada. Posiblemente no era una buena chica. Quizás nunca lo había sido.

Vacilé en la puerta del dormitorio. La habitación estaba oscura. La

única luz provenía del cuarto de baño que se derramaba en un rectángulo a través de la alfombra.

Aplasté las toallas contra el pecho, respiré profundamente y caminé hacia el interior. Podía ver la bañera desde aquí, pero misericordiosamente, no toda. Tenía un atisbo de porcelana blanca y un montículo blanco de burbujas. La sola visión del baño de burbujas me hizo relajar un poco los músculos de los hombros. Las burbujas pueden esconder una multitud de pecados.

Me paré ante la puerta del cuarto de baño.

Jean-Claude estaba echado hacia atrás, contra el borde de la bañera. El pelo negro estaba mojado, y obviamente, había sido lavado. Los mechones de cabello caían por los hombros desnudos. Los brazos estaban apoyados en el borde de la bañera y la cabeza descansaba contra el azulejo oscuro de la pared. Una pálida mano se mantenía suspendida en el aire como si fuese a alcanzar algo, pero estaba completamente floja. Los ojos estaban cerrados, formando medias lunas negras contra sus pálidas mejillas. Gotas de agua le recorrían la cara y lo que podía ver del cuerpo. Parecía casi dormido.

Una rodilla subió por la montaña de burbujas; una sorprendente visión de piel desnuda y mojada. Giró la cabeza y abrió los ojos. El azul medianoche de esos ojos me pareció más oscuro. Tal vez era por el hecho de estar en el agua, ya que el pelo parecía más denso, más negro.

Tomé un ligero aliento y dije:

—Aquí están las toallas.

—¿Podrías colocarlas aquí, por favor? —Me sugirió por gestos con la mano medio suspendida.

—Aquí. —Le indiqué la tapa cerrada del inodoro, que estaba lo bastante cerca de la bañera como para que las alcanzase—. Voy a ponerlas al borde del lavabo.

—Gotearé agua por todas partes hasta que llegue ahí —contestó. Su voz era neutra, sin trucos vampíricos, casi sin ningún tono.

Tenía razón y yo era tonta. No me agarraría y me violaría. Si ese hubiera sido el plan, lo podría haber hecho hace años.

Coloqué las toallas en el taburete, fijando los ojos con cuidado en cualquier parte salvo en la bañera.

—Debes tener preguntas sobre esta noche —dijo.

Le miré. El agua que sobre ese torso desnudo atraía la luz como el

mercurio. Burbujas de jabón se pegaban al pecho, justo debajo de un pezón. Tuve un impulso horrible de rozarlas. Retrocedí hasta que estuve de pie en la pared más alejada.

—No te gusta dar respuestas —contesté.

—Me siento generoso esta noche. —Su voz tenía esa ronquera que poseen las voces cuando estás a punto de dormirte.

—Si no estuvieras desnudo en una bañera dándote un baño de burbujas, ¿te ofrecerías a contestar mis preguntas?

Sonrió al instante, con una expresión rápida y familiar.

—Quizás no, pero si debo contestar a tu insaciable curiosidad, ¿no es más divertido de esta forma?

—¿Divertido para quién?

—Para los dos, si sencillamente lo admitieras.

Consiguió una sonrisa de mí, y no quería sonreír. No quería disfrutar mirándole todo jabonoso y mojado. Quería tener miedo de él y lo tenía, pero también le deseaba. Quería dirigir mis manos hacia su piel mojada, quería tocar lo que estaba bajo aquellas burbujas. No quería acostarme con él. No podía imaginármelo con él, pero quería explorar un poco. Le odiaba. Era un cadáver, probablemente similar a lo que había visto esta noche.

—Frunces el ceño, *ma petite*, ¿por qué?

—Te pregunté si los dos vampiros pudriéndose era una ilusión y dijiste que no. Te pregunté si era así tu verdadera forma, dijiste que sí. Dijiste que ambas formas son verdaderas.

—Es verdad —contestó.

—¿Eres un cadáver putrefacto?

Se introdujo mas en el agua caliente y jabonosa, metiendo los brazos hasta que sólo la cabeza permanecía por encima de la superficie del agua.

—No es una de mis formas.

—Eso no es una respuesta.

Levantó una pálida mano del agua con un puñado de burbujas formando algo parecido a una bola de nieve.

—Hay diferentes habilidades, *ma petite*, eso lo sabes.

—¿Qué tiene que ver?

Levantó la otra mano y comenzó a jugar con las burbujas, pasándolas de una mano a otra.

—Janos y sus dos compañeras son un tipo diferente de vampiro al que yo soy. De lo que la mayoría de nosotros somos. Son mucho más raros. Si

alguna vez me ves como un cadáver descompuesto, de verdad que estaré muerto. Ellos pueden pudrirse y regenerarse, y esto les hace mucho más difíciles de matar. Lo único verdaderamente seguro es el fuego.

—Ofreces voluntariamente mucha información, ¿de verdad eres tú?

Volvió a introducir las manos en el agua enjuagándose el jabón. Se levantó un poco, sentándose más derecho, las burbujas se aferraban a su cuerpo.

—Quizás tengo miedo de que pienses que lo que pasó con Jason nos pasaría a nosotros.

—Nunca probaremos esa teoría —contesté.

—Pareces tan segura —comentó—. Tu lujuria perfuma el aire, y aún así, es cierto que crees que nunca haremos el amor. ¿Cómo puedes desearme casi tanto como te deseo, y aún así estar segura de que nunca conoceremos el cuerpo del otro?

No estaba segura de tener una respuesta para eso. Me deslicé por la pared y me senté, con las rodillas apretadas contra mi pecho. El bolsillo en el que llevaba el arma chocó contra la pared. Acomodé el arma y dije:

—Simplemente, no vamos a hacerlo, Jean-Claude, jamás. Sencillamente, no puedo. —Una parte de mí lo lamentaba, pero sólo una.

—¿Por qué, *ma petite*?

—El sexo trata de confianza. Tendría que confiar íntimamente en ese alguien para acostarme con él. Y no confío en ti.

Me observó con esos ojos azules, viéndose todo delicioso y mojado.

—En serio quieres decir eso, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Sí, lo hago.

—No te entiendo, *ma petite*. Lo intento, pero de todas formas no lo consigo.

—También eres un misterio para mí. Si eso te consuela.

—No lo hace. Si fueras una mujer que tuvieras escarceos ocasionales, habríamos estado en la cama hace mucho. —Suspiró y se sentó más recto, de esa forma el agua le llegaba justo por encima de la cintura—. Por supuesto, si fueras una mujer de apetitos esporádicos no creo que te amara.

—Disfrutas de la persecución, del desafío.

—Cierto, pero contigo es más que eso, si simplemente me creyeras. —Se inclinó hacia delante pegando las rodillas a su pecho desnudo, rodeándolas con los brazos para abrazarse a sí mismo. Las cicatrices

blancas le recorrían la espalda desde los hombros hasta desaparecer bajo el agua, no muchas, pero suficientes.

—¿Qué te hizo esas cicatrices en la espalda? A menos que fuera con un objeto sagrado, deberías haber sido capaz de curarte.

Colocó una mejilla en sus rodillas, de esa forma podía mirarme. En ese momento parecía más joven, más humano, más vulnerable.

—No si la herida hubiera sido hecha antes de que muriera.

—¿Quién te azotó?

—Era el cabeza de turco del hijo de un aristócrata.

Le observé.

—Es cierto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por eso Janos eligió los látigos esta noche? ¿Para recordarte de dónde vienes?

—Sí.

—¿No naciste dentro de la aristocracia?

—Nací en una casa con un suelo lleno de suciedad, *ma petite*.

Le miré.

—Sí, por supuesto.

Alzó la cabeza.

—Si fuera a inventarme algo, *ma petite*, sería algo más romántico y original que un campesino francés.

—Entonces, ¿eras un criado en el castillo?

—Era el compañero de su único hijo. Cuando le hacían ropa, a mí también. Su tutor era mi tutor. Su instructor de equitación, el mío. Aprendí esgrima y baile, y la forma correcta de comer en la mesa. Y cuando él era malo, yo era castigado, porque él era su único niño, el único heredero de un viejo apellido. La gente habla de abusos a los niños de ahora… —Se reclinó hacia atrás, abrazándose a si mismo bajo el agua caliente—. Se quejan de palizas. No tienen ni idea de lo que es el abuso. Cuando era un muchacho, los padres no pensaban que estuviera mal coger el látigo de los caballos y golpear a un niño que se ha portado mal, o golpearles hasta sangrar. Incluso los aristócratas golpeaban a sus hijos. Era normal. Pero él era el único heredero, el único niño. Les pagaron dinero a mis padres y me llevaron. La señora de la casa me eligió solo por mi cara. Cuando el vampiro que me transformó vino a buscarme, me dijo que mi belleza le llamaba.

—Espera un minuto.

Giró la cabeza para posar sobre mí todo el peso de aquellos ojos azul oscuro. Me esforcé mucho para no apartar la mirada.

—Ese magnífico cuerpo y esa cara son todo ilusión, ¿verdad? Quiero decir, nadie es tan hermoso.

—Una vez te dije que no era mi poder el que hacía que me vieses así, de cualquier manera, no la mayor parte del tiempo.

—Serephina dijo que eras un *catamite* para cualquier vampiro que quisiera. ¿Qué quiso decir?

—Los vampiros matan por comida, pero convierten por muchos otros motivos. Unos por dinero, riqueza, hasta por un título, amor, pero a mí me convirtieron por lujuria. Cuando era joven y débil, me pasaban de uno a otro. Uno se podía cansar de mí, pero siempre había otro.

Le miré horrorizada.

—Tienes razón. Si fueses a inventar una historia, no sería así.

—A menudo la verdad es decepcionante o fea, ¿no es así, *ma petite*?

Asentí.

—Sí. Serephina era vieja. Pensé que se suponía que los vampiros no envejecían.

—La edad en la que morimos es en la que nos quedamos.

—¿Conocías a Serephina cuando eras joven?

—Sí.

—¿Te acostaste con ella?

—Sí.

—¿Cómo podías dejar que te tocara?

—Le fui entregado como regalo por un maestro que hace parecer débiles sus nuevos y renovados poderes. Tenía muy poca opción. —Me miró—. Ella sabe lo que quieres. Tu mayor necesidad, tu deseo mas secreto, y lo hará realidad, o te hará creer que lo hace. ¿Qué te ofreció, *ma petite*?, ¿qué te pudo ofrecer para casi conquistarte anoche?

Miré a lo lejos, no quería encontrarme con sus ojos.

—¿Qué te ofreció hace tantos años?

—Poder.

Alcé la vista.

—¿Poder?

Asintió con la cabeza.

—Poder para librarme de todos ellos.

—Pero debías tener alguna capacidad dentro de ti desde el principio para ser un Maestro Vampiro. Nadie puede darte eso —comenté.

Sonrió, pero no era una sonrisa feliz.

—Eso lo sé ahora, pero entonces pensé que sólo ella podría salvarme de una eternidad de…

Las palabras se desvanecieron y se sumergió, dejando sólo unas separaciones oscuras flotando en la superficie del agua. Se sentó soltando una profunda espiración, quitándose el agua de los ojos, que hacía más gruesas y oscuras sus pestañas. Se pasó las manos por el pelo mojado y lo arrastró hacia los hombros.

—Tu pelo no era tan largo cuando nos vimos por primera vez.

—Prefieres el pelo más largo en los hombres.

—Si estás muerto, ¿cómo puede crecer?

—Es una buena pregunta. —Llevó las manos a su pelo otra vez peinándose las puntas. Extendió una para coger la toalla.

Me levanté.

—Te dejaré para que te vistas.

—¿Han vuelto Jason y Larry? —preguntó.

—No.

—Entonces no me vestiré.

Se levantó, acercando la toalla hacia él. Tuve un buen atisbo del perfil de su pálido cuerpo desnudo, del agua deslizándose por él. La toalla se movió y entró en mi visión justo a tiempo. Huí.



TREINTA

Me acurruqué en la silla de la derecha que estaba en la parte más alejada del dormitorio. Pero clavaba los ojos en la entrada. Mierda. Quería escapar de la habitación, pero ¿por qué? No era Jean-Claude en el que no confiaba. Era yo. Joder.

Toqué el arma en el bolsillo de la camisola. Era suave, dura y reconfortante, pero no me ayudaría ahora. La violencia la comprendía, el sexo me daba más problemas.

Honestamente, no quería acostarme con él, pero parte de mí quería tener la esperanza de contemplar esa piel desnuda. Quizá, una larga línea de su muslo desnudo. O tal vez… Puse las palmas de mis manos sobre mis ojos, como si pudiese conseguir la imagen en mi mente simplemente con presionar.

—*¿Ma petite*? —Su voz sonó más cerca que desde el cuarto de baño.

No quería mirar por si, tal como la abuela Blake había dicho, fuese

cegada. Le sentí frente a mí. Sentí el movimiento del aire. Bajé las manos milímetro a milímetro. Estaba arrodillado ante mí, con una de las gruesas toallas blancas envuelta alrededor de la cintura.

Bajé las manos a mi regazo. Las gotas de agua todavía se le pegaban a la piel. Se había peinado el cabello aún mojado hacia atrás dejando la cara más despejada, sin más adornos que lo natural. Los ojos parecían más azules sin el cabello enmarcándolos.

Puso una mano en cada brazo de la silla y se levantó. Sus labios acariciaron los míos en un beso suave, casi casto. Se movió hacia atrás, soltando la silla.

Podía saborear mi corazón en la garganta, y no era de miedo.

Jean-Claude me tocó las manos, levantándolas. Las colocó sobre sus hombros desnudos. La piel estaba caliente, suave y mojada. Me sujetó las muñecas con sus manos suavemente, muy suavemente. Podía apartarme en cualquier momento. Descendió mis manos por su cuerpo resbaladizo.

Aparté las manos, soltándolas. No dijo nada, no hizo nada. Se quedó arrodillado, mirándome. Esperando. Podía ver el pulso en su cuello palpitando contra su piel, y quise tocarlo.

Deslicé las manos a través de sus hombros y acerqué mi cara hacia la suya. Se movió hacia mí para el beso, pero deslicé la mano a lo largo de su mandíbula, apartándole la cabeza. Toqué con los labios su cuello y deslicé mi boca hacia abajo sobre su piel, hasta que pude saborear su pulso golpeando contra mi lengua. Sabía a jabón perfumado, agua y piel limpia.

Me deslicé de la silla al suelo, arrodillándome frente a él. Era más alto ahora, pero no demasiado. Lamí el agua de su pecho y me dejó hacer algo que había querido hacer desde hacía meses. Le lamí con la lengua el pezón y se estremeció contra mí.

Lamí el agua del centro de ese pecho y pasé las manos por su cintura, ascendiendo por la curva húmeda de su espalda.

Agarró el borde de mi camisola y no protesté. Dejó sus manos deslizarse bajo ella rodeándome la cintura, con nada excepto la amplia camiseta entre su carne y la mía. Me recorrió con las manos los costados, sus pulgares jugaron sobre mi caja torácica. El arma se meció pesadamente en la tela suelta. Fue molesto.

Levanté mi cara hacia la suya. Sus brazos se deslizaron hacia atrás a mi espalda, presionándome contra la línea de su cuerpo empapado. La toalla estaba peligrosamente suelta.

Sus labios acariciaron los míos. Después, el beso se convirtió en algo más. Más duro, casi doloroso, con los brazos sujetando fuertemente mis hombros. Mis manos se deslizaron hacia abajo por su cintura, frotado el borde flojo de la toalla y encontrando que ya se había deslizado. Mi mano tocó la suave parte superior de su trasero. Sólo la presión de nuestros cuerpos mantenía la toalla en su sitio.

Comió de mi boca y sentí algo sutil, doloroso. Me sacudí con fuerza hacia atrás y saboreé mi sangre.

Jean-Claude me dejó ir. Se recostó sobre los talones, con la toalla sobre su regazo.

—Lo siento, *ma petite*. Me dejé llevar.

Me toqué la boca y me manché con un punto de sangre.

—Me mordiste.

Inclinó la cabeza.

—Lo siento profundamente.

—Apuesto a que lo estás —contesté.

—No me sermonees, *ma petite*. Por fin has admitido ante ambos que sientes atracción por mi cuerpo.

Me senté en el suelo junto a la silla con la camisola mal puesta. La camiseta se había subido hasta la cintura. Supongo que era demasiado tarde para intentar defender mi inocencia.

—Muy bien, es lujuria. ¿Feliz?

—Casi —contestó. En ese momento había algo en sus ojos. Algo oscuro sumergido en las profundidades, más viejo de lo que debería haber sido—. Te puedo ofrecer mi cuerpo mortal y más, *ma petite*. Puedo darnos más de lo que cualquier amante humano podría ofrecer.

—¿Perderé algo de sangre cada vez?

—Eso fue un accidente —contestó.

Clavé los ojos en él, estaba completamente pálido y húmedo, arrodillado en el suelo con la toalla blanca atada como un fardo en el regazo, mostrando cada centímetro de ese cuerpo desnudo.

—Ésta es la primera vez que he engañado a Richard —dije.

—Has estado saliendo conmigo durante semanas —replicó.

Negué con la cabeza.

—Pero no he estado engañándole. Esto es hacer trampas.

—Entonces, ¿has estado haciendo trampas con Richard?

No supe qué decir.

—Ve a vestirte.

—¿De verdad quieres que me vista? —preguntó.

Aparté la mirada. Me avergoncé y me sentí incómoda.

—Sí, compláceme.

Se puso de pie, la toalla sujeta entre las manos. Miré hacia el suelo y no tuve que mirarle a la cara para imaginar su sonrisa.

Se alejó de mí y no se molestó en ceñirse la toalla. Los músculos se movieron bajo la piel de la cintura. Caminó desnudo por el dormitorio y disfruté de la vista.

Me toqué la lengua con el dedo. Todavía sangraba. Eso es lo que conseguí por dar un beso francés a un vampiro. El pensar en ello me aún puso nerviosa.

—¿*Ma petite*? —Me llamó desde la otra habitación.

—Sí.

—¿Tienes un secador de pelo?

—En mi maleta. Cógelo.

Por suerte, había arrastrado mi maleta por el dormitorio dejándola al lado de la puerta del cuarto de baño. Un punto para la pereza. Me ahorría volver a ver ese cuerpo desnudo. Ahora que las hormonas se calmaban, me avergoncé.

Oí el secador y me pregunté si estaría de pie, desnudo delante del espejo del cuarto de baño mientras se secaba el pelo. Era muy consciente de que todo lo que tenía que hacer era empujar la puerta y podría comprobarlo por mí misma.

Me levanté, me bajé la camiseta, me coloqué la camisola con fuerza en su lugar y me senté en el sofá. Mi espalda apuntaba hacia el dormitorio. No vería nada más. Saqué la Firestar del bolsillo y la coloqué delante de mí, sobre la mesita de café. El arma quedó allí, viéndose muy sólida, muy negra y en cierta forma, acusatoria.

El secador se detuvo y me llamó otra vez.

—¿*Ma petite*?

—¿Qué?

—Ven a charlar conmigo mientras sale el sol.

Eché un vistazo a la ventana que él había abierto. El cielo de fuera era menos negro; aún no había luz, pero ya no era pura oscuridad. Cerré las cortinas y fui al dormitorio. Dejé el arma sobre la mesa. De cualquier forma, la Browning estaba en el dormitorio.

Jean-Claude había doblado la colcha y la manta pulcramente al pie de la cama. Sólo la sábana oscura color borgoña le cubría. Hacía juego con el suave y rizado pelo negro sobre las almohadas oscuras. La sábana envolvía su cintura.

—Puedes unirte a mí si quieres.

Me apoyé contra la pared y negué con la cabeza.

—No te propongo sexo *ma petite*, el amanecer está demasiado cerca para eso. Te ofrezco la mitad de la cama.

—Me iré al sofá, de todas formas, gracias.

Sonrió, una curva lenta en sus labios, *sabiendo*. La vieja arrogancia me miraba a escondidas. Casi era reconfortante saber que realmente nada había cambiado.

—No soy en quien no confías. Eres tú.

Me encogí de hombros.

Subió la sabana hasta su pecho, en un gesto casi protector.

—Ya viene.

Había miedo en su voz.

—¿Qué viene?

—El sol.

Eché un vistazo a las cortinas cerradas contra la pared lejana. Eran doblemente gruesas, pero mostraban una débil línea de luz.

—¿Estarás bien sin tu ataúd?

—Mientras nadie abra las cortinas. —Me miró un largo momento—. Te amo, *ma petite*, tanto como soy capaz.

No supe qué decir. Decir que le deseaba no parecía apropiado. Decir que le amaba era una mentira.

La luz aumentó, un borde blanco alrededor de las cortinas. Su cuerpo cayó de vuelta a la cama. Giró hacia un lado; una mano extendida, la otra agarrando la sábana contra su pecho. Clavó los ojos en la luz creciente y podía saborear su miedo.

Me arrodillé al lado de la cama. Casi le cogí la mano, pero no lo hice.

—¿Qué sucederá?

—Quieres la verdad, así que observa.

Esperaba que sus ojos revolotearan, y que la voz se silenciase como si se quedase dormido. No ocurrió de ese modo. Cerró los ojos a la vez. El dolor le recorrió la cara. Susurró.

—Duele.

La cara estaba fláccida. Había visto morir a personas, observado apagarse la luz de sus cuerpos. Sentí que sus almas desaparecían. Eso fue lo que vi. Murió. La luz creció contra las cortinas y cuándo se convirtió en una sólida línea blanca, murió. Expulsó el aliento con un largo estremecimiento.

Me arrodillé al lado de la cama y me quedé con la mirada fija. Lo supe cuándo le vi, estaba muerto. Mierda.

Coloqué los brazos en la cama sosteniéndome la barbilla. Le observé, esperando que respirara, que se moviese nerviosamente, algo… Pero no había nada. Extendí la mano hacia su brazo extendido. Mis dedos sobrevolaron su piel, después le toqué. La piel estaba aún caliente, aún humano, pero no se movió. Comprobé la muñeca y no había pulso. La sangre no circulaba por este cuerpo.

¿Sabría que yo estaba aquí? ¿Me sentía tocándole? Clavé los ojos en él durante largo tiempo. Luego esto contestó mi pregunta. Los vampiros estaban muertos. Independientemente de cualquier cosa que los animara como mi poder, o alguna clase de brujería. Pero reconocí la muerte cuando la vi. Le dio a la necrofilia una nueva definición.

¿Me había imaginado que sentí el momento en que el alma dejó su cuerpo? Seguramente los vampiros no tenían almas, esto era parte de la cuestión, pero había sentido que algo se marchaba. Si no era el alma, ¿entonces qué? Si era el alma, ¿dónde se iba durante el día? ¿Quién cuidaba las almas de todos los vampiros mientras estaban muertos?

Hubo un golpe en la puerta, seguramente los chicos. Me levanté ajustando la camisola con fuerza. Tenía frío y no estaba segura del porqué. Fui a abrir la puerta. El corte en mi lengua casi había dejado de sangrar.



TREINTA Y UNO

Soñé. En el sueño, alguien me sostenía en su regazo. Suaves y oscuros brazos me envolvían. Miré hacia arriba, a la risueña cara de mi madre. Era la mujer más hermosa del mundo. Me acurruqué contra su cuerpo y el olor limpio de su piel estaba allí. Siempre había olido a talco de baño *Hypnotique*. Se inclinó y me besó en los labios. Había olvidado el sabor de su lápiz labial, la forma en que me rozaba la boca con el pulgar, riéndose porque me había manchado mi pequeña boca del labial rojo brillante.

El pulgar se retiró con algo más brillante que el lápiz. La sangre goteaba por él. Se había pinchado la piel con un imperdible. Sangraba. Me ofreció el pulgar y dijo:

—Bésalo, Anita, y todo estará bien.

Pero había demasiada sangre. Le caía por la mano. Miré esa cara sonriente y la sangre se deslizó hacia abajo como si fuera lluvia.

Inmediatamente desperté jadeando en el sofá aterciopelado. Todavía

podía saborear el lápiz labial en mi boca y el olor del talco *Hypnotique* en mí.

Larry se sentó en el sofá, frotándose los ojos.

—¿Qué sucede? ¿Recibimos la llamada para levantarnos?

—No, tuve una pesadilla.

Asintió con la cabeza estirándose, luego frunció el ceño.

—¿Hueles el perfume?

Le miré.

—¿Qué quieres decir?

—Perfume o talco, o algo por el estilo, ¿lo hueles?

Tragué y casi me ahogué con mi propia saliva.

—Sí. Lo huelo.

Arrojé hacia atrás la segunda manta y lancé la almohada llena de bultos a través de la habitación.

Larry bajó las piernas del sofá.

—¿Qué te pasa?

Fui a la ventana y corrí las cortinas dejándolas abiertas. La puerta del dormitorio estaba cerrada y Jean-Claude estaba seguro dentro. Jason también dormía allí. Me quedé de pie bajo la luz del sol y dejé que el calor me rodeara. Me incliné contra el cristal caliente y fue entonces cuando me di cuenta de que sólo llevaba puesta una camiseta grande y la ropa interior. Ah, bien. Me quedé bajo la luz del sol durante unos minutos, esperando tranquilizarme.

—Serephina me envió un sueño. El olor, es el perfume de mi madre.

Larry se acercó para estar junto a mí. Llevaba puesto un pantalón deportivo corto y una camiseta verde. Su rizado pelo rojizo estaba despuntado en todas direcciones. Los ojos azules se entrecerraron cuando llegó a la luz.

—Pensaba que sólo un vampiro que tenía una unión contigo, una conexión, podía invadirte en sueños.

—Es lo que creía —dije.

—¿Cómo pude oler el perfume de un sueño?

Sacudí la cabeza con mi frente contra el cristal.

—No lo sé.

—¿Te ha marcado?

—No lo sé.

Tocó mi hombro, apretándolo.

—Todo saldrá bien.

Me alejé de él para caminar de un lado a otro por la habitación.

—No saldrá bien, Larry. Serephina invadió mis sueños. Nadie salvo Jean-Claude ha hecho eso alguna vez.

Me detuve porque no era cierto. Nikolaos lo había hecho. Pero fue después de que me mordiera. Sacudí la cabeza. De una u otra manera era una mala señal.

—¿Qué vas a hacer?

—Matarla.

—Asesinarla, quieres decir.

Si los ojos serios de Larry no me hubieran estado mirando, habría dicho «por supuesto». Pero es difícil pensar en un asesinato con alguien observándote como si le hubieras dado una patada a su cachorro favorito.

—Trataré de conseguir una autorización —dije.

—¿Y si no puedes?

—Si es ella o yo, Larry, entonces es ella. ¿De acuerdo?

Larry me miró con tristeza.

—Lo que hice anoche fue homicidio. Lo sé, pero no entré pensando en matar a alguien.

—Si te quedas mucho tiempo en este trabajo, tarde o temprano, lo vas a hacer.

Sacudió la cabeza.

—No lo creo.

—Cree lo que quieras, pero es la verdad. Estas cosas son demasiado peligrosas para jugar limpio.

—Si realmente crees eso, ¿cómo puedes mantener una relación con Jean-Claude? ¿Cómo puedes dejar que te toque?

Sacudí la cabeza.

—Nunca dije que fuera coherente.

—No puedes defenderte, ¿verdad?

—¿Defenderme de quién? ¿Matando a Serephina, o saliendo con Jean-Claude?

—Cualquiera, ambos. Demonios, Anita, si eres una de los malos no puedes ser una de los buenos.

Abrí la boca y la cerré. ¿Qué podía decir?

—Soy una de los buenos, Larry. Pero no voy a ser una mártir. Si esto significa violar la ley, que así sea.

—¿Vas a conseguir una autorización?

Su cara estaba serena cuando me preguntó. De repente se veía más viejo. Incluso con los despeinados rizos anaranjados parecía solemne.

Veía envejecer a Larry ante mis propios ojos. No en edad, si no en experiencia. La expresión de sus ojos era más vieja de lo que había sido hacía unos meses. Había visto demasiado, hecho demasiado. Todavía intentaba ser *Sir Galahad*, pero *Galahad* había tenido a Dios de su lado. Todo lo que Larry tenía era yo. No era suficiente.

—El único modo de conseguir una sentencia de muerte es mintiendo —dije.

—Lo sé —contestó.

Le miré.

—Serephina no ha roto ninguna ley, aún. No mentiré sobre eso.

Sonrió.

—Bien. ¿A que hora nos encontramos con Dorcas Bouvier?

—A las tres.

—¿Has pensado qué es lo que puedes sacrificar para levantar a los zombis que quiere Stirling? —preguntó.

—Nop.

Me miró fijamente.

—¿Qué vas a decirle a Stirling?

Negué con la cabeza.

—No lo sé aún. Desearía saber por qué es tan insistente y pesado con matar a Bouvier.

—Quiere la tierra —dijo Larry.

—Stirling y compañía han estado hablando de la familia Bouvier, no de Magnus Bouvier. Eso significa que él no es el único que los demanda. La muerte de Magnus no les solucionará el problema.

—Entonces, ¿por qué lo hacen? —inquirió.

Larry sacudió la cabeza.

—Tenemos que hablar otra vez con Magnus. Preferentemente sin Serephina a su alrededor —comenté.

—Amén a eso —dijo Larry.

—Me gustaría tratar con Magnus, pero antes de que abordemos al Sr. Bouvier otra vez, me gustaría encontrar algunos ungüentos de hadas.

—¿Algunos qué?

—¿No fuiste a alguna clase sobre hadas?

—Era una asignatura optativa —contestó.

—El ungüento de hada te hace inmune al *glamour*. Por si acaso Magnus esconde algo más oscuro que Serephina.

—Nada es más oscuro que eso —dijo.

—Cierto, pero por si acaso. No será capaz de usar la magia con nosotros. De hecho, no es una mala precaución antes de que nos veamos con Dorrie. Puede no ser tan terrorífica como Magnus, pero también utiliza magia, y tan pronto como nos encante, todo estará acabado.

—¿Piensas que Serephina encontrará a Jeff Quinlan?

—Si alguien puede, es ella. Parecía bastante confiada en que podría conseguir a Xavier, pero Jean-Claude también confiaba en que podría conseguirla anoche. Se equivocó.

Frunció el ceño.

—¿Entonces apoyamos a Serephina?

Sonaba mal dicho de esa forma, pero asentí con la cabeza.

—Si se trata de elegir entre un vampiro que obedece la mayor parte de las leyes, y uno que mata a niños, sí, estamos de su lado.

—Hablabas de matarla hace un momento.

—Puedo quedarme fuera de su camino hasta que salve a Jeff y mate a Xavier.

—¿Por qué le mataría? —preguntó.

—Mata gente en su territorio. Ella puede decir lo que quiera, pero es un desafío directo a su autoridad. Además, no creo que Xavier suelte a Jeff sin luchar.

—¿Qué crees que le pasó anoche? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No sirve de nada insistir en ello, Larry. Hacemos todo lo que podemos.

—Podríamos hablarle al FBI sobre Serephina.

—Una cosa que he aprendido es que los Maestros Vampiros no hablan con la policía. Son demasiados años los que la policía ha estado matándoles abiertamente, o intentándolo.

—Bien —dijo—, pero aún tenemos que conseguir encontrar para esta noche algo muy grande, lo suficiente como para que al matarlo levantemos el cementerio.

—Pensaré en ello.

—¿De verdad no tienes ni idea de qué hacer? —parecía sorprendido.

—Salvo un sacrificio humano, Larry, no creo que pueda levantar varios cadáveres de trescientos años. Incluso yo tengo mis límites.

Sonrió abiertamente.

—Es agradable oírte admitirlo.

Tuve que sonreír.

—Será nuestro pequeño secreto.

Levantó la mano y choqué sus cinco. Me devolvió el saludo y me sentí mejor. Larry conseguía hacerme sonreír. Los amigos hacen eso.



TREINTA Y DOS

Dorcas Bouvier se apoyaba en un coche del aparcamiento. Su pelo brillaba a la luz del sol, arremolinándose al moverse como agua fluida. Estaba deslumbrante en vaqueros y camiseta verde.

Larry trató de no mirarla fijamente, pero era difícil. Llevaba puesto vaqueros, nikes blancas y una camiseta azul bajo una camisa de franela a cuadros de gran tamaño para esconder la pistolera del hombro.

Yo iba en vaqueros y una camisa de polo azul marino, nikes negras, y una camisa grande de vestir azul. Larry había tenido que prestármela después de que mi chaqueta negra se empapara de mierda de vampiro. Tenía que vestirme con algo que escondiera la Browning.

La gente se ponía nerviosa si una andaba con un arma a la vista. Larry y yo nos parecíamos, nos habíamos vestido del mismo armario.

Dorrie se apartó del coche.

—¿Nos vamos?

—Nos gustaría hablar con Magnus.

—¿Así podrá entregarle a la policía?

Negué con la cabeza.

—Averiguaremos porqué Stirling está tan molesto como para matarle.

—No sé dónde se encuentra —dijo Dorcas.

Tal vez mostré duda en mi cara, porque añadió:

—No sé dónde está, pero si lo supiera no se lo diría. El utilizar magia contra la policía está penado con la muerte. No le entregaré.

—No soy policía.

Me miró estrechando sus ojos.

—¿Qué le hizo venir a *Huesos Sangrientos* para preguntarme sobre mi hermano?

—¿Cómo sabía donde esperarnos? —pregunté.

—Sabía que llegaría puntual.

Sus pupilas se dilataron como puntas de un alfiler, como los ojos de un loro excitado.

—Vamos —dije.

Nos condujo a la parte trasera del restaurante donde casi empezaban los bosques. El camino que comenzaba en la esquina estaba despejado. Era lo suficientemente amplio como para un hombre. Incluso aunque andábamos en fila, las ramas me tocaban los hombros. Las nuevas hojas verdes se frotaban como terciopelo contra mi mejilla. El camino estaba escondido y lleno de baches de raíces de árboles desnudos. Pero la hierba mala comenzaba a cubrirlo como si ya no se usase tanto como antes.

Dorrie se movía por el escabroso camino con un andar fluido, meciéndose. Obviamente, estaba familiarizada con el sendero, pero era más que eso. Las ramas de los árboles que se me enganchaban en su camisa no se le enredaban ni en el pelo. Las raíces que me obstruían el camino, no le ralentizaban el paso.

Habíamos encontrado el ungüento en una tienda de alimentos naturales. Los arbustos se movían para ella y no para nosotros, era real, no una ilusión. Tal vez el *glamour* no era lo único o de lo que preocuparme. Por eso mi Browning estaba cargada con balas, pero no de plata. Había tenido que salir y comprar algo especial para la ocasión. Larry también estaba cargado, y por primera vez lamentaba que no llevara dos armas. Todavía tenía la Firestar con la munición de plata, pero Larry tendría mala suerte si una vampira nos saltara encima. Por supuesto, estábamos a plena luz del

día. Ahora estaba más preocupada por los *fae* que por los vampiros. Llevábamos sal en los bolsillos de la camisa. No mucha ya que no era necesario, sólo lo suficiente para lanzársela al *fae* o a la criatura mágica. La sal interrumpiría la magia *fae*. Temporalmente.

Una brisa subió por el camino convirtiéndose en un viento con ráfagas irregulares. El aire olía a limpio y fresco. Al principio había esperado que oliese así; como el pan recién hecho o el olor a suavizante, memorias de infancia de primavera. Esto probablemente olía a agua de pantano y ozono. La realidad casi siempre olía peor que la fantasía.

Dorrie se detuvo y se volvió hacia nosotros.

—Los árboles a lo largo del camino son una ilusión. No son sólidos.

—¿Qué árboles? —preguntó Larry.

Maldecí silenciosamente. Habría sido bueno mantener el ungüento en secreto.

Dorrie retrocedió dos pasos hacia nosotros. Me observó con la cara a escasos centímetros de la mía, luego hizo un gesto como si hubiese visto algo sucio.

—Lleva puesto ungüento —lo dijo como si fuera algo horrible.

—En realidad, Magnus intentó encantarnos dos veces. No es malo ser cauteloso —dije.

—Bien, entonces nuestras ilusiones no le importarán. —Caminó con un paso más rápido abandonándonos para tropezar tras ella.

El sendero conducía a un área despejada, casi un círculo perfecto. Había un pequeño montículo en el centro con una cruz celta de piedra blanca en mitad de una pradera de vibrantes flores azules. Cada centímetro de tierra estaba cubierto de campanillas. Campanillas inglesas, gruesas y carnosas, más azules que el cielo. Las flores nunca crecían sin ayuda en este país. Nunca crecían en Missouri sin más agua de lo que era práctico. Pero estando allí, en la tupida pradera azul rodeada de árboles, parecía que sí pasaba.

Dorrie estaba congelada de pie, casi metida hasta las rodillas entre las flores. Miraba fijamente con la boca abierta, con una mirada de horror en ese rostro encantador.

Magnus Bouvier estaba arrodillado entre las flores sobre el montículo, cerca de la cruz. La boca estaba brillante por la sangre fresca. Algo se movía a su alrededor, por delante de él. Algo que se sentía, más que verse. Si era ilusión, el ungüento debía haberlo bloqueado. Traté de observar por

el rabillo del ojo. La visión periférica a veces trabaja mejor con la magia que la directa.

Por la esquinilla del ojo podía ver en el aire algo nadando que parecía casi una forma. Era más grande que un hombre.

Magnus giró y nos vio. Se puso de pie bruscamente y la forma suspendida se difuminó como si nunca hubiese estado allí. Se pasó la manga por los labios.

—Dorrie… —la voz era suave y sonó estrangulada.

Dorrie continuó avanzando hacia la cima de la colina. Gritó.

—¡Maldición!

Le golpeó. Podía oír las bofetadas a través del claro.

—Ouch —dijo Larry—. ¿Por qué está tan enfadada?

Le golpeó otra vez con la suficiente fuerza para tirarle de culo sobre las flores.

—¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste hacer algo tan horroroso?

—¿Qué hizo? —preguntó Larry.

—Ha estado alimentándose de *Huesos Sangrientos* como su antepasado —dije.

Dorrie se giró. Parecía pálida y horrorizada, como si hubiese pillado a su hermano molestando a unos niños.

—Se le prohibió alimentarse —giró hacia Magnus—. ¡Lo sabías!

—Quería el poder, Dorrie. ¿Qué daño hacía?

—¿Qué daño? ¿Qué daño?

Lo agarró por un mechón del pelo largo y le puso de rodillas. Mostró la marca del mordisco en el cuello.

—Ésta es la razón por la que esa criatura puede llamarte. Esto provoca que cualquier *Daoine Sidhe*, hasta un mestizo como tú, sea marcado por la muerte.

Le dejó tan repentinamente que cayó arrodillado.

Dorrie se sentó sobre las flores y lloró.

Caminé trabajosamente por el mar de flores. Se separaron como el agua, pero no se movieron. Nunca estaban exactamente donde uno pisaba.

—Jesús, ¿se apartan del camino? —preguntó Larry.

—No exactamente —respondió Magnus.

Descendió la colina hasta quedar de pie en su base. Llevaba puesto el esmoquin blanco de ayer noche, o lo que quedaba de él. La mancha de sangre de la manga destacaba muy brillante contra la blancura de la ropa.

Caminamos por el mar de flores que se movían y no se movían, acercándonos a él delante del montículo.

Se había apartado el pelo detrás de las orejas, dejando visible su cara. Y no, las orejas no eran puntiagudas. ¿De dónde vendrían esos rumores?

Me sostuvo la mirada sin estremecerse. Si estaba avergonzado de lo que había hecho no lo demostró. Dorrie todavía lloraba entre las campanillas como si se le rompiera el corazón.

—Ahora lo sabes —dijo.

—No se puede drenar a un *fae*, en carne y hueso, sin la magia ritual. He leído el conjuro, Magnus. Es extremadamente difícil —comenté.

Se rió de eso y la sonrisa aún era encantadora, pero la sangre en la esquina de la boca arruinaba el efecto.

—Tuve que atarme a la bestia. Tuve que darle un poco de mi mortalidad para conseguir su sangre.

—Se supone que el conjuro no debe ayudarle a obtener la sangre —dije.

—Debe ayudar a los *fae* a matarse mutuamente.

—Si eso le diera un poco de su mortalidad, ¿no trataría de obtenerla? —preguntó Larry.

Era una buena pregunta.

—Sí —respondió Magnus—, pero eso no fue por lo que lo hice.

—Lo hiciste por el poder, hijo de puta —dijo Dorrie. Descendió el montículo, deslizándose entre las extrañas flores—. Sólo tenías que hacer verdadero *glamour*, magia auténtica. Dios, Magnus, debes haber estado bebiendo su sangre durante años, desde que eras un adolescente. Por eso de repente tus poderes se hicieron tan fuertes. Pensamos que era por la pubertad.

—Temo que no, querida hermana.

Le escupió.

—Nuestra familia fue maldecida, atada a esta tierra eternamente en penitencia por hacer lo que has hecho. La última vez que alguien trató de beber de sus venas, *Huesos Sangrientos* se liberó.

—Ha estado encarcelado sin peligro durante diez años, Dorrie.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes saber que la cosa nebulosa que apareció no ha estado asustando a los niños?

—Mientras no haga daño a ninguno de ellos, ¿cuál es el problema?

—Espera un minuto —dijo Larry—. ¿Por qué asustaría a los niños?

—Te lo dije, es una leyenda infantil. Se supone que come niños malos —expliqué.

Tenía una idea, una idea horrible. Había visto a un vampiro usar una espada, pero ¿estaba absolutamente segura de lo que había visto? No.

—Cuando eso llegó y comenzó a matar a la tribu india, ¿usó un arma o las manos?

Dorrie me miró.

—No sé. ¿Importa eso?

—Ah, Dios —soltó Larry.

—Podría ser muy importante —contesté.

—No puede referirse a esas matanzas —dijo Magnus—. *Huesos Sangrientos* no puede manifestarse físicamente. Me he encargado de eso.

—¿Estás seguro, querido hermano? ¿Estás completamente seguro? —La voz de Dorrie era afilada como una navaja, manejando el desprecio como un arma.

—Sí, estoy seguro.

—Tenemos que hacer que una bruja lo revise. No sé lo suficiente sobre esto —indiqué.

Dorrie asintió con la cabeza.

—De acuerdo, cuanto antes mejor.

—*Huesos Sangrientos* no cometió esas matanzas —señaló Magnus.

—Por su bien Magnus, espero que no —dije.

—¿Qué quiere decir?

—Que cinco personas han muerto. Cinco personas que no hicieron una maldita cosa para merecerlo.

—Es prisionero por una combinación de rituales indios, cristianos y poder *fae* —argumentó—. No puede liberarse.

Caminé despacio por la colina. Las flores carnosas todavía se movían en el camino. Traté de mirarme los pies, pero era mareante porque las flores se movían aunque no lo hicieran y trataba de mirarlas. Sabía que no era real, pero aún así trataba de verlas.

No hice caso de las flores y me concentré en el montículo. Trataba de sentir a los muertos, a la luz del día estaría segura. Había magia allí, mucha. Nunca antes había sentido magia *fae*. Había algo que tenía un gusto familiar, y no era cristiano.

—Una especie de magia de muerte entró aquí —comenté.

Andaba por la colina, hasta que vi la cara de Magnus.

—¿Un poco de sacrificio humano, quizás?

—No exactamente —dijo Magnus.

—Nunca apoyaríamos un sacrificio humano —añadió Dorrie.

Tal vez ella no, pero no estaba tan segura de Magnus. No lo dije en voz alta. Dorrie ya estaba bastante disgustada.

—Si no es un sacrificio, ¿entonces qué es?

—Nuestros muertos están sepultados en tres colinas. Cada muerte es como una estaca para mantener preso a *Huesos Sangrientos* —explicó Magnus.

—¿Cómo supo qué colinas eran? —pregunté.

—Han pasado más de trescientos años —siguió Magnus—. No había ninguna pista del pasado. No estaba al cien por cien seguro de que fuera la colina de la derecha. Pero cuando rastrillaron a los muertos, lo sentí.

Se abrazó a sí mismo, como si el aire se hubiese enfriado de repente.

—No puede levantar a los muertos de esa ladera. Si lo hace, *Huesos Sangrientos* se liberará. La magia para detenerle es complicada. Sinceramente, no estoy seguro de estar a la altura. Y no conozco a ningún chamán indio.

—Has puesto en ridículo todo lo que respetamos —espetó Dorrie.

—¿Qué le ofreció Serephina? —pregunté.

Me miró sorprendido.

—¿De qué habla?

—Ofrece a cada uno su deseo más ferviente. ¿Cuál era el suyo, Magnus?

—Libertad y poder. Dijo que encontraría otro guardián para *Huesos Sangrientos*. Que encontraría la manera de mantener el poder que había tomado prestado de él sin tener que cuidarlo.

—¿Y la creyó?

Sacudió la cabeza.

—Soy la única persona en la familia que tiene el poder. Somos los guardianes eternos como penitencia por raptarle, por dejarle matar.

Sufrió un ataque y cayó de rodillas entre las flores azules, con la cabeza inclinada y el cabello cubriéndole la cara.

—Nunca seré libre.

—No mereces ser libre —dijo Dorrie.

—¿Por qué Serephina está interesada en usted? —pregunté.

—Tiene miedo de la muerte. Dice que beber de alguien tan longevo

como yo la ayuda a mantener la muerte alejada.

—Es un vampiro —protestó Larry.

—Pero no es inmortal —añadí.

Magnus alzó la vista, los extraños ojos verdes mar brillaban tenuemente a través del brillante pelo. Tal vez era el pelo, o los ojos, o el que estuviese casi cubierto por el extraño movimiento de las flores, pero no parecía muy humano.

—Teme a la muerte —dijo—. La teme —la voz era baja y ronca.

—Casi detuvo mi reloj anoche. ¿Por qué me teme?

—Anoche trajo la muerte entre nosotros.

—No sería la primera vez —dije.

—Me buscó por mi larga vida, por la sangre inmortal. Quizás después irá detrás de ti. Quizás en vez de huir de la muerte, la abrazará.

El vello de los brazos se me erizó nerviosamente, dejándome la piel de gallina hasta los codos.

—¿Le dijo eso anoche?

—Hay implicado un poder; eso dañaría a su viejo enemigo Jean-Claude. Pero en el fondo, Anita, se pregunta si su poder haría la diferencia. Si bebiera de usted, ¿sería inmortal? ¿Podría ser capaz de alejar a la muerte con su poder nigromante?

—Debes dejar la ciudad —dijo Larry.

No estaba segura de a quién se refería.

Sacudí la cabeza.

—Los Maestros Vampiros no liberan fácilmente. Le diré a Stirling que no levantaré a sus muertos, Magnus. Nadie más puede hacer eso, sólo yo, por lo tanto, no será hecho.

—Pero no devolverán la tierra —dijo Magnus con voz extraña.

—Si simplemente vuelan la montaña, el resultado podría ser el mismo.

—¿Es verdad, Dorrie?

Negó con la cabeza.

—Podría ser.

—¿Qué quiere que haga? —pregunté.

Magnus avanzó lentamente por las flores, mirándome detenidamente entre la brillante cortina del pelo. Los ojos eran remolinos de cintas verdes y azules, girando hasta que me mareé. Retiré la mirada.

—Levante sólo un puñado de muertos. ¿Puede hacerlo? —preguntó.

—Con facilidad —respondí—. ¿Pero estarán de acuerdo todos los

abogados del mundo con eso?

—Intentaré que lo hagan —dijo.

—¿Dorrie? —pregunté.

Movió la cabeza.

—Me ocuparé de ello.

Miré a Magnus durante un momento.

—¿De verdad Serephina puede rescatar al chico?

—Sí —afirmó.

Aparté la vista de él.

—Entonces le veré esta noche.

—No, estaré bien y completamente ebrio de nuevo. No es infalible, pero ayuda a ahogarla.

—De acuerdo, le levantaré un puñado de muertos. Proteja su tierra.

—Tiene nuestra gratitud —dijo Magnus.

Parecía salvaje, espantoso y hermoso cuando se puso en cuclillas entre las flores. Su gratitud podría servirme de algo si Serephina no le mataba primero.

Maldición, si no me mataba a mí primero.



TREINTA Y TRES

Al caer la tarde llamé al Agente Especial Bradford. No habían encontrado a Xavier. Tampoco habían encontrado a Jeff. No habían encontrado a ninguno de los vampiros qué tenía que matar, así que ¿por qué demonios le llamaba? Ese caso no era mío, ¿recuerdas? Recordé. Y sí, las dos víctimas jóvenes habían sido sexualmente agredidas, pero no el mismo día en que fueron asesinadas. Probablemente debía hablar con Magnus, que era el único que entendía los hechizos de *Huesos Sangrientos*. No nos ayudaría que fuese encarcelado. Dorrie conocía a una vecina bruja en quién confiaba. Yo pensaba que *Huesos Sangrientos* era nuestro asesino. Nunca había visto a un vampiro ocultarse de una forma tan perfecta como el que mató a Coltrain. Lo había añadido a mi lista de sospechosos, pero no se lo había dicho a la policía. Ahora me alegraba de no haberlo hecho. El asalto sexual incriminaba a Xavier por todas partes. Además, explicar que una pesadilla de cuentos infantiles escoceses cometía, en carne y hueso, los

asesinatos, me parecía rebuscado hasta para mí.

El cielo estaba cubierto de nubes que brillaban como joyas. Brillaban y se extendían a través del cielo, como una gigantesca manta reluciente que alguna gran bestia había triturado con unas enormes garras. Por los agujeros entre las nubes, el cielo asomaba con una negrura salpicada de estrellas diamantinas lo bastante brillantes como para competir contra el cielo resplandeciente.

Permanecí de pie en la cima mirando hacia el cielo, aspirando el aire fresco de primavera. Larry estaba de pie a mi lado, con la vista también alzada. Sus ojos reflejaban la luz encendida.

—Continúe —dijo Stirling.

Me giré y le miré. Él, Bayard y la Sra. Harrison. Beau había ido con ellos, pero le había hecho esperar al pie de la montaña. Le había dicho que si asomaba un poquito la cabeza, le pondría una bala en ella. No estaba segura de que Stirling me creyese, pero Beau lo hizo.

—No es un admirador de la belleza de la naturaleza, ¿verdad, Raymond?

Incluso con la luz de la luna pude verle el ceño.

—Quiero terminar con esto, Sra. Blake. Ahora, esta noche.

Extrañamente, estuve de acuerdo con él. Me ponía nerviosa. No me gustaba Raymond. Me hacía querer discutir con él sin tener en cuenta si estaba de acuerdo o no. Pero no discutí. Punto para mí.

—Lo haré esta noche, Raymond, no se impaciente.

—Por favor, deje de llamarme por mi nombre de pila, Sra. Blake —lo pidió con los dientes apretados, pero había dicho «por favor».

—Está bien, será hecho esta noche, Sr. Stirling. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—Gracias, ahora prosiga.

Abrí la boca para hacer un comentario jocoso, pero Larry dijo muy suavemente:

—Anita.

Tenía razón, como de costumbre. Tanta diversión pinchando a Stirling sólo retrasaba lo inevitable. Estaba cansada de Stirling, de Magnus y de todo. Era el momento de hacer mi trabajo e irme a casa. Bien, tal vez no directamente a casa. No me iría sin Jeff Quinlan, de una u otra forma.

La cabra emitió un balido alto, interrogante. Amarrada en mitad del cementerio. Era una cabra con manchas marrones y blancas, con esos

extraños ojos amarillos que a veces tienen. Tenía las orejas blancas y parecía que le gustaba que le acariciaran la cabeza. Larry había estado acariciándola durante el viaje en el jeep. Siempre era una mala idea. Nunca te encariñes con los sacrificios. Hace más difícil matarlos.

No había acariciado a la cabra. Tenía mejor criterio. Esta era la primera cabra de Larry. Aprendería. Difícil o fácil, aprendería.

Había dos cabras más al pie de la colina. Una de ellas era aún más pequeña y más bonita que ésta.

—¿No deberían estar los abogados de Bouviers presentes, Sr. Stirling? —comentó Bayard.

—Bouviers renunció a tener presente a su abogado —contesté.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Stirling.

—Confían en mí para no mentirles —indiqué.

Stirling me miró durante un largo período. No podía ver sus ojos claramente, pero podía sentir los engranajes de su cerebro.

—Va a mentirles, ¿verdad? —preguntó. La voz era fría, reprimida, muy enojada.

—No miento sobre los muertos, Sr. Stirling. A veces sobre los vivos, pero nunca sobre los muertos. Además, Bouvier no me ofreció un soborno. ¿Por qué debería ayudarle, si no me ofrece dinero?

Larry no me interrumpió. Miraba a Stirling. Tal vez preguntándose lo que contestaría.

—Ha expuesto su punto de vista, Sra. Blake. ¿Podemos continuar con esto ahora?

Parecía razonable y de repente calmado. Toda la cólera y desconfianza habían desaparecido, se habían ido a alguna otra parte. No estaban en su voz.

—Bien.

Me arrodillé y abrí la bolsa de gimnasio a mis pies. Contenía mi equipo de animación. Tenía otra bolsa con todo lo necesario para aniquilar a un vampiro. Solía traer lo que necesitaba de acuerdo a la situación requerida. Compré una segunda bolsa después de encontrarme levantando un zombi con la bolsa incorrecta. También era ilegal llevar lo que mataría a un vampiro si no se tenía una autorización de ejecución. La ley de Brewster podría cambiar esto, pero hasta entonces… seguiría contando con dos bolsas. La de zombi era de color borgoña; la de vampiro, blanca. Incluso en la oscuridad era fácil distinguirlas. Ese era el plan.

La bolsa de zombi de Larry era casi de un verde tóxico, con las Tortugas ninjas de fondo. Casi tenía miedo de preguntarle cómo era su bolsa de vampiro.

—Déjame ver si lo he entendido —comentó Larry.

Repitió mis palabras. Se arrodilló y desabrochó la bolsa.

—Continúa —dije.

Saqué mi tarro de ungüento. Conocía animadores que tenían frascos especiales para los ungüentos: loza, cristal tallado a mano, símbolos místicos esculpidos a los lados. Yo usaba un viejo bote de vidrio que alguna vez contuvo judías verdes de la abuela Blake.

Larry sacó un viejo frasco de mantequilla de cacahuete que todavía tenía la etiqueta en él. Extra-crujiente. *Yum-yum*.

—Tenemos que levantar como mínimo tres zombis, ¿verdad?

—Cierto —confirmé.

Miró fijamente alrededor de los huesos dispersos.

—Una fosa común es difícil de levantar, ¿verdad?

—Esto no es una fosa común. Es un viejo cementerio que ha sido profanado. Es más fácil que una fosa común.

—¿Por qué? —preguntó.

Dejé el machete al lado del tarro de ungüento.

—Porque para cada tumba se realiza un rito que ata al individuo muerto a ella, de modo que si uno lo llama, tenga una mejor posibilidad de conseguir que el individuo conteste.

—¿Conteste?

—Resucite.

Asintió con la cabeza. Puso una hoja curvada en tierra. Parecía una cimitarra maldita.

—¿Dónde conseguiste eso?

Bajó la cabeza, habría apostado que se había puesto colorado. No podía verlo con la luz de la luna.

—Un tipo del colegio.

—¿De dónde rayos lo consiguió?

Larry me miró, sorprendido.

—No lo sé. ¿Es algo malo?

Sacudí la cabeza.

—Sencillamente, es demasiado lujoso para degollar pollos y cortar en tiras a alguna cabra.

—Se sentía bien en mi mano. —Se encogió de hombros—. Además, me parece bonito. —Me sonrió descaradamente.

Sacudí la cabeza, pero lo dejé pasar. Realmente no necesitaba un machete para degollar pollos, pero sí para una vaca ocasional.

¿Por qué, te preguntas, no contábamos esta noche con una vaca? Nadie le vendería una a Bayard. Tendría la brillante idea de decirles a los agricultores para qué quería la vaca. La gente temerosa de Dios vendería las vacas para ser comidas, pero no para levantar zombis. Bastardos con perjuicios.

—Los muertos más recientes tienen doscientos años, ¿verdad? —preguntó Larry.

—Cierto —contesté.

—Vamos a levantar un mínimo de tres de estos cadáveres en condiciones lo suficientemente buenas como para contestar preguntas.

—Ese es el plan —dije.

—¿Podemos hacerlo?

Me reí de él.

—Ese es el plan.

Se le ensancharon los ojos.

—Maldición, ni siquiera sabes si podemos hacerlo, ¿verdad? —La voz se había convertido en un susurro asombrado.

—Habitualmente, levantamos tres zombis cada noche. Sólo tenemos que trabajar juntos.

—Habitualmente no levantamos zombis de doscientos años.

—Es verdad, pero en teoría es lo mismo.

—¿Teoría? —Sacudió su cabeza—. Sé que estamos en problemas cuando comienzas a hablar de teorías. ¿Podemos con esto?

Mi respuesta honesta sería no, pero lo más importante sobre lo que uno podía levantar y lo que no podía era la confianza. Creer que podías hacerlo. Así que… Estuve tentada a mentirle. Pero no lo hice. Sinceridad entre Larry y yo.

—Creo que podemos hacerlo.

—Pero no lo sabes con seguridad —aseguró.

—No.

—¡Jesús! Anita.

—No te pongas nervioso. Podemos hacerlo.

—Pero no estás segura.

—No estoy segura de que sobreviviremos al viaje de regreso a casa y aún así, me subo al avión.

—¿Se supone que eso es consuelo? —preguntó.

—Sí.

—No lo es —contestó.

—Lo siento, pero es lo mejor que puedo hacer. Quieres seguridad, pues sé contable.

—No soy bueno con las matemáticas.

—Yo tampoco.

Respiró profundamente y lo soltó despacio.

—De acuerdo, jefa, ¿cómo combinamos los poderes?

Se lo conté.

—De acuerdo. —No parecía seguir nervioso. Parecía impaciente. Larry podía querer ser un ejecutor de vampiros, pero era reanimador. Esto no era la opción de una carrera, era un regalo o una maldición. Nadie podría enseñarle a levantar muertos a menos que tuviera el poder en la sangre. La genética es una cosa maravillosa: ojos marrones, pelo rizado, levantamiento de zombis.

—¿Qué ungüento quieres usar? —preguntó Larry.

—El mío. —Le había dado a Larry la receta para preparar el ungüento diciéndole qué ingredientes no podía usar, como la lápida de un cementerio, pero había espacio para la experimentación. Cada reanimador tenía su propia receta especial. No tenía idea a como olería el ungüento de Larry. Para compartir los poderes, uno tenía que usar el mismo ungüento, así que usábamos el mío.

Por lo que sabía, no teníamos que usar el mismo, pero sólo había compartido tres veces mis poderes.

Dos veces con el hombre que me entrenó como reanimador. Y siempre habíamos usado el mismo ungüento. Había actuado como foco tres veces. Lo que significaba que era la responsable. Dónde me gusta estar, ¿verdad?

—¿Podría ser el foco? —preguntó Larry—. No esta vez, pero ¿la siguiente?

—Si esto surge otra vez, lo intentaremos —contesté.

La verdad era que no sabía si Larry tenía el poder suficiente para ser foco. Manny, quien me enseñó, no podía hacerlo. Muy pocos reanimadores podían actuar como foco. Aquellos que podían eran recelosos con el resto, y la mayoría no jugarían con nosotros. Compartiríamos, literalmente,

nuestros poderes. Muchos reanimadores no querrían hacerlo. Existe una teoría que dice que uno puede robar permanentemente al otro la magia. Pero no lo creo. El levantar muertos no es como un hechizo que alguien pudiese quitarte y dejarte sin él. La reanimación está incorporada en las células de nuestros cuerpos. Es parte de nosotros. No se puede robar.

Abrí el ungüento y en un momento, el aire primaveral olía a árboles de Navidad. Usé mucho romero.

Era espeso y ceroso, siempre lo sentía agradable. Las motas brillantes de polvo de cementerio parecían luciérnagas que ascendían del suelo. Lo unté en la frente de Larry y por debajo de las mejillas. No se había metido la camiseta dentro de los pantalones, así que pude levantársela y untarlo ligeramente sobre el corazón. Lo cual es más difícil hacer cuando uno lleva puesta una pistolera al hombro, pero habíamos decidido que cada uno llevase un arma. Dejé los cuchillos y mi arma extra en el Jeep. Le toqué la piel y pude sentir su corazón palpitando bajo mi mano.

Le di a Larry el tarro. Untó dos dedos del espeso ungüento. Lo aplicó en mi cara. Su mano era muy estable, la cara en blanco, concentrado. Los ojos completamente serios.

Desabotoné el polo y Larry metió los dedos dentro para tocar mi corazón. Sus dedos rozaron la cadena de mi crucifijo, sacándolo de la camisa. La metí de nuevo dentro, pegada a mi piel. Me devolvió el tarro y cerré la tapa. No dejaría que se secara.

Nunca había oído de nadie que hiciera exactamente lo que estábamos a punto de intentar. No por la edad, si no por los cuerpos dispersos. Sólo queríamos tres, pero no había tres cuerpos intactos. Incluso haciéndolos uno a la vez, era arriesgado. ¿Cómo levantar los necesarios cuando estaban todos mezclados? No tenía ningún nombre que usar. Ninguna tumba para rodear con poder. ¿Cómo hacerlo?

Era un rompecabezas.

Pero por el momento sólo teníamos que cerrar el círculo. Un problema cada vez.

—Asegúrate de tener ungüento en ambas manos —dije.

Larry se las frotó, como echándose crema.

—Sí, sí jefa, ¿qué más?

Saqué un tazón plateado de la bolsa. Brilló con la luz de la luna como otro pedazo de cielo.

Los ojos de Larry se ensancharon.

—No tiene que ser plata. No hay ningún símbolo místico escrito en él. Uno podría usar una tartera, pero la esencia vital de la otra criatura entra aquí. Usa algo agradable para mostrar un poco de respeto, pero entiende que no tiene que ser plata, o de esta forma, algo. Es sólo un contenedor. ¿Entiendes?

Larry asintió.

—¿Por qué no tenemos aquí arriba las otras cabras? Va a ser un trayecto difícil el subirlas cada vez.

Me encogí de hombros.

—Primero, entrarían en pánico. Segundo, me parece cruel mirar a sus amigos morder el polvo, saber que son las siguientes.

—Mi profesor de zoología diría que las humanizas.

—Déjalo. Sé que sienten dolor y miedo. Suficiente.

Larry me miró durante un largo instante.

—Tampoco te gusta hacerlo.

—No. ¿Quieres ayudarme sosteniendo la zanahoria?

—¿Zanahoria?

Saqué del bolso una zanahoria entera, con el tallo verde frondoso.

—¿Fuiste a por esto a la tienda de comestibles mientras esperé en el coche con las cabras?

—Sí.

Sostuve la zanahoria en el aire. La cabra se estiraba al final de la línea de la estaca hacia la zanahoria. La balanceé sobre la boca de la cabra. Ésta baló y vino hacia mí. Le dejé conseguir un poco más de la hoja. La rechoncha colita comenzó a menearse. Cabra feliz.

Le di a Larry el tazón.

—Ponlo en el suelo bajo la garganta. Cuando la sangre comience a caer, consigue tanta como puedas.

Tenía el machete detrás de la espalda en la mano derecha, la zanahoria en mi izquierda. Parecía un dentista infantil. No, nada detrás de la espalda. No prestes atención a aquella aguja enorme. Excepto que este pinchazo era permanente.

La cabra mordía la mayor parte de las hojas de la zanahoria y esperé mientras la acercaba a la boca.

Larry se arrodilló a su lado, tazón en tierra. Le ofrecí la carne de la zanahoria a la cabra. Consiguió un mordisco de ella y retiré la zanahoria hasta que la cabra estiró el cuello todo lo que pudo tratando de conseguir

más.

Puse suavemente el machete contra la peluda garganta, sin cortar. El cuello vibró contra la hoja al estirarse nuevamente hacia la zanahoria. Pasé la hoja atravesando el cuello.

El machete era afilado y yo tenía práctica. No hubo ningún sonido, sólo los ojos sobresaltados y ensanchados, y la sangre que manó del cuello.

Larry recogió el tazón, sosteniéndolo bajo la herida. La sangre salpicó por debajo de sus brazos, sobre su camiseta azul. La cabra cayó de rodillas. La sangre llenó el tazón, oscura y brillante, más negra que roja.

—Hay trozos de zanahoria en la sangre —dijo Larry.

—No hay problema —contesté—. La zanahoria no tiene vida.

La cabeza de la cabra cayó de manera lenta, deslizándose hasta tocar tierra. El tazón quedó bajo de la garganta, llenándose de sangre. Había sido casi una matanza perfecta. Las cabras podían ser algo molestas, pero a veces, como esta noche, todo había funcionado. Por supuesto, no habíamos acabado.

Puse el cuchillo ensangrentado contra mi brazo izquierdo e hice un corte. El dolor fue intenso e inmediato. Sostuve la herida sobre el tazón, dejando caer gotas gruesas para mezclarse con la sangre de la cabra.

—Dame tu brazo derecho —dije.

Larry no discutió. Sólo me tendió el brazo desnudo. Le había dicho lo que pasaría, pero aún así, era un gesto confiado. La cara se elevó sin ningún rastro del miedo. Dios.

Le corté en el brazo. Hizo una mueca, pero no retrocedió.

—Déjalo gotear en el tazón.

Mantuvo el brazo sobre él. Toda la sangre era negra y rojiza bajo la luz de la luna.

Los inicios de poder palpitaron sobre mi piel. Mi poder, el poder de Larry, el poder de un ritual de sacrificio. Larry alzó la vista hacia mí con los ojos muy abiertos.

Me arrodillé a su lado y coloqué el machete en el borde del tazón. Le sostuve el brazo con mi mano izquierda. Él me sostuvo con la derecha. Unimos las manos y presionamos juntos las heridas de nuestros antebrazos, dejando mezclarse la sangre. Larry sostuvo un lado del tazón lleno, yo sostuve el otro. La sangre goteó deslizándose por nuestros brazos, goteando por nuestros codos hacia el tazón, sobre el acero desnudo y ensangrentado.

Estuvimos quietos y abrazados sosteniendo el tazón. Retiré la mano

despacio, luego tomé el tazón de él. Él siguió cada movimiento que hice, como siempre hacía. Sería capaz de cerrar los ojos e imitarme.

Caminé al borde del círculo que tenía en mi mente y sumergí la mano en el tazón. La sangre estaba todavía extraordinariamente caliente, casi ardiendo. Agarré el mango del machete con mi mano ensangrentada y comencé a usar la hoja para rociar sangre según andaba.

Podía sentir a Larry de pie en el centro del círculo mientras caminaba, como si hubiese una cuerda estirada entre nosotros. Mientras me movía, aquella cuerda se puso más y más tirante, apretada como una goma enroscada. El poder creció con cada paso, con cada gota de sangre. La tierra tenía hambre de ella. Nunca había levantado muertos en una tierra con rituales de sacrificio. Magnus lo debió mencionar antes. Tal vez no lo sabía. Inocente de mí.

Eso no importaba ahora. Aquí había magia por sangre y muerte. Algo me estaba esperando para que cerrara el círculo. Impaciente por mí para que levantar a los muertos. Hambriento.

Permanecí de pie casi donde había comenzado. Estaba rociando la sangre más allá de cerrar el círculo. La línea de poder entre Larry y yo era tan estrechada que dolía. El poder potencial era espantoso y vehemente, había despertado a algo viejo e inactivo durante mucho tiempo. Me hizo vacilar. Me hizo no querer terminar el círculo.

Obstinación y miedo. No entendí completamente lo que sentía. Era la magia de alguien más, el hechizo de alguien. Lo habíamos provocado, pero no sabía lo que haría. Podíamos levantar a nuestros muertos, pero eso parecía andar en una cuerda floja, entre el hechizo y… algo más.

Sentí al viejo *Huesos Sangrientos* en la distancia, a kilómetros de mí. Lo sentí mirándome, impulsándome a dar aquel último paso. Sacudí la cabeza como si la criatura *fae* pudiera verme. No entendí el hechizo lo suficientemente bien como para arriesgarme por él.

—¿Qué pasa? —preguntó Larry. Su voz parecía estrangulada. Nos ahogábamos en el poder no usado, y demonios si sabía qué hacer con ello.

Vislumbré un movimiento por el rabillo del ojo. Ivy estaba de pie en la base de la montaña. Vestía botas de excursionista con gruesos calcetines blancos que se doblaban sobre sí mismos, pantalones holgados, cortos y negros, y un top rosado fosforescente muy ceñido, con una camisa de franela a cuadros sobre ella. La cadena del pendiente brilló a la luz de la luna. Se había vestido ella misma esta noche.

Todo lo que tenía que hacer era dejar caer una gota de sangre, y el círculo se cerraría. Y podría sostenerlo contra ella, contra todos ellos. Nada lo cruzaría, nada que no quisiera que cruzase. Bueno, dentro de lo razonable.

Probablemente, los demonios y los ángeles podrían cruzarlo, pero los vampiros no.

Sentí la oleada de triunfo de la cosa atrapada en el montículo. Quería que lo cerrara. Moví el tazón y el machete tras de mí hacia el centro del círculo, lejos del borde externo para que la sangre no cayese en ella. Ivy avanzó hacia mí con un movimiento más rápido que la luz, una figura de aspecto borroso por la velocidad. Saqué el arma, sentí que se deslizaba de la pistolera y ella chocó contra mí. El impacto soltó la Browning de mi mano.

Caí en la tierra con nada en mis manos, excepto aire.



TREINTA Y CUATRO

Ivy retrocedió con un deslumbre de colmillos. Larry gritó.

—¡Anita!

Oí que mi arma se disparaba, sentí el golpe de la bala en su cuerpo. La golpeó en el hombro. Encogió el cuerpo, pero se giró hacia mí con una sonrisa. Clavó los dedos en mis hombros y caímos, colocándome encima y cubriéndose con mi cuerpo, una de sus manos me sujetaba el cuello. Apretó hasta que yo jadeé.

—Le romperé el cuello a menos que tires ese juguete —dijo.

—Me matarás de todos modos. No lo hagas.

—Anita…

—Ahora, o la mataré mientras miras.

—¡Pégale un tiro! —Pero no había un tiro claro. Tendría que andar a mí alrededor y disparar a quemarropa. Ivy podría matarme dos veces antes de que él consiguiera darle.

Ivy me apretó el cuello más abajo. Afiancé el brazo derecho en la tierra. Tendría que rompérmelo para ponerme debajo de ella. Si me rompiese el cuello todo acabaría, un brazo roto sólo dolería.

Oí que algo golpeaba la tierra, un golpe seco y pesado. El arma de Larry. Maldición.

Me apretó la nuca más fuerte. Metí la palma de la mano en tierra con bastante fuerza como para dejar huella.

—Puedo romperte el brazo y atraerte hacia mí. Tú decides: fácil o difícil.

—Difícil —dije entre dientes apretados.

Me sujetó el brazo y tuve una idea. Caí hacia delante encima de ella. La pilló por sorpresa. Tenía algunos segundos para sacar la cadena que llevaba dentro de la camisa.

Su mano se deslizó por mi pelo como un amante, presionándome la cara contra su mejilla, no con fuerza, casi suave.

—De aquí a tres noches te gustaré, Anita. Me adorarás.

—Lo dudo.

La cadena se deslizó avanzando con el crucifijo engarzado sobre su garganta. Hubo un destello cegador y una luz blanca y brillante. El calor me chamuscó el pelo.

Ivy gritó y agarró la cruz, peleando bajo mi cuerpo.

Me quedé a gatas con la cruz colgando ante mí. Las llamas blancas azuladas se desvanecieron porque ya no tocaban carne vampírica, pero brillaba como una estrella cautiva, por lo que ella retrocedió.

No sabía dónde estaba mi arma, pero el machete relucía contra la tierra oscura. Lo agarré con la mano y me puse de pie. Larry estaba detrás de mí con su propia cruz sosteniéndola por la cadena delante de él. La luz blanca con el centro azul casi dolorosa por el brillo.

Ivy gritó, protegiéndose los ojos. Todo lo que pudo hacer fue alejarse. Pero estaba paralizada, inmóvil frente a dos cruces y creyentes.

—Arma —dije a Larry.

—No puedo encontrarla.

Las dos armas eran negras por lo que no brillarían bajo la luz nocturna, y nos convertía en objetivos. Ahora eran invisibles.

Avanzamos hacia la vampira. Cruzó ambos brazos sobre la cara y gritó:

—¡Nooo!

Se encontraba casi al borde del círculo. Si corría no la perseguiríamos,

pero no corrió. Tal vez no podía.

Metí el machete bajo sus costillas. La sangre cayó al suelo deslizándose por la hoja que aferraba entre mis manos. Arrastré la hoja hacia arriba, al corazón. Le di un tirón fuerte para cortarlo.

Los brazos bajaron despacio de la cara. Los ojos dilatados y sorprendidos. Miró hacia la hoja clavada en su estómago, como si no entendiera que hacía allí. La carne del cuello estaba negra allí donde la cruz la había quemado.

Cayó de rodillas y caí con ella manteniendo las manos en el machete. No murió. Realmente, no lo esperaba. Retiré la hoja haciéndole más daño. Hizo un sonido bajo y gorjeante, pero se mantuvo de rodillas. Sus manos tocaron la sangre que se manaba del pecho y estómago. Observó la resplandeciente oscuridad como si nunca antes hubiese visto sangre. El flujo ya disminuía, a menos que la matara, la herida se cerraría pronto.

Me puse de pie sobre ella e inserté de nuevo el machete empujando con las dos manos. Puse todo que tenía en este movimiento. El trozo de hoja en su cuello bajó por su columna, dando contra el hueso.

Ivy miró hacia arriba, a mí, con la sangre derramándose por su cuello. Me balanceé hacia atrás para otro golpe mientras ella miraba como lo hacía, demasiado herida ahora como para correr. Tuve que forcejear para conseguir sacar la hoja de su columna y parpadeó hacia mí. Si no la remataba, hasta esto se curaría.

Bajé la hoja de nuevo y sentí que el último borde del hueso cedía. La hoja salió por el otro lado y la cabeza se deslizó de los hombros como un spray de sangre de una fuente negra. Esa sangre oscura se vertió sobre el círculo y lo cerró.

El poder lo llenó hasta que nos ahogamos en él. Larry cayó de rodillas. La luz de las cruces estaba descolorida como estrellas agonizantes. La vampira estaba muerta y las cruces no podían ayudarnos ahora.

—¿Qué pasa?

Pude sentir el poder como agua rodeándome, ahogándome. Lo respiraba, mi piel lo absorbía.

Grité sin voz y caí al suelo. Me golpeaban olas de poder y en el instante en que caí a tierra, sentí el poder debajo de mí, tirando hacia abajo y hacia afuera.

Estaba sentada sobre de huesos. Se movían frenéticamente, como algo que se mueve en un sueño. Avancé lentamente sobre mis rodillas, mis

manos cavando en la tierra. Toqué el hueso de un brazo largo y delgado, y se movió. Me puse de pie lentamente, demasiado lento por el apremiante aire, observando.

Los huesos se deslizaron por la tierra como si fueran agua, uniéndose. La tierra subió, bajó, y osciló bajo nuestros pies; como topos gigantescos que avanzaban despacio.

Ahora Larry también estaba de pie.

—¿Qué pasa?

—Algo anda mal —dije.

Nunca había visto a los muertos fundirse. Siempre subían enteros a la superficie de la tumba. Nunca parecían una reunión de un macabro rompecabezas. Un esqueleto se formó a mis pies y la carne comenzó a avanzar lentamente sobre él, fluyendo como arcilla, moldeándose sobre los huesos.

—¿Anita?

Giré hacia Larry. Señalaba un esqueleto en el borde más lejano del círculo. La mitad de los huesos estaban fuera del perímetro. La carne avanzaba lentamente sobre este lado y empujaba los huesos contra el círculo de sangre. La tierra dio un último tirón y la magia desapareció sobre ella. Oí que reventaba dentro de mi cabeza como una pérdida de presión. El aire se extendió, no tan denso como para asfixiarme. Fluyó sobre la ladera como una llama invisible, y cada vez q tocaba a esos cuerpos, los muertos se formaban.

—Detenlo, Anita. Detenlo.

—No puedo.

La magia del asesinato sobre la tierra había tomado las riendas. Todo lo que podía hacer era vigilar, tenía la sensación de que el poder manaba hacia afuera. Suficiente poder como para manejarlo para siempre. Suficiente poder como para levantar mil muertos.

Supe cuando *Huesos Sangrientos* salió de su prisión. Sentí la ola de poder cuando la prisión reventó.

Entonces el poder retornó hacia nosotros en ese trozo de tierra y nos hizo arrodillarnos. Los muertos luchaban bajo tierra como nadadores que se arrastraban hacia la orilla. Cuando había esperando casi veinte muertos con los ojos vacíos, el poder fluyó hacia fuera. Lo sentí buscar más muertos, algo más que levantar. Eso lo podía detener. El *fae* se había ido, rompiendo el contacto; tenía lo que quería.

Llamé al poder. Lo hice entrar en mí por el suelo, como si atrapara de un agujero a una serpiente por su cola. Lo arrojé sobre los zombis. Lo arrojé sobre ellos y dije:

—Vive.

La carne arrugada se rellenó. Los ojos muertos brillaron. La ropa andrajosa se reparo a sí misma. La suciedad desapareció de un vestido de guinga largo. Una mujer con pelo negro como la medianoche, piel oscura y con los ojos sobresaltados de Magnus me miró. Todos me miraron. Veinte muertos, todos con más de doscientos años, y podrían haber pasado por humanos.

—Dios Mío —susurró Larry.

Incluso yo estaba impresionada.

—Muy impresionante, Sra. Blake. —La voz de Stirling sonaba distorsionada, como si no debiera estar allí.

En realidad, tenía una noción diferente de lo que eran los zombis perfectos. El *fae* se había ido, pero cumpliría con mi trabajo para quedar bien con todos los implicados.

—¿Quién de ustedes es un Bouvier?

Hubo un murmullo de voces, la mayor parte de ellos hablaron en francés. Casi todos ellos eran Bouviers. Una mujer se presentó como Anias Bouvier. Parecía muy viva.

—Parece que tendrá que mover su hotel —dije.

—Ah, no lo creo —contestó Stirling.

Me giré y le miré.

Tenía una gran arma plateada. Una 45mm. niquelada. La sujetaba como si estuviera en una película, colocada ante él a la altura de la cintura. Una 45 es un arma grande; uno no dispara desde la cintura. Bueno, teóricamente. Con eso apuntándonos, no estaba impaciente por probar esa teoría.

Bayard apuntaba sin precisión con una 22mm. automática en nuestra dirección. Parecía que nunca antes había sostenido un arma. Tal vez se olvidó y dejó el seguro puesto.

La Sra. Harrison tenía una 38mm. niquelada apuntándola firmemente hacia mí. Estaba de pie, con las piernas separadas, equilibrada en sus altos y ridículos tacones. Sostenía el arma con ambas manos como si supiera lo que hacía.

Su rostro brillaba. Sus ojos maquillados estaban sobresaltados, pero era

una roca estable. Más firme que Bayard y con una mejor postura que Stirling. Esperaba que Stirling le pagara bien.

—¿Y ahora qué, Stirling? —pregunté.

Mi voz sonaba segura, con un poco de poder en ella. Todavía sostenía poder, suficiente para regresar a los zombis a tierra. Suficiente para hacer un montón de cosas.

Sonrió visiblemente al reflejo de la brillante luz.

—Usted ha liberado a la criatura, ahora la mataremos.

—¿Por qué diablos le preocupa que *Huesos Sangrientos* esté libre? —Veía las armas y todavía no sabía por qué.

—Eso vino a mis sueños, Sra. Blake. Me prometió toda la tierra Bouvier. Toda.

—El *fae* que liberó no le dará la tierra —contesté.

—Eso matará a los Bouvier. El acuerdo que nos consiguió esta ladera puede servirnos para incluir toda la tierra, una vez que no haya nadie para luchar por ella.

—Incluso con Magnus muerto, no conseguirá la tierra —respondí, pero mi voz no parecía tan segura.

—¿Se refiere a su hermana? —preguntó Stirling—. Morirá tan fácilmente como Magnus.

Mi estómago se oprimió.

—¿Los niños?

—Los niños son los preferidos de *Huesos Sangrientos* —indicó.

—Hijo de puta. —Fue Larry. Avanzó un paso y el arma de la Sra. Harrison se giró hacia él.

Le sujeté el brazo con mi mano libre. Todavía tenía el machete en la otra. Larry se paró, y el arma se quedó apuntándole. No estaba segura que fuese una mejoría.

La tensión fluía por el brazo de Larry. Le había visto enfadado, pero nunca así. El poder respondió a esta cólera. Todos los zombis giraron hacia nosotros con un susurro de telas. Sus ojos brillantes y tan vivos nos esperaban.

—Moveos delante de nosotros —susurré. Los zombis comenzaron a andar hacia allí. Los más cercanos se colocaron inmediatamente por delante de nosotros. Perdí de vista al trío armado. Esperaba que ellos también nos hubieran perdido de vista.

—Matadlos —dijo fuerte Stirling, casi fue un grito.

Comencé a agacharme, aún sosteniendo el brazo de Larry. Se resistió. El fuego estalló a nuestro alrededor y él besó la suciedad del suelo. Con un lado de su cara presionada contra la tierra, dijo:

—¿Qué hacemos ahora?

Las balas golpeaban a los zombis. Los cuerpos se sacudían y se movían nerviosamente. Algunas caras muy vivas miraban fijamente abajo, alarmados cuando los agujeros aparecieron en sus cuerpos. Pero no había ningún dolor. El pánico era reflejo.

Alguien gritaba, no éramos nosotros.

—Parad, parad. No podemos hacer esto. No podemos simplemente matarlos.

Era Bayard.

—Es tarde para un ataque de conciencia —dijo la Sra. Harrison. Podía ser la primera vez que le había oído hablar. Me pareció eficiente.

—Lionel, está conmigo o contra mí.

—Mierda —refunfuñé. Me deslicé avanzando, tratando de ver lo que pasaba. Aparté una falda que ondeaba justo a tiempo de ver a Stirling pegarle un tiro a Lionel en el estómago. El 45 escupió un sonido ensordecedor y casi quitó la mano de Stirling, pero se agarró. A menos de 2 metros y medio de distancia uno podía disparar a casi cualquier cosa con un 45.

Bayard cayó de rodillas alzando la vista hacia Stirling. Trataba de decir algo, pero no salió ningún sonido. Stirling cogió el arma de la mano de Bayard y la colocó en el bolsillo de su propia chaqueta. Volvió la espalda a Bayard y salió del terreno duro y seco. La Sra. Harrison vaciló, pero siguió a su jefe.

Bayard cayó hacia un lado, con un oscuro torrente manando de él. Las gafas reflejaron la luz de la luna, cegándole.

Stirling y la Sra. Harrison venían a por nosotros. Stirling empujaba a los muertos como si fuesen árboles y caminase por encima del agua. Los muertos no se movían. Estaban de pie, obstinados, formando una barrera de carne. Yo no les había dicho que se moviesen, así que no lo harían.

La Sra. Harrison había dejado de tratar de forzar su avance. La luz de la luna destelló en su arma brillante cuando usó el hombro de un zombi para encontrarnos.

—Mátala —susurré.

El zombi que usaba como poste de observación giró hacia ella. Ésta

hizo un sonido crispa y los muertos se le acercaron.

Larry me miró.

—¿Qué le dijiste?

La Sra. Harrison ahora gritaba. Chillidos altos, asustados. Disparó el arma una y otra vez. Sonó un *clic* vacío. Manos lentas e impacientes, bocas que se pegaban a su cuerpo.

—Páralos —dijo Larry agarrándome el brazo—. Páralos.

Podía sentir las manos que rasgaban los trozos de la carne de la Sra. Harrison. Los dientes se hundían en su hombro, rasgando su sensible cuello, supe cuando la sangre fluyó por aquella boca.

Larry intentó levantarse.

—¡Ah, Dios, páralo! —Estaba de rodillas tirando de mí, rogándome.

Stirling no había disparado. ¿Dónde estaba?

—Deteneos —susurré.

Los muertos se congelaron como autómatas, parados en mitad de la acción. La Sra. Harrison se deslizó a tierra como un bulto gimiente.

Stirling apareció a nuestro lado, con el arma grande apuntándonos firmemente, sujetada con ambas manos como se supone que se debe de hacer. Se había situado detrás de nosotros mientras los zombis trabajaban en la Sra. Harrison.

Estaba de pie casi encima de nosotros. Se requería una buena cantidad de aplomo para acercarse a los zombis.

Los dedos de Larry se hundieron en mi brazo.

—No lo hagas, Anita. Por favor no lo hagas. —Incluso mirando fijamente el cañón de un arma, Larry mantenía sus principios. Admirable.

—Si dice una palabra, Sra. Blake, la mataré.

Sólo levanté la mirada hacia él. Estaba muy cerca, podría haber extendido la mano y haberle tocado la pierna. El 45 apuntaba firmemente a mi cabeza. Si apretaba el gatillo, moriría.

—Arrinconada por no haber hecho que los zombis nos atacaran a ambos.

Estuve de acuerdo con él, pero todo lo que podía hacer era mirarle. Todavía tenía el machete en una mano. Intenté no llamar la atención sobre ello. Debí hacer algún movimiento que me traicionó, porque dijo:

—Aleje su mano del cuchillo, Sra. Blake, despacio.

No lo hice. Le miré a él, y a su arma.

—Ahora, Sra. Blake, o… —Amartilló el arma. Algo innecesario, pero

siempre dramático.

Solté el machete.

—La mano lejos de eso, Sra. Blake.

Alejé la mano. No me alejé de él y el arma. Quería hacerlo pero aún no. Unos metros no harían menos mortal el arma, pero podría haber una gran diferencia si saltara sobre él. No era mi primera opción, pero si nos quedáramos sin otras… No moriría sin luchar.

—¿Puede poner a descansar a estos zombis, Sr. Kirkland?

Larry vaciló.

—No lo sé.

Buen chico. Si hubiera dicho no, Stirling podría haberle matado. Si hubiera dicho sí, me habría matado.

Larry me soltó el brazo y se alejó un poco de mí. Los ojos de Stirling le miraron, pero luego regresaron a mí, el cañón del arma nunca se movió. Maldito.

Larry estaba de rodillas, aún alejándose, obligando a Stirling a vigilarnos. El 45 se movió unos centímetros del centro de mi frente hacia Larry. Respiré conteniendo el aliento. Aún no, aún no… Si intentara algo demasiado pronto, estaría muerta.

Larry se lanzó por algo a la tierra. El 45 se giró hacia él.

Inmediatamente hice dos cosas. Pasé mi mano izquierda por detrás de la pierna de Stirling y tiré, agarrándole la ingle con mi derecha y empujando con toda mi fuerza. No lo estaba haciendo bien si quería causar mucho dolor, pero sólo intentaba hacerle caer. Cayó de espaldas con el arma balanceándose hacia mí.

Esperaba que hubiera dejado caer el arma, o que fuese más lento. No lo hizo, y no lo era. Así que sólo tenía una fracción de segundo para decidir si ir por las partes privadas de su cuerpo y causar tanto dolor como pudiera, o ir a por el arma. Fui a por el arma, no intentando cogerla, sólo apartando con mis manos sus brazos. Si pudiese controlarle los brazos, podría controlar el arma.

El arma se disparó. No miré hacia donde. No tenía tiempo. O Larry fue disparado, o no. Si no lo fue, tenía que conseguir el arma. Los brazos de Stirling estaban en tierra, mis manos sujetándolos ahí, pero no tenía suficiente fuerza para mantenerlos. Él levantó los brazos de la tierra, y no podía detenerle. Empujé los pies en el suelo y agarré esos brazos sobre su cabeza, pero esto se había convertido en una lucha y él pesaba 27 kilos más

que yo.

—Suelte su arma. —La voz de Larry se oyó detrás de mí. No podía mirar. No podía quitar la atención del arma. Ninguno de los dos hizo caso de él.

—Le dispararé —dijo Larry.

Esto llamó la atención de Stirling. Sus ojos parpadearon sobre Larry, su cuerpo vaciló sólo durante un momento. Mantuve el presión en sus muñecas y me coloqué encima de su cuerpo. Hundí la rodilla en la ingle tratando de mantenerle en tierra. Soltó un grito estrangulado. Sus manos temblaban.

Subí las mías y toqué el arma. Su agarre se afianzó. No la soltaba.

Puse sus brazos a un lado y los reforcé contra mi cadera. Tiré del brazo contra mi cuerpo, un simple movimiento rápido, y lo rompí hasta el codo. La mano se entumeció y el arma cayó en mi mano.

Me alejé lentamente con ésta en una mano.

Larry estaba de pie sobre nosotros con su arma apuntando a Stirling. Stirling no parecía preocupado. Se mecía de un lado a otro sobre la tierra, intentando acunar ambas lesiones al mismo tiempo.

—Yo tenía el arma. Pudiste simplemente alejarte de él —dijo Larry.

Negué con la cabeza. Confiaba en él para pegarle un tiro a Stirling, pero no confiaba en que Stirling no le pegara un tiro a Larry.

—Tenía las manos en el arma. Parecía una vergüenza dejarle sin más —respondí.

Larry señaló el arma del suelo, pero mantuvo ambas manos en la suya.

—Es la tuya, ¿la quieres?

Negué con la cabeza.

—Guárdala hasta que nos subamos al coche.

Alcé la vista hacia los zombis. Me miraban con ojos tranquilos. Había sangre en la boca de una mujer morena. Habían sido sus dientes los que rasgaron el cuello de la Sra. Harrison.

Ésta todavía seguía sobre la tierra. Al menos inconsciente.

El poder comenzaba a desvanecerse. Si iba devolverles a la tierra, tenía que ser ahora.

—Volved a la tierra. Regresad a vuestras tumbas. Regresad, todos regresad.

Los muertos caminaron de un lado a otro sobre la superficie como niños en el juego de las sillas musicales.

Después, uno tras otro cayeron sobre la tierra y ésta se los tragó como agua, se movió y se ajustó en ondas hasta que todos estuvieron en el interior de ella y fuera de la vista.

No había huesos sobresaliendo en el exterior. Todo era suave y liso, como si toda la cumbre de la montaña hubiese sido desenterrada y alisada.

El poder desapareció, regresando a la tierra o adonde fuera. Teníamos que llegar al Jeep y hacer unas llamadas telefónicas. Había soltado a una furia *fae*. Al menos, teníamos que conducir a la policía al local de Bouviers.

Larry se arrodilló al lado de la Sra. Harrison. Le tocó el cuello.

—Está viva —su mano se alejó manchada de sangre.

Miré a Stirling. Había dejado de rodar y estaba acurrucado de lado, sosteniendo el brazo en un extraño ángulo. La mirada que me dirigió era parte dolor y parte odio. Si alguna vez tuviese una segunda oportunidad, estaba muerta.

—Pégale un tiro si se mueve —dije.

Larry se levantó y apuntó el arma diligentemente hacia Stirling.

Fui a comprobar a Bayard. Estaba de lado, medio encogido, con la herida en su vientre. Un amplio sector negro mostraba donde la sangre había empapado la sedienta tierra. Sabía que estaba muerto en cuando le vi, pero me arrodillé en el lado opuesto para poder vigilar a Stirling. No era que no confiara en Larry, simplemente, no confiaba en Stirling.

No había pulso en su cuello. La piel ya se enfriaba por la suave brisa de primavera. No había sido una muerte inmediata. Lionel Bayard había muerto mientras luchábamos. Había muerto a solas y sabía que iba a morir, que había sido traicionado. Era una mala forma de morir.

Me levanté y miré a Stirling. Quería matarlo por Bayard, por Magnus, por Dorrie Bouvier, por los niños. Por ser un despiadado hijo de puta.

Stirling había presenciado el uso de zombis como arma, y el usar magia como arma mortal era condenable a muerte. La defensa propia no era un argumento aceptable.

Miré fijamente a Stirling y a la inconsciente Sra. Harrison, y comprendí que podría haber cruzado la línea y poner una bala en ambos, e irme a dormir tranquilamente.

¡Jesús!

Larry me echó un vistazo, con el arma todavía firme, pero había quitado los ojos de Stirling durante un segundo. No algo fatídico esta noche, pero

tendría que pulirle en eso.

—¿Bayard está muerto?

—Sí. —Volví hasta ellos preguntándome que iba a hacer. No creía que Larry me dejase pegarles un tiro a sangre fría. Una parte de mí se alegró, la otra no.

El viento me sopló en la cara. Sonó un crujido a través de él, producido por los árboles o por tejido. No había árboles en esta montaña. Giré con la 45 sosteniéndola con las dos manos, y Janos estaba allí, al pie de la montaña. Creo que dejé de respirar contemplando esa esquelética cara. Estaba vestido todo de negro, hasta las manos estaban escondidas dentro de unos guantes negros. Durante un instante me pareció un cráneo flotante.

—Tenemos al chico —comentó.



TREINTA Y CINCO

Las cruces estaban todavía a la vista. Brillaban con un suave resplandor. Aún sin ser muy resplandeciente. No estábamos en peligro de muerte, pero mi cruz se sentía caliente incluso a través de la camisa.

Janos colocó una mano ante sus ojos, igual que la colocaría para protegerme del sol.

—Por favor aparte eso, luego podremos hablar.

No había pedido que nos las quitáramos. Podía vivir con la petición de meter la cruz bajo mi camisa. Podía volver a sacarla más tarde. Metí la cadena por debajo de la blusa manteniendo la 45 lista. Luego caí en que no sabía si el arma tenía balas de plata. Ahora, no era el momento de preguntar. De todas formas, Stirling probablemente mentiría.

Larry apartó de la vista su propia cruz. La noche clara potenciaba su intensidad.

—De acuerdo, ¿ahora qué? —pregunté.

Kissa subió detrás de él, con Jeff Quinlan por delante de ella como un escudo. Las gafas no estaban y parecía aún más joven sin ellas. Ella mantenía el brazo del chico detrás de la espalda en un ángulo que podría ser doloroso con un pequeño tirón.

Él llevaba puesto un esmoquin color crema con un cinturón un par de tonos más oscuro, haciendo juego con la corbata. Kissa vestía de cuero negro. Jeff se destacaba contra ella en un maravilloso contraste.

Tragué y mi pulso amenazó con ahogarme. ¿Qué ocurría?

—¿Estás bien, Jeff?

—Supongo.

Kissa le dio un pequeño tirón.

Se estremeció.

—Estoy bien. —Su voz era un poco más alta de lo que debería haber sido. Un poco asustada.

Alargué la mano.

—Ven aquí.

—Todavía no —dijo Janos.

Lo había intentado.

—¿Qué quiere?

—Primero deje sus armas.

—¿Y si no lo hacemos? —Sabía que conocía la respuesta, pero quería que él lo dijera.

—Kissa matará al muchacho, y usted habrá hecho todo esto para nada.

—Ayúdeme a mí —dijo Stirling—. Está loca. Atacó a la Sra. Harrison con zombis. Casi nos mata cuando tratamos de defendernos.

Era probablemente lo que le diría al tribunal. Y un jurado le creería. Querrían creerle. Yo sería la gran y malvada reina de los zombis y él sería la víctima inocente.

Janos se rió, la piel fina y delgada como el papel amenazó con romperse, pero sin hacerlo nunca por completo.

—Ah, no, Sr. Stirling, le observé desde la oscuridad. Le vi asesinar al otro hombre.

El miedo le recorrió la cara.

—No sé lo que quiere decir. Le contratamos de buena fe. Y él se volvió en nuestra contra.

—Mi ama abrió su mente para *Huesos Sangrientos*. Le liberó para susurrarle en sueños sobre la tierra, el dinero y el poder. Todo lo que usted

desea.

—Serephina envió a Ivy para matarme, o mejor dicho, para que yo la matara. Así se aseguraba de tener a *Huesos Sangrientos* gratis —expuse.

—Sí —contestó—, Serephina le dijo que tenía que redimirse de la deshonra de perder contra usted.

—Matándome.

—Sí.

—¿Y si hubiera tenido éxito?

—Mi ama tenía fe en usted, Anita. Es la muerte caminando entre nosotros. Un aliento mortal.

—¿Por qué lo quiere libre? —Me parecía que esta noche preguntaba mucho eso.

—Desea probar la sangre inmortal.

—Un trabajo demasiado complicado sólo por estimulación extra en su comida.

Otra media sonrisa.

—Eres lo que comes, Anita. Piense en eso.

Lo hice y mis ojos se agrandaron.

—¿Cree que bebiendo sangre inmortal será realmente inmortal?

—Muy bien, Anita.

—No funcionará —dije.

—Veremos —contestó.

—¿Qué saca usted? —pregunté.

Movió la esquelética cabeza a un lado, como un pájaro muerto.

—Ella es mi ama y comparte su generosidad.

—¿También quiere la inmortalidad?

—Quiero el poder —arguyó.

Genial.

—¿Y no le molesta que *eso* mate a niños? ¿Que ya haya matado a algunos?

—Nosotros nos alimentamos, *Huesos Sangrientos* se alimenta, ¿cuál es el problema?

—¿Y *Huesos Sangrientos* va a dejarle alimentarse de él?

—Serephina ha encontrado el hechizo que el antepasado de Magnus usó. Ella controla al *fairie*.

—¿Cómo?

Sacudió la cabeza y sonrió.

—No más retrasos, Anita. Deje caer el arma o Kissa le probará ante sus ojos.

Kissa pasó una mano por el pelo corto de Jeff, como una caricia. Pero le empujó la cabeza a un lado, exponiendo una amplia zona del cuello.

—¡No!

Jeff intentó apartarse y Kissa tiró del brazo con la fuerza suficiente para arrancarle un grito.

—Te romperé el brazo, chico —gruñó.

El dolor le mantuvo inmóvil, pero los ojos estaban enormes y aterrorizados. Me miró. No suplicaba ayuda, pero sus ojos lo hacían por él.

Los labios de Kissa retrocedieron con un ostentoso gruñido, enseñando colmillos.

—No lo haga —dije, y lo odié. Lancé la 45 al suelo. Larry también lanzó mi arma. Desarmada dos veces en la misma noche. Era un record hasta para mí.



TREINTA Y SEIS

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Serephina nos espera en la fiesta. Envió ropa adecuada para usted. Puede cambiarse en la limusina —dijo Janos.

—¿Qué fiesta? —pregunté.

—A la que hemos venido a invitarla. Ella, en persona, le entregará la invitación a Jean-Claude.

Eso no sonó nada bien.

—Creo que pasaremos de la fiesta.

—No lo creo —dijo Janos.

De entre los árboles salió otro vampiro. Era la morena que había atormentado a Jason. Caminó con paso majestuoso, con un vestido largo y negro que la cubría del cuello a los tobillos. Deslizó los brazos alrededor de Janos, acariciándole con la nariz el cuello y dándonos una visión de su pálida espalda. Sólo un fino grupo de correas negras la cubría. Parecía que

el vestido se le fuera a caer al mínimo movimiento, pero de alguna forma se mantenía en su lugar. Magia de modelo. El pelo oscuro estaba trenzado y peinado a un lado de la cara. Se veía bien para alguien a quien había visto desgarrado en podridos trozos de carne.

No pude esconder la sorpresa de mi cara.

—Pensé que estaba muerta —dijo Larry.

—Yo también.

—Nunca habría arriesgado a Pallas si de verdad pensara que su hombre lobo podía matarla —dijo Janos.

Una segunda figura salió del oscuro bosque. El pelo, blanco desde hacía mucho tiempo, enmarcaba una cara delgada con huesos finos. Los ojos brillaban ensangrentados. Había visto vampiros con ojos enardecidos antes, pero siempre brillaban con el color de los iris. Nadie que hubiera sido alguna vez humano tenía el iris rojo. Llevaba puesto un chaqué negro, la capa negra le llegaba casi hasta los tobillos.

—Xavier —dije suavemente.

Larry me miró.

—¿Este es el vampiro que ha estado matando a todos?

Asentí con la cabeza.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Así es como encontró a Jeff con tanta rapidez. Trabaja con Xavier —comenté—. ¿Serephina lo sabe?

Janos sonrió.

—Ella es el maestro de todos, Anita. Hasta de él. —Lo dijo como si le impresionara.

—No conseguirá aprovecharse de su *fairie* durante mucho tiempo si los policías siguen el rastro de Xavier hasta usted.

—Xavier seguía órdenes. Estaba en una especie de entrenamiento. —A Janos pareció gustarle decir esto último como si fuera una broma.

—¿Por qué quería a Ellie Quinlan?

—A Xavier le gusta tener algún chico joven de vez en cuando. Es su debilidad. Convirtió al amante de la muchacha, y éste la quiso con él para siempre. Esta noche ella se levantará y se alimentará con nosotros.

No si puedo evitarlo.

—¿Qué quiere, Janos?

—Me enviaron para hacer su vida más fácil —contestó.

—Sí, seguro.

Pallas se apartó de Janos y se deslizó hacia Stirling.

Stirling la miró, acunándose el brazo roto. Eso tenía que doler como el infierno, pero no había dolor en su cara; había miedo. Miró a la vampira, toda su arrogancia se había esfumado. Parecía un niño que había descubierto que el monstruo bajo la cama estaba allí de verdad.

Un tercer vampiro se movió entre los árboles. Era la mitad rubia del par. Parecía estar bien, como si nunca se hubiera podrido delante de nuestros ojos. Nunca conocí a ningún vampiro que pudiera parecer tan muerto y no estarlo.

—Recuerda a Bettina —comentó.

Bettina llevaba puesto un vestido negro que dejaba sus pálidos hombros desnudos. Un trozo de tela negra pasaba por un hombro y bajaba por la parte delantera del vestido. Un cinturón de oro lo mantenía en su lugar ciñendo la cintura. La rubia trenza formaba una corona encima de su cabeza.

Caminó hacia nosotros, su cara era perfecta. La piel seca y purulenta había sido una pesadilla. Ojala. Fuego, había dicho Jean-Claude, el fuego era lo único seguro. Pensé que se refería sólo a Janos.

Éste se acercó y apartó a Jeff de Kissa. Agarró los hombros del joven con ambas manos enguantadas. Los dedos eran más largos de lo que deberían haber sido, como si tuvieran un nudillo adicional. Contra el blanco de la chaqueta de Jeff podías decir que el índice era tan largo como el dedo medio. Otro mito que era verdad, al menos para Janos. Aquellos dedos largos y extraños se clavaron en Jeff, sólo un poco.

Los ojos de Jeff estaban tan grandes, que parecía doloroso.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Kissa estaba vestida con el mismo conjunto de vinilo negro que había tenido en el cuarto de tortura, aunque no pudiera ser exactamente el mismo porque el primero tenía un agujero de bala de Larry. Se mantuvo al lado de él, sus manos formaban puños. Estaba de pie de la forma que sólo los muertos pueden estarlo, pero había tensión en ella; cautela. No parecía feliz. La piel oscura estaba extrañamente pálida. Esta noche aún no se había alimentado. Siempre podía saberlo… con la mayoría de los vampiros. Siempre hay excepciones.

Xavier se movió como una sombra, a esa velocidad imposible de ver, por delante de Stirling para quedar de pie al lado de la todavía inconsciente Sra. Harrison.

Larry sacudió la cabeza.

—¿Apareció simplemente allí o le vi moverse?

—Se movió —contesté.

Esperaba que Janos enviara a Kissa a unirse a los demás, pero no lo hizo. Una figura avanzaba lentamente sobre el borde de la colina, poniéndose a la vista, pero como si le doliera moverse. Unas pálidas manos cavaban en la tierra desnuda, los pálidos brazos desnudos en la noche primaveral. La cabeza se inclinó hacia la tierra, el corto y oscuro pelo escondió su cara. Con un movimiento ascendente, la cara se alzó hacia la luz de la luna. Los labios finos retrocedieron hasta los colmillos. La cara estaba asolada por el hambre. Sabía que los ojos eran marrones sólo porque los había visto mirar fijamente y sin vida al techo del dormitorio de Ellie Quinlan. No había ninguna vida en esos ojos, pero en las profundidades había un parpadeo de algo ardiente. No era cordura; hambre, tal vez. La furia de un animal, nada humano. Tal vez, después de que le dejaran alimentarse por primera vez tendría tiempo para las emociones; ahora todo se había reducido a una necesidad elemental.

—¿Eso es quién pienso que es? —preguntó Larry.

—Sí —contesté.

Jeff trató de acercarse.

—¡Ellie!

Janos le sacudió, apretándolo contra su pecho con un brazo alrededor de sus hombros, como un abrazo. Jeff luchó contra aquel abrazo intentado correr hacia su hermana muerta. Estaba de acuerdo con Janos en esto. Recién alzados tienen tendencia a comer primero y preguntar después. Lo que había sido una vez Ellie Quinlan arrancaría de buena gana la garganta de su hermanito. Se habría bañado en su sangre y minutos, o días, o semanas más tarde, comprendería lo que había hecho. Hasta podría lamentarlo.

—Ven, Ángela, ven con Xavier —dijo Janos.

—Un nombre nuevo no cambiará quién era —contesté.

Janos me miró.

—Ella lleva dos años muerta, y su nombre es Ángela.

—Su nombre es Ellie —dijo Jeff. Había dejado de luchar, pero miró a su hermana muerta con un nuevo horror, como si realmente la viera por primera vez.

—La gente la reconocerá, Janos.

—Tendremos cuidado, Anita. Nuestro nuevo ángel no verá a nadie que no deseemos.

—Bien, ¿no es encantador? —comenté.

—Lo será —dijo—, una vez que haya bebido hasta llenarse.

—Estoy impresionada de que la hayas arrastrado hasta tan lejos sin alimentarla primero.

—Lo hice. —La voz de Xavier era sorprendentemente agradable. Perturbaba oír esa voz proviniendo de esa cara pálida y fantasmal.

Le observé cuidadosamente, evitando encontrarme con su mirada fija.

—Impresionante —dije.

—Andy la convirtió y yo a Andy. Soy su maestro.

Ya que Andy no había aparecido, apostaba a que le había matado en el bosque con el Sheriff St. John. Probablemente no era un buen momento para mencionarlo.

—¿Y quién es su maestro?

—Serephina, por el momento —contestó Xavier.

Eché un vistazo a Janos.

—Aún no han resuelto cuál de ustedes es el perro alfa, ¿verdad? —Sonreí.

—Malgasta nuestro tiempo, Anita. Nuestro maestro la espera con impaciencia. Déjenos terminar. Llama a nuestro ángel.

Xavier levantó una pálida mano. Ellie hizo un ruido suave con la garganta y trepó a gatas sobre la superficie, con su vestido negro y largo enredado en las piernas. Tiró de él con impaciencia. La tela se rasgó como papel en sus manos, con la destrozada falda enroscada alrededor de sus piernas desnudas. Agarró la mano de Xavier como si fuera una cuerda de salvamento. Se inclinó hacia su muñeca, y sólo la mano en su pelo le impidió tratar de alimentarse de él.

—No hay sustento para ti en los muertos, Ángela —dijo Janos—. Aliméntate de la vida.

Pallas y Bettina se arrodillaron a ambos lados de Stirling. Xavier se agachó elegantemente al lado de la Sra. Harrison, la capa negra se extendió a su alrededor como un fondo de sangre. No soltó el pelo de Ellie mientras se movió, que gruñó mientras la forzaba a tocar la suciedad con la cara. Las manos clavadas en sus manos creaban maullidos que avanzaban lentamente por su garganta. Nada que un humano pudiera hacer sonaba así.

—Sra. Blake —dijo Stirling—, usted es la ley. Tiene que protegerme.

—Pensé que quería verme en los tribunales, Raymond. Algo acerca mí, atacándoles con zombis a usted y a la Sra. Harrison.

—No quise decirlo. —Primero echó un vistazo a los vampiros que se estaban arrodillando, después a mí—. No lo contaré. No se lo diré a nadie. Por favor.

Sólo le miré.

—¿Pidiendo misericordia, Raymond?

—Sí, sí, se la pido.

—¿Cómo la que le mostró a Bayard?

—Por favor.

Bettina acarició la mejilla de Stirling. Él se sacudió como si le hubiera quemado.

—¡Por favor!

Mierda.

—No podemos sólo mirar —dijo Larry.

—¿Tienes alguna otra sugerencia?

—Nunca dejas a nadie en manos de los monstruos, por ninguna razón. Es una regla —contestó.

Era mi regla. Había creído en ella una vez, cuando había estado segura de quiénes eran los monstruos. Larry tiraba de la cadena escondida en su camisa.

—No lo hagas, Larry. No merece la pena morir por Raymond Stirling.

Su cruz quedó libre. Brilló como los ojos de Serephina. Me miró.

Suspiré, y saqué mi propia cruz.

—Es una mala idea.

—Lo sé —contestó—. Pero no puedo simplemente mirar.

Observé su cara seria y supe que era verdad. No podía sólo mirar. Yo podría hacerlo. No lo disfrutaría, pero podría haberlo dejado pasar. Más compasión.

—¿Qué hacen con sus pequeñas cruces? —preguntó Janos.

—Deteniendo esto —dije.

—Usted los quiere muertos, Anita.

—No así —contesté.

—¿Me haría obligarle a sacar el arma y desperdiciar toda esta sangre?

Me estaba ofreciendo pegarles un tiro. Sacudí la cabeza.

—No creo que eso sea ya una opción.

—Nunca fue una opción —dijo Larry.

Lo dejé pasar; no había necesidad de desilusionarle. Caminé hacia Pallas y Bettina. Larry hacia Ellie y Xavier. Sostenía la cruz por el extremo de la cadena, como si eso la hiciera funcionar mejor. No está mal hacer un pequeño gesto dramático, pero tendría que ponerle al tanto de que eso realmente no ayudaba. Pero más tarde.

El brillo de la cruz creció hasta que pareció que llevaba puesta una bombilla de 100 vatios alrededor del cuello. Vi el mundo como un círculo negro fuera del resplandor.

Xavier estaba de pie enfrentando a Larry, pero los demás habían retrocedido lentamente alejándose de su presa, golpeados por la luz.

—Gracias, Sra. Blake —dijo Stirling—. Gracias.

Me agarró la pierna con la mano buena, adulándome. Luché contra el impulso de apartarle.

—De las gracias a Larry, yo le habría dejado morir.

No pareció oírme. Gritaba de alivio, babeando encima de mis Nikes.

—Apártese de ellos, por favor. —La voz era femenina y espesa como la miel.

Parpadeé por el brillo de la cruz y vi a Kissa sosteniendo un arma. Un revólver que parecía a una mágnum, difícil de decir por el resplandor de las cruces. Independientemente de lo que fuera, podía dejar un gran agujero.

—Aléjese de ellos, ahora.

—Pensé que Serephina no me quería muerta.

—Kissa le pegará un tiro a su joven amigo.

Me detuve en mitad de un aliento y lo solté lentamente.

—Si le mata, no cooperaré con lo que estén tramando para esta noche.

—Nos ha entendido mal, Anita —dijo Janos—. Mi maestro no requiere de su cooperación. Todo lo que quiere de usted puede ser tomado por la fuerza.

Le miré sobre la brillante luz. Acurrucó a Jeff contra él, más estrechamente.

—Quítense sus cruces y láncelas a los árboles —dijo Janos. Deslizó una mano enguantada por ambos lados de la cara de Jeff, plantándole un beso en la mejilla—. Ahora que sabemos que arriesgaría su seguridad por estos jóvenes, tenemos un rehén más que es absolutamente necesario. —Colocó las manos a ambos lados del cuello de Jeff sin apretar, sin lastimar aún—. Quítese la cruz y láncela hacia el bosque. No lo diré una tercera vez.

Le miré. No quería soltar mi cruz. Eché un vistazo a Larry. Todavía se

encontraba cara a cara con Xavier, la cruz brillando, con valentía. Mierda.

—Kissa, dispara al hombre.

—No —dije. Me quité la cadena—. No le dispare.

—No lo hagas, Anita —dijo Larry.

—No puedo ver cómo te disparan, no si puedo impedirlo.

Dejé que la cadena entrara en mi mano, la cruz brilló con una llama azul blanquecina, como magnesio ardiente. Tirarla era una mala idea. Una muy mala idea. La lancé al bosque. La cruz brilló intensamente como una estrella fugaz y despareció de nuestra vista en la oscuridad.

—Ahora su cruz, Larry —dijo Janos.

Larry sacudió la cabeza.

—Tendrá que dispararme.

—Dispararemos al chico —dijo Janos—. O quizás me alimente de él mientras mira. —Agarró a Jeff contra su brazo mientras que con la otra mano le agarraba del pelo, manteniéndolo inmóvil, con el cuello expuesto.

Larry me miró.

—¿Qué hago, Anita?

—Tienes que decidirlo tú —contesté.

—Le matarán, ¿verdad?

—Sí, lo hará.

Susurró una blasfemia y dejo caer la cruz contra el pecho. Se deshizo de la cadena y la tiró al bosque con mucha fuerza, como si pudiera deshacerse de la cólera con ella.

Cuando la luz de la cruz se desvaneció, permanecimos en la oscuridad. La luz de la luna, que antes había parecido tan brillante, era un débil sustituto.

Mi visión nocturna volvió por etapas. Kissa se acercó apuntándonos todavía con el arma. La primera vez que la había visto exudaba sexualidad, poder. Ahora era dócil y tranquila, como si parte de su poder hubiera sido drenado. Estaba pálida y demacrada. Tenía que alimentarse.

—¿Por qué no la han dejado alimentarse esta noche? —pregunté.

—Nuestra ama no está al cien por cien segura de la lealtad de Kissa. Necesita pruebas, ¿verdad, mi oscura belleza?

Kissa no contestó. Me observó con unos ojos grandes y oscuros, pero el arma nunca vaciló.

—Comida, niños, comida.

Pallas y Bettina alcanzaron a Stirling. Me observaban por encima él.

Miré hacia atrás.

Stirling me agarró la pierna.

—No puede dejarles tenerme. Por favor, por favor.

Pallas se arrodilló junto a él. Bettina se puso por el lado donde él me agarraba. Separó la mano con la que Stirling me sujetaba la pierna. La vampira rozó la parte trasera de mis piernas. Di un paso atrás y Stirling comenzó a gritar.

Xavier y Ellie habían comenzado ya a alimentarse de la felizmente inconsciente Sra. Harrison. Larry me miró con sus manos vacías, inmóviles e indefensas.

Yo no sabía que decir.

—¡No me toque, no me toque! —Stirling palmeaba a Pallas con la mano buena, pero la vampira le agarró, sujetándolo fácilmente.

—Al menos hipnotícenle —dije.

Pallas alzó la vista hacia mí.

—¿Después de que tratara de matarla? ¿Por qué muestra misericordia?

—Quizás no quiera oírle gritar.

Pallas sonrió. Los ojos despidiendo un oscuro fuego.

—Por usted, Anita, cualquier cosa.

Agarró la barbilla de Stirling, obligándolo a encontrar su mirada.

—Sra. Blake, ayúdeme. Por favor… —Las palabras murieron en su boca. Observé como toda luz desaparecía de sus ojos hasta que quedaron vacíos y a la espera.

—Acérquese, Raymond —dijo Pallas—. Acérquese.

Stirling se sentó, el brazo bueno abrazando a la vampira. Trató de usar el brazo roto, pero no podía doblarlo por el codo. Bettina lo movió de acá para allá, riéndose. Stirling nunca reaccionó al dolor. Estaba acurrucado contra Pallas. La mirada en su cara era de felicidad, alegría. Ansia.

Pallas le hundió los colmillos en el cuello. Stirling tembló durante un segundo, luego se relajó y comenzó a hacer suaves ruidos con la garganta.

Pallas movió la cabeza de Stirling a un lado, chupando de la herida, pero con suficiente espacio al otro lado para alguien más. Bettina hundió los colmillos en la carne expuesta.

Las dos vampiras se alimentaron, las cabezas tan cerca que sus cabellos se mezclaban; oro y negro. Y Raymond Stirling hizo murmullos felices mientras le mataban.

Larry se alejó hasta el extremo del claro, abrazándose a sí mismo con

los brazos a través del pecho.

Yo me quedé donde estaba. Miré. Había querido muerto a Stirling. Sería cobarde apartar la mirada. Además, debía mirar. Tenía que recordar quiénes eran los monstruos. Tal vez, si me forzaba a mí misma a no apartar la mirada, a no parpadear, no lo olvidaría otra vez.

Contemplé la cara feliz y ansiosa de Stirling, hasta que los brazos cayeron de la espalda de Pallas y los ojos se cerraron. Se desmayó por la pérdida de sangre y el shock, y los vampiros le abrazaron un poco más; alimentándose.

Los ojos se abrieron repentinamente y un sonido burbujeante salió lentamente de su garganta. El miedo se agitó en sus ojos. Pallas levantó una mano y le acarició el pelo, el gesto que usarías con un niño asustado. El miedo desapareció y vi como la última luz de sus ojos moría con él. Observé a Raymond Stirling morir y sabía que recordaría esa última mirada de terror en mis sueños durante las semanas que estaban por llegar.



TREINTA Y SIETE

Hubo un movimiento en el aire que levantó una fina nube de polvo. Jean-Claude apareció como si hubiese surgido del propio aire. Nunca había estado tan feliz de verle. No corrí a sus brazos, pero me moví para situarme cerca de él. Larry me siguió. Jean-Claude no siempre era un refugio seguro, pero en ese instante me pareció malditamente bueno.

Estaba vestido con una de sus camisas blancas. Ésta tenía tanto adorno en el frente que parecía mullida. Una chaqueta corta y blanca le llegaba justo hasta la cintura. Más flecos en las mangas de la chaqueta. Usaba unos apretados pantalones blancos con un cinturón negro. El cinturón hacía juego con sus aterciopeladas botas negras.

—No te esperaba por aquí, Jean-Claude —dijo Janos.

No podía decirlo con seguridad, pero parecía sorprendido. Genial.

—Serephina me entregó su invitación en persona, Janos, pero no era suficiente.

—Me sorprendes, Jean-Claude —dijo él.

—También sorprendí a Serephina. —Parecía terriblemente tranquilo.

Si tenía miedo, por estar superado en número en la cima de aquella colina, no lo mostró. Habría deseado saber cómo había sorprendido a Serephina.

Jason caminó hasta el otro lado de la colina, desde la dirección del Jeep. Llevaba puesto un pantalón de cuero negro que parecía haber sido derramado sobre él, botas negras y cortas, y sin camisa. Llevaba alrededor de su cuello lo que me parecía un collar canino de plata con tachuelas y un guante negro en una mano, pero aparte de eso, estaba desnudo de cintura para arriba. Esperaba que Jason hubiera elegido su propio vestuario para esta noche.

La parte derecha de su cara estaba magullada desde la barbilla hasta la frente, como si algo grande le hubiera golpeado.

—Veo que su mascota se ha unido a la lucha —dijo Janos.

—Es mío en todos los aspectos, Janos. Todos son míos.

Por esa vez lo dejé pasar. Si tenía que elegir entre pertenecer a Jean-Claude o a Serephina, sabía para quien sería mi voto.

Larry se acercó tanto a mí que podía haber agarrado su mano. Tal vez no le gustó ser incluido en la colección de mascotas de Jean-Claude.

—Has perdido aquel aire de humildad que encontraba tan atractivo, Jean-Claude. ¿Has rechazado totalmente la invitación de Serephina?

—Iré a la fiesta de Serephina, pero sólo con mi gente a mí alrededor.

Le recorrí con la mirada. ¿Estaba loco?

Él frunció el ceño.

—Serephina te quería en la fiesta encadenado.

—Podremos vivir con ese cambio, Janos.

—¿Dices que nos desafiarías a todos aquí y ahora? —Había un borde de risa en su voz.

—No moriré solo, Janos. Al final podrás tenerme, pero te costará mucho.

—Si realmente vienes libremente, entonces vamos —dijo Janos—. Nuestro amo nos llama. Déjanos contestar su llamada. —Janos, Bettina, y Pallas fueron de repente aerotransportados.

No era volar o levitar. No tenía palabras para eso. Larry susurró:

—Dios bendito. —La primera vez que veía a un vampiro volar, era una noche memorable.

Los demás se dispersaron entre los árboles con aquel movimiento borroso que los hacía desaparecer casi tan rápido como si volaran. Ellie Quinlan había desaparecido con el resto de ellos. Su hermano había sido llevado por Janos. Hasta aquel momento no sabía que un vampiro pudiera llevar más peso que el de su propio cuerpo *volando*. Cada noche aprendías algo nuevo.

Recogimos nuestras armas y bajamos la ladera. Nuestras cruces estaban perdidas de verdad. Incluso Jean-Claude caminó, y sabía que tenía otros métodos de transporte. ¿Consideraba descortés volar cuándo los demás no podían?

El Jeep todavía estaba donde lo había aparcado. La noche aún estaba cerrada. Quedaban horas hasta el alba y sólo quería irme a casa.

—Me tomé la libertad de elegir la ropa que usarás esta noche —comentó Jean-Claude—. Está en el Jeep.

—Lo cerré con llave —dije.

Se rió de mí.

Suspiré.

—Bien.

Cuando agarré la puerta, ésta se abrió. La ropa estaba doblada en el asiento del copiloto. Era de cuero negro. Sacudí mi cabeza.

—No pienso ponerme eso.

—Tu ropa, *ma petite*, está en el lado del conductor. Esa es de Lawrence.

Larry echó un vistazo por encima de mi hombro.

—Tiene que estar de broma.

Caminé alrededor del Jeep y encontré un vaquero negro y limpio de; el más ajustado que poseía. Una camisa rojo sangre que no recordaba haber comprado; parecía de seda. Había un abrigo de paño negro que nunca había visto. Cuando me lo probé, me llegaba a mitad de ternera y ondeaba como una capa cuando me movía. Me gustó el abrigo. De la blusa de seda podía haber prescindido.

—No está mal —dije.

—Lo mío si está mal —señaló Larry—. Ni siquiera sé cómo entrar en estos pantalones.

—Jason, ayúdale a vestirse. —Jason recogió el bulto de cuero y lo llevó a la parte trasera del Jeep.

Larry le siguió, pero no parecía muy feliz.

—¿No hay botas? —pregunté.

Jean-Claude sonrió.

—No creí que quisieres deshacerte de tus zapatillas de footing.

—Maldito directamente.

—Cámbiate rápido, *ma petite*; debemos estar con Serephina antes de que decida matar al chico sólo por rencor.

—¿Dejaría Xavier que matara a su nuevo juguete?

—Si realmente es su ama, no tiene ninguna opción. Ahora, vístete rápido, *ma petite*. —Caminé hacia el otro lado del Jeep, pero de esa forma quedaba al alcance del oído y casi de la vista de Larry.

Me detuve y suspiré. Qué demonios.

Volví la espalda a Jean-Claude y deslicé mi pistolera del hombro.

—¿Cómo fuiste capaz de escapar de Serephina?

Pasé la camisa sobre mi cabeza. Luché contra el impulso de mirar hacia atrás. Sabía que Jean-Claude estaba mirando; ¿para qué comprobarlo?

—Jason saltó sobre ella en el momento oportuno. Fue la distracción suficiente para que pudiéramos huir, pero poco más. Me temo que la habitación está hecha un poco de lío.

Su voz era tan suave que tuve que mirar su cara. Deslicé la blusa roja y me di la vuelta. Estaba de pie, más cerca de lo que había pensado, casi tocándome. Estaba allí, con su ropa blanca; inmaculado y perfecto.

—Retrocede un par de pasos, por favor. Me gustaría un poco de intimidad.

Sonrió, pero hizo lo que le pedí. Era un principio.

—¿Te había subestimado ella? —pregunté.

Me cambié los vaqueros tan rápidamente como pude. Intenté no pensar en su mirada. Era demasiado embarazoso.

—Fui obligado a huir, *ma petite*. Janos la llama su maestro y él me derrotó. No puedo oponerme a ella, no en una lucha justa.

Coloqué la pistolera de hombro hacia atrás, abrochando el cinturón que llevaba puesto para ella. Las correas me rozaron un poco al no llevar mangas, pero era mejor eso que no llevarlo. Recuperé la Firestar de mi asiento y la metí en la parte frontal de mis pantalones vaqueros. Se veía hasta con el abrigo puesto. Al final decidí ponerla en la parte baja de la espalda, aunque esa no fuera mi primera o incluso segunda mejor opción. Saqué los cuchillos de plata de la guantera del coche y los até con correas a mis antebrazos. También saqué una pequeña caja. Contenía dos cruces de

reserva. Parecía que los vampiros siempre me las quitaban.

Jean-Claude lo miró todo con interés. Sus ojos oscuros siguieron mis manos como si memorizara los movimientos.

Agarré el abrigo y recorrí algunos pasos para acostumbrarme a todo. Extraje ambos cuchillos sólo para asegurarme que las mangas del abrigo no eran demasiado apretadas. Extraje ambas armas y todavía seguía sin gustarme la colocación de la Firestar. Finalmente, giré la pistolera del interior del pantalón a un lado. Se clavaba en mi pierna con la suficiente fuerza como para lastimarme, pero podía sacarla en un tiempo razonable. Esta noche, eso era más importante que mi comodidad. Introduje un cargador de reserva para ambas armas en los bolsillos del abrigo. Estaban cargados con balas que no eran de plata. Me ponía nerviosa tener plata sólo en las balas que estaban en las armas, pero *Huesos Sangrientos* aparecería en cualquier momento de la noche. Magnus también podía estar allí. Quería llevar munición para todo lo que pudiera encontrarme.

Larry salió del Jeep. Mordí mi labio para impedir reírme. No era que tuviera mala pinta, era más bien que parecía incómodo. Parecía tener problemas para andar con los pantalones de cuero.

—Intenta andar de forma natural —dijo Jason.

—No puedo —contestó Larry.

Llevaba una camisa de seda que era idéntica a la mía, excepto que era azul en vez de roja. Llevaba pequeñas botas negras. La chaqueta negra, que la noche anterior había tomado prestada de Jason, completaba el conjunto.

Miré las botas.

—Zapatillas de deporte negras quizás, *ma petite*, pero ¿zapatillas blancas con cuero negro? No lo creo.

—Me siento ridículo —dijo Larry—. ¿Cómo puede llevar puesto esto todo el tiempo?

—Me gusta el cuero —explicó Jason.

—Debemos irnos —añadió Jean-Claude—. Anita, ¿conduces tú?

—Pensé que podías querer volar.

—Es importante que lleguemos juntos —dijo él.

Larry y yo añadimos sal a nuestros bolsillos. Con la munición de reserva en un bolsillo y la sal en el otro, mi abrigo colgaba un poco torcido, pero oye, no íbamos a un desfile de modas. Nos metimos en el Jeep. Me llegó un surtido de protestas desde el asiento de atrás.

—Estos pantalones aún son más incómodos estando sentado.

—Recordaré su aversión al cuero para el futuro, Lawrence.

—Mi nombre es Larry.

Conduje el Jeep hacia abajo por el camino que llevaba a la obra.

—Serephina quiere ser inmortal.

Cambié de dirección en la carretera y me dirigí hacia atrás, a Branson, aunque por supuesto, íbamos a detenernos a mitad de camino, donde Serephina.

Jean-Claude giró en su asiento para contemplarme.

—¿Qué estás diciendo, *ma petite*?

Se lo conté. Le hablé sobre *Huesos Sangrientos* y el plan de Serephina.

—Está loca.

—No del todo, *ma petite*. Puede que no le dé la inmortalidad, pero sí un poder inimaginable. La pregunta que queda es, ¿cuándo se hizo Serephina lo suficientemente poderosa para dominar a Janos antes de que ella se alimentara de Magnus o de *Huesos Sangrientos*?

—¿Qué quieres decir?

—Janos vivía en la madre patria. No se habría marchado voluntariamente. La siguió. ¿Dónde obtuvo ese poder para obligarle?

—Tal vez Magnus no es el primer *fairie* del que se alimenta —comenté.

—Tal vez —respondió—, o quizás ha encontrado otro alimento.

—¿Qué otro alimento?

—*Ma petite*, esa es la pregunta que me gustaría responder.

—¿Pensando en cambiar de dieta? —pregunté.

—El poder siempre es tentador, *ma petite*, pero para esta noche estaba pensando más en asuntos prácticos. Si podemos descubrir la fuente de su poder, podríamos ser capaces de deshacerlo.

—¿Cómo?

Sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero a menos que seamos capaces de encontrar algún truco que sacar del sombrero, *ma petite*, estamos condenados.

Estaba completamente tranquilo cuando lo dijo. Yo no estaba tranquila. Mi pulso tronaba tan fuerte que podía sentirlo en mi garganta y muñecas. Oírlo acelerarse en mis oídos. Maldición: esto sonaba mal. Con Serephina esperando al final, esto sonaba muy mal, en efecto.



TREINTA Y OCHO

Subimos al pórtico por los peldaños de piedra. La luz de la luna y la suave oscuridad inundaban el pórtico. No había sombras densas, antinaturales, ninguna indirecta de lo que esperaba dentro. A simple vista, parecía simplemente una casa abandonada, nada especial. El revoloteo nervioso de mi estómago tampoco lo creía.

Kissa abrió la puerta. La luz de la vela iluminó la puerta abierta tras ella que daba al cuarto lejano. Ningún pretexto esta noche de que el cuarto vacío era todo lo que había. El sudor perlaba su cara; gotas de oro a la cálida luz.

Todavía estaba siendo castigada. Me preguntaba por qué, pero eso no era mi mayor problema.

Kissa nos condujo por aquella puerta abierta sin decir una palabra. Serephina estaba sentada en su trono en la esquina de la gran estancia. Vestía un traje de noche blanco, como Cenicienta, y tenía el pelo arreglado

sobre la cabeza. Diamantes como un hilo de fuego brillaban tenuemente en su cabello cuando nos concedió un saludo con la cabeza.

Magnus estaba arrodillado a sus pies con un Tuxedo blanco con cola. Unos guantes, un sombrero de copa blanco y un bastón, estaban colocados sobre sus rodillas. Su largo pelo castaño era el único color en la habitación. Cada Maestro Vampiro con el que me había encontrado alguna vez había realizado una entrada dramática. Janos y sus dos chicas se mantuvieron de pie, todo en negro, tras el trono, como una vivida cortina de oscuridad. Ellie estaba a su lado sobre los cojines y parecía casi viva. Incluso con el vestido negro, rasgado y manchado, parecía contenta, como un gato lleno de crema. Sus ojos centellearon, los labios curvados con una sonrisa secreta. Ellie, alias Angela, disfrutaba estando no muerta. Hasta ese momento. Kissa caminó entre ellos con paso majestuoso y se arrodilló por el lado más alejado de Magnus. Su cuero negro se mezcló con la capa de Janos. Serephina acarició la cara sudorosa de Kissa con una enguantada mano blanca.

Serephina sonrió, era encantadora hasta que uno vislumbrara sus ojos. Brillaron con una pálida luminiscencia. Todavía podía conseguir una indirecta de sus pupilas, pero eso se hundía rápido. Sus ojos hacían juego con su vestido.

En ese momento era coordinación en color.

Faltaban Jeff y Xavier. No me gustaba eso. Abrí mi boca para preguntar y Jean-Claude me miró. Con sólo una vez, la mirada era suficiente. Era el maestro, yo jugaba al siervo. De acuerdo, mientras hiciera las preguntas correctas.

—Hemos venido, Serephina —dijo Jean-Claude—. Danos al chico y nos iremos en paz.

Ella se rió.

—Pero no te dejaré en paz, Jean-Claude. —Giró suavemente sus encendidos ojos hacia mí.

Era como ser mirada por dos linternas gemelas y a la vez humana.

—Niña, soy tan feliz de verle.

Dejé de respirar durante un segundo. *Niña*: ese había sido el apodo de mi madre para mí. Algo llameó en sus ojos, como un distante vislumbre de fuego. Entonces, la luz cambió a una luz vacilante. No era la tentativa de capturarme con sus ojos. «¿Por qué? ¿Cómo es que estaba segura de mí?».

Mi piel, de repente, estaba fría. Era eso. Había dicho que era

arrogancia, pero lo creí. Me había ofrecido algo mejor que el sexo, más serio que el poder. *El Hogar*. Mentira o no, era una buena oferta.

Larry tocó mi mano.

—Tiemblas.

Tragué con fuerza.

—Nunca admitas cuán asustado estás en voz alta, Larry, arruina el efecto.

—Lo siento.

Caminé lejos de él; no tenía ningún sentido apiñarse. Eché un vistazo a Jean-Claude, era una especie de pregunta silenciosa de si iba a ser yo quien rompiera el protocolo vampírico.

—Ella le ha reconocido como lo haría con otro maestro. Contéstele.

No parecía molesto por eso; yo lo estaba.

—¿Qué quiere, Serephina? —pregunté.

Se puso en pie, deslizándose a través del suelo alfombrado. Parecía que lo que había bajo su falda no eran piernas.

Los pies no se mueven así. Tal vez levitaba. Sin embargo lo manejó, siguió acercándose más. Quería retroceder desesperadamente. No la quería cerca de mí.

Larry se movió un paso colocándose a mi espalda. Jason se dirigió un paso hacia el otro lado de Jean-Claude. Yo mantuve mi posición.

Era lo mejor que podía hacer.

Algo parpadeaba en sus ojos, como un vislumbre distante de movimiento a través de una franja de árboles. Los ojos no hacen eso. Aparté mi mirada, comprendí que no había recordado mirarnos a los ojos. ¿Cómo podía apartarlos?

La sentí moverse hacia mí. Su mano enguantada apareció. Retrocedí y alcé la vista al mismo tiempo. Apenas eché un vistazo a su cara, pero fue suficiente. Sus ojos tenían el fulgor del fuego que incendia un túnel largo y oscuro, como si el interior de su cabeza desapareciese en una oscuridad imposible y unas pequeñas criaturas hubieran encendido un fuego en aquella oscuridad. Podría calentar eternamente mis manos en aquella llama.

Grité. Grité y me cubrí los ojos con mis manos.

Otra mano tocó mi hombro. Me aparté y grité otra vez.

—*Ma petite*, estoy aquí.

—Entonces, haz algo —dije.

—Lo hago —respondió.

—La tendré a la salida del sol.

Me hizo señas. Dio un paso deslizándose hacia Jason. Con sus manos enguantadas acarició su pecho desnudo. Se mantuvo de pie y la aguantó. Yo no la habría dejado tocarme, desafiándola.

—Se lo daré a Bettina y a Pallas. Le enseñarán a disfrutar la carne podrida.

Jason miró fijamente sin hacer ningún gesto, pero sus ojos se ensancharon levemente. Bettina y Pallas se habían desplazado desde el trono hasta colocarse a unos pasos tras Serephina. Gestos dramáticos para nosotros.

—O quizás le obligue a cambiarse a su forma de lobo hasta que sea más natural que esta cáscara humana. —Deslizó un dedo por el cuello hasta su garganta—. Le encadenaré a mi pared y será mi perro guardián.

—Suficiente, Serephina —dijo Jean-Claude—. La noche está por acabar. Estos pequeños tormentos están por debajo de tu poder.

—Me siento mezquina esta noche, Jean-Claude, y pronto tendré el poder de ser tan mezquina como me siento. —Echó un vistazo a Larry—. Se unirá a mi grupo.

Levantó su mirada hacia Jean-Claude. No había comprendido que era más alto.

—Y tú, mi encantador gato montañés, nos servirá a todos por toda la eternidad.

Jean-Claude apartó la vista de ella, completamente arrogante.

—Ahora soy el Maestro de la Ciudad, Serephina. No podemos torturarnos el uno al otro. No podemos robar las posesiones del otro, no importa cuán atractivos sean estos.

Me llevó un segundo comprender que las posesiones a las que se refería éramos nosotros.

Serephina sonrió.

—Tendré tus negocios, tu dinero, tus tierras y tu gente antes de que la noche acabe. ¿De verdad pensó el consejo que me contentaría con las migajas de su mesa?

Si la desafiaba oficialmente, todos estaríamos muertos. Jean-Claude no podía tomarla, ni yo.

Distracción, necesitábamos una distracción.

—Llevas encima suficientes diamantes como para comprar tus propios negocios, tu propia casa.

Se giró y me miró con esos ojos encendidos, y a medias lamenté no haberme callado.

—Entonces, ¿piensas que vivo en esta casa porque no puedo permitirme nada mejor?

—No lo sé.

Se deslizó hacia atrás, hacia su trono, y se sentó en él alisando su falda.

—No confío en tus leyes humanas. Permaneceré en secreto, donde debemos estar; dejaré a otros andar bajo el foco. Estaré aquí cuando los pensadores modernos no lo estén.

De repente, acuchilló con una mano.

Jean-Claude se tambaleó. La sangre corrió desde su cara, salpicando su camisa blanca y la chaqueta con brillantes manchas carmesí. Las gotas salpicaron mi pelo y mejilla.

Acuchilló otra vez y otro corte surgió al otro lado de su cara, salpicando a Jason con la sangre de Jean-Claude.

Éste se quedó inmóvil. No gritó. No tocó sus heridas. Se mantuvo en pie completamente firme; exceptuando la sangre, no hubo ningún movimiento de su parte. Sus ojos se ahogaban en fondos de color zafiro flotando sobre una máscara de sangre.

Un músculo expuesto se movió nerviosamente en su pómulo. El hueso relució en su mandíbula y mejilla. La herida era alarmantemente profunda. Pero sabía que podía curarlo. Horrible como se veía, era una táctica intimidatoria. Seguía diciéndole eso a mi corazón palpitante. Quería hacer uso de mi arma. Pegarle un tiro a la hembra. Pero no podía pegarle un tiro a todos. No creía que Janos pudiera recibir tiros.

—No tengo que matarte, Jean-Claude. Metal caliente en sus heridas y serán permanentes. Tu hermosa cara estará destruida para siempre. Aún puedes hacerte pasar como el Maestro de la Ciudad, pero gobernaré. Vas a ser mi marioneta.

—Da la orden, Serephina —dijo Jean-Claude—. Dila y acaba con estos juegos.

Su voz sonaba suave, tan normal como alguna vez lo fue. Su voz no mostró nada; ni dolor, miedo o terror.

—Te desafío. ¿Es esa la palabra que quieres oír, Jean-Claude?

—La será.

Su poder avanzó lentamente sobre mi piel como un incendio incontrolado. Poder liberado de repente; lo sentí barrer ante mí como un

puño gigantesco. Se estrelló contra Serephina, dispersando las corrientes de aire. Kissa agarró el borde de *eso* y cayó en el trono, lanzada, entre los cojines.

Serephina arrojó hacia atrás su cabeza y rió. Su risa murió a mitad del movimiento, como si nunca hubiese sucedido. Su cara era una máscara con ojos de un fuego blanquecino. Parecía que su piel se volvía más pálida, más blanca, hasta que fue como mármol translúcido. Las venas se distinguían bajo su piel como líneas de llamas azules. Su poder fluyó por la sala como el agua creciente, más profunda y más profunda, hasta que lo soltara, y todos nos ahogaríamos.

—¿Dónde están tus fantasmas, Serephina? —pregunté.

Durante un segundo pensé que me ignoraría, pero su cara, muy parecida a una máscara, se giró despacio, muy despacio, hacia mí.

—¿Dónde están tus fantasmas?

Incluso aunque me miraba directamente, no sabía si me oía. Era como si intentara leer el rostro de un animal; no, la cara de una estatua. No había nadie en casa.

—¿No puedes controlar a *Huesos Sangrientos* y a los fantasmas a la vez? ¿Es verdad? ¿Tiene que dejar ir a uno de ellos?

Serephina se elevó sobre sus pies, y sabía que flotaba, alzándose en diminutas corrientes de su propio poder, planeando por encima de los cojines. Flotó de una manera lenta hacia arriba, hacia el techo, y era impresionante. Estaba intentando ganar tiempo, pero ¿tiempo para qué? ¿Qué demonios podíamos hacer?

Una voz resonó en mi cabeza.

—Las cruces, *ma petite*; no sea tímida en mi presencia.

No discutí ni vacilé.

La cruz se extendió por fuera de mi camisa como una concentración de luz, tan brillante que resultaba dolorosa. Entrecerré mis ojos y aparté la mirada sólo para encontrar la cruz de Larry tras de mí ardiendo con vida propia.

Jean-Claude se encogió a mi lado, lejos y encorvado, sus brazos protegían su cara. Serephina chilló y medio cayó al suelo. Podía estar de pie ante una cruz, pero no podía bromear ante una. Aterrizó como un montón de sedosas faldas. Los otros vampiros protegieron sus caras, siseando.

Magnus se levantó de los cojines. Caminó con paso majestuoso hacia

nosotros. Jason se colocó ante Jean-Claude, moviéndose hasta quedar de pie ante mí. Me echó un vistazo con sus ojos color ámbar; su bestia me contempló sobre el brillo de la cruz y no tenía miedo. Durante un latido de corazón me alegré de tener balas de platas «por si acaso».

Serephina dijo:

—No, Magnus, tú no.

Magnus vaciló, contemplando a Jason. Un gruñido leve brotó lentamente de la garganta de Jason.

—Puedo tomarle —dijo Magnus.

Hubo un sonido en la puerta abierta al sótano. Algo venía hacia nosotros. Algo pesado. La escalera crujió protestando. Una mano salió de la oscuridad, lo bastante grande como para cubrir mi cabeza con su palma.

Las uñas eran largas y sucias, casi parecían garras. La ropa harapienta se pegaba a unos hombros enormes y cuadrados. La cosa era de al menos tres metros diez de alto. Tenía que agacharse para atravesar la puerta, y cuando estuvo de pie, su cabeza rozaba el techo y no podía fingir más que era humano.

Su enorme cabeza no tenía piel. La carne estaba fresca y abierta como una herida. Las venas palpitaron por la sangre que fluía por ellas, pero no sangraba. Eso abrió una boca llena de dientes rotos y amarillentos, y dijo:

—Estoy aquí.

Era espantoso oír palabras en aquella boca, en aquella cara. Su voz era un sonido al pie de un pozo; profundo, áspero y perdido.

La habitación, de repente, me parecía pequeña. *Huesos Sangrientos* podía extender su mano con su largo brazo y tocarme. No era bueno. Jason se había movido hacia atrás un paso para unirse a nosotros. Magnus se había movido hacia atrás, al lado de Serephina. Contemplaba a la criatura con los ojos muy abiertos, como todos nosotros. ¿Nunca lo había visto en carne y hueso?

—Ven a mí —dijo Serephina.

Tendió sus manos a la criatura y eso se movió hacia ella sorprendentemente grácil. Era un movimiento fluido, totalmente inadecuado. Nada que fuese grande y feo debía moverse como si fuera mercurio, pero lo hacía. En aquel movimiento vi a Magnus y Dorrie. Eso se movía como algo bello.

Serephina acunó esa mano enorme y sucia entre las suyas enguantadas. Empujó hacia atrás la manga desigual, desnudando la musculosa muñeca.

—Detenla, *ma petite*.

Eché un vistazo hacia abajo, a Jean-Claude, que todavía se encogía ante la luz de las cruces.

—¿Qué?

—Si bebe de eso, las cruces posiblemente no funcionen contra ella.

No le pregunté; no había tiempo. Apunté la Browning y sentí que Larry sacaba su arma.

Serephina se inclinó ante la muñeca del *fairie*; la boca exagerada, el brillo de colmillos.

Disparé. La bala dio contra un lado de su cabeza. La fuerza la meció y la sangre goteó. Podía pegarle un tiro. Janos se lanzó ante ella, y era como intentar pegarle a superman. Disparé dos veces más contemplando una cara de ojos muertos a poco más de un metro. Me sonrió. Las balas de plata no le hacían daño.

Larry había avanzado rodeando a Jean-Claude. Disparaba a Pallas y a Bettina. Ellos siguieron avanzando. Kissa se había quedado en el suelo. Ellie parecía congelada ante las cruces.

Huesos Sangrientos estaba de pie, como esperando órdenes, o no le importaba un bledo. Contemplaba a Magnus como si le reconociese. Y no era una mirada amistosa.

La voz de Serephina se escuchó tras el cuerpo protector de Janos.

—Dame tu muñeca.

El *fairie* concedió una sonrisa desigual.

—Pronto seré libre para matarle.

Miraba a Magnus cuando lo dijo.

Realmente, no quería disgustado algo del tamaño de un pequeño gigante pendiente de mí, pero no quería que Serephina obtuviera su poder. Disparé a su cabeza, y podía haberle escupido también. El tiro me consiguió una mirada oscura.

—No tengo nada contra usted —dijo el *fairie*—. No lo haga.

Estuve de acuerdo mirando fijamente su monstruosa cara.

«¿Pero qué podría hacer?».

—¿Qué hacemos? —preguntó Larry.

Se había movido hasta quedar de pie casi espalda contra espalda conmigo. Bettina y Pallas habían permanecido fuera del alcance de las cruces, pero no por las armas. Jean-Claude estaba arrodillado, alejado y protegiendo su cara de la deslumbrante luz de las cruces, pero no gateó

retirándose. Se quedó dentro del toque protector de aquella luz.

Las balas de plata no harían daño al *fae*, así que… Apreté el botón de seguridad de la Browning y extraje el cargador. Pesqué de mi bolsillo el cargador extra y lo deslicé en casa. Apunté al pecho de la cosa, donde esperaba que tuviera el corazón, y disparé.

Huesos Sangrientos bramó. La sangre floreció en su ropa desparejada. Supe cuando eso sintió el mordisco de Serephina en su carne. El poder giró por el cuarto erizando cada pelo de mi cuerpo. Durante un segundo no pude respirar; había demasiada magia en la sala para algo tan mundano como la respiración.

Serephina se elevó despacio sobre la oscura forma de Janos. Levitó hasta el techo, bañándose de la luz de las cruces, sonriendo. La herida de bala en su cabeza estaba curada. Sus ojos lamieron la llama blanca alrededor de su cara, y supe que íbamos a morir.

Xavier apareció en la puerta del sótano. Sostenía una espada en sus manos, pero era muy pesada, con un borde cortante más suave que cualquier otra lámina que hubiera visto alguna vez. Contempló a Serephina y sonrió.

—La he alimentado —dijo *Huesos Sangrientos*—. Libéreme.

Serephina alzó sus manos hacia el cielo, acariciándolo.

—No. —Ella respiró—. Nunca. Te beberé hasta secarte y bañarme en tu poder.

—Me lo prometió —arguyó *Huesos Sangrientos*.

La contempló, flotando; sus ojos encendidos miraban esa cara ruda.

—Mentí —respondió.

Xavier gritó.

—¡No!

Trató de acercársele, pero las cruces lo mantuvieron fuera de alcance.

Lancé un puñado de la sal en Serephina y *Huesos Sangrientos*. Ella se rió de mí.

—¿Qué haces, *niña*?

—Nunca retire su palabra a un *fae* —dije—. Anula todos los tratos.

Una espada apareció en las manos de *Huesos Sangrientos*, apareció como si el *fairie* la hubiese aferrado del aire. Era lo que había visto llevar a Xavier en la casa de Quinlans. «¿Cuántas cimitarras, tan largas como mi talle, podían haber allí?». Apuñaló a Serephina en el pecho, ensartándola en el aire como una mariposa.

El acero normal no debería haberla afectado, pero apoyada por la magia del *fairie* podía. La fijó a la pared, llevando el puño hasta su pecho. Rasgó la espalda de ella, enroscándola, haciendo tanto daño como podía.

Serephina aulló y se deslizó hacia abajo, dejando un rastro sangriento en la pared desnuda.

Huesos Sangrientos se volvió hacia el resto de nosotros. Tocó con sus dedos la sangre de su pecho.

—Le perdonaré esta herida porque usted me liberó. Cuando él esté muerto, no habrá más heridas.

Llevó la espada hacia Magnus. El movimiento fue tan rápido, pero se vio como a cámara lenta. Era tan rápido como Xavier. Mierda.

Magnus cayó de rodillas, con su boca tan extensa con un grito que no tuvo resuello para hacer. *Huesos Sangrientos* cargó su espada hacia arriba, como había hecho con Serephina, y eso me recordó las heridas que tenían los chicos.

Si *Huesos Sangrientos* nos ayudaba a detener a Serephina y compañía, no tendría ningún problema con ello, pero ¿entonces qué? Cuando sacó la espada, Magnus todavía estaba vivo con la mirada fija en mí. Me tendió su mano, y podía haberlo dejado morir. *Huesos Sangrientos* llevó la espada hacia atrás para dar el golpe de gracia.

Lo apunté con la Browning.

—No se mueva. Hasta que no lo mate, eres mortal y las balas pueden matarle.

El *fairie* se congeló, contemplándome.

—¿Qué quieres, mortal?

—Mató a los chicos del bosque, ¿verdad?

Huesos Sangrientos parpadeó hacia mí.

—Eran niños malos.

—Si sale de aquí, ¿matará a más niños malos?

Huesos Sangrientos me miró, parpadeó y luego dijo:

—Es lo que hago. Es lo que soy.

Disparé antes de que pudiera pensarlo. Si se movía primero, yo moriría. La bala se encajó entre los ojos. Retrocedió asombrado, pero no se detuvo.

—*Ma petite*, las cruces, o no puedo ayudarte.

La voz de Jean-Claude fue un tosco susurro.

Deslicé la cruz dentro de mi camisa; un segundo más tarde Larry también lo hizo. De repente, la habitación se volvió más oscura y fría, con

tan sólo la luz de la vela. *Huesos Sangrientos* corrió aceleradamente, con un movimiento borroso. Disparé hacia él y no supe si había atinado o no.

La espada se balanceó para encontrarme, y de pronto, Jean-Claude estaba atrapándolo del otro brazo y haciéndole perder el equilibrio. Larry se colocó a mi lado y ambos disparamos al pecho del *fae*.

Se apartó de Jean-Claude, enviándolo contra una pared. Larry y yo nos arrodillamos, hombro contra hombro. Vi acercándose la espada como un borrón de plata, y sabía que no podía quitarme a tiempo de en medio.

Repentinamente, Xavier estaba ante mí, su extraña espada bloqueaba la de *Huesos Sangrientos*. La lámina de acero se detuvo a centímetros de mi cara. La espada de Xavier se melló allí donde el acero recibió el choque. La extraña espada la empujó hacia arriba, hacia el pecho de *Huesos Sangrientos*. El *fairie* bramó, haciéndole un corte a Xavier, pero estaba demasiado cerca para la gigantesca espada del *fairie*.

Huesos Sangrientos cayó de rodillas. Xavier retorció la espada buscando el corazón, embistiéndolo, sacó de un tirón la espada. El *fairie* colapsó sobre su estómago, rugiendo. Trató de levantarse. Presioné el cañón de la Browning contra su cráneo y disparé tan rápido como pude. A quemarropa uno no tenía la necesidad de apuntar. Larry se colocó a mi lado y disparó conjuntamente. Vaciamos los cargadores y todavía respiraba. Xavier metió la espada por su espalda fijándolo al suelo. Su pecho se elevó y bajó, luchando por aire.

Cambié a la Firestar e intercambié el cargador por las balas normales. Tres tiros después, como si hubiese alcanzado la masa crítica, su cabeza explotó con un baño de huesos, sangre y, otras cosas espesas y mojadas.

Xavier estaba boca arriba cuando resopló. Nos quedamos de pie cubiertos por una ensangrentada materia gris. Xavier extrajo la espada de su espalda. Ésta salió mellada y abollada por el impacto con el hueso. Permanecimos junto al gigante muerto, dos de nosotros aislados en un claro momento de entendimiento.

—La espada es hierro frío, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —respondió.

Sus pupilas eran escarlatas como las cerezas, no el color sanguinolento de un albino, si no realmente rojizo. Los humanos no tienen ojos así.

—Es un *fae* —dije.

—No sea tonta. Los *fairies* no pueden convertirse en vampiros, todos lo saben.

Le observé y sacudí mi cabeza.

—Manipuló el conjuro de Magnus. Le hizo esto.

—Él se lo hizo —apuntó Xavier.

—¿Ayudó a *Huesos Sangrientos* a matar a los adolescentes, a los chicos, o sólo le dio la espada?

—Lo alimenté con mis víctimas cuando me cansé de ellos.

Contaba con ocho balas en la Firestar. Seguramente adivinó el pensamiento tras mis ojos.

—Ni el plomo ni las balas de plata me dañarán. Soy a prueba de ambos.

—¿Dónde está Jeff Quinlan?

—Está abajo, en el sótano.

—Tráigalo.

—No creo.

Y de repente, hubo sonido otra vez, movimiento otra vez, además de nosotros. Me había hechizado y mientras estuve atrapada sucedieron cosas; dañinas y peligrosas.

Jason tosía sangre sobre la alfombra. Si hubiera sido humano, hubiera dicho que moría. Era un licántropo, podría vivir para ver la mañana. Uno de los vampiros le había hecho mucho daño. No sabía cuánto.

Jean-Claude se encontraba atrapado debajo de una pila de vampiros compuesta por Ellie, Kissa, Bettina y Pallas. Su voz resonó con un grito atronador por la habitación. Era impresionante, pero no lo suficiente.

—No lo hagas, *ma petite*.

Janos con Larry estaba cerca del trono. Habían atado sus manos tras su espalda con una de las cuerdas que sostenían las cortinas. Su boca estaba cubierta con una tela. Janos tenía su pálida mano, asemejándose a una araña, en el cuello de Larry.

Serephina se apoyaba en su trono, sangre negra manaba de ella. Nunca había visto a nadie perder tanta cantidad de sangre tan rápidamente. Su pecho estaba rasgado, abierto, tan profundo que veía su corazón golpeando frenéticamente.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—No, *ma petite*. —Jean-Claude luchó por moverse y no pudo—. Es una trampa.

—Dime algo que no sepa.

—La quiere, nigromante —respondió Janos.

Cavilé sobre eso por un momento.

—¿Por qué?

—Usted le ha quitado su sangre inmortal. Tomará su lugar.

—No era inmortal —dije—. Probamos eso.

—Era poderoso, nigromante, así como usted es poderosa. Ella la beberá y vivirá.

—¿Y yo?

—Usted vivirá para siempre, Anita, para siempre.

Dejé pasar la parte de «para siempre»; tenía mejor criterio.

—Te tomará y te matará de todos modos —dijo Jean-Claude.

Probablemente, tenía razón, pero ¿qué podía hacer?

—Ella dejó ir a las chicas.

—No lo sabes con seguridad, *ma petite*. ¿Las has visto vivas?

Tenía un buen punto.

—Nigromante.

La voz de Janos me sacudió con fuerza haciéndome regresar a él. Serephina estaba apoyada en el trono, a su lado. La sangre había empapado su vestido blanco volviéndolo negro, pegándolo a su delgado cuerpo.

—Venga, nigromante —dijo Janos—, venga ahora o el humano sufrirá.

Comencé a avanzar y Jean-Claude gritó:

—¡No!

Janos acuchilló por encima del cuerpo de Larry. La camisa blanca de éste se rasgó y su sangre la empapó. No podía gritar por la mordaza, pero si Janos no le hubiera sostenido, él habría caído.

—Deje caer todas sus armas y venga, nigromante.

—*Ma petite*, no lo hagas. Te lo pido.

—Tengo que hacerlo, Jean-Claude. Lo sabes.

—Ella también lo sabe —contestó él.

Le miré, luchando inútilmente contra los vampiros, bajo el peso de tres veces su cuerpo vampírico. Debía ser ridículo, pero no lo era.

—No te quiere por lo que eres. No quiere que yo te tenga. Te tomará para atormentarme.

—Te invité a jugar esta vez, ¿recuerdas? —dije—. Es mi fiesta.

Caminé hacia Janos. Traté de no mirarlo, no quería ver qué hacía mientras me movía.

—*Ma petite*, no lo hagas. Ahora eres un maestro reconocido. No puede tomarte por la fuerza. Debes consentirla. Niégate.

Sólo moví mi cabeza y seguí acercándome.

—Primero sus armas, nigromante —dijo Janos.

Puse ambas armas en el suelo.

Larry sacudía su cabeza furiosamente. Hizo algunos ruidos de protesta. Luchó, cayendo de rodillas. Janos tuvo que soltar la presión en su cuello para impedir estrangularlo.

—Ahora sus cuchillos —dijo Janos.

—No tengo…

—No trate de mentirnos, aquí y ahora.

Tenía un tanto. Coloqué los cuchillos sobre el suelo.

Mi corazón martilleaba con tanta fuerza que apenas podía respirar. Sobrepasé a Larry. Miré fijamente sus ojos azules. Le quité la mordaza, era la bufanda de seda de alguien.

—No lo hagas. Dios, Anita, no lo hagas. No por mí. ¡Por favor!

Nuevas cuchilladas cortaron su camisa; más sangre fluyó. Jadeó, pero no gritó.

Alcé la vista hacia Serephina.

—Dijo que ésta cuchillada sólo surte efecto con auras de poder.

—Él tiene su propia aura —dijo Janos.

—Déjale ir. Deja ir a todos, y lo haré.

—No hagas esto por mí, *ma petite*.

—Lo hago por Larry; no cuesta nada meter dentro a todo el mundo.

Janos echó un vistazo a Serephina. Estaba caída de lado, sus ojos entreabiertos.

—Venga, Anita. Déjeme tocar tu brazo y serán libreados, todos ellos, tienes mi palabra, de un maestro a otro.

—¡Anita, no!

Larry luchó, no para escaparse, si no por venir tras de mí.

Janos acuchilló con su mano el aire, y la manga de la chaqueta de Larry voló con sangre. Larry gritó.

—Deténgalo —dije—. Deténgalo. —Caminé con paso solemne hacia él —. No lo toque otra vez. No lo toque nunca más.

Escupí las últimas palabras en su cara, quedándome con la mirada fija en sus ojos muertos, y sin sentir nada. Una mano rozó mi brazo y me sobresalté, jadeando. Había dejado que la cólera me inundara esos pocos y últimos pasos. Lo que estuve a punto de hacer me había asustado demasiado para pensar en ello.

Serephina se había quitado un guante. Su mano desnuda rodeó mi

muñeca sin apretar demasiado, por lo menos no era doloroso. Contemplé su mano en mi brazo y no podía hablar por encima del redoble de mi propio corazón.

—Libéralos —dijo.

Al instante, Janos le dejó ir y Larry trató de alcanzarme. Janos le dio una palmada casual que lo envió al suelo y patinando lejos, a un par de metros.

Me quedé congelada con su mano en mi brazo. Durante un terrible instante pensé que lo habían matado, pero gimió e intentó regresar.

Eché un vistazo más allá de Larry y encontré los ojos de Jean-Claude. Había ido tras de mí durante años; y en ese momento dejaba que otro Maestro Vampiro me hundiera sus colmillos.

Serephina me forzó a arrodillarme, apretando los huesos de mi brazo con tanta fuerza que pensé que lo había roto, el dolor hizo que la mirara a los ojos. Eran de un sólido marrón, perfectos, tan oscuros que casi eran negros.

Aquellos ojos me sonrieron amablemente.

Olí el perfume de mi madre, su laca, su piel. Sacudí mi cabeza. Eso era mentira. Todo era una mentira. No podía respirar. Se arrodilló sobre mí, y cuando su cara se me acercó, era el pelo negro y espeso de mi madre el que cayó sobre mi mejilla.

—¡No! No es real.

—Puede ser tan real como quieras que sea, *niña*.

Miré hacia aquellos ojos y caí en el largo túnel negro de sus ojos. Caí hacia aquella llama diminuta. Avancé hacia *eso. Eso* calentaría mi carne, confortaría mi corazón. *Eso* sería todas las cosas, toda la gente, todo para mí.

Distante e irreal oí a Jean-Claude gritar mi nombre.

—¡Anita!

Pero era demasiado tarde. Su fuego me calentó, me hizo sentir completa. El dolor era un precio tan pequeño que pagar.

El túnel negro colapsó tras de mí hasta que sólo hubo oscuridad y el parpadeo de los ojos de Serephina.



TREINTA Y NUEVE

Soñé. Era muy pequeña. Lo bastante pequeña como para encajar completamente en el regazo de mi madre, sólo mis pies colgaban a la altura de sus rodillas. Cuando envolvió los brazos a mí alrededor, me sentí tan segura; tan segura de que nada podría lastimarme de nuevo mientras mamá estuviese aquí. Apoyé la cabeza contra su pecho. Podía oír el latido de su corazón contra mi oído. Un ritmo fuerte y seguro que palpitaba cada vez más alto contra mi cara.

El sonido me despertó. Pero no estaba despierta. La oscuridad era tan completa que me sentí ciega. En la oscuridad, me acurruqué en los brazos de mi madre. Me había dormido en la cama con ella y papá. El corazón palpitaba contra mi oído y el ritmo no era el adecuado. Mamá tenía un soplo en el corazón. Su latido era una fracción de segundo más lento, una vacilación, luego dos golpes rápidos para ponerse a la par. El redoble del corazón contra mi piel era regular como un reloj.

Traté de separarme y, me di un golpe en la cabeza contra algo duro y firme. Mis manos se deslizaron por el cuerpo al que estaba abrazado. Toqué un vestido de satén con joyas lisas bordadas en él. Estaba ahí, en la más absoluta oscuridad intentando apartarme de ella. Me alejé de ese abrazo. Carne desnuda se deslizó a lo largo de mis hombros descubiertos, deshuesada, como muerta, pero ese corazón llenaba la oscuridad aún conmigo, intentando lucha por no tocarla.

Nuestros cuerpos se ajustaban uno contra el otro. No era un ataúd construido para dos. El sudor me brotó con rapidez por la piel. De repente, la oscuridad era asfixiante y caliente. No podía respirar. Traté de alejarme, intentado separarme de ella, y no podía. No había espacio.

Cada pequeña lucha movía ese cuerpo deshuesado, sacudiendo la carne suave y suelta. Ya no podía oler el perfume de mi madre. Olía a sangre vieja, y a un olor rancio ondeando en mi cuello, un olor que había olido antes. Vampiros.

Grité y traté de empujar hacia arriba para conseguir apartarme, la tapa se movió. Mantuve los brazos levantados, empujando la espalda contra el satén y la madera. La tapa cayó ruidosamente hacia atrás y me encontré sentada a horcajadas sobre ese cuerpo, con la parte superior de mi cuerpo medio incorporada.

La débil luz perfilaba las líneas de la cara. El cuidadoso maquillaje parecía corrido, como un cadáver mal construido. Salí a gatas del ataúd, casi cayendo al suelo.

El ataúd de Serephina se apoyaba en la barra del bar *Huesos Sangrientos*. Ellie estaba acurrucada al pie de ésta. Caminé a su alrededor, esperando que me apresara de los tobillos, pero no se movió. Ni siquiera respiró. Era un muerto reciente, y con el sol fuera, estaba verdaderamente muerta.

Serephina tampoco respiraba, pero el corazón le palpitaba; tamborileando, vivo. ¿Por qué? ¿Para mi tranquilidad? ¿Debido a mi toque? Infiernos, no lo sabía. Si conseguía salir con vida le preguntaría a Jean-Claude. Si estuviera vivo. Si ella hubiera mantenido su palabra.

Janos estaba en medio del suelo, boca arriba, con las manos dobladas sobre el pecho. Bettina y Pallas estaban acurrucadas contra él, una a cada lado. Había otro ataúd en el suelo. No tenía modo de saber qué hora era. Apostaba a que Serephina no necesitaba dormir todo el día. Tenía que salir de aquí.

—Le dije que no dormirías todo el día.

La voz me sacudió bruscamente. Magnus estaba detrás de la barra, con los codos apoyados en la pulida superficie. Cortaba un limón en rodajas con un cuchillo muy afilado. Me miró con sus ojos verde azulados. El largo cabello castaño rojizo le caía enmarcándole la cara. De repente se enderezó, estirando la espalda. Vestía una de esas camisas con chorreras que uno alquila para llevar con frac. La camisa era de color verde pálido, resaltando el verde de sus ojos.

—Me asustó —dije.

Saltó con facilidad sobre la barra, cayendo de pie como un gato. Sonrió, y no era una sonrisa amistosa.

—No creí que se asustara tan fácilmente.

Di un paso atrás.

—Se recuperó malditamente rápido.

—Bebí sangre inmortal, eso ayuda. —Me observó con un ardor en los ojos que no me gustó en absoluto.

—¿Qué le pasa, Magnus?

Movió el largo pelo hacia un lado. Tiró del cuello de la camisa hasta que los dos primeros botones saltaron, cayendo al suelo. Tenía una señal nueva de mordisco en la lisa piel de su cuello.

Retrocedí otro paso hacia la puerta.

—¿Y qué? —Me pasé la mano sobre el cuello y encontré mis propias señales de mordiscos—. Así que tenemos un par que hace juego, ¿y…?

—Me prohibió beber. Dijo que dormiría todo el día. Que la mantendría durmiendo hasta la noche, pero creo que la ha subestimado.

Di otro paso hacia la puerta.

—No lo haga, Anita.

—¿Por qué no? —Pero tenía miedo de saber la respuesta.

—Serephina me ordenó que la mantuviera aquí hasta que despierte. —Me miró, y su mirada era triste, afligida—. Simplemente, siéntese. Le traeré algo de comer.

—No, gracias.

—No corra, Anita. No me haga hacerle daño.

—¿Quién está en el otro ataúd? —pregunté.

La pregunta pareció sorprenderle. Dejó que el pelo le cayera hacia atrás sobre el cuello. La camisa se abrió sobre el pecho. No recordé percibir el pecho la vez anterior, o la forma en que colocaba su cabello sobre los

hombros. El efecto del ungüento se había acabado.

—Pare esto, Magnus.

—¿Parar qué?

—El *encanto* no funcionará en mí.

—El *encanto* sería una alternativa más agradable —contestó.

—¿Quién está en el ataúd?

—Xavier y el chico.

Corrí a la puerta. Súbitamente, estaba detrás de mí, increíblemente rápido, pero los había visto más rápidos. La mayoría lo es cuando están muertos. No traté de abrir la puerta. Me estrellé contra su cuerpo y eso le sorprendió. Cayó sobre el hombro haciendo un círculo perfecto. Traté de lanzarle a un metro de mí, era todo lo que podía hacer.

Estuvo atontado durante un segundo. Lo arrojé hacia el marco de la puerta. La luz del sol primaveral entró y, cayó sobre Janos y sus mujeres. La cara de éste se retorció bajo la luz. No esperé a ver más. Corrí.

Los gritos me siguieron a la luz del sol. Oí el golpe de la puerta detrás de mí, pero no miré hacia atrás. Llegué al aparcamiento de grava y corrí con todo lo que tenía. Le oí acercándose a mí. No iba a superarle. Esperé hasta el último segundo, dejé de correr y le di una patada. Lo vio venir y se agachó esquivándola, y cogiéndome la otra de apoyo, tirándonos a tierra. Le lancé un puñado de grava sobre la cara y me golpeó con el puño en la mandíbula. El tiempo se para después de recibir un golpe verdaderamente bueno en la cara. Un momento de shock, de parálisis, donde todo lo que puedes hacer es parpadear. La cara de Magnus apareció ante mí. No me preguntó si me sentía bien, ese habría sido el asunto. Me recogió y me arrojó sobre sus hombros. Conseguí una agradable vista del suelo para cuando fui capaz de moverme otra vez.

Le coloqué las manos en la espalda, tratando de conseguir un ángulo suficiente de palanca para sujetarle los hombros con las dos manos. Intenté afianzar las piernas, pero antes de que lo lograra, dio una patada a la puerta abierta y me tiró al suelo, sin suavidad. Se apoyó contra ésta y la cerró con llave.

—Justo tuvo que hacerlo del modo más complicado, ¿verdad?

Me puse de pie y retrocedí, lo que me acercó a los vampiros. No era una mejoría. Retrocedí hacia la barra. Tenía que haber una puerta trasera.

—No conozco ninguna otra manera, Magnus.

Respiró hondo y se apartó de la puerta.

—Entonces, va a ser un largo día.

Puse una mano sobre la lustrada madera de la barra.

—Sí —afirmé.

El limón a medio cortar y el cuchillo estaban sólo a uno pocos centímetros. Observé a Magnus, tratando con todas mis fuerzas de no volver a mirar el cuchillo, de no atraer su atención. No es tan fácil como parece.

Sus ojos parpadearon hacia el cuchillo. Sonrió y sacudió la cabeza.

—No lo haga, Anita.

Puse mis manos sobre la barra y salté hacia ella. Le oí llegar, pero no miré hacia atrás. Nunca mires hacia atrás a algo, porque siempre ganará terreno. Agarré el cuchillo y me caí de la barra al mismo tiempo. La cara de Magnus apareció por encima de la barra demasiado rápido. No estaba lista. Lo único que pude hacer fue levantarme aferrando el cuchillo en la mano. Si hubiera sido un poco más lento, le habría apuñalado en la garganta, o ese habría sido el plan.

Magnus se puso de cuclillas en la barra, apartando la vista de mí. Sus ojos verdes mar brillaron. Luces y colores jugaban en ellos, reflejando cosas que no estaban allí. Se quedó en la barra sobre mí, balanceándose ligeramente sobre las puntas de sus pies y con una mano en la barra equilibrándose. El pelo había caído en gruesos mechones sobre su cara. Parecía feroz, como en la colina. Pero esta vez no intentaba ser uno de los tipos buenos. Esperé a que se abalanzara sobre mí, pero no lo hizo. Por supuesto, no luchaba en mí contra, sólo me impedía marchar.

Eché un vistazo a lo que había bajo la barra. Licor en botellas, limpiador de botellas, una cubitera de hielo, algunas toallas limpias, servilletas. Nada me servía. Mierda. Me incorporé despacio, retrocediendo contra la pared, tan lejos de Magnus como podía situarme. Comencé a avanzar poco a poco, con dificultad, por el lado de la barra hacia la puerta. Magnus me siguió, moviéndose sigilosamente por la barra, recreando mis torpes movimientos con elegancia.

Era más rápido, más fuerte, pero yo estaba armada. El cuchillo era de buena calidad, afilado para cortar alimentos, no personas, pero un cuchillo bueno es un cuchillo bueno. Es versátil. Tuve que obligarme a no apretar el mango, si no a relajarme. Saldría de esto… Mis ojos parpadearon sobre el ataúd abierto de Serephina. Creí verla respirar.

Magnus saltó sobre mí. Su cuerpo chocó de golpe contra el mío y dirigí

el cuchillo a su estómago. Él gruñó y su peso me tumbó. Metí el cuchillo profundamente hasta la empuñadura. Su puño me cubrió la mano y se apartó, llevándose el cuchillo con él.

Gateé por el borde de la barra. Magnus estaba allí, levantándome a mis pies con un brazo. La sangre había empapado el frontal de su camisa. Levantó el cuchillo sangriento ante mi cara.

—Herido —dijo.

Me puso el borde de la hoja contra la garganta. Parecía que mi pulso saltaba para encontrarlo. Comenzó a retroceder llevándome con él.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Ya verás —contestó.

No me gustó el que no me lo dijera.

Sus pies chocaron contra el cuerpo de Ellie. Podría ver el ataúd de Serephina detrás de él si pudiese girar mis ojos. Es difícil mover la cabeza cuando tienes un cuchillo en la garganta. Me agarró el brazo y no cedí. Me incliné hacia atrás sobre los talones, sólo un poco, consciente del cuchillo, pero tenía más miedo a Serephina que a cualquier puñal.

—Ven conmigo, Anita.

—No antes de que me digas lo que haremos. —Hablé con cuidado teniendo tan cerca el cuchillo.

Ellie estaba inmóvil, deshuesada, muerta a nuestros pies. La sangre de Magnus cayó en su cara vacua. Si hubiera sido cualquiera de los otros, podrían haber lamido la sangre hasta en sueños, pero Ellie estaba total y realmente muerta. Era la recién convertida, vacía, esperando reconstruir su *personalidad*, si alguna vez lo hacía. Había visto vampiros que nunca se habían recuperado. Nunca serían tan humanos como lo habían sido una vez.

—Voy a colocarte en el ataúd y cerrarlo con llave hasta que Serephina despierte.

—No —contesté.

Magnus me apretó el brazo como si quisiera romperme el hueso. Si no lo rompía, sería una contusión infernal. No grité, pero requirió un gran esfuerzo.

—Puedo lastimarte seriamente, Anita, de varias formas. Simplemente, entra.

—Nada que puedas hacerme me asusta tanto como entrar otra vez en ese ataúd.

Lo dije. Lo que significaba que a menos que de verdad fuera a matarme,

el cuchillo no funcionaría más. Giré la cabeza a pesar de la hoja. Le obligué a alejarlo de mi piel antes de que yo me lo clavara.

Le observé muy cerca, y vi algo en sus ojos que no había visto antes. Tenía miedo.

—*Huesos Sangrientos* murió porque compartió su mortalidad. ¿Antes era más difícil de matar, Magnus? ¿Sin inmortalidad que extraer? ¿Era eso?

—Eres condenadamente lista para tu propio bien —contestó suavemente.

Sonreí.

—Mortal como el resto, pobre criatura.

Sonrió, mostrando los dientes con rapidez.

—Aún puedo soportar más daño del que puedas hacerme.

—Si de verdad lo creyera, no me meterías en el ataúd.

Su mano se movió velozmente, algo borroso, casi tan rápida como la de un vampiro. Me golpeó el brazo y me llevó unos segundos comprender que me había cortado. La sangre manó del corte, goteando por mi brazo. Cambió la presión del brazo a la muñeca antes de que pudiera darme cuenta.

Observé gotear mi sangre bajando por el brazo hasta el codo. No era un gran corte, incluso no dejaría cicatriz. Por supuesto, en mi brazo izquierdo, ¿quién iba a decirlo?

—¿No pudiste cortarme el brazo derecho? No tengo tantas cicatrices en él.

Hizo un corte rápido hacia abajo y me abrió el brazo derecho desde el maldito hombro hasta cerca del codo.

—Siempre feliz de complacer a una señora.

El corte dolió y fue más profundo que el primero. Yo y mi gran boca. La sangre cayó por el brazo en una fina línea carmesí. La del brazo izquierdo se acumuló en el codo, cayendo con un *plaf* suave en la mejilla de Ellie.

La sangre se por su piel, hasta su boca. El zumbido de la magia subió por mi columna. Contuve el aliento. Podía sentirla. Podía sentir el cuerpo a nuestros pies.

Estábamos a plena luz del día. No debería haber sido capaz de levantar a un zombi, por no mencionar a un vampiro. Era imposible, aún pudiendo sentir la magia corporalmente. Sabía que sería mía si la quisiera. La quise.

—¿Qué pasa?

Magnus me sacudió el brazo, forzándome a mirarle. Había observando fijamente a la vampira. No lo había planeado, era tan malditamente inesperado.

Podía sentir la magia casi fuera de mi alcance, casi allí. ¿Pero cómo empujarla hasta el borde? ¿Cómo? Sonreí a Magnus.

—¿Planeas sólo empujarme poco a poco hasta que entre en el ataúd?

—Podría hacerlo.

—El único modo que entre en ese ataúd es muerta, Magnus. Serephina no me quiere muerta.

Caminé hacia él y comenzó a retroceder, aunque intentó mantener su posición. Nuestros cuerpos casi se tocaban uno al otro. Genial. Metí mi mano bajo su camisa, recorriendo su piel desnuda.

Los ojos de Magnus se agrandaron.

—¿Qué está haciendo?

Sonreí y pasé mi mano por el rastro de sangre fresca hacia su herida. Delineé el borde de ésta e hizo un pequeño sonido como si le doliese. Acaricié su piel con mi mano libre, untando su sangre a través de su cuerpo como pinturas dactilares.

—Viste la escena del crimen cuándo me tocaste, y aún así querías tener sexo conmigo, ¿recuerdas?

Respiró y tembló cuando lo soltó entre sus labios.

Saqué la mano cubierta de sangre de debajo de su camisa. Se la enseñé, deje que la viera. Su aliento se aceleró. Me arrodillé, despacio. No me soltó, no dejó el cuchillo en el suelo, pero no me detuvo. Unté la sangre en la boca de Ellie. La magia llameó, crepitó bajo mi piel como fuego caliente. Avanzó lentamente por mi brazo, hacia Magnus.

—¡Mierda! —Magnus osciló el cuchillo sobre mí.

Bloqueé su muñeca con mi brazo y me incorporé, impulsando mis rodillas. Se estabilizó al otro lado de mis hombros, pero aún tenía el cuchillo. Le empujé sobre Ellie.

Me quedé de pie sobre él, respirando con fuerza.

—Ellie, levántate.

Los ojos de la vampira se abrieron repentinamente. Magnus comenzó a apartarse de ella.

—Sujétalo —ordené.

Ellie le rodeó con sus brazos por la cintura y le aferró. La apuñaló con el cuchillo y ella gritó. Dios me ayude, gritó. Los zombis no gritaban.

Corrí hacia la puerta.

Magnus me seguía, arrastrando a Ellie con él. Se movía más rápido de lo que había pensado, pero no lo suficiente. Me arrojé por el hueco de la puerta y una larga línea de luz solar se derramó sobre ella. Estaba a un paso de la puerta cuando comenzó a gritar. Eché un vistazo hacia atrás, no podía ayudarla. Ellie ardía. Magnus intentaba aflojar sus brazos, gritando. Pero nada te sostiene tan fuerte como los muertos.

Salí corriendo al aparcamiento.

«*Niña, no se vaya*».

La voz me detuvo en el límite del aparcamiento. Miré hacia atrás. Magnus se arrastraba sobre la grava alejándose de la puerta. Ellie se quemaba en un blanco abrasador. La camisa de Magnus y su pelo ardían.

—¡Regrese, hijo de perra! —grité.

Pero la misma voz que me mantenía fija al borde del aparcamiento le impedía salir de la luz.

La voz regresó.

«Vuelva a la cama, Anita. Está cansada. Debe descansar».

De repente estaba cansada, muy cansada. Sentí cada corte, cada contusión. Ella me haría sentir mejor. Me tocaría con sus manos frescas, y todo sería mejor.

Magnus cayó al suelo sobre el pavimento, aullando. El vampiro se derretía sobre él, quemándole. ¡Jesús!

Estiró una mano hacia mí.

—¡Ayúdeme! —gritó.

El vampiro se fundía sobre su carne, corroyéndola gradualmente. Corrí. Corrí con la voz de Serephina susurrándome al oído, «*Niña*, Mama te extraña».



CUARENTA

Detuve un coche que pasaba por la carretera. Estaba cubierta de sangre seca, cortada, raspada, golpeada, y aún así, la pareja de ancianos me recogió. ¿Quién dice que no hay buenos samaritanos? Quisieron llevarme a la oficina de policía y se lo permití.

Los simpáticos policías me echaron un buen vistazo, y me preguntaron si necesitaba una ambulancia. Les dije que no, que si podían contactar con el Agente Especial Bradford y le dijeran que se trataba de Anita Blake.

Intentaron convencerme para ir a un hospital, pero no tenía mucho tiempo. Era media tarde. Teníamos que movernos antes del anochecer. Pedí a la policía que enviara un coche con dos hombres para asegurarme que nadie había movido los ataúdes. Les dije que podría haber un hombre gravemente herido en el aparcamiento. Si todavía estaba, deberían llamar una ambulancia, pero bajo ninguna circunstancia entrar al local.

Cada uno asintió con la cabeza y estuvieron de acuerdo conmigo. La

mayor parte de la policía había ido a casa de Serephina entre anoche y hoy. Me dijeron que Kirkland los había llevado a la guarida de la vampira después de que me hubieran secuestrado. Me llevó un segundo comprender que Kirkland era Larry. Lo que significaba que Serephina había mantenido su palabra y les había dejado ir. El alivio de saber que estaban a salvo y de que Larry estaba vivo me hizo sentir débil e insegura al instante.

Al llegar habían encontrado más de una docena de cuerpos sepultados en el sótano de la casa de Serephina. Los deberían haber enterrado en los bosques. Hasta donde yo sabía, ella había levantado a los fantasmas. No lo sabía. Ahora no importaba. Lo que importaba era que teníamos una autorización de ejecución y que los policías me prestaban atención.

Me llevaron y me sentaron en una sala de interrogación con una taza de café lo bastante espeso como para caminar sobre él, y una manta caliente a mí alrededor. Temblaba y no conseguía detenerme.

Bradford entró y se sentó frente a mí. Me observó con unos ojos un poco más grandes de lo normal.

—Los locales dicen que encontró el refugio del Maestro Vampiro.

Me reí y salió mal, casi como un sollozo.

—No diría que encontré la guarida de Serephina. Más bien, desperté en ella —alcé el café hasta mi boca y tuve que detenerme a mitad del movimiento. Las manos me temblaban tanto que estuve a punto de tirarlo sobre la mesa. Respiré hondo, exhalé profundamente y me concentré en intentar beberme el café. Concentrándome sólo en el movimiento físico. Eso ayudó. Lo Bebí y me tranquilicé al mismo tiempo.

—Necesita ir al hospital —dijo Bradford.

—Necesito que Serephina esté muerta.

—Tenemos todas las autorizaciones. Para todos los vampiros implicados. ¿Cómo quiere hacerlo?

—Incéndielos. Bloquee todo excepto la puerta principal. Si Magnus está dentro, saldrá.

—¿Magnus Bouvier? —preguntó.

—Sí. —Hubo algo en la forma en la que lo dijo que no me gustó.

—Encontramos lo que quedó de él en el aparcamiento. Parece que algo le derritió la parte inferior del cuerpo. ¿Sabe algo sobre eso? —Me miró fijamente mientras lo preguntaba.

Tomé otro cuidadoso sorbo de café y mantuve la mirada sin pestañear. ¿Qué se supone que tengo que decirle?

—Los vampiros le controlaban. Se suponía que me mantendría en la barra hasta el anochecer. Posiblemente le castigaron por fallar.

Lo que les había hecho a Magnus y a Ellie era suficiente como para ganarme una pena de muerte. No lo admitiría ante un Federal.

—¿Los vampiros le castigaron? —preguntó.

—Sí.

Me miró durante un largo instante, después asintió con la cabeza y cambió de tema.

—¿Los vampiros no intentaran huir cuando empiece el incendio?

—Luz solar o fuego —dije—. Simplemente elija de qué manera quiere que los vampiros se tuesten. —Terminé lo que quedaba en la taza de café.

—Su protegido, el Sr. Kirkland, dijo que fue secuestrado en el cementerio. ¿También es su historia?

—Resulta ser la verdad, Agente Bradford.

Era la verdad de lo ocurrido. La omisión era una cosa maravillosa.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Me esconde más mierda de la que me dice.

Le observé hasta que la sonrisa se marchitó en su cara.

—La verdad no siempre es una ventaja, Agente Bradford, ¿no cree?

Me observó durante un momento, luego asintió con la cabeza.

—Tal vez, Sra. Blake, tal vez.

Llamé al hotel y nadie contestó en la habitación. Intenté en mi habitación y encontré allí a Larry. Hubo un momento de conmocionado silencio cuando comprendió que era yo.

—Anita, oh Dios, oh Dios. ¿Estás bien? ¿Dónde estás? Iré a buscarte.

—Estoy en la oficina de policía de la ciudad. Estoy bien, de alguna forma. Necesito que me traigas algo de ropa para cambiarme. Lo que tengo huele a vampiro. Después iremos tras Serephina.

Otro silencio.

—¿Cuándo?

—Ahora, hoy.

—Estaré ahí.

—¿Larry?

—Llevaré las armas, los cuchillos y una cruz adicional.

—Gracias.

—Nunca he estado tan contento en toda mi vida de oír la voz de alguien —dijo.

—Sí —contesté—. Ven pronto. Te espero, Larry.

—¿Necesitas algo más? —preguntó.

—¿Están bien Jean-Claude y Jason?

—Sí. Jason está en el hospital, pero vivirá. Jean-Claude, en el dormitorio, durmiendo. Después de que Serephina te mordió, golpeó a Jean-Claude con alguna especie de poder; energía. Lo sentí y era imponente. Le dejó fuera de combate y se fue. Los demás se fueron con ella.

Todos estaban vivos o tan vivos como habíamos empezado. Era más de lo había esperado.

—Fantástico, te veré pronto. —Colgué el teléfono y tuve el horrible impulso de gritar, pero me contuve. Tuve miedo de que si comenzaba a gritar, no fuera capaz de detenerme. Aún no podía sucumbir a la histeria.

Como agente con mayor cargo en el lugar, Bradford era responsable. El agente especial Bradley Bradford, sí, Bradley Bradford, parecía pensar que yo sabía lo que hacía. Nada como ser casi asesinada para darte credibilidad. Por una vez, con insignia o sin insignia, nadie discutía conmigo. Era un cambio refrescante.

No abracé a Larry cuando me trajo la ropa, me abrazó él. Me aparté lo más rápidamente posible porque no quería sufrir un colapso llorando entre sus brazos. Le dejé darme sólo un par de abrazos amistosos mientras me emocionaba. Más tarde, más tarde.

Le había aparecido una contusión enorme a un lado de la cara, desde la mandíbula hasta la mitad de la cabeza. Parecía que le habían golpeado con un bate. Tuvo suerte de que Janos no le hubiera roto la mandíbula.

Larry me había traído unos vaqueros, una roja camisa de polo, calcetines deportivos, los Nikes blancos, la segunda cruz de mi maleta, cuchillos de plata, las Firestar completas con la pistolera interior de pantalón, la Browning y su pistolera de hombro. Había olvidado un sujetador, pero oye, exceptuando eso, era perfecto.

Las fundas de las muñecas picaron al pasar sobre los cortes, pero me sentí genial al estar armada de nuevo. No intenté de esconder las armas. Los policías sabían quién era y no engañaba a ningún tipo malo.

Apenas dos horas después de que hubiera salido lentamente del ataúd de Serephina, nos detuvimos delante de *Huesos Sangrientos*.

Había ambulancias y más policías de lo que uno podía conseguir con una varita. Policía local, policía estatal, federales; una variada colección de

polis. Un camión de bomberos y los servicios de emergencia completaban la lista. Ah, y Larry y yo.

Con Magnus muerto, Serephina y compañía estaban indefensos. Indefensos. Ah, no. Nada a este lado del abismo habría conseguido que entrara voluntariamente dentro de aquel edificio. Pero había alternativas.

El camión de gas aparcó en la parte trasera rompiendo una ventana. Les observé colocar la serpenteante manguera en la ventana de la puerta trasera y accionar la palanca.

Me mantuve de pie bajo la cálida luz del sol y con una fresca brisa que acariciaba mi piel, susurré:

—Púdrete en el Infierno.

—¿Dijiste algo? —preguntó Larry.

Sacudí la cabeza.

—Nada importante.

La manguera tembló a la vida y, el penetrante y dulce olor de la gasolina inundó el aire.

La sentí despertarse. Sentí como abría los grandes ojos en la oscuridad. Aspiré el dulce olor de la gasolina, sentí cómo esas manos se sujetaban a los bordes del ataúd.

Coloqué las manos sobre mis ojos.

—Ah, Dios.

Larry me tocó el hombro.

—¿Qué pasa?

Mantuve las manos presionadas contra la cara.

—Quítame las armas, ahora.

—Que…

—¡Hazlo! —Las manos descendieron y le miré. Contemplé esa cara familiar y Serephina también lo hizo.

Ella susurró: «Mátalo».

Saqué los cuchillos de las fundas y los deje caer al suelo. Comencé a retroceder hacia los policías. Necesitaba gente armada a mí alrededor; ahora.

La voz en mi cabeza dijo: «Anita, ¿qué le haces a tu madre? No quieres hacerme daño *Niña*, ayuda a Mamá».

—Ah, Dios. —Corrí y casi choqué con Bradford.

«Ayúdame, *Niña*. ¡Ayúdame!».

Mi mano se acercó a la Browning. Las cerré manos formando puños

pegadas a mi cuerpo.

—Bradford, desármeme ahora. Por favor.

Me estudió, pero sacó las armas de las pistoleras.

—¿Qué anda mal, Blake?

—Esposas, ¿tiene esposas?

—Sí.

Le ofrecí las manos.

—Úselas. —Mi voz sonaba ahogada, tenía la garganta tan oprimida que no podía respirar.

Olí el perfume Hypnotique, probé la barra de labios de mi madre en mi boca. Las esposas fueron colocadas en su lugar. Me aparté lejos de él, contemplándolas. Abrí mi boca para decir «quítelas» y la cerré.

Sentí el pelo de mi madre cosquilleándome sobre mi rostro.

—Huelo el perfume —dijo Larry.

Le miré con los ojos bien abiertos. No podía hablar, no podía moverme. No confiaba en mí para hacer algo en ese momento.

—Ay, Dios —dijo Larry—. Vas a sentir cuando se queme.

Sólo lo miré.

—¿Qué puedo hacer?

—Ayúdame. —Mi voz sonó abatida, casi susurrante.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bradford.

—Serephina está tratando de controlar a Anita para que la ayude a salvarse.

—¿La vampira está despierta? —inquirió.

—Si —afirmé.

Serephina estaba fuera del ataúd. La falda larga del traje de noche cepillaba los bordes de la puerta que llevaba a la cocina. No podía ir más lejos porque los rayos solares del día se filtraban por la ventana. La gasolina fluía a través del suelo, hacia ella.

«Anita, ayuda a Mamá».

—Es mentira —dije.

—¿Qué es mentira? —preguntó Bradford.

Sacudí la cabeza.

«Anita, ayúdame, no quieres que muera. No quieres que muera, no cuando puedes salvarme».

Caí sobre mis rodillas y removí la grava del aparcamiento con las manos esposadas.

—Detened la gasolina.

Larry se arrodilló a mi lado.

—¿Por qué?

Era una buena pregunta. Serephina tenía una buena respuesta.

—Jeff Quinlan está allí. Está dentro.

—Mierda —dijo Larry. Alzó la vista hacia Bradford—. No podemos incendiar el lugar. Hay un chico dentro.

—Detengan la gasolina —ordenó Bradford. Se alejó de nosotros hacia el camión, haciéndoles señales desde lejos.

Y sentí la oleada de triunfo de Serephina. Era una mentira. Xavier mató a Jeff anoche. No había nada vivo en aquel edificio.

Agarré el brazo de Larry con las manos esposadas.

—Larry, es mentira. Ella me miente. A través de mí. Ponme dentro de un coche patrulla, ahora, e incendiad el lugar.

Me observó.

—Pero si Jeff…

—¡No discutas conmigo, sólo hazlo! —le grité sepultando la cara entre los brazos, tratando de no hacer caso a la voz en mi cabeza.

Podía sentir Hypnotique en mi lengua. Era demasiado. Serephina estaba asustada.

Larry llamó a Bradford y me llevaron juntos a un coche de policía. Comencé a luchar cuando intentaron empujarme al interior, pero hice todo lo posible por no pelear y cerraron la puerta. Me encontraba en una jaula de metal y cristal. Metí los dedos por la verja ante mí, clavándomela en la piel hasta que dolió. Pero el dolor no me ayudó.

La gasolina estaba por todas partes, empapándolo todo. Serephina se ahogaba en ella.

«*Niña*, no lo hagas. No hagas daño a tu mamá. No me pierdas otra vez».

Comencé a mecerme de un lado a otro, las manos clavándose en el alambre. De atrás hacia delante, de acá para allá. Se acabaría pronto. Se acabaría pronto.

Sentí un toque suave sobre la cara, una sensación tan real que me hizo girar y buscar a alguien.

«Mi muerte será tan real, Anita».

Alguien lo encendió. Las llamas rugieron a la vida y grité antes de que la golpeasen. Golpeé el cristal con las manos esposadas y grité:

—¡Nooo!

El calor la inundó deshaciendo la tela del vestido como una flor que se derrite y consumió la carne. Aporreé las manos contra el cristal hasta que no pudiera sentirlas más. Tenía que ayudarla. Tenía que ir con ella. Caí de espalda y di una patada a la ventana. La pateé y la pateé, sintiendo el choque por toda la espalda. Grité y di una patada al cristal, se rajó. El cristal se rajó y cayó hacia fuera.

Ella gritaba mi nombre: «¡Anita! ¡Anita!».

Estaba a medio camino entre la ventana y el exterior antes de que alguien intentara sujetarme. Les dejé agarrarme del brazo, pero empujé las piernas por la ventana. Tenía que alcanzarla, nada más importaba. Nada.

Caí al asfalto con alguien agarrándome del brazo. Me erguí a medias y le tiré al suelo con un movimiento del hombro. Corrí al incendio. Ahora podía sentir el calor, ondeando a lo largo de mi piel. Podía sentir el calor interno devorándonos vivos.

Alguien me agarró y le golpeé los puños con mis manos.

Las manos me soltaron y me puse en pie. Gritos, y alguien más sujetándome. Me levantaron del suelo, unos brazos me rodeaban la cintura, inmovilizando mis brazos. Di patadas hacia atrás, y golpeé unas rodillas.

Los brazos me soltaron, pero aparecieron más. Más manos. Alguien estaba sobre mí. Una mano del tamaño de mi cabeza me apretó la cara contra la grava. Otras manos sujetaron las mías contra el suelo, todo el peso del cuerpo sobre mis muñecas. Alguien más se sentaba sobre mis piernas.

«¡*Niña*! ¡*Niña*!».

Grité por ella. Grité mientras me ahogaba en el hedor de cabello ardiendo e Hypnotique de baño en polvo. Vi la aguja entrar de lado y comencé a gritar.

—¡No, no! ¡Mamá! ¡Mamá!

La aguja se hundió en mi carne y la oscuridad se tragó el mundo. Una oscuridad que olía a carne quemada y, sabía a lápiz de labios y sangre.



CUARENTA Y UNO

Pasé unos días en el hospital. Contusiones, cortes, algunos puntos, pero principalmente por las quemaduras de segundo grado en espalda y brazos. Las quemaduras no estaban tan mal, ninguna me dejaría cicatriz. Los doctores no podían entender como me había quemado. No tenía ganas de explicarlo, principalmente, porque no estaba segura de poder hacerlo.

Jason se había fracturado las costillas, perforado un pulmón y tenía más daños internos. Se curó perfectamente y en un tiempo record. Ventajas de ser un licántropo.

Jean-Claude se curó. Su cara era otra vez la perfección que, hacia tanto tiempo, había atraído a Serephina.

La compañía de Stirling recompró las tierras a Dorcas Bouvier y la convirtió en millonaria. Con *Huesos Sangrientos* muerto, podría dejar la tierra. Era libre.

Los Quinlans aún mantienen la demanda. Bert tiene abogados que

prometen mantenernos apartados de los tribunales, aunque no estoy segura de cómo. Si hubiera revisado personalmente la casa, comprobado cada centímetro yo misma, tal vez… Infiernos, no hubiera podido proteger ni la puerta para perros. Quizás, de verdad merezco ser demandada. Conté a los Quinlans que Ellie estaba muerta. Tuvieron que creer en mi palabra, no quedó nada más de Ellie para demostrarlo. Cuando los vampiros se queman, se queman; ningún archivo dental, nada. Jeff también estaba muerto de verdad. Ambos jóvenes murieron. Tenía que ser por culpa de alguien, ¿por qué no la mía?

Había levantado a una vampira como un zombi, lo que no era posible. Se suponía que los nigromantes eran capaces de controlar a todos los tipos de no muertos. Pero era una leyenda, no era verdadera. ¿O sí?

Serephina está muerta, pero vive en mis pesadillas. Las pesadillas están enredadas con los verdaderos recuerdos de la muerte de mi madre. Son una mierda. Por primera vez en mi vida, tengo insomnio.

¿Qué hacer con los dos hombres de mi vida? ¿Cómo diablos lo sabré? En los brazos de Richard, inspirando el calor de su cuerpo, es lo más parecido que alguna vez he sentido como los brazos de mi madre. No es lo mismo porque sé que aunque Richard diera su vida por mí, tal vez no fuera suficiente. Cuando era una niña, creía que lo era. No existe una verdadera seguridad. La inocencia perdida nunca se puede recuperar. Pero a veces, con Richard, deseo creer en ella de nuevo.

No hay nada consolador en los brazos de Jean-Claude. No me hace sentir segura ni lo más mínimo. Es un poco como el placer prohibido que uno sabe que al final lamentará. He decidido no esperar. Ya lo lamento, pero aún sigo viéndole.

De alguna manera, Jean-Claude ha pasado esa línea que cruza un puñado de vampiros. Ya no pienso en él como un monstruo.

Dios tenga compasión de mi alma.